



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

CORDELUNA

ELIA BARCELÓ



Lectulandia

Mil años atrás una historia de amor quedó truncada por la desgracia y una maldición. Un poder tan maligno que había conseguido retener a sus espíritus generación tras generación. Y mientras tanto, los amantes esperan, condenados a reencontrarse y a perderse por culpa de los celos y el odio. El caballero y la dama. El guerrero y la doncella. Hasta que tal vez un día, tal vez en nuestra época, siglos después, un poder superior y benigno consiga romper el maleficio.

Lectulandia

Elia Barceló

Cordeluna

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2018

Elia Barceló, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Tengo la suerte de ser capaz de inventar y narrar historias.

Tengo una suerte aún mayor: la de tener una hija
que las disfruta y las estimula.

A lo largo de la redacción de esta novela,
ella me acompañó, fue leyendo las páginas al volver de clase,
según salían de la impresora,
y me impuso un régimen de trabajo devastador
hasta que estuvo acabada.

Durante el proceso, fuimos comentándola, puliéndola,
disfrutando juntas de su creación.

Por eso, Cordeluna es para ti, Nina,
la mejor hija que pudiera desear,
la mejor que pudiera imaginarme.

EDICIÓN
CONMEMORATIVA

5.º ANIVERSARIO


epublico



"MÁS LIBROS, MÁS LIBRES"

En el corazón de Castilla, en la oscuridad,
un poder aguarda el momento.
Han pasado casi mil años y el tiempo se acaba.
Las líneas del pasado convergen hacia el presente
para que el futuro pueda existir.
Un fulgor azulado, tan leve que se confunde con
la luz de la luna, busca entre las generaciones,
siguiendo el camino de la sangre.
En diferentes lugares de España, ignorantes de
que forman parte de una trama trazada muchos
siglos atrás, varios jóvenes sueñan
con lo que les traerá el verano.
No es la primera vez que sucede, pero es la última
oportunidad, aunque ellos no lo saben.
Y mientras los protagonistas actuales de la historia
que va a comenzar viven sus vidas cotidianas,
otros protagonistas que ya no tienen nada, salvo su amor y su esperanza, aguardan en
las tinieblas heladas
a que se produzca el milagro.
Todo empezó mil años atrás.
Y, para bien o para mal, acabará ahora.

El joven jinete detuvo el galope de su caballo y, ya al paso, lo llevó por el sendero empinado hasta la cumbre del cerro. Había cabalgado toda la noche y podía concederse unos instantes para ver desde la altura el pueblo del que había salido casi tres meses atrás.

Todo seguía igual que el día de su marcha, hermoso y en paz: el Arlanzón discurría como una perezosa serpiente plateada entre campos rubios ya de trigo maduro; las tenues columnas de humo de todas las casas donde se cocía el pan se elevaban al cielo, de un azul clarísimo, con un filo rosado aún en el horizonte por el que el sol acababa de despuntar; la torre de la iglesia, a su izquierda, mostraba con orgullo la fe de los habitantes de la villa, y el sólido y chato castillo de Vivar proclamaba su empeño de defenderla contra cualquier ataque, tanto de moros como de cristianos.

Por un momento se le cerró la garganta de emoción frente a aquella belleza, regalo de Dios, que conocía desde niño y que nunca había apreciado realmente. Sin embargo, ahora que a la vuelta de su primer viaje fuera de la comarca había visto otros lugares y tenía con qué comparar, la hermosura de su tierra, humilde tal vez al lado de la del feraz reino de Sevilla, le parecía más esplendorosa que nunca: porque era suya, porque era allí donde había abierto los ojos al mundo casi dieciocho años atrás, porque allí, entre el amor de su madre y la firmeza de su padre, se había hecho hombre, porque allí estaban sus recuerdos más dulces y las personas a las que más quería.

Se persignó, dando gracias a Dios por haber vuelto sano y salvo, y durante unos momentos trató de imaginar cómo sería tener que dejar todo aquello para siempre, sabiendo que uno nunca podría regresar.

Le recorrió un escalofrío y, como era costumbre, sacudió los hombros para espantar el mal augurio, con lo que su loriga lanzó un tintineo casi risueño.

Por fortuna, don Rodrigo no le había enviado a traer las malas noticias, sino a avisar de su llegada, hacia la media tarde, para que todo el pueblo pudiera prepararse a recibir a los suyos.

Dio una última mirada, abarcando campos, río, bosque, pueblo, iglesia, trigales y, muy abajo, las lejanas murallas de Burgos, chasqueó la lengua contra el paladar, apretó con las rodillas los flancos de Durán y, siguiendo el sendero sesgado que cruzaba el cerro, bajó al camino.

Pronto fue descubierto por los niños del pueblo, que salieron en tropel a recibirlo dando gritos, silbidos y palmadas de alborozo.

—¡Sancho ha vuelto! ¡Sancho ha vuelto! ¡Sancho Ramírez!

Su hermano Martín, un niño vivaracho de ocho años, y su tres hermanas pequeñas —María, Mencía y Urraca— se abalanzaron sobre él dando gritos de gozo, y Sancho decidió desmontar y esperarlos a pie firme, antes de que acabaran pisoteados por los cascos del caballo.

Lo abrazaron por todas partes: Martín de frente, las dos medianas cogidas a sus

piernas, una por cada lado, y la pequeña, que no encontraba por dónde colarse, terminó agarrándose al tahalí de la espada, con la cabeza apoyada en sus posaderas, de modo que la levantó en brazos y se la cargó al hombro mientras caminaba rodeado de niños hasta la casa de su padre. Martín llevaba a Durán de la rienda y el caballo debía de haber captado ya el olor familiar de su pesebre porque, a pesar de la cabalgada nocturna, parecía haber cobrado nuevas fuerzas y venteaba, ansioso, lanzando cortos relinchos.

Entraron al patio y, tras un momento de algazara y más saludos, esta vez adultos, Sancho se encontró abrazando a su madre, Mencía, una mujer hermosa y aún joven, casi tan alta como él, y de la que había heredado su pelo castaño claro, con tintes rojizos cuando brillaba al sol, así como esa sonrisa que calentaba el corazón de los que la recibían.

Notó un obstáculo entre él y su madre y la apartó suavemente, mirándola a los ojos:

—¿Otro hermano, madre?

Ella sonrió, mirándose el vientre hinchado.

—Tu padre tendrá un pedazo de pie de menos, Sanchico, pero para todo lo demás es un hombre entero —dijo una voz sonora detrás de él.

Un instante después, una mano recia le palmeó el hombro y se encontró abrazado al cuerpo macizo de su padre.

—Bienvenido a casa, hijo. Ya te echábamos en falta.

—Pasa, pasa, ven a sentarte dentro; vendrás cansado —dijo la madre, acariciándole la mejilla sucia de polvo y sudor—. Voy a decir que te traigan agua para lavarte.

—A su edad no cansa cabalgar unas leguas con la fresca de la noche —dijo su padre, mirándolo, orgulloso—. Pero vendrás con hambre.

Sancho asintió sonriendo y volvió a tomar en brazos a la pequeña Urraca, que protestaba a sus pies.

—Martín —mandó el padre—, lleva a Durán al establo y dile a Ramiro que ha llegado su hermano y que lo esperamos dentro. A ver qué noticias traes, Sancho. ¿Habéis estado en Sevilla?

Ramiro Láinez, el padre de Sancho, cojeaba junto a su hijo mientras cruzaban el patio, siguiendo a las mujeres. Había sido herido de gravedad luchando en las mesnadas del rey don Sancho y, aunque su natural fuerte le había permitido sobrevivir, había perdido varios dedos del pie derecho, lo que lo inhabilitaba para la lucha. A caballo seguía siendo de temer, pero si el enemigo lograba descabalarlo, sus posibilidades eran escasas. Por eso su señor, don Rodrigo de Vivar, había preferido dejarlo en casa, al cuidado del pueblo, y había tomado al joven Sancho en su lugar.

—¿Ha quedado contento de ti nuestro señor don Rodrigo? —preguntó Ramiro, mientras el hijo se lavaba en la cocina, frente al fuego del hogar.

—Sí, padre, no tengas cuidado.

—Un buen señor merece un buen vasallo, no lo olvides nunca. Tú tampoco, Ramiro —añadió dirigiéndose a su segundo hijo, que acababa de abrazar a Sancho y se había sentado en el banco, un poco alejado del fuego.

—Pero un buen vasallo merece un buen señor —dijo Sancho reflexivamente.

—Sí, muchacho, sí. Todos vivíamos más felices con nuestro rey don Sancho, e incluso antes, con su padre, el gran don Fernando, pero ahora, muerto Sancho, la corona de Castilla ha recaído en don Alfonso y es voluntad de Dios que sea nuestro señor.

—Se dice que no ha sido voluntad de Dios, sino del enemigo, que movió el corazón e incluso el brazo de Alfonso contra su hermano mayor en el sitio de Zamora —dijo el joven Ramiro.

—No permitiré en mi casa calumnias contra nuestro rey —el tono del padre era tajante y la conversación se interrumpió mientras las mujeres traían dos hogazas de pan fresco, lonchas de tocino, puerco de olla, cebollas tiernas recién cogidas del huerto y una jarra de vino tinto.

Unos momentos después entró Mencía con un cuenco de gachas endulzadas con miel, que colocó delante de su hijo.

—Te las acabo de hacer, como a ti te gustan —le pasó la mano por el pelo, le dio un beso en la frente y se sentó a su lado.

—Dios te lo pague, madre. Tengo un hambre de lobo. ¿Dónde está Leonor?

—Tu hermana no se encontraba bien esta mañana. Luego bajará.

Por el tono en que lo dijo y la forma de su padre de no escuchar lo que se hablaba, le quedó claro que sólo se trataba de una cosa de mujeres, algo sin importancia, así que empezó a comer a dos carrillos bajo la mirada de toda la familia.

—Cuéntanos cómo es Sevilla —apremió el pequeño Martín con la boca llena de pan.

—Deja que coma primero, hijo —intervino la madre.

Los ojos de Sancho saltaban de rostro en rostro y vagaban por la cocina posándose en los objetos familiares a los que nunca había prestado la menor atención. Era hermoso estar en casa, pero también lo era haberse marchado para poder volver y contar lo había visto por el mundo.

Terminó las gachas, se limpió la boca con el dorso de la mano y sonrió a su familia.

—Luego os contaré todo lo que queráis saber, pero antes tengo que entregarle una carta a doña Jimena de parte de su esposo y avisar al padre Everardo de que prepare la iglesia. Don Rodrigo llegará al caer la tarde y quiere que se reúnan los hombres en la plaza después de misa.

—¿Malas noticias? —preguntó el padre, poniéndose serio de repente—. ¿Hay que temer algún ataque del enemigo?

Sancho negó con la cabeza y, disimuladamente, dirigió una mirada a los

pequeños.

—Todos a vuestras faenas —dijo el padre, comprendiendo de inmediato el mensaje—. Ya os contará sus viajes esta noche, después de cenar. Mujer, llévate a los hijos. Ramiro, tú quédate con nosotros.

La madre se levantó y, con expresión dulce, a pesar de la preocupación que empezaba a sentir por las extrañas palabras de Sancho, azuzó a los niños como si fueran ocas, y salió al patio, dejando a los tres hombres en la cocina.

—Ahora puedes hablar. Traes malas noticias, ¿verdad?

—Las peores —contestó Sancho, mirándolo a los ojos—. El rey Alfonso ha desterrado a don Rodrigo.

—¡Dios nos valga!

—¡Miserable! —escupió Ramiro el joven, poniéndose de pie—. ¿Cómo se atreve a tamaño ultraje?

—¿De qué lo acusa? —preguntó el padre, pálido y perplejo.

Sancho tragó saliva.

—De ladrón.

—¡No es posible! ¿Ladrón don Rodrigo? ¿El más noble guerrero que jamás han visto los siglos?

—El rey lo envió a Sevilla a recoger las parias que pagan a Castilla los moros de ese reino. Yo y otros veinte guerreros fuimos con él, recogimos los arcones que nos mandaron cargar, regresamos a tierras cristianas sin más que un par de escaramuzas sin importancia, y los entregamos en León al propio rey. Esa noche hubo fiesta y alegría general. Después se dijo que faltaban unos dineros que don Rodrigo se había embolsado; el rey se enfureció, y dio la orden de destierro. Nueve días para salir de Castilla.

El padre hundió la cabeza entre las manos y quedó en silencio unos momentos.

—Eso es una vil calumnia —dijo Ramiro, airado.

—Lo es, hermano. Yo me dejaría matar por nuestro señor; porque sé que no es un ladrón. Pero la corte de Alfonso está llena de serpientes que le hablan al oído: nobles leoneses que hace dos generaciones que no han blandido una espada y se perfuman y adornan como mujeres; nobles de Oviedo que se creen superiores a los villanos de Castilla y no saben qué inventar para hacernos de menos. El peor es el conde García Ordóñez, que es ahora muy privado del rey y odia a nuestro señor porque lo envidia. Él ha convencido a Alfonso de que el reino estará mejor sin el antiguo alférez del rey don Sancho.

—¡Víbora! ¡Se merece la muerte!

—Sólo Dios da y quita la vida, muchacho —dijo el padre—. Ahora hay que pensar qué podemos hacer.

—Lo primero es llevar la carta que me ha encomendado don Rodrigo, padre. Volveré lo antes que pueda —dijo Sancho, poniéndose de pie—. ¿Me acompañas, Ramiro?

Su hermano asintió y, juntos, salieron de la casa.

Cuando Sancho bajó a desayunar al día siguiente, después de haber pasado la noche en su propia paja, bajo el propio techo, con el calor de sus hermanos, su madre ya tenía dispuesta la mesa a pesar de que aún no había salido el sol. Un gallo cantaba desafortunadamente en el corral y, poco a poco, el cielo se iluminaba de un tono anaranjado.

Sancho siempre había sido un hijo cariñoso, pero aquella mañana, al ver a su madre removiendo las gachas en la lumbre y darse cuenta de que en su pelo ya brillaban unas hebras de plata, sintió tal deseo de abrazarla que hasta ella se sorprendió un poco de su impetuosidad.

—Ea, muchacho —dijo riéndose—, suéltame ya, no se me vayan a pegar las gachas.

—¿Y por qué no las hace Encarnación?

—Porque para una vez que tengo a mi hijo mayor en casa, quiero servirlo con mis propias manos. ¿Te vas a ir? —preguntó, después de una pausa, sin mirarlo.

No hacía falta decir adónde ni con quién. Ambos lo sabían.

—Padre iría, si pudiera.

—Pero no puede, ni don Rodrigo lo sufriría. Ya ha dicho que no quiere obligar a nadie. A ti tampoco te pide que le sigas al destierro, hijo.

—Somos vasallos de don Rodrigo, madre: su destino es nuestro destino.

—Sí —asintió ella—. Su desgracia es nuestra desgracia.

—Pero su victoria será nuestra victoria, madre, si Dios es servido.

Mencía se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—Has estado tres meses fuera y he contado los días, Sancho. ¿Cómo podré ahora, si partes al destierro y quizá no regreses? El destierro es la deshonra, la pérdida de todo. Don Rodrigo no sólo ha perdido el favor del rey, sino su honra, sus tierras, sus haberes... No podrá volver jamás si el rey no lo perdona. ¿De qué viviréis, hijo? ¿Quién os socorrerá cuando lo hayáis menester?

—Dios nos ayudará, madre. Somos guerreros y don Rodrigo es el mejor capitán de la cristiandad. Si hasta los moros lo llaman «Sidi», que es un título de respeto para ellos... Ganaremos un reino y nos haremos ricos, ya verás. Casaré a mis hermanas con una buena dote y vosotros vendréis a vivir conmigo, en el alcázar que mandaré construir al lado del mar. ¿Tú no quieres ver el mar, madre?

Mientras tanto, Mencía lloraba ya sin recato, aunque intentaba que las lágrimas no cayeran en el puchero de las gachas, que seguía removiendo sin verlas.

Sancho la abrazó por detrás y le besó la cabeza, intentando calmarla con su presencia, con su cariño, como había hecho ella tantas veces con él.

—No temas, madre, volveré. Te lo juro por Dios.

—No jures, hijo, no jures lo que no está en tu mano. Yo rezaré por ti. ¿Se lo has dicho ya a padre?

—Ayer noche, antes de recogernos, al volver de la plaza, y tengo su bendición.

—¿Qué será ahora de doña Jimena y los niños?

—Don Rodrigo los dejará en un monasterio hasta que encuentre un lugar seguro donde vivir y el rey les dé licencia para reunirse. Al varón, a Diego, lo mandará a buscar cuando tenga edad de empuñar la espada.

—¡Pobre mujer!

—¿Pobre? Es una rica-hembra, noble, y sobrina del mismo rey —a Sancho le parecía casi escandaloso que su madre llamara pobre a la señora de Vivar.

—Yo soy más rica que ella, porque tengo a mi marido en casa, con su honra intacta, y a seis de mis siete hijos. Y porque el mayor es un caballero leal a su señor —añadió, sonriendo entre lágrimas.

En ese momento entró Ramiro Láinez, cojeando y con el pelo aún mojado, ya que era su costumbre despejarse del sueño metiendo la cabeza en la alberca.

—Buenos días nos dé Dios, mujer. Hijo, ven conmigo; quiero enseñarte algo antes de que tu madre te ablande con tanta lágrima.

Subieron al piso superior de la casa y entraron en el desván, que, como era principio de verano, estaba ya casi vacío de su carga habitual de fruta puesta a secar y tinajas de aceite y de harina.

Al fondo había un arcón con herrajes negros que Sancho no había visto nunca. Ramiro se arrodilló, se quitó una llave que llevaba colgada del cuello y lo abrió reverentemente.

Dentro había un bulto alargado cubierto con un paño árabe de hermosa factura que alguna mano femenina había cristianizado debidamente, bordándole unas cruces amarillas que destacaban sobre el intenso azul.

El padre cogió el bulto, lo sacó con cuidado y lo depositó sobre la tapa del arcón, que Sancho había vuelto a cerrar. Luego, con manos firmes, lo desenvolvió.

Era una espada. La espada más bella y extraña que Sancho hubiera visto jamás. La vaina era de cuero cordobés repujado con filigranas y la empuñadura brillaba suavemente a la primera luz del alba. El padre la sacó de su vaina y le mostró una hoja fuerte, pulida y, por lo que parecía, perfectamente calibrada. No era una espada cristiana, eso estaba claro; ni siquiera árabe.

—Es Cordeluna —dijo Ramiro Láinez con un leve temblor en la voz—, la espada de nuestros antepasados. Se llama así porque en la hoja tiene grabado este emblema, ¿ves?, un corazón y una luna que lo cruza. Y la empuñadura tiene una piedra tan rara que parece hecha del mismo corazón de la luna. Mírala.

Sancho la contempló, arrobado, sin atreverse a tocarla: era una piedra grande y ovalada, de un color lechoso como la luz de la luna llena sobre las rocas blancas y en su interior parecían moverse lentamente volutas de humo de colores. Sin que nadie se lo explicara, sintió que era una piedra viva, una piedra mágica. A los lados de la empuñadura brillaban otras dos piedras iguales, más pequeñas, igual de misteriosas.

—¿Ha sido bendecida, padre? —preguntó Sancho con la boca seca—. No parece obra de cristianos. Ni siquiera de mortales —continuó con una risa fingida para ocultar su emoción.

—Ha sido bendecida en cien combates, hijo mío. Cordeluna vino de muy lejos. Se la ganó un antepasado mío a un moro que venía de más allá de Persia, de unas islas que están en el mar del fin del mundo. Siempre nos ha servido bien. Ahora es tuya. Si ella te acepta.

Sancho levantó la vista de la espada y la fijó en su padre, sin atreverse a hablar, sin atreverse a preguntar cómo podía un buen cristiano hablar así de una espada.

—Tómala en tu mano y siente su peso y su fuerza. Siente si estáis hechos el uno para el otro.

Al alargar la mano para tomar la espada que le ofrecía su padre, Sancho sintió que todos sus músculos temblaban, como después de un gran esfuerzo. Casi tuvo que obligarse a blandir aquel arma, como si temiera que se revolviera por su propia voluntad, pero miró la piedra de luna y fue como perder la vista en un cielo de verano surcado por nubes sutiles que danzaran en lo alto.

Su mano se cerró en el puño de Cordeluna y la alzó frente a él. De inmediato, se sintió recorrido por una fuerza desconocida que lo bañaba de la cabeza a los pies como un río caliente y poderoso. El primer rayo de sol hirió sus ojos y relumbró en el filo de la espada y en las otras dos piedras blancas, más pequeñas, que adornaban la empuñadura.

—Cordeluna —susurró Sancho, como si la reconociera.

—Sé digno de ella, hijo. Úsala con bien y para bien, a mayor gloria de Dios y para honor de tu señor y de tu linaje.

Cuando volvió a enfundar a Cordeluna, aún sentía un cosquilleo recorriendo su cuerpo, junto con la sangre.

Tres días después partieron de Vivar, hacia el destierro.

Más allá de Burgos, con el sol ardiendo despiadado sobre su cabeza y los hombros cubiertos de hierro, Sancho se permitió alzar los ojos que había mantenido fijos en el cuello de Durán durante las últimas leguas. Se le estrujaba el corazón de pena cada vez que veía a don Rodrigo firme y sombrío, acompañado por tan pocos de los hombres que durante años le habían servido. Él no había querido hacer uso de su derecho y había dejado a la voluntad de cada cual la decisión de marchar con él o de quedarse. Y muchos habían decidido permanecer en Castilla sin que él se lo recriminara. Al fin y al cabo, todos tenían familias que mantener y proteger, honra que guardar, pequeñas posesiones que defender, mientras que don Rodrigo, que tenía más que cualquiera de ellos, había tenido que dejarlo todo atrás y eso era lo que le había arrancado lágrimas y suspiros al partir de Vivar, aunque ahora se hubieran secado ya para dejar el fuego que siempre lo había movido y que contagiaba a sus mesnadas, que irían al mismo infierno a una palabra suya.

Avanzaban en silencio, al paso, despidiéndose en su corazón de todo lo que dejaban. A don Rodrigo le quedaba aún la peor despedida en el monasterio de San Pedro, el momento de dejar a su esposa y sus hijos, pero Sancho no estaría allí para verlo porque sus órdenes eran adelantarse con otros diez camaradas, pasar el Duero, y

montar un pequeño campamento en el que su señor se les reuniría dos días más tarde para internarse en tierra de moros.

Se separaron en una bifurcación de caminos y, mientras el sol bajaba hacia su ocaso, tras de sus espaldas, Sancho se dedicó a pensar primero en lo que dejaba atrás y luego en lo que le esperaba en el futuro. Detrás la infancia, la paz, la seguridad; delante la madurez, la lucha, el triunfo, la gloria, quizá. Pero de momento lo único que era suyo era el buen caballo de batalla que montaba, la misteriosa espada que pendía de su flanco y la fuerza de su brazo. Y su fe. Y sus recuerdos.

Recordó la conversación que había mantenido con su hermano Ramiro el día antes de marchar, cuando le había contado la fiesta que había dado el rey don Alfonso para honrar a don Rodrigo por su feliz regreso, antes de la acusación y de la vil condena de destierro.

Si se esforzaba un poco, el violento amarillo de los campos circundantes se difuminaba para dejar paso al salón deslumbrante de antorchas, a las viandas que les habían servido, a la música de los mejores juglares del reino, a las galas de las damas que se deslizaban entre los hombres, tan lavados y peinados que apenas si parecían los mismos guerreros que él conocía.

Sonrió al pensar en la mujer que lo había elegido como pareja de baile, a pesar de que él era sólo un muchacho y ella una rica-hembra: doña Brianda, la joven viuda del conde de Peñalba, una mujer deslumbrante, de cabellos negros como plumas de cuervo adornados con una sarta de perlas árabes, de labios rojos y ojos verdes que le sonreían cada vez que sus manos se encontraban en la danza.

Si se hubiera quedado en Castilla, habría podido volverla a ver. Ella le había pedido que entrara a su servicio, le había sugerido incluso que estaba buscando un nuevo capitán para sus hombres, ahora que, muerto su esposo, tenía que ocuparse ella misma de esos menesteres, pero antes de que acabara la fiesta se había corrido la voz del oro que al parecer faltaba de las arcas traídas de Sevilla, y los guerreros de don Rodrigo habían tenido que salir del salón a órdenes de su señor.

Sancho no se arrepentía; su lealtad estaba por encima de todo, la había mamado con la leche de su madre y se había fortalecido con la recia mano de su padre. Sin embargo ahora que no tenía ya nada que decidir o que perder, se entretenía pensando cómo podría haber sido su futuro de haber aceptado la propuesta de doña Brianda que, incluso para un mozo inexperto como era él, contenía más de lo que dejaban traslucir las palabras. Nunca habría podido convertirse en su esposo legítimo, siendo como era un simple hijo de hidalgo, aunque fuera el primogénito, pero las damas viudas podían conceder un tipo de favores que no resultaban nada desdeñables para un muchacho joven y fuerte, con ambiciones. Podría haberlo casado con una de sus doncellas y él, poco a poco, por su actuación en el campo de batalla, podría haber ido mejorando de posición.

Pero no eran más que ensoñaciones. Su futuro, fausto o nefasto, estaba junto a su señor. Lo había decidido pensando en su honor, en la honra de los suyos y en la

lealtad debida a don Rodrigo. Tenía la bendición de Dios y de su padre. Lo demás carecía de importancia. Lo demás, aunque fueran los jugosos labios de una hembra que estaba muy por encima de su estado y que aún le quemaban en los suyos al recordar aquel beso, no cambiaría jamás la decisión que había tomado. En el orden de las cosas que Dios había fijado al principio de los tiempos, las mujeres siempre eran las segundas. Incluso cuando el matrimonio convertía a hombre y mujer en una sola carne, el marido seguía siendo la cabeza, y ningún varón que se respetara podía alterar ese orden. Aunque el amor por la esposa y por la madre era sagrado, había cosas que un hombre debía poner por encima cuando las circunstancias lo requerían.

«Y el mundo está lleno de mujeres», pensó con una sonrisa traviesa.

* * *

«El mundo está lleno de mujeres», pensó Gloria poco antes de subir al microbús que los llevaría a empezar la aventura en la que tanto había soñado a lo largo del invierno. Nada más llegar al aparcamiento de la facultad de filología, donde habían quedado para reunirse, su padre ya había hecho un comentario jocoso sobre que aquello parecía una excursión de las hermanas ursulinas. Despidiéndose de sus familias, había ocho o nueve chicas, mientras que los chicos eran sólo tres.

—¿No vais a preparar una obra sobre el Cid y la vida en la Alta Edad Media? —preguntó Gregorio, el padre de Gloria, con algo de sorna.

—Lo sabes perfectamente, papá.

—Pues sí que es raro que haya tanta chica, cuando en aquella época el mundo era eminentemente masculino. No pensarán disfrazaros de guerreros, ¿verdad?

—Deja de tomarme el pelo; ya estoy bastante nerviosa.

—Si quieres ser actriz, tendrás que acostumbrarte tanto a estar nerviosa como a que te tomen el pelo; ya sabes que eso forma parte del asunto.

—Sigue sin parecerte bien, ¿verdad?

Gregorio hizo una inspiración profunda, apretó ambas manos sobre el volante y contestó tras unos segundos de pausa:

—Si no me pareciera bien, te lo habría prohibido, como han hecho los padres de Valeria. Y sin embargo, aquí me tienes, trayéndote en coche para que no tengas que arrastrar por el metro el maletón que llevas. No querrás que, además, me ponga a bailar la jota de alegría.

—Pero ¿qué tiene de malo que quiera ser actriz?

—Nada, hija. Salvo que es un trabajo enormemente inestable, que nunca tendrás ingresos fijos, que te pasarás la vida pendiente del teléfono, sufriendo porque hay posibilidades de conseguir esto o aquello y luego la cosa no sale. Salvo que en esa profesión sólo tienen la sensación de que ha valido la pena los que consiguen llegar a un nivel de éxito muy grande, con lo cual todos los que se ganan la vida decentemente como actores pero no llegan a estrellas sienten que son unos

fracasados... Ya lo hemos hablado mil veces, Gloria.

—El que esté aquí ya significa algo, papá. Y, además, ni siquiera sé seguro si quiero ser actriz, pero quiero probar y ésta es una oportunidad increíble. Me han elegido entre más de quinientas y sólo llevo dos años haciendo cursos de teatro.

—Sí, eso ya es un éxito, claro, y si tu madre y yo te hemos dejado participar en el proyecto y el taller es porque los dos pensamos que para ti es importante y que eres buena en lo que haces. Pero nos da miedo que pienses que es muy fácil y que enseguida vas a conseguir fama, dinero y *glamour*... y que luego te des el gran trompazo. ¡Mira, ahí llega Bernardino!

Bernardino Zavala, un hombre menudo, fibroso y no muy alto, era el director del proyecto. Irradiaba una energía que se contagiaba a todos los que tenían la suerte de trabajar con él y, aunque era exigente, nadie se quejaba de lo que hubiera que hacer porque, cuando Bernardino quedaba satisfecho, es que habían alcanzado el máximo que podían dar.

Durante todo el curso se había ido pasando por los talleres de teatro de los institutos que colaboraban en el proyecto y dos semanas atrás había elegido a los treinta estudiantes —chicos y chicas— que trabajarían en el montaje final. Como el proyecto era de nivel nacional, la mitad de los participantes se reunían en Madrid y la otra mitad en Barcelona, para luego encontrarse todos en su lugar de destino, un antiguo monasterio reconvertido, en la zona de Burgos, donde tendrían lugar los ensayos de la obra de teatro y más tarde la filmación del documental.

Gloria era la única de su instituto que había sido seleccionada para el proyecto y, por tanto, no conocía a nadie y se encontraba un poco desplazada junto a su maleta, esperando que el chófer la colocara en el vientre del microbús. Miraba de reojo a las otras chicas, tratando de decidir si la ropa que llevaba era la más adecuada y de imaginar si una de aquellas desconocidas llegaría a ser, días o semanas más tarde, una auténtica amiga.

Al principio, todo le había parecido fabuloso y el haber sido elegida para participar entre tantas otras que lo habían solicitado le había hecho sentirse como una auténtica estrella, pero ahora, rodeada de gente que ni siquiera sabía cómo se llamaba, ya no estaba segura de que fuera una gran idea sacrificar todas sus vacaciones de verano para pasarlas en plena meseta ensayando y ensayando y tomando clases de literatura, dicción, improvisación y todo lo que fuera necesario para llevar el proyecto a buen puerto. Y además todas aquellas chicas parecían más guapas, más seguras de sí mismas, y podría jurar que lo hacían todo mejor que ella y tendrían los mejores papeles.

Mientras Gloria caía, sin apenas darse cuenta, en las fantasías más negras, su padre charlaba con Bernardino de algo que, al parecer, los dos encontraban muy divertido.

—Hay chicos de casi toda España —dijo Bernardino al acercarse al maletero del microbús, donde se habían concentrado las chicas—. No os tendréis que disfrazar de

hombre, os lo prometo. Por lo demás, no estáis a salvo de nada: doncellas, campesinas, moras, brujas..., lo que haga falta.

Todos soltaron la carcajada, incluso los tres chicos que, instintivamente, se habían apiñado junto a la puerta como para marcar un poco la distancia entre los sexos.

A una señal de Bernardino, todo el mundo empezó a despedirse de su familia. Gloria abrazó a su padre y le susurró al oído:

—Eso que nos ha explicado de por qué hay tan pocos chicos ha sido porque le has preguntado tú, ¿no?

—Pues claro —Gregorio lucía una sonrisa esplendorosa.

—Pero bueno, papá, ¿tú te crees que las chicas no pensamos más que en eso?

—No sé. Yo, a tu edad, no pensaba más que en chicas, te lo juro. Y dos meses perdido en medio de la nada, trabajando todo el día, sin la perspectiva de que hubiera algo agradable que mirar... Te juro que yo no me habría apuntado ni muerto. Pero, bueno, ahora que sé que sois más o menos mitad y mitad ya me quedo más tranquilo. ¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Móvil, cargador, dinero, la tarjeta, el DNI?

—De todo.

Se abrazaron cariñosamente y Gloria, agarrando la mochila, subió al microbús con una sonrisa que, aunque seguramente nadie más interpretaría como él, para su padre dejaba bien a las claras su inseguridad y a la vez la enorme ilusión que la llenaba. Gregorio le hizo la señal de pulgares arriba y se dio la vuelta para marcharse antes de empezar a ponerse estúpidamente sentimental; su hija ya no era ninguna niña y lo había elegido ella, de modo que, si tenía que pasar algún mal rato, era parte del proceso natural de crecimiento. Y estaba seguro de que sería un verano memorable para Gloria.

Dormitando en el autobús que los llevaba al monasterio donde pasarían las próximas ocho semanas, Sergio, sin poder evitarlo, sonreía para sí mismo recordando la noche anterior, en la discoteca. Todos los de su grupo, procedentes de distintas ciudades, se habían reunido en Barcelona y, después de una cena temprana y bastante insípida en un albergue juvenil, habían convencido a Bárbara, la monitora que los había recogido, para ir a bailar un rato antes de retirarse, a pesar de que sabían que tenían que levantarse muy temprano para llegar a Burgos.

No habían estado más que un par de horas en la discoteca, pero había bastado para que le sucediera algo que incluso ahora no podía creer: Bárbara, una excelente actriz mucho mayor que él —debía de tener al menos veinticinco años— había bailado con él y, con la desenvoltura propia de una mujer de su edad, lo había abrazado de un modo que aún lo hacía tensarse por dentro. Se le había ido pegando cada vez más mientras le hablaba al oído de los planes para el verano, le había acariciado la nuca mientras bailaban e incluso, al final, antes de separarse y aprovechando la protección de una columna que los ocultaba a la vista de los demás,

lo había besado apasionadamente. Luego, tras una última caricia, lo había abandonado con una sonrisa misteriosa que prometía mucho más, dejándolo perplejo.

Ahora, con el sol pegando fuerte contra los cristales del autobús, todo parecía un sueño, pero si movía un poco la cabeza podía ver el pelo de Bárbara, violentamente rojo, en el sillón del guía y una inquietud desagradable se le iba extendiendo por dentro. Él no había tenido ninguna culpa; jamás se le hubiera pasado por la cabeza hacer una cosa así. Era ella la que, sin que consiguiera explicarse por qué, lo había elegido, y eso lo asustaba un poco porque estaba claro que sólo podía traerle problemas.

Por otro lado, podía ser una suerte, porque el interés de Bárbara podría ayudarlo a conseguir un buen papel en la obra, que era lo que más deseaba en el mundo, lo que llevaba meses deseando, desde que Matilde, su profesora de literatura, les había hablado del proyecto a principios de curso. Y ahora estaba aquí, había sido elegido entre tantísimos candidatos, había leído montones de libros sobre la Alta Edad Media, una época que le había interesado desde su infancia, y había convencido a sus padres de que le pagaran clases de equitación durante todo el año. La esgrima no era problema porque llevaba casi toda su vida en ello, ya que era el deporte favorito de su padre, aunque ahora tendría que aprender, como todos los demás, a manejar una espada grande y pesada, de doble filo, como las que se usaban en el siglo XI. Y todo eso podía estar en peligro ahora por haberse dejado arrastrar por el atractivo de una mujer mayor, que además era su monitora. ¿Pero qué podía haber hecho? ¿Soltarse bruscamente y decirle que no? Además, sólo había sido un beso. No tenía ninguna importancia. Seguro que para Bárbara no había sido más que un capricho estúpido.

Lo mejor sería dejar de preocuparse por el asunto y empezar a pensar en el futuro.

* * *

Después de haber cruzado el Duero por Navapalos, donde se le unieron más caballeros que habían decidido acompañarle al destierro, don Rodrigo cabalgó con su hueste hacia la sierra de Miedes, ya en tierra de moros, para reunirse con la avanzadilla que había enviado por delante, de la que formaba parte Sancho Ramírez, y mandó montar el campamento. Antes de que cayese la noche, ordenó revistar a sus gentes para saber de cuántos hombres disponía y, después de arengarlos y agradecerles su valor, les explicó sus planes de cabalgar de noche y descansar de día para evitar en lo posible que se supiera adónde pensaba dirigirse. Luego los mandó retirarse a descansar.

Tumbado en su manta, con la cabeza apoyada en la silla y el cielo estrellado por techo, rodeado de los trescientos caballeros que acompañaban al Campeador, Sancho dio las gracias a Dios por estar vivo, por formar parte de la mejor hueste de la cristiandad, por tener un señor valiente y generoso en el que podía confiar, y todo un futuro extendiéndose por delante.

Sabía que le esperaban muchos sacrificios y privaciones, muchas escaramuzas y batallas, sangre y dolor. Ésa era la vida del guerrero y Dios había dispuesto que naciera en ese estado, igual que podía haber decidido haberlo puesto en el mundo como monje o como labrador; la humildad del hombre estaba en aceptar el destino que Dios había dispuesto para él y hacer todo lo que estuviera en su mano para ser digno de Él y de la eterna recompensa.

Apenas habían dormido unas horas cuando don Rodrigo mandó ensillar, ya que se cumplía el último día del plazo y era menester cruzar la sierra para abandonar las tierras del rey don Alfonso.

Sin ningún incidente, llegaron al cabo de dos noches a las puertas de Castejón, junto al río Henares, y allí el Campeador, que tenía que pensar en la manutención de trescientos hombres de armas, se reunió en consejo con su brazo derecho, don Álvar Fáñez, llamado Minaya, y sus más experimentados guerreros, y tomaron la determinación de enviar dos tercios de la mesnada al mando de Minaya a hostigar a los moros de los alrededores para conseguir las provisiones necesarias, mientras cien hombres permanecerían con don Rodrigo para asaltar por sorpresa la pequeña plaza de Castejón.

Sancho marchó con don Álvar y durante varios días se dedicaron a correr la tierra atacando a los moros de los alrededores, hasta las cercanías de Guadalajara y Alcalá, con tan buena fortuna que apenas si sufrieron bajas, y cuando Minaya dio la orden de regresar al campamento sólo tenían tres heridos leves a cambio de un gran botín: grandes ganados de ovejas, algunas vacas y caballos, ropas y enseres de diversa condición.

A su vuelta, don Rodrigo los recibió ya dueño de Castejón, que habían ganado sin apenas derramamiento de sangre aprovechando el hecho de que los moros habían dejado las puertas de la ciudad abiertas al salir a trabajar al campo. El Campeador, haciendo gala de una enorme generosidad, hizo contar el botín obtenido y mandó a sus quiñoneros que repartieran la ganancia entre todos los hombres, tanto caballeros como peones.

A Sancho le tocaron cien marcos de plata, una auténtica fortuna que lo dejó perplejo porque no pensaba haberlos merecido. Sin embargo Minaya le puso la mano en el hombro cuando él empezó a sacudir la cabeza tratando de rechazarlos y le dijo:

—Te lo has ganado, Sancho Ramírez. Eres valiente y leal. Don Rodrigo quiere que nadie lamente haber echado su suerte con él. No sufras; ya tendrás tiempo de hartarte de luchar y de bañarte en sangre por nuestro señor. Guarda esos dineros en la bolsa y no permitas que ningún moro te los arrebatte —continuó con una sonrisa—. Si Dios es servido, serás un hombre rico.

A pesar de sus palabras a Sancho, el mismo Minaya no quiso aceptar su parte del botín y, públicamente, juró no hacerlo hasta que en la siguiente batalla la sangre le chorreara codo abajo. Fue una bravuconada, pero puso de muy buen humor a los hombres, que enseguida se entusiasmaron con la idea de abandonar Castejón cuanto

antes, no sin antes haber vendido a los moros el derecho de volver a ocupar la plaza, y seguir cabalgando en busca de nuevos desafíos y enfrentamientos con el enemigo.

Todos sabían que don Rodrigo deseaba seguir avanzando hacia el este, por tierra de moros, para no tener que luchar contra cristianos, ya que era muy probable que el rey Alfonso enviara partidas contra ellos si se quedaban tan cerca de su reino.

Las cabalgadas eran duras y el calor apretaba porque, estando en tierras enemigas, tenían que vestir de hierro todo el tiempo y, aunque normalmente el yelmo colgaba del arzón, dejando la cabeza libre, las ropas se iban pegando al cuerpo con el sudor que escurría y se iba empastando con el polvo levantado por los cascos de los caballos. El paisaje reverberaba bajo el sol y, conforme avanzaban hacia el este, en dirección a Alcocer, los bosques raleaban y el camino los llevaba por terrenos cada vez más áridos: una tierra roja como sangre seca que se mantenía en suspensión en el aire quieto creando un velo carmesí por el que avanzaba la hueste con sus armas destellando bajo el sol, llevando el temor a los campesinos moros que trabajaban sus tierras y se escondían al paso de los guerreros cristianos rogando a su dios que los protegiera de sus ataques.

—La verdad es que preferiría volver a cabalgar de noche —comentó un joven guerrero a la izquierda de Sancho—. Este calor me está matando.

Sancho sonrió. La barba negra del otro brillaba, mojada, y por la frente le resbalaban gruesas gotas de sudor que se enjugaba con un enorme pañuelo de hilo. Era grande y fuerte, con algo de oso en su postura, anchos hombros y unos brazos que debían de ser terribles en batalla.

—¿De dónde eres?

—Soy asturiano y creo que en todos los días de mi vida no había pasado tanto calor. Daría cualquier cosa por un baño en las aguas heladas del Sella. Me llamo Laín Ansúrez.

—Yo soy Sancho Ramírez. Castellano. De la casa de don Rodrigo.

Laín descolgó un pellejo del arzón y se lo ofreció a Sancho:

—Bebe con cuidado. Es fuerte.

Sancho dio un trago, pasó el vino por la boca antes de engullirlo y volvió a sonreír.

—Sí que es fuerte. Y algo áspero, pero está bueno. Gracias. ¿Qué haces tú aquí tan lejos de tu tierra?

—Buscarme la vida. Soy el tercer hijo varón de mi padre y las tierras no dan para todos. Además, nunca he querido ser labrador. Un tío mío, canónigo, me regaló el caballo y me vine hacia Castilla porque sabía que el rey da tierras a los que le sirven extendiendo la frontera. Unos camaradas me dijeron que don Rodrigo necesitaba hombres para su campaña y he venido siguiendo vuestros pasos hasta que os he encontrado. Don Álvaro me aceptó anoche. Estoy deseando entrar en combate.

—Parece que don Rodrigo piensa atacar Alcocer. Ahí tendrás lo que buscas. Alcocer es vasallo del rey moro de Valencia y no creo que se dejen tomar la plaza sin

lucha. Si lo hacemos bien, tendremos honra y fortuna.

—Y mujeres —sonrió Laín.

Sancho pensó fugazmente en los labios rojos de doña Brianda y sonrió también.

* * *

El autobús de Madrid tardó menos de tres horas en llegar a Burgos, con una pequeña parada para tomar café, que todos aprovecharon para ir al lavabo y para comprarse alguna chuchería en el bar. La mayor parte había pasado el tiempo durmiendo, oyendo música o mirando sin mucho interés una comedia bastante antigua que el chófer había metido en el vídeo nada más salir de Madrid, y hasta el momento, daba la impresión de que todos evitaban empezar una conversación, como si temieran comprometerse con alguien, antes de haber tenido ocasión de decidir con quién querían relacionarse.

Bernardino sabía perfectamente lo que sentían y hubiera podido crear ambiente en menos de diez minutos, pero había decidido dejarlos a su aire hasta que se reunieran todos porque no quería que se creara una dinámica de «los de Madrid» frente a «los demás», al menos no hasta que no estuvieran repartidos los papeles; entonces sí que le vendría bien esa toma de conciencia —vieja nobleza asturleonera frente a los nuevos nobles castellanos—, pero quería que se produjera en la ficción, no en la realidad, de modo que se había pasado el viaje mirando el paisaje y pensando en la diferencia que marcaban los mil años que separaban el mundo de Rodrigo de Vivar del nuestro. Los accidentes geológicos serían aproximadamente los mismos —aunque las montañas se hubieran erosionado, hubieran desaparecido los espesos bosques y los ríos hubieran modificado su curso—, pero todo lo demás era distinto. Ahora trescientos kilómetros eran un paseo en un vehículo que se deslizaba por una superficie lisa; el viajero estaba cómodamente sentado en un sillón, resguardado del viento por un cristal que no sólo dejaba pasar la luz sino que era totalmente transparente, y protegido de la agobiante temperatura exterior por un sistema de refrigeración que incluso le permitía elegir los grados que le apetecía sentir en la piel. Y además, si quería, podía escuchar música, recibir noticias o ver historias de ficción en una pantalla con todos los colores y los sonidos de la realidad; y comunicarse con su familia para decirles dónde y cómo estaba o saber de ellos.

A veces pensaba que sería imposible que aquellos jóvenes se dieran cuenta de lo que significaba vivir en el año 1081, la fecha del primer destierro del Cid. Todas las comodidades de las que gozaban les parecían tan evidentes que ni siquiera se daban cuenta cabal de tenerlas. Por eso él había querido que las primeras semanas de taller se desarrollaran, no sólo en la zona natal de Rodrigo de Vivar, sino en unas condiciones lo más sencillas posible. Claro que había agua corriente, y duchas y váteres, y una cocina con todos los electrodomésticos, pero estaba decidido a pedirles que no usaran la luz eléctrica en lo posible, a requisarles los móviles, los iPod y los

MP3, y a intentar por todos los medios que consiguieran captar siquiera un vislumbre de lo que era la vida altomedieval.

Por supuesto Luis les daría clase de historia y de literatura y trataría de explicarles cómo sentía la vida una persona del siglo XI, y Diego se ocuparía de la parte religiosa, tan importante para el sentir medieval, y Fernando enseñaría algo de esgrima a los chicos, y Laura les daría clase de equitación a todos, y Amy ensayaría con ellos bailes de la época, y él y Bárbara trabajarían todos los aspectos directamente relacionados con el hecho teatral, pero si luego, después de unas cuantas horas, volvían al *rap* y al tecno y a las deportivas en los pies, perderían en unos minutos lo que habían ganado a lo largo del día. Quería hacer de aquellas semanas una auténtica experiencia vital para los estudiantes, no sólo un taller que desembocaría en unas cuantas representaciones y en un documental; por eso había procurado elegir no sólo a los que más talento tenían como actores, sino a los que entendían la profesión con mayor carga de humildad. Naturalmente, cualquier aspirante a actor tiene una gran vena exhibicionista y vanidosa, por muy tímido que se considere a sí mismo; pero los hay que están dispuestos a trabajar lo que haga falta a cambio del privilegio de aprender y actuar, mientras que otros sólo buscan el estrellato por cualquier medio a su alcance, y Bernardino no era de los que se lo ponen fácil a ese tipo de personas.

Estaba prácticamente seguro de que, al final de la primera semana, al menos cinco o seis de ellos habrían tirado la toalla, cosa que de hecho estaba muy bien porque él sólo necesitaba de verdad a unos veinte, incluso menos, de manera que podía permitirse ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar cada uno de ellos.

Gloria no había vuelto a dormirse desde la parada en el bar y llevaba ya rato atenta al paisaje y a las desviaciones que iba tomando el microbús, cada vez por carreteras más estrechas, hasta que el chófer enfiló un camino de tierra que no parecía conducir a ningún sitio en particular, entre campos amarillentos donde se perfilaba de vez en cuando la silueta achaparrada de algún árbol cuyo nombre no conocía. Ella siempre había vivido en grandes ciudades: había nacido en Roma, cuando su padre estaba destinado allí; a los ocho años se habían trasladado a Londres y desde los doce vivían en Madrid. Era una chica urbana y, ahora que empezaba a darse cuenta de que el lugar al que se dirigían estaba realmente, pero realmente en medio de la nada, sentía una inquietud que se parecía peligrosamente al miedo. Si hubiera podido hacerlo sin perder la dignidad, habría dado media vuelta en aquel mismo instante.

Se encontró con una mirada que reflejaba la suya como un espejo:

—¡Jo, esto es el auténtico culo del mundo! —dijo la chica, reproduciendo con sus palabras los pensamientos de Gloria.

—Eso estaba pensando yo en este momento.

Se miraron con incredulidad y se echaron a reír a la vez.

—Me llamo Gloria.

—Yo, Tina.

El microbús aparcó delante de un edificio largo y bajo, de una sola planta, de paredes de piedra y contraventanas de madera oscura algo maltratadas por la intemperie. Una torre maciza y cuadrada recortaba su silueta sobre un cielo intensamente azul. Más allá había un par de casas pequeñas y una construcción que podría ser un establo. No había ningún otro vehículo.

Detrás del edificio, se balanceaban en la brisa unos cuantos árboles muy altos y flexibles que ocultaban parcialmente una colina. El calor, al bajar del microbús, los hizo boquear como peces sacados del agua.

—¡Qué barbaridad! —dijo un chico moreno, con gafas de sol—. ¡Qué calor más bestial!

—Es que es casi mediodía —intervino una chica muy delgadita y con el pelo muy largo.

—Pues si te parece que hace calor, espera a llevar puesta la loriga, Rafa. Y el yelmo. Aparte de que en el siglo XI no había gafas de sol; o sea, que ya te las estás quitando —dijo Bernardino, con la sonrisa de siempre.

—¿Lo dices en serio? —Rafa estaba perplejo.

—Claro que lo digo en serio. Luego os lo explicaré mejor, cuando lleguen los demás, pero mientras vivamos aquí, vamos a tratar de sentir lo que podrían sentir nuestros personajes en su época. Más o menos, claro. No vamos a llenarnos de pulgas y piojos, que era lo normal entonces. ¡Venga! ¡Coged las maletas y vamos entrando! Dentro no hay aire acondicionado, pero estaremos a la sombra. Los otros estarán al llegar.

Mirándose en silencio, los jóvenes fueron agarrando cada uno sus trastos y siguieron a Bernardino, que sólo llevaba una bolsa de mediano tamaño. En el amplio vestíbulo los recibió una señora que se presentó como Nieves y que, al parecer, era quien se ocuparía de darles de comer y de que la casa funcionara correctamente.

—La cama os la haréis vosotros mismos. Yo limpio los cuartos una vez a la semana y dejo sábanas limpias. De los baños también me encargo yo a diario, y de hacer la compra, guisar y fregar los cacharros, aunque si alguien quiere echarme una mano, no le voy a decir que no. Si os tomáis algo por la noche o alguien se quiere hacer un café o cosas extra, lo que uséis lo fregáis vosotros. Mi marido, Tomás, ha ido al pueblo a hacer unos recados y él es quien se encarga de arreglar lo que se estropea, entre otras cosas. ¡Ah! En el cuarto de detrás del patio hay una lavadora. También hay detergente y cuerdas para tender. Vuestra ropa es cosa vuestra. Y si alguien quiere planchar, le puedo prestar una plancha. ¿Todo claro? Pues estaré en la cocina. La comida, dentro de media hora.

Se oyó un coro de carraspeos y arrastrar de zapatos. Nieves se marchó con la sensación de que a aquellos niños bien nadie les había hablado nunca con tanta claridad.

—Bueno, pues ya podéis ir dejando vuestros trastos —dijo Bernardino—. Hay

cuartos de sobra; son habitaciones individuales porque se trata de las antiguas celdas de los monjes. Quizá os llame la atención que las habitaciones no tengan llave ni cerrojo, pero esta casa está pensada para grupos de gente que trabaja en un proyecto común. Si tenéis algo de valor que no queráis arriesgar, hay una caja fuerte en la oficina. La llave la tenemos Tomás y yo. Nos vemos dentro de quince minutos en el comedor.

Bernardino echó a andar por el pasillo de la izquierda y se perdió de vista al doblar el recodo.

Los demás, después de mirarse de nuevo en silencio, empezaron a dirigirse a derecha o a izquierda, leyendo las placas que adornaban cada puerta. Todas las habitaciones tenían nombre de árbol, de flor o de planta, y había un dibujo o una muestra junto a las letras.

Gloria fue dejando atrás las primeras habitaciones —*Aliso, Fresno, Prímula, Saúco, Amapola, Olmo*— y, sin saber por qué, se quedó parada frente a una que decía *Serbal*.

No tenía ni idea de qué era un serbal, pero había algo en ese nombre que le resultaba atractivo, así que abrió la puerta a un cuarto mínimo, de paredes blancas, salvo la exterior, que era de piedra, con una cama estrecha, una mesita de madera sin pulir, y una ventana que daba al bosquecillo trasero. En lugar de armario, había un perchero con varios ganchos de hierro forjado.

—¿Te importa que me quede aquí al lado? —preguntó Tina desde la puerta.

—No, qué va.

—La verdad es que habría preferido cuartos de dos.

—Podemos preguntar luego si todos son individuales y, si hay alguno doble, nos lo quedamos.

—¡Genial!

Las dos dejaron las maletas junto a la pared, donde menos molestaban, sacaron el neceser y se fueron juntas a buscar el baño más cercano para lavarse las manos antes de comer.

* * *

En la gran sala del castillo de Peñalba, doña Brianda miraba sin verlo el fuego que había pedido que le encendieran, a pesar de que el mes de agosto derramaba sufulgor sobre las cabezas de los labradores en los campos; pero el castillo era frío, aunque los tapices que adornaban las paredes mitigaban un tanto el helor que exudaban las paredes.

Acababa de despedir al mensajero del rey y la invitación recibida le daba vueltas por la cabeza desplegando sus posibilidades que unas veces la hacían sonreír para sí misma y otras la irritaban.

Por un lado, siempre era bueno recibir una invitación real, prueba de que se la

tenía en cuenta incluso ahora que su marido ya no se contaba entre los vivos, y muestra de que la amistad de doña Urraca, la hermana del rey Alfonso, que ella se había esforzado siempre en cultivar, seguía vigente. Por otro lado, sin embargo, aquella invitación, a apenas dos años de la muerte del conde de Peñalba, su difunto esposo, podía significar que alguien había decidido que ya llevaba demasiado tiempo libre, disponiendo de su hacienda sin el control de un hombre, y que se estaban fraguando planes para que la condesa viuda dejase de serlo. Peñalba era una posesión apetitosa y el rey tenía a su servicio muchos vasallos que estarían más que dispuestos a casarse con ella para entrar en posesión de su título y sus tierras. Y ella no pensaba consentirlo. Después de diez años de matrimonio con un hombre viejo y achacoso, ahora que por fin era libre, no estaba dispuesta a volver a someterse a nadie, a menos que el elegido pudiera brindarle mucho más de lo que ya poseía, lo que no era precisamente fácil.

Se frotó las manos frente al fuego y, lentamente, se dirigió a la ventana que miraba hacia el oeste: el sol bajaba ya hacia su ocaso pintando largas sombras violáceas sobre el paisaje solitario. Un campesino regresaba de los campos azuzando con su larga vara un asno sobre el que montaba un rapaz.

Podía ser bueno volver a reunirse con gente de su estado, charlar, bailar, divertirse con jóvenes guerreros que la miraban con admiración y deseo, como el que había conocido a principios de verano, Sancho, un hombre de Rodrigo de Vivar, que había sido tan estúpido como para rechazar su oferta, darle la espalda a todo y acompañar a su señor al destierro.

Sí, podía ser bueno volver a sentirse viva, no enterrada en sus dominios sin nadie con quien hablar. Porque Guiomar no era nadie.

A pesar de que, cuando ella llegó a Peñalba recién casada, la niña sólo tenía cuatro años, nunca habían tenido una relación de madre e hija. Guiomar era como el padre: alegre y bien dispuesta, pero irremediabilmente tonta. Vivía como los animalillos del bosque, siempre al día, sin pensar en el futuro, sin hacer cálculos, sin fijarse una meta para su vida. Se quedaba prendida de las palabras de cualquier juglar que pasara por el pueblo y hasta había conseguido de su padre que le permitiera aprender a leer y a escribir, lo que era un escándalo y una estupidez, pero el conde la adoraba y le hubiera dado licencia para cualquier cosa.

A Guiomar, con sus dieciséis años recién cumplidos, ni siquiera le interesaba hablar de su ajuar ni de su boda. Cada vez que había intentado explicarle que, siendo dos mujeres solas, tenían que trazar cuidadosamente sus planes y elegir con acierto a su futuro esposo, la muy boba le contestaba que ya habría tiempo y que el respeto debido a su padre le impedía pensar en esos asuntos. ¡Como si a los dieciséis años una mujer pudiera permitirse retrasar el compromiso! Pronto tendría que competir con otras más jóvenes aunque, en lo tocante a su dote, no había muchas doncellas que se le pudieran comparar.

La sala se fue oscureciendo mientras doña Brianda miraba la caída del sol y,

cuando se volvió de espaldas a la ventana, la negrura le pareció casi total y sintió un escalofrío.

Hizo palmas violentamente y, cuando Brígida asomó la cabeza por la puerta, pidió luces con voz destemplada.

Aceptaría la invitación.

* * *

De camino al comedor, Gloria y Tina decidieron cruzar por el claustro que ocupaba el centro del antiguo monasterio. El sol caía a plomo, sacando chispas plateadas del pequeño surtidor de la fuente, pero no hacía tanto calor como afuera, porque varios árboles extendían sus ramas sobre ellas. Era un lugar de paz, donde sólo se oía el chapoteo del agua y el gorjear de los gorriones entre las ramas.

Se sentaron un momento en uno de los cuatro bancos de piedra blanca y contemplaron el claustro: las gráciles columnas, los capiteles románicos, todos diferentes, las hierbas olorosas y medicinales de los arriates... Se estaba bien allí, sin hablar, sintiendo en la piel el peso de los mil años de existencia de aquel lugar por el que habría pasado tanta gente con sus penas y sus alegrías y sus preocupaciones que ahora ya no eran más que polvo, como lo serían las de ellas mismas mil años después.

—Me gustan estos sitios porque están llenos de símbolos —dijo Tina, al cabo de un momento.

—¿Símbolos? —preguntó Gloria.

—Sí. En la Edad Media era muy frecuente la representación de conceptos complejos a través de símbolos, para recordarles a los fieles, y en este caso a los monjes durante sus paseos por el claustro, cosas de la doctrina. Y también, si miras un poco con atención, encontrarás por todas partes las marcas de los diferentes canteros que trabajaron en la construcción del monasterio.

—¿Como ésa de ahí, en el pie de la fuente?

Gloria señalaba una marca profundamente grabada en la piedra y que representaba un sol que en el centro tenía algo como una perla o una lágrima. Las dos chicas se acercaron y Tina se agachó junto a la fuente para poder pasarle el dedo por encima a la marca.

—No —dijo una voz masculina detrás de ellas—. Ésa no es una marca de cantero.

—Ah, ¿no? ¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Tina, molesta por la intromisión de aquel chico y por que la hubiera desautorizado delante de su nueva amiga.

Gloria miró al recién llegado y, durante unos segundos, tuvo la sensación de que estaba a punto de ahogarse. No podía verle la cara porque el sol estaba justo detrás de su cabeza, envolviendo su pelo en un aura de fuego que apenas se podía mirar, pero había algo en él, en su silueta, en el tono de su voz, en sus manos finas y fuertes, que la atraía con una intensidad como no había sentido jamás en su vida. Ella siempre

había pensado que eso del flechazo era una estupidez de novela rosa. ¿Cómo iba una a enamorarse de un perfecto desconocido en cuestión de segundos, sin saber nada de él, sin saber qué clase de persona era? Y sin embargo, aunque se lo negara a sí misma, no podía evitar decirse que aquella estúpida trepidación que hacía que le temblaran las manos era un enamoramiento repentino. Sabía que se iba a pasar todas las semanas que les quedaban por delante tratando de verlo, de estar cerca de él, de que la mirara. Y eso era horrible, absolutamente espantoso, porque a juzgar por las únicas palabras que había pronunciado, aquel tipo debía de ser un imbécil insufrible y arrogante.

—Las marcas de cantero siempre representan, con más o menos libertad, las iniciales de un nombre, o de un nombre con su apellido; no son símbolos, sino letras. Y eso que tenemos aquí —el chico se agachó junto a Tina, mirando fijamente el pie de la fuente y recorriendo los contornos con el dedo— también representa un nombre, pero de otra manera, poniéndolo en clave para que nadie pueda saber de quién se trata. Es decir, al revés que los canteros, que quieren que todo el mundo sepa que fueron ellos quienes tallaron esas piedras.

—¿Y entonces, para qué grababan esos símbolos? —preguntó Tina, interesada a su pesar.

—Eran un emblema de enamorados —el muchacho continuaba trazando delicadamente con el dedo aquella marca milenaria—. Cuando un chico y una chica se enamoraban pero debían mantener su amor en secreto, él elegía un símbolo que comenzara con la primera letra del nombre de su amada y ella hacía lo mismo. Entonces dibujaban los dos símbolos cruzados y sólo ellos sabían que ése era su emblema. Él podía hacerlo pintar en su escudo y ella podía bordarlo en alguna prenda que no estuviera a la vista.

Mientras el chico hablaba y le explicaba a Tina todo aquello, Gloria se había colocado, también en cuclillas, detrás de la fuente para poder verlo sin que él la viera. Tenía el pelo castaño claro con reflejos rojizos, pómulos altos y una intensa mirada de concentración en sus ojos de color miel. Estaba deseando que esos ojos la miraran y, a la vez, le daba miedo.

—¿Estás seguro? —preguntó Tina.

—Es lo que un par de siglos después hicieron los Reyes Católicos, ¿no te suena? Ella, para simbolizar la «F» de Fernando, eligió las flechas y él, para la «Y» de Ysabel, el yugo. No me digas que no has visto miles de veces el yugo y las flechas en todos los edificios que mandaron construir los Reyes Católicos. Están por todas partes.

—Jo, macho, eres un pozo de sabiduría —comentó una voz a sus espaldas.

—Lo que me extraña un poco es que haya un emblema de enamorados en medio de un claustro benedictino —siguió hablando el muchacho, sin hacer caso al comentario de su amigo.

—A lo mejor era el emblema del rey que mandó construir el monasterio —

aventuró Tina.

—Supongo que nunca lo sabremos —dijo el chico, poniéndose de pie y abandonando la marca en la piedra con una última caricia.

—Pero podemos imaginar cómo se llamaban —insistió Tina.

—Claro, eso sí. Uno tenía un nombre que empezaba por «S», por eso el sol; y el nombre del otro empezaba por «G».

—¿Por «G»? ¿No es eso una lágrima?

—No creo. Cuando representaban lágrimas siempre ponían varias. Yo creo que es una gota. Una gota y un sol. Juntos, el arco iris. Si eso no es un emblema de enamorados...

El muchacho que había hecho el comentario jocoso empezó a especular:

—Sisebuta y Gumersindo. Godofredo y Severina. Gerardo y Silvana...

—Vale ya, hombre —rió el chico—. Venga, vamos al comedor, que llegamos tarde. Y ya, de paso, podríamos presentarnos. Éste es Quique y yo soy Sergio.

—Yo soy Tina y ésta —se volvió de repente buscando a Gloria—, ¿dónde te has metido?

Gloria salió de detrás de la fuente frotándose un ojo como si le hubiera entrado alguna arenilla.

—Ésta es Gloria —terminó Tina.

Sergio le tendió la mano, con una sonrisa, y en el momento en que Gloria retiró las suyas de la cara y se cruzaron sus miradas, sucedió algo que a Quique y a Tina les pareció muy extraño: durante unos segundos se quedaron quietos, como congelados; él con la mano tendida y ella con los dedos aún apoyados en las sienes. Más tarde, al hablar de ello, los dos testigos no conseguían ponerse de acuerdo. Quique decía que se miraban como si se reconocieran, pero no supieran de qué, o cuándo y dónde se habían conocido. Tina insistía en que se miraban como si el otro guardara un secreto vital, pero ambos hubieran olvidado la importancia que podía tener en sus vidas.

Pero lo más extraño sucedió después de esa larga mirada: con absoluta seriedad, Sergio hincó una rodilla frente a Gloria, inclinó la cabeza y le besó la mano que ella le había tendido como si lo hiciera a diario.

Desde el corredor del claustro sonaron unas palmadas de aprobación. Era Bernardino, que los contemplaba con una sonrisa:

—Bien, chicos. Veo que vais entrando en ambiente. ¡Todos al comedor! La comida está lista.

Al entrar al comedor, el antiguo refectorio de los monjes, Quique, pasándole a su amigo el brazo por los hombros —con cierta dificultad, porque Sergio era al menos diez centímetros más alto que él—, lo apartó de las chicas que acababan de conocer y prácticamente lo forzó a dirigirse a otra zona de la sala, lo que Sergio interpretó como que quería hablar con él a solas y por eso se dejó llevar, no sin antes dirigirle una

mirada a Gloria que hizo sonrojarse a la chica.

—¡Jo, macho, qué numerito! —dijo Quique en cuanto se hubieron alejado de ellas—. ¿Qué te ha dado?

—No te lo vas a creer, Quique; ni yo mismo lo entiendo. Ha sido..., no sé..., como si me hubiera alcanzado un rayo de repente... —apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cara entre las manos echándose hacia atrás el pelo que ya llevaba bastante largo.

—¡Jo, tío! ¿Quieres decir que ha sido un flechazo, como en las películas horteras y en las novelas baratas?

—No, no, vamos, no creo. Es que no sé qué ha sido, no lo puedo explicar.

—Pero ¿estás mejor? Porque te habías puesto como una sábana...

Sergio asintió con la cabeza y le indicó a Quique con la mirada que dejara el tema, ya que las sillas de al lado empezaban a llenarse y no le apetecía en absoluto que todo el mundo se enterara de lo que acababa de sucederle.

Se puso en cola para coger su plato de gazpacho, volvió a la mesa, se lo comió, volvió a la cola para el segundo plato —merluza rebozada, con patatas y guisantes—, se quedó sentado mientras los demás iban a traerse el postre, una especie de crema de chocolate, y durante todo ese tiempo, mientras fingía participar un poco en las conversaciones, se esforzaba por ver a Gloria, que estaba al otro extremo del comedor, con una expresión tan perdida como la de él, y por comprender qué le estaba pasando, tratando de analizar cuáles habían sido sus sentimientos y sus sensaciones junto a la fuente del claustro.

Había sido... ¿Cómo había sido? Como encontrarse con alguien que sólo existe en la propia imaginación, como ver en la realidad la figura de un sueño, como recuperar algo enormemente valioso que se creía perdido para siempre, como... ¿Cómo enamorarse, sin más? No. No podía ser. Algo le decía que aquello que le estaba pasando no era normal, no era algo que le pasara a todo el mundo al menos una vez en la vida; seguro que no era lo mismo que vivieron sus padres, ni lo que le habían contado los amigos que ya habían pasado por la experiencia de enamorarse.

Lo que él sentía por Gloria, a pesar de que no hacía ni media hora que se habían conocido, era una sensación de estar acercándose a lo perfecto, un sentimiento de alivio esperanzado, como si hubiera estado corriendo toda su vida, persiguiendo algo desconocido, y ahora acabara de darse cuenta de que la meta ya estaba cerca y podría descansar y ser feliz. ¡Qué pensamiento más idiota!, se dijo, un pensamiento como de viejo, como de algo que no tuviera nada que ver con él. ¿Y ella? ¿Qué estaría pensando ella? ¿Qué sentiría? ¿Se atrevería a acercarse a ella y preguntárselo sin más, o cuando terminaran de comer haría como si no hubiese pasado nada y se retiraría un rato a su celda, a pensar?

Aún no había conseguido decidirse cuando Bernardino, viendo que casi todos habían terminado de comer, se puso en pie y esperó con paciencia a que todas las voces callaran y todas las miradas convergieran en él.

—Bueno, chicos, pues aquí estamos.

Sonaron risas por todas partes. Sergio se obligó a centrarse en lo que decía Bernardino y dejar de pensar en Gloria, aunque sus ojos seguían como imantados, girándose hacia ella.

—Ya sé que no ha sido una manera demasiado elegante de empezar mi discurso de bienvenida, pero ya me conocéis. Y, además, no hemos venido aquí a soltar discursos sino a trabajar, y podéis creerme que vamos a trabajar a base de bien: nos levantaremos todos los días, fines de semana incluidos, a las seis de la mañana —sonaron gemidos por la sala—, sobre la hora que los cristianos llamaban «prima»; luego directamente a la iglesia, para que vayáis entrando en ambiente y tengáis ocasión de dar gracias por la suerte que tenéis de estar aquí. A las siete el desayuno, y a las siete y media, las diferentes clases y talleres. Trabajaremos hasta la una; a la una y media el almuerzo, pausa hasta las cuatro y de las cuatro a las ocho más trabajo. La cena a las nueve y a las once retirada general. Lógicamente, no voy a ir de celda en celda asegurándome de que todo el mundo tenga la luz apagada o no haya decidido pasar la noche en compañía; ya les expliqué a vuestros padres que no estoy dispuesto a hacer de canguro de nadie. De modo que lo que hagáis por las noches es asunto vuestro, siempre que no molestéis y que al día siguiente podáis rendir como vamos a exigirlos. Porque, no nos engañemos, vamos a exigirlos mucho, vamos a exprimiros como limones para que deis lo mejor que tenéis dentro. El que piense o la que piense, no quiero ser sexista, que no era eso lo que buscaba o que no está dispuesto a tanto puede dejarlo en cualquier momento. Nadie se lo va a reprochar. Estáis aquí porque queréis y podéis marcharos cuando os parezca. Sólo quiero que los que decidan quedarse sepan que éste es un proyecto muy serio, que está costando mucho dinero y que todos nos hemos comprometido a ofrecer calidad. Cuando esté listo, este montaje teatral y el documental que se filmará en las últimas semanas será una excelente contribución a los actos culturales conmemorativos del octavo centenario del Poema de Mio Cid, tomando como fecha base la probable redacción del manuscrito en 1207. Aunque, como sabéis, los hechos históricos sucedieron en torno al año 1081, que es lo que nosotros vamos a recrear. Otra cosa: no todos los actores de una obra pueden tener papeles de protagonista. Sé que lo sabéis, pero sé también que os sentiréis frustrados si no sois elegidos para hacer el Cid, doña Jimena, Minaya, el rey Alfonso y las otras grandes figuras. Somos un equipo. Todos sois importantes. Recordad la famosa frase de Stanislavski: «No hay papeles pequeños; hay actores pequeños». Todos vosotros sois buenos actores; futuros buenos actores, para ser precisos. Si no, no estaríais aquí. Dad lo mejor que tengáis en el papel que os toque.

Bernardino hizo una pausa, recorrió con la vista los rostros expectantes de las chicas y chicos que lo miraban fijamente y sonrió:

—Bueno, pues basta de cháchara. Hoy, como acabamos de llegar, haremos dentro de media hora una pequeña visita al monasterio guiada por Luis; acabamos de colgar en la puerta de la cocina el cartel con los grupos de trabajo para hoy y mañana. A las

cinco y media empezamos.

Levantó su vaso para brindar y toda la sala empezó a aplaudir, a silbar y a dar gritos de alegría. Bernardino dedicó a la concurrencia una esplendorosa sonrisa, se sentó otra vez y empezó a charlar tranquilamente con sus colegas, dejando a los chicos que fueran saliendo del refectorio.

Tina se levantó.

—Venga, Gloria, vamos, apenas tenemos media hora hasta la visita guiada y necesito salir de aquí.

Gloria la siguió dócilmente con la cabeza baja, sin poder evitar mirar hacia donde estaba Sergio para ver qué iban a hacer ellos. Quique le estaba diciendo algo y Sergio miraba fijamente el tablero de la mesa. Con la barba clara y el pelo largo castaño parecía realmente un caballero medieval.

—Bueno —dijo Tina cuando llegaron a su habitación—, ya me estás contando qué te ha pasado.

* * *

Habían acampado en un otero redondo, junto al río Jalón, en las proximidades de Alcocer, y el Cid, como empezaban a llamarlo ya tanto moros como cristianos, había mandado montar un campamento estable, con grandes tiendas sólidas, un buen foso de protección contra los ataques enemigos y una herrería de campaña para poder reparar de inmediato las herraduras de los caballos de batalla y mantener todas las armas en perfecto estado. Con ese despliegue y las frecuentes correrías que ordenaba por las tierras cercanas, don Rodrigo había atemorizado a los moros de la comarca hasta el punto en que ya habían decidido pagarle tributo a cambio de mantener la paz y, hacía apenas un mes, valiéndose de un engaño, había conseguido entrar en Alcocer e instalar a sus huestes en la ciudad.

Al hacerlo, había desafiado el poder del rey moro de Valencia, que había levantado un ejército de casi tres mil hombres para aplastar el orgullo del Campeador; un poderoso ejército que, comandado por los dos mejores generales moros —Galve y Fariz— se había instalado frente a Alcocer con la intención de sitiar la plaza hasta que el Cid se les rindiera.

Entre los hombres se rumoreaba que la meta final del Cid era ir sometiendo poco a poco todas las plazas que se encontraban en el largo camino hasta Valencia para acabar precisamente allí, junto al mar, conquistar la gran ciudad, invencible hasta el momento, y con ello hallarse en una posición lo bastante fuerte como para pedir el perdón del rey, el restablecimiento de las relaciones de vasallaje y la licencia para que su mujer y sus hijos pudieran reunirse con él. Un plan muy atrevido que costaría años de lucha y sacrificios, pero que podía convertir en hombres ricos y poderosos a todos los que habían tenido que abandonar el reino de don Alfonso como pobres desterrados, sin fortuna y sin honra.

Pero para lograr este sueño, primero tendrían que derrotar al ejército que los sitiaba y que había desviado el río tres semanas atrás con el objeto de que los cristianos de Alcocer tuvieran que rendirse por falta de agua.

Entrada ya la cuarta semana, don Rodrigo reunió a sus guerreros en concejo para pedirles su parecer sobre la situación.

Ya se había puesto el sol cuando los caballeros fueron entrando en la sala mayor del alcázar donde habían sido dispuestas dos docenas de teas encendidas y largas mesas con panes de centeno, guisado de carnero y abundantes jarras del fuerte vino de la región. En la chimenea del fondo rugía un buen fuego, las ventanas habían sido cubiertas con pieles de oveja y todos los moros y moras que servían las mesas fueron echados del salón para que no pudieran enterarse de las deliberaciones de los cristianos.

—Caballeros —los saludó don Rodrigo con voz firme y cálida—, todos sabéis en qué situación nos encontramos: gracias al Dios de los cielos y con el esfuerzo de nuestro brazo hemos ganado esta plaza, así como muchos haberes, dineros y caballos. No obstante, el invierno se acerca, el enemigo nos tiene sitiados, se nos acaban las viandas y casi no tenemos agua. Si fuéramos menos, podríamos intentar escapar durante la noche. Si fuéramos más, podríamos salir al campo y presentar batalla, pero hay tres moros por cada cristiano. Decidme, mis caballeros, ¿qué deseáis hacer?

Minaya Álvar Fáñez, el brazo derecho del Cid, se puso en pie y solicitó ser el primero en hablar.

—Tú mismo lo has dicho, mi señor. No podemos elegir. No es posible regresar a Castilla, no podemos quedarnos aquí detrás de estas endeble murallas esperando el momento en que nuestra propia debilidad nos lleve a una rendición absurda y deshonrosa. Tenemos seiscientos caballeros y otros tantos peones. Yo digo que, si ellos son más, nosotros somos mejores. ¡Salgamos al campo al alba, en el nombre de Dios, presentemos batalla!

Todos los guerreros empezaron a golpear la mesa con el mango de sus dagas y cuchillos en señal de aprobación hasta que, a una señal del Cid, callaron de nuevo para oír sus palabras.

—Calienta el corazón oírte hablar así, Minaya. No esperaba menos de ti ni de todos vosotros. Si, como parece, estamos todos de acuerdo, mañana haremos los preparativos para la salida. Pasado, al rayar el alba, dejaremos dos peones para cerrar las puertas de la ciudad y saldremos todos de Alcocer. Si vencemos, regresaremos con gran botín y gran honra. Si, Dios no lo quiera, somos derrotados y muertos, ya nos entrarán.

Un coro de vítores acompañó las palabras del Campeador.

La noche siguiente al concejo, cuando todo en el castillo había quedado listo para la salida contra las huestes de Galve y Fariz, Sancho y Laín se tumbaron al aire libre en

el patio del alcázar junto a una fogata. Las noches eran cada vez más frías, pero habían cenado bien, les quedaba aún un pellejo de vino y preferían estar bajo las estrellas antes que echarse a dormir en una de las atestadas salas del castillo respirando el sudor y las ventosidades de cien hombres de armas, oyendo los ronquidos, los rezos y los suspiros de los camaradas. Ellos eran aún jóvenes, tenían poca experiencia de combate y se sentían felices, fuertes, deseando entrar en acción. Charlaron un rato sobre sus familias, intercambiaron relatos de viajes mientras se pasaban el vino, y luego se envolvieron en el manto y se dispusieron a dormir. A su alrededor, otros guerreros roncaban ya y en las murallas los guardias patrullaban, velando por la seguridad de los durmientes.

Con la luna ya alta en el cielo, Sancho sintió que alguien lo zarandeaba por el hombro y se sentó de inmediato, con todos los sentidos alerta. Era Laín.

—Sancho, tienes que ver esto. Yo no me he atrevido a tocarla.

Siguió la mirada de su amigo y lo que vio lo dejó de piedra: enfundada en su vaina de cordobán, Cordeluna relucía con un suave brillo azulado, como si estuviera hecha de luciérnagas del bosque. La fogata se había consumido y, en la casi completa oscuridad del inmenso patio de armas, el fulgor era blanco y frío, como si la luna hubiera bajado a la tierra.

Ambos se persignaron sin saber qué decir.

—¿De dónde has sacado esa espada? —preguntó por fin Laín en un susurro.

—Me la dio mi padre. Un antepasado nuestro se la ganó a un moro en batalla. Yo ya sabía que era especial, aunque esto...

—Esto parece cosa del diablo, amigo. ¿Ha sido bendecida?

Sancho asintió.

—Quizá sea una espada mágica. Los juglares cuentan cosas así en las leyendas que recitan. ¿Tú no has notado nada al empuñarla?

Sancho recordó lo que había sentido aquella mañana en que tomó a Cordeluna en la diestra: el flujo de fuerza, de puro poder que recorrió su cuerpo; la sensación de que aquella espada estaba hecha para él, que lo reconocía, que lo aceptaba. Pero no podía decirle eso a Laín. Lo habría tomado por loco o por hereje. De modo que negó con la cabeza.

El brillo de Cordeluna era cada vez más intenso, más claro, y cuando las nubes ocultaban el astro de la noche, su fulgor bastaba para que las losas de piedra de su alrededor y los bultos dormidos de los guerreros quedaran iluminados.

—Es casi como si... —comenzó Laín, mientras su mano derecha se cerraba sobre la cruz que pendía de su cuello—. Que Dios me perdone, Sancho, pero es como si te estuviera llamando, como si quisiera que la desenvaines. ¿No lo notas?

Por supuesto que lo notaba. Lo notaba en cada fibra de su cuerpo. La luminosidad perlada se iba extendiendo hacia él, y sus manos, sin concurso de su voluntad, setendían hacia la espada que lo reclamaba como suyo.

Se levantó sin dejar de mirarla, se acuclilló a su lado y, con manos firmes,

desenvainó lentamente la espada. Al quedar fuera de la vaina, toda la hoja brilló un instante con un relámpago violeta que hizo que los caballos se removieran, inquietos; luego, poco a poco, se fue apagando hasta que no quedó más que el suave fulgor de las tres piedras de la empuñadura, que también acabó por desaparecer, igual que el hormigueo de sus brazos y su espalda.

—Usa ese fuego frío mañana en la batalla, hermano —susurró Laín—. No dejes que te consuma a ti.

* * *

A la hora que les había indicado Bernardino, se reunieron todos en el claustro y un hombre de aspecto deportivo de pelo muy corto y gafas sin montura, que se presentó como Luis, comenzó la visita:

—Como no habréis dejado de observar, porque según me han dicho los actores son buenos observadores, nos encontramos en un monasterio —sonaron algunas risitas—; se trata de una fundación benedictina de la época del rey don Alfonso VI, llamado el Bravo, más tarde el Emperador. Sí, el mismo que desterró al Cid de Castilla. Fue edificada en estilo románico, claro está, y en origen llevaba el nombre de San Salvador de los Cerros. Sus primeros habitantes fueron, al parecer, una pequeña comunidad de monjes benedictinos, los que vestían de negro y vivían según la regla de San Benito, haciendo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Su lema era, como sin duda sabéis: «Ora et labora». Es decir, que no se dedicaban solamente a la vida contemplativa, sino que repartían su jornada entre el trabajo en el campo, en el taller y en el *scriptorium*, y los rezos. En algún momento debieron de sufrir un ataque que acabó con todos los monjes y destruyó casi todo el convento, salvo la iglesia y el claustro, que apenas si han sufrido modificaciones desde entonces. O sea, que aunque no nos consta que ni el Cid ni nadie de su entorno estuviera nunca en este claustro, si hubieran venido lo habrían encontrado prácticamente igual que lo vemos nosotros ahora. Durante unas décadas las ruinas estuvieron deshabitadas, hasta que en el siglo XIV una comunidad de franciscanos reconstruyó el monasterio y volvió a hacerlo habitable. Según la crónica de fundación, los franciscanos le devolvieron el último nombre que había ostentado, Santa María de las Piedras, lo que resulta bastante extraño porque, como ya os he dicho, el nombre con el que se fundó en el siglo XI fue San Salvador de los Cerros. Esta cuestión del nombre no está explicada en las crónicas, pero lo que sí se dice es que los franciscanos encontraron un manuscrito oculto en el pozo del claustro en el que se daba la localización de la estatua de la Virgen María que ahora veremos en la iglesia. Al parecer, cuando los benedictinos empezaron a temer un ataque moro, quitaron a la Virgen del altar y la escondieron en una cueva muy cerca de aquí para protegerla. Si alguien tiene interés, puede darse un paseo de apenas quince minutos

hacia el sureste, cruzando el riachuelo, y encontrará la cueva en una pared de rocas muy blancas que se ve enseguida porque se destacan claramente en el paisaje. La estatua es una talla de madera, románica, muy valiosa y muy bella, ya la veréis ahora en la iglesia, y los franciscanos la colocaron de vuelta en el altar mayor. Es lo que se suele llamar una Virgen de las batallas, porque tiene en la parte de detrás una puertecilla donde se guardaban las hostias para poder dar la comunión a los guerreros poco antes de entrar en combate; de modo que es a la vez estatua de Nuestra Señora y sagrario. Durante mucho tiempo se creyó que la Virgen de las Piedras otorgaba fecundidad a las mujeres y a los hombres valor en las batallas. Lógicamente, a partir del siglo XIV, con la conquista de España a los árabes, en tiempos de los Reyes Católicos, no volvió a salir de aquí, pero las peregrinaciones eran frecuentes, especialmente en el mes de junio, coincidiendo con la fiesta de san Juan. Vamos ahora a ver la iglesia.

Todo el grupo siguió a Luis por el claustro hasta una puertecilla muy baja que comunicaba el claustro con la nave lateral.

—Mira que tenían que ser enanos —comentó Quique al agacharse para pasar.

Luis se giró hacia él con una sonrisa:

—La altura media era menor que la nuestra, sí, tienes razón, pero no eran tan enanos como parecería, a juzgar por esta puerta. Era sólo una forma de que tuvieran que humillar la cabeza para penetrar en el recinto sagrado.

La iglesia estaba fría y oscura. No había bancos sobre el piso de losas de piedra; era solamente un espacio diáfano de tres naves separadas por recias columnas de capiteles historiados. Las ventanas de medio punto estaban cubiertas por finas losas de alabastro que filtraban una luz levemente anaranjada. El altar, muy sobrio y de piedra blanca, sólo contenía la figura de Nuestra Señora de las Piedras, con el Niño sentado sobre su rodilla derecha.

La talla era de madera oscura y se adivinaba que en algún tiempo estuvo pintada de colores: vestido azul, manto escarlata y algunos detalles de oro. Estaba sobre una peana, también de madera, con filigranas talladas y algunas piedras semipreciosas engarzadas en círculos de oro, casi al estilo visigodo.

Tenía la mano izquierda levantada como si sostuviera algo entre los dedos que, con el tiempo, se había perdido. Pero lo que más llamaba la atención después de acostumbrarse a la penumbra era su expresión: la Virgen sonreía dulcemente, como si recordara algo muy hermoso y quisiera compartirlo con el contemplador.

—Se parece a ti, Gloria —susurró Tina al oído de su amiga.

—¡Venga ya!

Gloria miró fijamente la estatua, tratando de encontrar algo concreto que le permitiera negar la afirmación de Tina, pero sus ojos se desviaron a la derecha, donde Sergio, un poco apartado del grupo, miraba también fijamente la talla de la Virgen para clavarlos después en ella, como si también él estuviera comparándolas.

—¿Qué llevaba en la mano? —preguntó una voz femenina.

—No lo sabemos —contestó Luis—. A lo mejor las famosas piedras de su nombre. O le pusieron así por las piedras de la cueva donde fue encontrada. Se aceptan apuestas para la hora de la cena. Pero me temo que se nos ha acabado el tiempo. Bárbara y Bernardino quieren empezar con los grupos de improvisación, y Amy y Fernando se ocuparán de los de baile y esgrima. Primero, antes de reuniros con ellos, id cada uno a vuestra celda y poneos las ropas que encontraréis sobre la cama. Sin protestar y sin hacer cambios entre vosotros. ¡Ah! Y muy importante, poneos los zapatos que encontraréis allí y ni se os ocurra dejaros puesta la ropa interior.

—¿Quéeee? —fue casi un coro.

—No pensaríais que en el siglo XI la gente ya llevaba bragas, sujetadores y calzoncillos, ¿verdad? ¡Vamos, damas y caballeros, que se hace tarde!

* * *

Guiomar se había despertado temprano, antes de la primera luz, y durante unos momentos se había sentido confusa en la oscuridad sin saber dónde estaba. Poco a poco, tranquilizada por la respiración regular de su criada, Régula, que dormía a los pies de su cama, empezó a darse cuenta de que no estaba en su propia habitación en el castillo de su padre, sino en el Alcázar de León, y una vez tranquila, volvió a arrebujarse en el edredón que olía débilmente a manzanilla y no a espliego como los de casa.

Las cortinas de la cama estaban descorridas y desde la ventana le llegaba un vientecillo suave que le acariciaba las mejillas y hablaba del mundo de frescor que aún existía fuera de los muros del alcázar, antes de que surgiera el sol por el horizonte y empezara a calentar la tierra.

Eso la decidió. Se levantó sin hacer ruido, se calzó las zapatillas de cuero fino, se enfundó sobre la camisa el vestido de diario, aunque no el mismo que se hubiera puesto en Peñalba para empezar el día, sino uno mejor, verde oscuro, más de acuerdo con el entorno del alcázar que la acogía, y dudó unos instantes sobre si ponerse también el manto de viaje, ya que era probable que en la muralla aún hiciera frío. Al final decidió arriesgarse y salió sin manto, cuidando de no hacer ruido con la puerta. Régula era buena muchacha, pero había sido aleccionada por su padre, el difunto conde de Peñalba, y no la dejaba sola un instante, de modo que, para disfrutar mínimamente de libertad, tenía que procurar que ella no la oyera.

Avanzó por el pasillo en una oscuridad casi completa. Frente a la puerta de doña Brianda, Brígida roncaba tranquilamente y no la oyó pasar.

Subió las escaleras de caracol hasta la muralla y, por un momento, lamentó no haber traído el manto, porque el viento que soplabla era cortante a pesar de que apenas si estaban a finales de septiembre. Pero pronto la vista que se le ofrecía desde las alturas la hizo olvidar el frío: toda la ciudad se extendía a los pies del alcázar y el

horizonte tenía ya un borde rosado; los gallos habían empezado a cantar y las primeras golondrinas volaban enloquecidas, como flechas negras cruzando el cielo del amanecer.

Acostumbrada como estaba al diminuto pueblo que rodeaba su castillo, apenas las cuatro casas de los labradores que trabajaban las tierras del señorío y se acogían a la protección de la guardia de Peñalba, León era una ciudad impresionante con sus sólidas murallas, callejuelas, plazas, iglesias, mezquitas, sinagogas, tabernas, baños, tiendas y talleres de todos los oficios. Ahora que empezaba a despertar, una multitud de finas columnas de humo se escapaban de una multitud de hogares y las calles pronto se llenarían de gente.

Le había costado decidirse a acompañar a doña Brianda a las fiestas del rey, pero se alegraba de haberlo hecho. Incluso podría aprovechar para comprar en la judería algún pergamino o algún códice para las largas veladas del invierno en la soledad de su cámara, aunque Régula la mirara espantada.

Y tendría ocasión de oír recitar a varios juglares, que era lo que más le gustaba en el mundo. Y bailar, una habilidad que acabaría perdiendo si no la practicaba.

Un guarda, haciendo su ronda, interrumpió sus pensamientos. Se acercó con la mano en la empuñadura de la espada y, al reconocerla como dama de alcurnia, inclinó la cabeza.

—Soy doña Guiomar, condesa de Peñalba. Quería tomar un poco de aire.

—Señora —el guerrero se alejó por la muralla, dejándola sola de nuevo.

En los últimos días el alcázar se había llenado de huéspedes, desconocidos para él, pero no resultaba difícil reconocer a una dama al verla. No ya por la calidad o el color de sus vestidos, sino simplemente por lo pálido de su piel, por la finura de sus manos donde nunca faltaba algún anillo, por su porte erguido, por la manera de hablar, como si su lengua, a pesar de ser la misma, fuera otra más elegante, más pulida, hecha para dar órdenes y no para acatarlas.

El rey don Alfonso llevaba una temporada de muy buen humor y había decidido invitar a parientes y vasallos a una gran fiesta para celebrar el Día de los Difuntos. Habría misas solemnes, banquetes, justas, teatros de títeres, acróbatas, saltimbanquis, juglares y trovadores; la plaza del mercado se llenaría de música y de preciosos objetos traídos de todos los reinos, la ciudad pronto se convertiría en un hervidero de gente de toda condición atraída por los festejos, la noche se iluminaría con el fuego de cientos de antorchas y el vino correría a raudales en las tabernas.

Las campanas de San Isidoro empezaron a tocar prima y un revuelo de pájaros explotó en el aire transparente llenándolo todo con sus gritos y gorjeos.

«¡Qué hermoso es el mundo!», pensó Guiomar. Lanzó una última mirada al paisaje y, notando que su estómago se había despertado también, empezó a bajar las escaleras tratando de encontrar las cocinas.

Después de la misa, celebrada antes del alba, con el corazón confortado por el sacramento y el estómago por la comida y bebida que cada uno de los guerreros hubiera considerado necesaria para afrontar los rigores del combate, los mil doscientos hombres del Cid, entre caballeros y peones, se aprestaban en Alcocer para la salida que les traería la victoria o la muerte.

Sancho y Laín habían montado ya y aguardaban las últimas órdenes de don Rodrigo, que en esos momentos estaba entregando su estandarte a don Pedro Bermúdez.

—¡Mesnadas! —dijo el Campeador con voz sonora en el silencio del amanecer—. Hoy vamos a ganarnos el pan y la honra. Sé que sois hombres valientes y esforzados. Luchad hasta el final, heridlos, por Santiago. Al que hoy muera en el campo, Dios le dará Paraíso. Atacad sólo a mi orden y quedaos juntos para poder cubriros unos a otros. Don Pedro plantará nuestro estandarte en medio de los infieles y la victoria será nuestra. ¡Abrid las puertas! ¡Yo soy el Cid, Rodrigo Díaz! ¡A ellos! ¡Por Santiago!

Sancho y Laín cambiaron una mirada y una sonrisa. Luego, como todos los guerreros, se afirmaron en las sillas, bajaron la visera del yelmo, se persignaron, embrazaron la lanza, envuelta con el pendón, y quedaron inmóviles, mirando fijamente las puertas que se abrían frente al campo enemigo.

Los moros, en cuanto sus vigías vieron abrir las puertas y se percataron de que los cristianos iban a atacar, empezaron a hacer sonar los tambores de guerra. Los gritos árabes resonaban hasta el patio del castillo y el polvo levantado por los hombres que corrían a prepararse empezó a llenar el aire quieto del alba.

Los cristianos fueron saliendo del castillo. Pedro Bermúdez, el portaestandarte, temblaba de emoción y, a pesar de las órdenes de don Rodrigo de esperar a su señal para atacar, no pudo contenerse y, en cuanto se vio fuera de las murallas, picó espuelas y se dirigió al galope contra las filas enemigas.

—¡Seguidle, caballeros! —gritó el Cid—. ¡Valedle, por caridad!

Todos los guerreros se lanzaron al galope cuesta abajo con las lanzas prestas para la confrontación.

El primer choque fue tremendo. Casi trescientos guerreros cristianos impactaron contra la primera fila mora y descabalaron a sus contrarios. Luego la batalla, en un torbellino de polvo, gritos, sangre y redoblar de tambores, se fue encarnizando. Los caballos sin jinete galopaban enloquecidos aplastando con sus poderosos cascos a los que habían caído, muchos luchaban ya a espada, montados o a pie. En la vorágine de la lucha era a veces difícil distinguir a amigos de enemigos y los capitanes gritaban su nombre constantemente para que sus hombres se reagruparan junto a él. Por todo el campo se oía: ¡Yo soy Rodrigo Díaz! ¡Yo soy Álvar Fáñez! ¡Yo soy Gustio Muñoz! ¡Yo soy Martín Antolínez!

Sancho, después de quebrar su lanza, desenvainó a Cordeluna, que, sin que nadie lo advirtiera porque el sol acababa de salir y derramaba su luz dorada sobre los campos, emitió un destello azul; de repente, su dueño se sintió inundado por una fuerza desconocida. Lanzó un aullido que puso el terror en los corazones de los enemigos que lo rodeaban, espoleó a Durán, y se lanzó a matar como poseído de una fuerza inacabable.

Sancho y Laín luchaban junto a Minaya Álvar Fáñez dando mandobles a diestro y siniestro, enloquecidos en un frenesí de golpes, fintas, paradas y estocadas mortales. El caballo de Laín tropezó, derribando a su dueño. Tres moros se lanzaron contra él, ahora que había perdido la ventaja de ir montado. Pero Sancho descabezó a un enemigo, empujó de una patada el cadáver, agarró las riendas del caballo árabe y se lo ofreció en un instante.

—¡Monta, Laín! No puedes morirte ya, hermano. Nos haces falta.

Con la ayuda de dos peones, y mientras Sancho y Minaya le guardaban las espaldas, Laín se encontró de nuevo a caballo y su brazo volvió a hacer brecha en las filas enemigas.

La batalla se prolongó hasta bien entrada la tarde. Los caballeros iban rojos de sangre y los muertos cubrían el campo en lo que alcanzaba la vista.

Don Rodrigo consiguió herir al general Fariz, emir de los suyos, y cuando vio que intentaba huir lo persiguió hasta que supo que no volvería y que, con su retirada, había confesado la derrota de su ejército. Martín Antolínez consiguió derribar a Galve, el otro general, y a partir de ese momento los pocos moros que aún quedaban en pie tuvieron que darse por vencidos.

Cuando el fragor de la lucha se fue sosegando, Laín se dio cuenta de que Sancho seguía peleando encarnizadamente contra todo lo que se movía en el campo, persiguiendo incluso a los que huían. Se acercó al galope, tendió la mano izquierda hacia las riendas de Durán y sofrenó el caballo de su amigo, que resoplaba con los ollares dilatados y espuma en la boca.

—Déjalos, Sancho, déjalos, por caridad. Hemos vencido.

Sancho se detuvo como atontado. Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que le decía Laín, levantó la visera y lo miró con ojos vidriosos.

—¿Ya? ¿Estás seguro?

Laín indicó con la cabeza la poderosa figura de don Rodrigo, que acababa de quitarse el yelmo y, con el almófar echado a la espalda y la cofia fruncida aún en la cabeza, iba sonriendo a todos sus guerreros.

Sancho desmontó, aún con la espada en la mano. Se arrodilló junto a Laín, que acababa de hacerlo, e inclinó la cabeza en una silenciosa plegaria de agradecimiento. Luego limpió a Cordeluna en el manto de un moro caído, acarició las piedras de su empuñadura y la envainó lentamente.

Apenas metida la espada en la vaina, Sancho sintió de inmediato la fatiga del combate, como si todos los músculos se le hubieran vuelto de agua, y le habría

gustado tumbarse allí mismo de cara al cielo, que empezaba a teñirse de rosa, y dormir.

—Vamos, compañero —lo sacudió Laín—. Vamos a casa.

Mientras los guerreros regresaban, felices y exhaustos, a Alcocer, que ahora ya era suyo por derecho de conquista, los criados, escuderos y muchos de los peones se lanzaban sobre el campamento enemigo para saquearlo y poner el botín a buen recaudo tras las murallas de la ciudad.

Sólo al día siguiente se dieron cuenta de las riquezas que habían ganado, cuando terminaron de hacer el recuento. Oro, plata, joyas, armas, algunos buenos muebles, infinidad de mantos y tejidos preciosos..., y caballos, cientos de magníficos caballos árabes entrenados para la guerra. Un botín digno de un emperador que don Rodrigo, como era su costumbre, repartió generosamente entre los suyos, quedándose él la quinta parte que, como capitán del ejército cristiano, le correspondía.

—Ahora no rechazarás tu parte, Minaya —le dijo el Cid sonriendo.

—Ahora no, mi señor. Ya he probado mi valía.

—Tengo que pedirte algo —añadió, satisfecho.

—Lo que gustéis.

—Quisiera enviarte a Castilla con unos regalos para el rey Alfonso.

—¿Regalos, señor? Nos ha echado de la tierra; somos unos proscritos.

El Cid sonrió.

—Si él no quiere seguir siendo mi señor, yo sí quiero seguir siendo su vasallo. Mi familia está allí, en Cardeña. Quiero que vayas al monasterio a darle noticias nuestras a mi esposa, que le des al abad estos dineros para que puedan vivir dignamente y que después hagas lo siguiente: primero a Burgos. Allí entregarás esta bota llena de oro y plata para que digan mil misas por nosotros en la catedral de Santa María. Luego buscarás al rey, quizá en León, y le llevarás de mi parte treinta de los mejores caballos con sus sillas y sus espadas.

—¿Pidiendo algo a cambio?

El Cid volvió a sonreír socarronamente:

—Como regalo del hombre a quien desterró. Para que vea que, con la ayuda de Dios, recuperaré mi honra y extenderé la frontera del reino.

Minaya empezaba a comprender el plan de su señor: quería que el rey Alfonso se diera cuenta de que había cometido un error desterrando a su mejor guerrero y que el Cid no estaba dispuesto a soportar mucho tiempo la fama de ladrón que injustamente le había caído encima. Además quería mostrarle su nuevo poder y su inmensa riqueza. Y eso sin pedir nada a cambio por el momento; una muestra más de su generosidad.

—Lo haré de muy buen grado, mi señor.

—Llévate a los hombres que precisas. Aquí la cosa está tranquila y podremos celebrar en paz la fiesta de los Difuntos. No, Minaya, mejor llévate a más hombres de los que precisas. Quiero que vean que nos sobran guerreros, que podemos prescindir

de ellos durante unas semanas. Elígelos también jóvenes y apuestos; que las doncellas casaderas vean que los hombres que me sirven medran en mis hueses.

—¿Queréis que salgamos de inmediato?

—En cuanto estéis presentables. Y cuando lleguéis a la corte, id primero a una casa de baños y vestid vuestras mejores galas, Minaya. No podemos decepcionar a las damas —terminó con un guiño de ojo que lo hizo parecer de nuevo por un momento el apuesto muchacho que había sido.

En el alcázar de León, varias damas habían acudido con sus doncellas a las habitaciones de la infanta doña Urraca, la hermana del rey, para tejer y bordar en compañía. Ardía un brillante fuego en la chimenea de piedra y, aunque la tarde estaba fría y lluviosa, las antorchas y los candiles iluminaban la estancia como si el mismo sol estuviese dentro. Todas ellas vestían trajes de diario, pero a Guiomar, acostumbrada como estaba a su propio castillo de Peñalba, las ropas de las damas de la corte le parecieron lujosas con sus hermosos colores verdes, azules y amarillos. Doña Urraca, la dama principal, llevaba incluso un sobrevestido rojo encima de una túnica de azul profundo, lo que indicaba a las claras su elegancia y su posición.

El ambiente era relajado y alegre, como si se hubiera reunido allí una bandada de pájaros exóticos, y en el fondo de la sala dos muchachas árabes tañían instrumentos de cuerda para distracción de las damas, que charlaban entre sí sin hacer mucho caso a la música. En una mesa junto al fuego había jarros de plata con vino preparado con agua, especias y miel, y algunos pastelillos al gusto moro.

Las señoras estaban sentadas en sillas talladas de alto respaldo y las doncellas y damas más jóvenes se habían acomodado en escabeles o directamente en el suelo, a la moruna, sobre gruesas alfombras traídas de la lejana Persia.

Doña Guiomar se había instalado junto a un grupo de jóvenes de su edad, mientras doña Brianda lo había hecho junto a doña Urraca, con la que conversaba animadamente, sin dar más que de vez en cuando una puntada a la labor que llevaba entre manos: un paño de altar que pensaba regalar a la iglesia de San Isidoro.

En el grupo de doña Guiomar, como no podía ser de otro modo, se hablaba de casamientos.

—Leonor no ha podido venir —estaba diciendo una muchacha gordita a la que le faltaban dos dientes— porque, como se casa la semana que viene, tenía muchas cosas que preparar.

—¡Qué suerte ha tenido! —decía otra con un suspiro—. Nada más y nada menos que con el conde de Dosriberas. Vivirá como una reina.

—Sí, eso sí —dijo de nuevo la primera, y añadió bajando la voz—: pero su prometido tiene casi cuarenta años, es calvo, gordo y... Bueno, ya me entendéis..., no es lo que una se imagina para la noche de bodas...

Todas se echaron a reír simultáneamente.

—Pero una no se casa para eso —intervino una muchacha alta, muy pálida y algo rígida.

—¿Ah no?

Sonaron más risitas.

—El matrimonio está hecho para medrar. El hombre te da una posición, protección, seguridad y respeto. Y la mujer le da hijos que puedan mantener sus tierras y hacer famoso su nombre. No hay más.

—¿Y el amor? —preguntó tímidamente Guiomar.

—El amor es un invento de los trovadores, tonta, porque saben que nos gusta oír esas cosas en las largas noches de invierno, después de las faenas del día.

—Pues mis padres se querían —insistió ella.

—Porque a veces —explicó la que primero había hablado, como si supiera mucho del asunto—, al cabo de un tiempo juntos, el amor va viniendo, como los hijos. Si te trata bien y es un buen cristiano, antes o después acabas queriéndolo.

—Se dice que a don Rodrigo de Vivar le están yendo bien las campañas —dijo otra, cambiando aparentemente de tema—. Si obtiene una gran victoria y el rey lo perdona, pronto habrá muchos caballeros a los que el rey, en agradecimiento por extender las fronteras, otorgará doncellas para casarse. Y hay muchos guerreros jóvenes en sus huestes.

Todas levantaron los ojos de la labor y se miraron con ojos brillantes, apretando los labios sobre los dientes para ocultar la sonrisa.

—A algunos de ellos, también les concederá títulos. Y, si sabemos esperar, seremos damas ricas.

—¿Cuánto habrá que esperar?

La que parecía tan bien informada echó un vistazo por encima del hombro, como para asegurarse de que las señoras mayores no estaban escuchando, se inclinó hacia sus amigas bajando la voz y les hizo una seña de que se acercaran. Todas contuvieron el aliento.

—Si las noticias son ciertas, el Cid ha alcanzado una gran victoria contra el rey de Valencia y ha enviado al rey don Alfonso una delegación que llegará para las fiestas.

Las muchachas se apartaron, suspirando. En sus cabezas empezaban a bullir planes y sueños.

—¿Cuántos vendrán? —preguntó una.

—No se sabe. Pero yo supongo que al menos una docena.

En ese momento se alzó la voz de doña Urraca.

—Mis damas, ya hemos trabajado bastante por hoy. Venid a tomar un sorbo de vino y a alegrarme los oídos con vuestras jóvenes voces.

Las muchachas se levantaron presurosas, abandonando la labor, y se dirigieron hacia la mesa.

Guiomar tardó un instante en reunirse con ellas. En su mente, como una visión, acababa de aparecer la imagen de un sueño que la acompañaba desde la infancia: un

joven guerrero de ojos dorados que rendía su espada frente a ella.

* * *

Bárbara estaba en la puerta de la sala donde iba a empezar la sesión de improvisaciones, asegurándose de que todos los chicos y chicas de la lista se hallaran presentes. Bernardino ya estaba dentro sonriendo a los que iban entrando, muchos de ellos colorados y con la cabeza gacha, sintiéndose totalmente ridículos vestidos con las nuevas ropas y el extraño calzado.

Sergio fue el último en llegar y, antes de que pasara al salón, Bárbara lo retuvo un instante cogiéndolo de la manga:

—¿Todo bien? —le preguntó con una sonrisa traviesa—. ¿No te caes de sueño? La verdad es que anoche dormimos muy poco.

Él sacudió la cabeza y se forzó a dibujar una sonrisa natural, aunque se sentía profundamente incómodo.

—Entonces a lo mejor podemos dar una vuelta por ahí después de la cena, si no tienes otros planes.

Sergio sintió un asomo de pánico, un repentino nudo en la garganta, pero antes de que pudiera contestar alguna estupidez, se oyó la voz de Bernardino, «¿Empezamos o qué?», de modo que se encogió de hombros con cara de disculpa y entró sin una palabra. Bárbara lo siguió y cerró la puerta.

Seis chicos y seis chicas, todos vestidos como en el siglo XI, se encontraban en una habitación desnuda, sin mesas, sin sillas, sin nada en las paredes; no había nada que distrajera la atención ni ningún objeto donde posar la vista, de modo que cuando se cansaron de esperar que Bernardino o Bárbara tomaran la palabra y les indicaran qué tenían que hacer, empezaron simplemente a mirarse unos a otros tratando de no soltar la carcajada.

Como de costumbre, los chicos se habían agrupado frente a las chicas y casi parecían dos pequeños ejércitos a punto de enfrentarse.

—Eso es —dijo por fin Bernardino al cabo de unos minutos—, seguid mirando, id reconociéndoos, está bien así, que estéis separados. En aquella época el contacto entre los sexos era mínimo en ambientes cortesanos. Y ahora empezad a caminar por la sala, pero en silencio.

Poco a poco, sin saber bien para qué lo hacían, empezaron a moverse y se fueron mezclando. Las chicas pronto se dieron cuenta de que con el calzado que llevaban se movían de otra manera y todas ellas eran conscientes de la ausencia de ropa interior, lo que las hacía sentir incómodas y vulnerables.

Los chicos, acostumbrados como estaban casi todos a llevar ropas anchas y pantalones de cintura baja, se encontraban también incómodos y ridículos con la túnica cortesana estrecha y el cinturón ceñido, y sobre todo con las calzas atacadas, una especie de medias muy ajustadas que cubrían la pierna hasta la ingle y se ataban

a la cintura dejando libre el triángulo de en medio.

Después de casi un cuarto de hora de mirarse y pasear, todos empezaban a sentirse más relajados y ya no se veían tan mal como al principio. Incluso, como le susurró Bárbara a Bernardino, estaban empezando a entrar en situación.

Sergio y Gloria se miraban un instante al cruzarse y enseguida desviaban la vista, como si les quemara la mirada del otro pero, casi sin darse cuenta, los paseos por la sala los llevaban con frecuencia a encontrarse, aunque luego se separaban de inmediato.

—Bien —interrumpió Bernardino—. Cambio de tercio. Caballeros a un lado, damas a otro.

—¿Vamos a bailar? —preguntó Andrés, un chaval sevillano muy guasón, de largo pelo oscuro y barba cerrada a pesar de su juventud, que llevaba meses practicando la fonética castellana para que no se le notara el acento andaluz.

—No. Eso ya lo haréis con Amy. Ahora vamos a hacer unas improvisaciones sobre el primer encuentro entre Jimena y el Cid. Aunque no está probado, dice una de las leyendas que Jimena llegó a la Iglesia el día de su boda para casarse con un tal Rodrigo Díaz, con quien su tío, el rey, la había comprometido. Había oído hablar de él, por supuesto, pero según la leyenda, no lo había visto en la vida. Haréis de Cid y de Jimena por turnos. Ella espera con sus damas; él se acerca acompañado por sus caballeros. Ella mira a los hombres tratando de descubrir al que va a ser su esposo, temiéndose lo peor, por supuesto: que el elegido de su tío no le guste. Entonces él se adelanta un paso, ella se da cuenta de que es el Cid y, lo más importante, que es el hombre a quien habría elegido si hubiera sido libre de escoger. Jimena le tiende la mano y él la besa. Fin de la escena. ¿Todo claro? Os daréis cuenta de que es un juego de expresión, de tensión corporal y, finalmente y sobre todo, de ojos, de miradas. Tenéis que sentir lo que ellos sienten para que pueda reflejarse en vuestros rostros. Andrés y María.

Los que tenían que empezar cerraron los ojos un momento, esforzándose por entrar en la situación propuesta. Al cabo de dos minutos habían terminado, después de hacer lo que les había pedido Bernardino.

—Críticas —pidió, como siempre—. Y ya sabéis, los que han actuado ni una palabra. No queremos oír explicaciones ni justificaciones.

Se miraron unos a otros sin atreverse a ser los primeros en hablar.

—No ha estado mal —dijo Lara, una chica rubia vestida de azul—, aunque a María se la veía asustada todo el tiempo, incluso al final. Y Andrés..., bueno..., estaba actuando.

—Sí, chicos, los dos estabais actuando y ya sabéis que no es eso. Quique y Tina.

Esta vez tardaron un poco más porque lo hicieron más despacio, con más concentración.

—Ella ha exagerado un poco la altivez. Siendo sobrina del rey está por encima de su futuro esposo, pero al final tendríamos que darnos cuenta de que el Cid le gusta, y

no se ha notado mucho —Nacho hablaba rápido, como para acabar pronto—. Y Quique lo ha hecho bastante bien, aunque no parece que esté muy entusiasmado con ella.

—Vamos a ver otra pareja —propuso Bárbara.

—Sergio y Gloria —dijo Bernardino.

Para su inmensa vergüenza, Gloria se puso colorada y habría dado cualquier cosa por salir de allí. Le sudaban las manos y tenía la sensación de que no podía dar un paso y de que necesitaba urgentemente ir al lavabo. Desde detrás de ella, Tina le dio un apretón en el brazo para infundirle valor.

Gloria se colocó en la posición requerida, rodeada de sus damas, y de repente, cuando su mirada se clavó en el grupo de hombres que se acercaba a ellas, todo cambió en su interior. Su vista saltaba de un rostro a otro, inquieta, pero sin perder la compostura, sabiendo que fuera quien fuera el elegido no podía torcer su destino. Entonces sus ojos encontraron los de Sergio que, tenso y serio, con una sombra de duda en la mirada, se destacaba del grupo para llegar hasta ella frente al altar.

Un asomo de sonrisa se insinuó en los dos rostros. Ya no estaban actuando, ya no se daban cuenta de que estaban participando en una improvisación teatral del siglo XXI. Sin saber cómo, se habían convertido en una pareja altomedieval que sentía que Dios había sido generoso con ellos.

Sergio, que ya no era Sergio, no podía apartar la vista de Gloria, que se había transformado en una aparición celestial con su vestido verde pálido y su diadema dorada, en la mujer que Dios le había destinado y que ahora le tendía la mano como una reina para convertirse en la señora de su alma.

Le tomó la mano con infinita delicadeza y se inclinó a besarla mientras sus ojos buscaban los de ella y le sonreían.

Cuando quisieron darse cuenta de lo que estaba pasando, catorce pares de manos aplaudían con entusiasmo.

—¡Joé, tíos! —dijo Andrés, olvidándose de su perfecto acento castellano—. Lo habéis bordado. ¡Qué envidia, colegas!

—Venga, sin perder comba —dijo Bernardino, como si no hubiera estado aplaudiendo un momento antes—. Nos quedan tres parejas aún. Nadia y Álvaro.

El resto de la sesión se les pasó en un suspiro, sin darse cuenta realmente de lo que sucedía a su alrededor, y cuando salieron al pasillo, terminado el trabajo, Gloria no quería más que encerrarse en su cuarto y seguir soñando en lo que había sentido media hora antes.

Sergio, al ver que se escabullía, quiso alcanzarla, pero Quique y Andrés lo agarraron cada uno de un brazo y se lo llevaron al bar del monasterio «a comentar la jugada», como decía el sevillano. Momentos después, con unas cervezas sobre la mesa, Andrés les explicaba por qué le había salido tan mal la actuación:

—Es que no podía dejar de pensar que las tías no llevaban bragas, colegas. Eso pone nervioso a cualquiera, ¿no creéis?

* * *

El viaje desde tierras de Alcocer fue largo, pero libre de incidentes porque atravesaban tierras ya recorridas por el Cid y, aunque los moros que trabajaban los campos se escondían al paso de la comitiva cristiana, poco a poco se fue extendiendo la noticia de que se trataba de una delegación que el Campeador enviaba a Castilla y no de una partida de ataque de las que tanto daño les habían hecho al correr de los tiempos y, ya cerca de tierras cristianas, no era extraño que incluso salieran de sus villas y aldeas para saludarlos y ofrecerles hospitalidad.

Minaya había elegido treinta y cinco guerreros entre jóvenes y maduros; unos para cumplir con el deseo de su señor de impresionar a las damas de la corte y otros porque, habiéndose destacado en la batalla, se habían ganado el regalo que representaba volver a Castilla a visitar a sus familias y compartir con ellas la fortuna ganada en combate.

Todos estaban de excelente humor con cada paso que daban hacia su tierra y el viaje se les pasó entre bromas y risas.

Una vez en tierras cristianas, se aprestaron a cumplir primero con las órdenes de don Rodrigo acudiendo directamente a San Pedro de Cardena para visitar a la esposa del Cid, doña Jimena, y darle nuevas de las campañas de su marido. Fueron recibidos como héroes y en la pequeña iglesia del monasterio se celebró una misa en acción de gracias. Poco después, Minaya se encerró con doña Jimena y sólo al cabo de unas horas se reunieron todos en la cocina del monasterio para que los caballeros tuvieran ocasión de relatar la batalla a los monjes y a los campesinos que habían acudido de toda la comarca.

Tuvieron que acortar su visita porque el mes de octubre se acababa y les urgía cabalgar para llegar a tiempo a las fiestas del rey; por eso a los tres días de su llegada salieron hacia Burgos a cumplir el encargo de don Rodrigo. A las puertas del monasterio los despidió doña Jimena, alta y serena, aún hermosa, que con un brillo húmedo en los ojos se quedó mirándolos hasta que la comitiva se perdió tras la última curva del camino, pensando en cuánto tiempo le quedaría en aquel monasterio, en cuántos años tendrían que pasar aún hasta que don Alfonso perdonara a su esposo y le permitiera volver a sus tierras o le diera licencia para reunirse con él.

Después de Burgos, Minaya dio permiso a Sancho para ausentarse durante dos días junto con Laín para poder visitar a su familia, en Vivar. Cada uno de ellos llevaba un caballo de la brida, de los que les habían correspondido en el reparto, cargado de regalos: buenos mantos y ricas telas, dagas de hermosas empuñaduras, espadas árabes, especias preciosas y una pequeña joya de plata con una piedra azul que Sancho quería regalarle a su madre.

Fueron dos días perfectos en los que volvió a sentirse querido entre los suyos, parte de una gran familia respetada en toda la región, con el amor de sus padres y

hermanos, el afecto de sus vecinos y criados, las risas de los más pequeños, que disfrutaban de las historias de Laín, que, con su fuerza de oso, los montaba a sus espaldas y fingía batallas contra los moros. Y pudo también conocer al más pequeño de la casa: su nuevo hermano Fernando, que había nacido apenas unas semanas atrás, por san Jerónimo, cosa que era un buen augurio porque, siendo el varón más joven, tendría que dedicarse a la Iglesia y tener un patrón como el excelso santo le ayudaría mucho en su camino.

Ya a punto de marcharse, Sancho llevó aparte a su padre.

—La espada que me diste, padre —le dijo casi sin atreverse a mirarlo—, tú sabías que era una espada mágica, ¿verdad?

El padre metió la mano en el abrevadero y empezó a agitar el agua hasta hacerla brillar.

—Sabía que Cordeluna era algo especial, ya te lo dije —contestó, tras un silencio que al hijo se le hizo eterno—. ¿Has notado algo en combate?

—Cordeluna manda, padre. Una vez desenvainada, ella te lleva y tienes la sensación de ser invencible. No sé si me gusta. Es..., no sé explicarlo. Es casi... como ofender a Dios.

El padre buscó los ojos de Sancho.

—Pero con ella haces el trabajo de Dios. La usas para matar infieles a mayor gloria de la Cruz; no es como si la alzaras contra un cristiano.

—Creo que a Cordeluna no le importaría, padre.

—Todas las armas están hechas para matar, Sancho. Eres tú el que elige.

El joven guerrero sacudió la cabeza sin decidirse a darle la razón. Durante la batalla de Alcocer, no había tenido la sensación de que era él quien elegía.

—¿Sabes algo de su historia, del espadero que la forjó, del guerrero para quien se hizo?

—Mi abuelo la ganó en combate a un moro que la había recibido de un antepasado. El moro, a quien mi abuelo perdonó la vida, le contó que esa espada fue forjada por un maestro de gran poder para cumplir una venganza.

—¿Una venganza? ¿Contra quién? ¿Por qué?

—Parece una leyenda, hijo, como ésas que cuentan los juglares que vienen de Francia: en un país muy lejano, un joven guerrero se enamoró de una mujer que estaba muy por encima de él y, como nunca hubieran conseguido la bendición de sus familias, se casaron en secreto. Los padres de ella, ignorantes de esa boda, la casaron con un señor muy principal y cuando éste se enteró de que su esposa ya había dado a otro su corazón y su cuerpo, la mató para limpiar su honor. El joven guerrero hizo forjar a Cordeluna y con ella mató al señor y, uno tras otro, a todos sus parientes y a cualquiera que hubiera tenido algo que ver con la muerte de su dama. Cuando hubo exterminado a todo su linaje, él mismo se clavó su espada, como dicen que hacían los antiguos romanos cuando querían limpiar su honra. Pero son todo cuentos de viejas, Sancho. Toda espada se puede usar para el bien y para el mal. Yo sé que tú la usarás

con bien, a mayor gloria de Dios. Ya te ha dado la victoria una vez, ¿no? Y no has sentido que fuera una espada infernal.

Sancho negó lentamente con la cabeza, tratando de recordar con precisión lo que había sentido al verla brillar en la oscuridad, al verla alzarse en su puño presta a descargarse contra los enemigos.

—No. No es infernal, pero es poderosa. Y es cruel. Está sedienta de sangre.

—Tal vez la apacigüe el amor, hijo. A ver, sácala de la vaina.

Sancho desenvainó a Cordeluna y la sostuvo plana entre ellos. No hubo relámpago azul, ni fulgor mágico. Las hermosas piedras blancas brillaban inocentes a la luz del sol ocultando en sus profundidades las misteriosas volutas que parecían cambiar de color ante la vista.

—Ahora está en paz.

—¿Lo ves? No hay nada que temer.

Sancho se arrodilló frente a su padre:

—Dame tu bendición, padre. Pasaré tiempo hasta que, si Dios quiere, nos volvamos a ver.

Ramiro puso su mano sobre la cabeza del hijo, sintiendo un nudo apretado cerrarle la garganta. Trazó con su pulgar la señal de la cruz sobre la frente de Sancho y, sujetándolo por los hombros, lo alzó del suelo. Ya era casi una cabeza más alto que él.

En ese momento apareció Laín con la pequeña Urraca subida al hombro.

—¡Mira, padre, mira! —gritaba la pequeña empuñando una vara de avellano—. Soy una rica-hembra en mi palafrén.

Los hombres soltaron la carcajada.

—Vamos, muchachos —dijo Ramiro con voz firme—, recoged de una vez vuestros avíos. Las damas de la corte os esperan.

Sancho y Laín cambiaron una sonrisa y un guiño de inteligencia al llegar al alcázar de León porque las palabras de Ramiro habían resultado casi proféticas: efectivamente, las damas de la corte, todas vestidas con sus mejores galas, como una bandada de pajarillos multicolores, parecían esperar su llegada. Desde los balcones que daban al patio de armas les llegaban miradas, sonrisas, cuchicheos y destellos de sol brillando en las joyas que portaban, en las redecillas de oro que adornaban sus cabellos. Era difícil distinguir rostros individuales, pero allí estaban todas, tratando de espiar una mirada de los jóvenes guerreros que, recién salidos de la mejor casa de baños de la ciudad, cabalgaban en formación sobre magníficos caballos de guerra recién cepillados.

Los recibió el alcaide del alcázar, que les dio la bienvenida en nombre del rey y les informó de que pronto serían recibidos y que, mientras tanto, se les invitaba a participar en todas las fiestas y juegos que se habían dispuesto para celebrar las

festividad de los Difuntos. Esa misma tarde habría juego de tablas con premios, y varios concursos de fuerza y habilidad, y por la noche un banquete seguido de baile.

Los dos amigos, después de haber dejado sus monturas al cuidado de los mozos de establo del alcázar, decidieron dar una vuelta por el mercado, comer algo en una taberna y regresar después para los juegos en los que pensaban participar.

La plaza estaba muy concurrida y como, a pesar del frío, lucía el sol, todo tenía un aspecto alegre. Los vendedores voceaban su mercancía, los acróbatas y juglares actuaban en todos los rincones para deleite de los campesinos que habían acudido a la ciudad y hasta el desagradable olor de las calles parecía acogedor después de tantos meses de campaña.

Al pasar por un puesto de monjes benedictinos que habían venido a vender los productos de sus tierras, Sancho se llevó una agradable sorpresa. Entre los monjes vestidos de negro se encontraba un hombre alto y aún joven que lo miraba incrédulo, abriéndole los brazos.

—¡Sancho Ramírez! —dijo con voz potente—. ¡Alabado sea el Señor!

Se abrazaron con cariño bajo la mirada inquisitiva de todos los monjes y de Laín.

—Mira, Juan, éste es mi amigo y camarada Laín Ansúrez, asturiano, de la mesnada de don Rodrigo. Éste es el padre Juan, mi primo, del monasterio de San Pedro de Medinaceli.

—Ya no, Sancho —dijo el monje con una amplia sonrisa—. Hace casi dos años que estoy aquí, en León, en San Isidoro, y pronto volveré a marcharme. El rey don Alfonso ha mandado construir un pequeño monasterio, San Salvador de los Cerros, del que ha tenido a bien nombrarme abad. Estos hermanos y yo nos instalaremos después de las festividades. Si el camino os lleva en esa dirección, siempre seréis bien recibidos.

Conversaron todavía un buen rato y, tras ofrecerle al padre Juan tomar con ellos un vaso de vino, propuesta que fue rechazada como ya se temían, se despidieron de los monjes y se encaminaron a una taberna.

—¿Crees que habrá venido doña Brianda? —preguntó Laín, cuando se acomodaron frente a una jarra de vino—. Ya sabes, la dama aquella de la que me hablaste.

Sancho sonrió.

—Se dice que es muy privada de la infanta Urraca, la hermana del rey. Me figuro que estará invitada a las festividades. Pero no creo que se acuerde de mí.

—Si yo fuera mujer, no creo que te olvidara tan deprisa. Esto está lleno de nobles acicalados que casi no merecen llamarse hombres.

—Bueno, Laín, nosotros también vamos acicalados y la verdad es que tú, limpio, estás bastante presentable.

Soltaron la carcajada y volvieron a servirse vino, disfrutando de la maravillosa sensación de ligereza que daba el no tener que ir vestidos de hierro y saber que, por unos días, estaban a salvo de la guerra.

Cuando ya se preparaban para volver al alcázar, donde se vestirían la armadura para los juegos, una criada, evidentemente de buena casa, se les acercó.

—¿Sancho Ramírez?

—Soy yo.

La mujer le hizo señas de que se apartara un poco de Laín y le dijo en voz baja:

—Mi señora, doña Brianda, os da la bienvenida y espera veros esta noche en el baile. Yo soy Brígida, su doncella. Os espero esta noche, al toque de maitines, en la poterna que da al camino de Astorga.

Un segundo después, Brígida se había perdido entre las masas de gente que llenaban la plaza y Sancho se volvía hacia Laín con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que doña Brianda todavía se acuerda de mí.

—¡Eres un diablo con suerte! Anda, vamos a vestirnos. Tú ya tienes tus planes, pero yo aún tengo que destacarme ante las damas si no quiero acabar la noche por estas calles buscando una mujer de otra calaña.

Los juegos tenían lugar en la explanada, a las puertas de la ciudad. Se habían levantado cinco tablados que los caballeros derribarían con sus picas a lo largo de la tarde y un estrado para los espectadores. Había competiciones de lucha a espada, de lucha cuerpo a cuerpo y de destreza a caballo, justas de lanza, concursos de trova y toda clase de entretenimientos, tanto para nobles como para villanos.

Junto al río, en los bosquecillos que rodeaban la ciudad, se habían dispuesto también tiendas para que las damas pudieran reposar y largas mesas atestadas de viandas y atendidas por criados del rey. Los pendones ondeaban al vientecillo de la tarde, sonaba música por todas partes, el aire estaba lleno de deliciosos aromas de carne asada con especias y León era una fiesta de colores.

En las competiciones, los caballeros del Cid se destacaron como pocos y alguno hubo que llegó a reunir cuatro cintas de las que las damas concedían a los mejorespaladines. Laín consiguió el triunfo en lucha cuerpo a cuerpo y Sancho logró derribar un tablado, lo que le valió un pañuelito y una sonrisa incandescente de doña Brianda que, con sus negros cabellos encerrados en una redecilla de perlas y un brial de seda roja, brillaba como un sol entre las damas principales.

Acabados los juegos, y poco antes de retirarse con Laín y el resto de sus camaradas a prepararse para el banquete, Sancho decidió acercarse a una de las tiendas a tomar un vaso de vino. Con el yelmo debajo del brazo y Cordeluna al costado, bajó la suave pendiente herbosa que llevaba a la orilla del río, satisfecho por lo conseguido y con un aleteo de excitación en el estómago por las sorpresas que traería la noche. El sol se acercaba ya a la línea del horizonte y todo el paisaje estaba bañado por una luz cálida, color de miel, que alargaba las sombras azules y convertía la hierba en un rico paño de terciopelo.

Entonces la vio.

En un bosquecillo de serbales que, milagrosamente, aún conservaban sus frutos rojos, pequeñas bolitas del color del fuego que brillaban como el cristal, había una

joven dama que parecía sacada de un pergamino iluminado de los que los monjes pintaban en sus *scriptoria*: era pequeña y de figura frágil; llevaba un vestido de seda verde pálido bajo un gran manto rojo bordeado de armiño y sus cabellos castaños estaban tejidos en una larga trenza salpicada de perlas que le llegaba hasta la cintura. El sol arrancaba destellos a la diadema dorada de su frente y era como si la estrella del atardecer se hubiera posado junto al río, compitiendo con su brillo.

Sancho pensó que nunca en toda su vida había visto una imagen tan hermosa y, sin decidirlo, sintió que su corazón volaba hacia aquella doncella desconocida. Le habría gustado llegar a su altura, hincar la rodilla frente a ella y ofrecerle su espada. Para siempre.

Pero no se atrevió. Ella levantó los ojos de la vara con la que había estado jugando y sus miradas se encontraron. Tenía los ojos dulces y serenos, del color de las castañas maduras.

Durante unos instantes se quedaron así, separados por unos pasos, mirándose, como si sus ojos pudieran decirse más de lo que habrían podido decir sus lenguas.

Guiomar miraba al joven guerrero como si se tratara de una aparición, como si fuera un arcángel que hubiera bajado a la tierra. Los últimos rayos del sol se estrellaban contra su loriga, ponían un halo en sus cabellos castaño claro y sacaban chispas de sus ojos del color de la miel. Sin saber quién era, supo sin embargo que era el hombre que había estado soñando toda su vida y que ningún poder del mundo podría apartarla de él.

Antes de que pudieran decirse nada, una muchacha salió de la tienda contigua, miró a Sancho con curiosidad, y tomó a la doncella de la mano para llevarla al interior.

—¿Estaréis en el baile? —se oyó decir Sancho como desde lejos.

Ella asintió con una sonrisa que lo hizo derretirse por dentro y mantuvo su mirada clavada en él hasta que se perdió tras las cortinas.

Olvidándose de su sed, del vino que pensaba tomar y de todo lo que no fuera ella, Sancho echó a correr colina arriba dando gritos de alegría. Sin que él lo advirtiera, Cordeluna brillaba suavemente.

Sergio estaba muy nervioso. No podía dejar de pensar en Gloria, en lo que le había sucedido ya dos veces al verla y en la misteriosa sensación que se adueñaba de él sólo con pensar en ella. Le habría gustado saltarse la cena y retirarse a su cuarto a tratar de aclararse y decidir cómo tenía que actuar a continuación, pero no podía hacerlo porque Bárbara le había propuesto dar un paseo después de cenar y, como no quería decirle que no abiertamente, no podía permitirse estar solo. No tenía más remedio que rodearse de gente hasta el último minuto, hasta que todo el mundo se fuera a dormir, si quería evitar ese paseo con Bárbara que podía acabar convirtiéndose en algo más que un simple paseo.

No conseguía entender qué interés podía tener en él una mujer adulta, que además era su monitora. Tampoco sabía qué hacer para dejarle claro, por una parte, que él no quería meterse en líos y, por otra, no ofenderla y tenerla en contra. Pensó por un momento hablar con Bernardino, pero le daba demasiada vergüenza. Al fin y al cabo, no había pasado nada de importancia. Un beso cuando todos estaban eufóricos y habían bebido un poco más de la cuenta. Pero si ahora daba ese paseo con ella...

Y tampoco quería que Gloria lo viera demasiado con Bárbara. Aunque todavía no había nada entre ellos, Gloria le importaba mucho y no quería arriesgarse a que lo rechazara.

Por otro lado, ¿cómo era posible que le importara tanto una chica con la que ni siquiera había cambiado dos frases, con la que nunca había estado a solas, una chica que conocía desde hacía apenas seis horas?

—¿Te apuntas a una partida de mus después de cenar? —le preguntó Andrés en ese momento, sacándolo de sus cavilaciones—. Tú, yo, Quique y Nacho.

—No sé jugar al mus.

—Yo te enseño.

Paseó la vista por el refectorio, buscando a Gloria. No estaba. Su amiga Tina estaba con otras chicas al extremo de la mesa, pero ella no había acudido al comedor.

—Bueno —dijo por fin—. Pero os advierto que soy muy malo en cualquier juego de cartas y que me quiero acostar temprano.

Le habría gustado escribirle una nota a Gloria, pero ¿qué iba a decirle? ¿Y cómo se lo tomaría ella? A lo mejor no eran más que imaginaciones suyas y Gloria no sentía nada por él y, para evitar encontrárselo, había preferido no salir a cenar. Además, ni siquiera sabía cuál era su celda para echarle la nota por debajo de la puerta. Podía preguntarle a Tina, pero así todas las chicas se enterarían de su interés. Las chicas no eran capaces de callarse nada y luego empezaría los codazos y las risitas. No. Era mejor dejarlo correr y esperar que al día siguiente se presentara una ocasión de quedarse a solas con ella.

Sin saber bien lo que hacía, mientras los demás iban a buscar el postre, empezó a hacer garabatos en la servilleta de papel hasta que se dio cuenta de lo que dibujaban sus manos: un sol y una gota, un sol y una gota, un sol y una gota. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil de no darse cuenta? El sol, la «s»; la gota, la «g».

Sergio y Gloria.

Como si alguien, mil años atrás, hubiera sabido que ellos llegarían a aquel monasterio y se encontrarían junto a la fuente.

Arrugó la servilleta y se la metió en el bolsillo. Luego sacó su agenda, arrancó una hoja, dibujó de nuevo el emblema medieval y, asegurándose por el rabillo del ojo de que Bárbara estaba ocupada charlando con sus colegas, salió del comedor con una seña a los amigos, como si fuera al lavabo, y se perdió por el pasillo mirando los nombres de las celdas. Sin saber por qué, estaba seguro de que adivinaría cuál era la suya.

Aliso, Fresno, Prímula, Saúco, Amapola, Olmo... Los cartelitos iban desfilando ante sus ojos. Ninguno era el cuarto de Gloria; no podía serlo.

Serbal.

El dibujo mostraba unas hojas parecidas a las de los helechos, con unas bolitas violentamente rojas.

Serbal. Ése era. Tenía que ser ése.

Se planteó durante unos segundos llamar a la puerta y entregársela en mano. Así, si se había equivocado y no era la celda de Gloria, nadie le abriría y podría volver al comedor y quizá preguntarle a Tina.

Pero era su celda. Estaba completamente seguro. Incluso con los ojos abiertos, le acudía una imagen, como un recuerdo que no podía ser suyo, de una hermosa doncella mirándolo a los ojos, debajo de un árbol con esas hojas y esos frutos. Un serbal.

Se agachó frente a la puerta y pasó el papelito por la ranura.

—Buenas noches, mi señora —murmuró, sintiéndose estúpido y feliz.

Luego salió a toda velocidad a encontrarse con sus compañeros, antes de que Bárbara se diera cuenta de su ausencia y se pusiera a buscarlo.

* * *

—Pero ¿se puede saber qué haces?

Laín miraba entre divertido y perplejo el revoltillo de alforjas que Sancho acababa de derramar entre los dos jergones en los que dormían.

—Estoy buscando la maldita cadena que estoy seguro de haber traído por si acaso me apetecía ponérmela.

—¿Te vas a poner una cadena como todos esos inútiles de la nueva nobleza? Los héroes no necesitamos esas tonterías. ¿O es que quieres impresionar a doña Brianda con tus nuevas riquezas?

Laín esperaba la famosa sonrisa traviesa de Sancho y se quedó de piedra al ver que su broma no había surtido ningún efecto.

—Doña Brianda es agua pasada, amigo mío. Si quieres probar tu suerte con ella, adelante.

—¿Y eso? —Laín, que acababa de volver del patio de lavarse el polvo y el sudor de toda la tarde de lucha, se enfundó las calzas limpias y se ciñó la túnica con un rico cinturón que le había correspondido en el reparto del botín.

Sancho, acuclillado entre las prendas que cubrían el suelo, levantó los ojos hacia su amigo.

—Acabo de encontrar a la dama que Dios me ha destinado.

—Hummm. ¿Y quién es esa afortunada señora?

—No tengo ni idea.

Ahora sí sonrieron los dos.

—Pero me ha dicho que estará en el baile. Entonces averiguaré quién es, aunque te juro que me da igual.

—No jures a la ligera. Conociendo tus gustos, podría ser una infanta de Castilla.

—Me da igual. La arrancarí de las mismas garras del diablo.

Laín se agachó junto a su amigo, sacó una gruesa cadena y se la entregó:

—Toma, ponte ésta; es mejor que la tuya —le apretó el antebrazo, mirándolo a los ojos—. Sancho, eres mi amigo y tengo que decírtelo: no te olvides de quién eres. No puedes desafiar a la alta nobleza. Estás desterrado, no eres más que un pobre muerto de hambre sin ningún derecho. No puedes cortejar a una doncella noble y hacerte ilusiones. Dentro de unos días volveremos al polvo, a la sangre, a matar moros para ganar el pan. Todo esto que nos rodea es muy hermoso, pero no es la realidad; no es para nosotros, hermano. Olvídala, ahora que aún puedes.

Sancho sacudió la cabeza, obcecado.

—No, amigo. No puedo. No podré ya nunca más. ¿Me ayudarás si lo necesito?

—Sabes que sí.

—Cuando la veas lo entenderás, Laín, te lo prometo.

Terminaron de arreglarse en silencio y, muy galanes, con sus ropas finas y su mejor espada al cinto, se dirigieron al gran salón del trono donde iba a tener lugar el banquete.

Tres larguísimas mesas habían sido dispuestas en forma de «u», dejando sitio en el centro para el baile de después; bandadas de criados se movían junto a las paredes llevando y trayendo exquisitas viandas, y jarras y más jarras de vino y de hidromiel; docenas de cortesanos, damas y guerreros iban aposentándose en sus lugares y, poco a poco, también la mesa central se iba llenando, en espera de la llegada del rey y de sus allegados, mientras al fondo, sobre un estrado, un grupo de músicos había empezado ya a tocar.

Sancho se acomodó junto a sus camaradas, frente a Minaya, sin apartar la vista de la puerta por la que iban entrando los invitados al festín, listo para indicarle a Laín cuál era la mujer que ocupaba sus pensamientos. Pero la sala se iba llenando y la doncella no aparecía.

—Ya sé que eres cabezota como una mula y que no vale la pena tratar de cambiarte una idea, pero, puestos a elegir por encima de nuestras posibilidades, ¿qué me dices de la que acaba de entrar, la que va vestida de verde y está sentada entre las damas de la reina?

Sancho, que había estado mirando la puerta de delante y no se había percatado de que los nobles del entorno del rey entraban por una puerta de detrás, desvió la mirada hacia la mesa principal, donde le indicaba Laín. De inmediato, su rostro se abrió en una sonrisa.

—Ésa es, amigo.

—¿Ésa? Tú estás loco, Sancho.

Un criado depositó una jarra de vino entre ellos y Sancho aprovechó la ocasión

para agarrarle de la manga.

—¿Puedes decirme quién es la hermosa doncella del vestido verde claro, la que está sentada cerca de la reina?

El criado miró a donde le indicaba el guerrero.

—Es doña Guiomar, la joven condesita de Peñalba. El conde murió hace unos dos años y ahora las dos mujeres están solas. Habrán venido a que el rey les busque un buen esposo. Un condado no puede estar en manos de una hembra.

—¿Qué dos mujeres? —preguntó Laín.

Si había dos como ella, estaba dispuesto a compartir la locura con su amigo.

—La viuda del conde, doña Brianda, y la joven doña Guiomar.

—¿Doña Brianda es su madre?

—Su madrastra. Doña Brianda no tiene hijos vivos.

El criado se alejó y los dos amigos se quedaron mirándose, ajenos al ruido que empezaban a hacer sus camaradas, que se habían lanzado sobre las viandas en el mismo momento en el que el rey don Alfonso había cogido su cuchillo de comer.

—Me temo que te vas a meter en un buen lío, Sancho —dijo Laín mientras alzaba su vaso.

* * *

Antes de retirarse, Tina llamó a la puerta de la celda de Gloria y asomó la cabeza. Tenía ya la luz apagada pero aún estaba despierta, a pesar del cansancio y las emociones del día.

—¿Estás bien? —le preguntó Tina, acomodándose a un lado de la cama.

—Sí. Me he comido una chocolatina que me quedaba y he estado pensando.

—¿En él?

—Claro.

Las dos se rieron bajito.

—¡Para que luego digan que en la realidad las cosas no pasan como en las películas! —comentó Tina con un suspiro.

—Es que esto no puede pasar, Tina. Esto no es normal. Yo nunca me he enamorado de nadie, nunca he salido sola con ningún chico, ni siquiera me ha gustado nunca nadie de verdad. Y ahora... No sé. Debe de ser este ambiente medieval, y el teatro y todo eso..., que la vuelve a una cursi y estúpida. ¡Si ni siquiera he hablado con él! No sé cómo piensa, ni qué le gusta, ni siquiera de dónde es.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Hacer?

—Mujer, pareces tonta. Quiero decir, que mañana y pasado y al otro, cuando os veáis y tal..., algo tendrás que hacer, ¿no?

—¿Y si no le gusto?

—¡Mira que eres pánfila! Claro que le gustas. Anda que no se nota.

—¿Y qué puedo hacer?

—Por lo pronto, mañana en el desayuno nos sentamos a su lado y empezamos a hablar normalmente, nada de besamanos y cucamonas. Luego ya se verá.

—¿Y si tiene novia?

—No tiene.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy más lista que tú —hizo una pausa—. Y porque se lo he preguntado a Quique.

Las dos se echaron a reír.

—Vale, pero no me dejes sola con él mañana si no te lo pido. Anda, vamos a dormir, que a las seis nos llaman.

—Buenas noches y que sueñes con el siglo XI.

Cuando Tina cerró la puerta, Gloria volvió a encender la luz, sacó el papelito de debajo de la almohada y se quedó mirando el sol y la gota hasta que tuvo la sensación de que los llevaba tatuados en la mente.

* * *

Cuando el rey dio la señal de que podía empezar el baile, las damas y los caballeros que pensaban participar empezaron a levantarse de sus asientos mientras la música subía de tono.

Ya colocados en la fila de hombres que enfrentaba a la de mujeres, Sancho le susurró a Laín:

—Luego te pediré un gran favor.

—Lo que quieras. Pero ahora déjame que me divierta un rato. No soy más que tercer hijo de hidalgo, pero mi buena madre me enseñó a bailar y pienso aprovecharlo.

En el último instante, antes de la reverencia general que daría comienzo al baile, Sancho se volvió de nuevo hacia su amigo.

—¿Qué le digo, Laín, qué le digo?

Ni en los momentos antes de una batalla había visto Laín a Sancho tan asustado.

—Cualquier cosa. Lo primero que se te ocurra. No hay más que ver cómo te mira para saber que de todas formas le sonará a música.

No hubo tiempo para más. Los bailarines habían empezado a moverse y era necesario mantener la concentración para no perder paso de la danza cortesana, mucho más compleja que las que se bailaban en las fiestas aldeanas.

En el quinto cambio de pareja, la mano de Sancho alcanzó la de Guiomar y de repente todo el salón, con sus antorchas y sus danzantes, se evaporó para ellos.

—Sois uno de los hombres del Cid y estáis temblando, señor —dijo ella, con una voz que sonaba como un arroyo de agua transparente saltando sobre piedras blancas.

—Es que es la primera vez que bailo con un ángel, doña Guiomar.

Ella se inclinó en la reverencia que marcaba la danza y enfrentó la fila opuesta. Sancho se giró también y se encontró con los ojos verdes de doña Brianda.

—Estáis muy apuesto esta noche, Sancho Ramírez —le dijo.

—Señora —fue lo único que consiguió decir él.

—Para ser un gran guerrero, sois un hombre muy tímido.

—Nunca he frecuentado ambientes cortesanos, señora. No soy más que hijo de hidalgo y guerrero del Cid.

Sancho intentaba dejar claro a aquella rica-hembra que no tenía sentido interesarse por él, que la distancia entre ambos era excesiva, pero para la condesa eso parecía tener un atractivo especial y se le acercaba más de lo que marcaba la etiqueta cortesana en los pasos en los que el hombre se colocaba detrás de su pareja.

Por fin la danza los volvió a separar y trajo de nuevo a Guiomar a su lado.

—Me lleváis ventaja, caballero. Vos conocéis mi nombre.

—El mío es Sancho Ramírez, señora. Cordeluna y yo estamos a vuestro servicio.

—¿Cordeluna es vuestra espada?

—Mi único amor hasta que os he conocido.

—Mentir es un grave pecado, caballero.

—No miento, señora. Miradme a los ojos, si lo dudáis.

Ella alzó los ojos un momento y volvió a bajarlos, azarada, pero sin perder la sonrisa. La danza volvió a separarlos e hizo que se encontrara con Laín y otros doshombres. Sancho se acercó al oído de su amigo.

—Dile a doña Brianda que esta noche estoy de guardia y no podré acudir. Luego sígueme discretamente si ves que me alejo con doña Guiomar.

Laín soltó un bufido.

—La criada de doña Guiomar es muy bonita —consiguió decir antes de que tuvieran que separarse de nuevo.

Al cabo de unos momentos, vio a Laín hablando con doña Brianda y, por la mirada que ella le lanzó, supo que había tragado el anzuelo. Ahora sólo tenía que arreglárselas para poder estar un rato a solas con doña Guiomar.

—Tenéis las mejillas encendidas, señora —dijo cuando volvieron a reunirse—. ¿Deseáis que os escolte hasta el patio a tomar un poco de aire fresco?

Ella asintió con la cabeza baja y el color de sus mejillas subió de tono. Era la primera vez que le pasaba una cosa como la que había oído comentar a las otras doncellas. Era también la primera vez que iba a estar unos momentos a solas con un hombre, aunque Régula los acompañaría, no podía ser de otro modo, y tampoco sabía qué hacer para quitársela de encima.

Terminó la danza, se hicieron las reverencias y nuevos danzantes ocuparon la sala mientras los que se retiraban se dirigían a sus asientos a seguir charlando con sus parejas de baile o a tomar un sorbo de vino.

Sancho maniobró elegantemente entre los invitados, escoltando a Guiomar hacia la salida de la sala. Laín, viendo que Régula se levantaba para seguirlos, fue tras ellos

y entabló conversación con la muchacha, como Sancho le había pedido.

Una vez fuera, la temperatura bajó considerablemente pero ninguno de los dos pareció notarlo. Respiraron profundamente el aire frío y, paso a paso, fueron alejándose por el corredor que daba al claustro.

—Señora —comenzó Sancho en voz ronca de emoción, cuando se hubieron alejado lo bastante y tuvo la seguridad de que Laín tenía a Régula convenientemente entretenida—, si yo fuera un cortesano y pudiera atreverme a aspirar a vos, todo se haría con más tiempo y más calma, pero no soy más que un hombre de armas, un desterrado por propia voluntad que ha decidido acompañar a su señor a la victoria o a la muerte. Sé que no soy digno de vos, pero sé también que, si no puedo ser vuestro, jamás seré de nadie. Tened piedad de mí.

—Caballero —dijo ella, conmovida—, sabéis quién soy y, por ello, sabéis también que no soy libre, que no puedo disponer de mí.

—En el corazón nadie manda, señora. Nos hemos conocido poco antes de vísperas; sé que es absurdo lo que os pregunto porque sería un milagro que vos estéis sintiendo ya lo que siento yo desde que os he visto bajo aquel serbal, pero me atrevo de todos modos a preguntaros: ¿hay en vuestro corazón un lugar para mí?

Guiomar miró de reojo al rincón donde, entre sombras de luna, adivinaba las siluetas de su doncella y el otro caballero que conversaban en voz baja. Podía hablar libremente aunque no sabía adónde podían llevarla sus palabras porque, aunque fuera imposible, ella sentía lo mismo por aquel guerrero, pero no era propio de una dama bien criada confesarlo a las claras. Si hubiera sido una simple aldeana, se habría lanzado a sus brazos sin pensarlo un segundo.

—¿Cuáles son vuestras intenciones, don Sancho? —preguntó por fin, tratando de ganar tiempo.

—Serviros hasta la muerte, entregaros mi corazón, mi vida y mi alma, y mi fortuna, cuando la tenga. Ser vuestro por siempre, si me aceptáis.

Estaban en medio del claustro, junto a la fuente, mirándose de frente bajo la luna que llenaba de sombras plateadas el jardín.

—Si está en mi mano —dijo ella por fin en una voz tan baja que Sancho creyó haber imaginado sus palabras—, seré vuestra esposa ante Dios.

Él sacó a Cordeluna de su vaina, se hincó de rodillas a los pies de Guiomar y esperó a que ella le diera licencia para alzarse. Luego puso la mano sobre la cruz de la empuñadura, que había empezado a relucir con un fulgor azulado y dijo en voz serena:

—Por la cruz de mi espada, señora, por el Dios de nuestros padres, juro aquí y ahora que os amaré, os honraré y os defenderé mientras tenga vida.

Guiomar puso su mano sobre la mano de Sancho, en la empuñadura de la espada.

—Por esta cruz os concedo mi mano en promesa de matrimonio y me entrego a vos hasta que Dios me lleve consigo.

Sancho dejó su espada sobre la fuente del claustro y abrazó a Guiomar. Un

instante después se besaban desesperadamente iluminados por Cordeluna.

—Es una espada mágica —dijo él al cabo de un tiempo, al darse cuenta de la mirada de ella—. Tiene un gran poder y nos será propicia.

—Tenemos que volver dentro —suspiró Guiomar, separándose de él con esfuerzo.

—¿Cuándo nos encontraremos?

—¿Mañana después de la primera misa?

—Hablaré con el padre Juan, de San Isidoro. Es mi primo. Él nos casará.

—Tengo que pedir licencia al rey. Y a doña Brianda.

—Jamás te permitirán que te cases conmigo, Guiomar.

—Entonces me iré contigo.

—¿Al destierro? ¿A vivir entre hombres? No, Guiomar, perderías tu honra y tu heredad; lo perderías todo.

—Te tendría a ti.

Él sonrió y volvieron a abrazarse.

—Doña Brianda quiere arreglarme una buena boda con un noble viejo.

—Nos casaremos en secreto. Yo volveré con mi señor y, cuando regrese, tendré una gran fortuna y quizá el rey me conceda un título por haber extendido las fronteras del reino.

—Y yo ¿qué haré mientras tanto?

—Esperarme, mi amor. Como la esposa del Cid, como las esposas de todos los guerreros. Y si te ves amenazada, busca refugio en San Pedro de Cardena, con doña Jimena. Dile que eres la esposa de Sancho Ramírez y ella te protegerá. O ve a Vivar, a buscar a mis padres. Volveré pronto, te lo juro, con más riquezas de las que puedas soñar.

La campana del monasterio comenzó a tocar maitines y poco después Régula se les acercó tímidamente, seguida por Laín.

—Señora, tenemos que volver. Doña Brianda estará inquieta por vos.

—Ve tú, Régula. Dile que me he recogido temprano porque mañana quiero ir a la primera misa.

La criada desapareció entre las sombras del claustro y los dos hombres escoltaron a Guiomar hasta una pequeña puerta que daba a una escalera.

—Adiós, amor mío. Hasta mañana.

—Buenas noches, mi señora.

Se besaron una vez más, mientras Laín se volvía hacia el claustro para dejarles un poco de intimidad.

Al cabo de un momento, oyó silbar a Sancho y volvió a acercarse.

—Ahora me acompañarás a algún lado a que me tome unos vinos que pagarás tú —dijo Laín.

—Vamos adonde quieras. Pero no podemos acostarnos demasiado tarde. Mañana tienes que ser mi padrino de boda.

Por una vez en su vida, Laín abrió la boca y la volvió a cerrar sin que se le hubiera ocurrido una palabra apropiada.

* * *

Gloria abrió los ojos en la oscuridad y, por un momento que la llenó de angustia, no supo dónde estaba. Había tenido una pesadilla espantosa que ya no conseguía recordar con claridad, pero estaba bañada en sudor, el camisón se le pegaba al cuerpo y respiraba con dificultad. Le dolía terriblemente la cintura y la negrura del cuarto la ahogaba.

Se sentó en la cama y encendió la luz con una mano que aún temblaba, pero por muchos esfuerzos que hacía no era capaz de recordar qué era lo que en su sueño la había asustado tanto. Miró la hora: las tres y veinte. Se levantó y, tal como iba, descalza y en camisón, salió al pasillo buscando el baño. El monasterio estaba desierto, en completo silencio. Sólo las veladoras daban una luz amarillenta y producían un ligero zumbido. Hacía un calor opresivo, incluso fuera de la celda; eso debía de ser lo que le había causado la pesadilla: la falta de aire y el calor.

El baño estaba algo más fresco y por un momento pensó en ducharse, pero habría tenido que encender las luces fluorescentes del techo y temía que eso la despertase demasiado y no pudiera volverse a dormir, de modo que entró en una cabina, orinó, y luego fue a lavarse las manos y la cara y a mojarse la nuca. El espejo, en la penumbra, reflejaba un rostro pálido, de ojos muy abiertos y cabellos húmedos y despeinados, un rostro de loca.

Se forzó a sonreír y le sacó la lengua a su imagen. La chica del espejo, obediente, le sonrió y le sacó la lengua. Se puso las manos detrás de las orejas y agitó los dedos, haciéndose burla, tratando de reírse de la situación, de volver a la realidad de su siglo, a la realidad de sí misma, pero había algo que le molestaba, algo sutil en el aire, como una vibración, como si una ligera corriente eléctrica lo recorriera todo. Miró por encima del hombro y a su alrededor, inquieta.

Diez puertas de cabinas, un corto pasillo que llevaba a las duchas, diez lavabos, diez espejos. Todo vacío, abandonado, como un buque fantasma.

La cintura seguía latiéndole, como si se la hubiera ceñido con un cinturón de ortigas, pero con aquella luz no podía ver si era una alergia, un sarpullido que le hubiera salido durante la noche. Y la frente le escocía, como si se la hubiera rascado contra una pared, de modo que volvió a echarse agua fresca y la dejó escurrir por la cara, ya que no se había traído la toalla.

Al levantar de nuevo la cabeza, ya dispuesta a volver a su cuarto, se quedó helada mirando el espejo, agarrando el lavabo con las dos manos. Al fondo de la imagen, en el trozo de pasillo que se reflejaba en la superficie de cristal, le había parecido ver una figura: una mujer anciana de largos cabellos blancos, vestida de pardo, que le hacía señas perentorias. Parpadeó y la imagen ya se había desvanecido.

Sintió un ataque de pánico y tuvo que taparse la boca con las manos para no gritar.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué hacía allí a esas horas de la madrugada? ¿Qué quería de ella?

Ahora tendría que salir al pasillo si quería volver a su celda y entonces... ¿qué?

¿Y si no había nadie? ¿Y si se lo había imaginado, o mucho peor, si era una alucinación? ¿O si las imágenes de su pesadilla habían empezado a cobrar vida y a invadir su realidad cotidiana?

¡Memeces! ¡Majaderías de adolescente!, como decía su padre. «Tenéis el cuerpo lleno de hormonas y luego pasa lo que pasa».

Habría dado cualquier cosa por que Sergio estuviera allí, con ella; por poder cogerse de su mano y enfrentar el pasillo con decisión. O por que cualquiera de las chicas se hubiera despertado para ir al baño y ahora entrara y encendiera la luz.

Pero todo seguía en silencio.

Lo único que tenía eran las palabras de su padre, tantas veces oídas en tantas noches de miedos infantiles:

«Lo peor es tenerle miedo al miedo, Gloria. El miedo es una reacción natural del ser humano hacia lo que no comprende o no conoce y cree que puede resultarle peligroso. No es más que un mecanismo de defensa, como sudar cuando tienes calor y tiritar cuando tienes frío. Ahora estás asustada porque no sabes qué puede haber ahí, por tanto lo único que tienes que hacer es salir a averiguarlo. Si no hay nada, estupendo, falsa alarma. Si hay algo o alguien, sólo puedes vencerlo sabiendo qué es y enfrentándote a ello».

Las palabras sonaban claras en su cerebro y sabía que eran ciertas y razonables, pero la idea de moverse de donde estaba y salir a ver qué había en el pasillo seguía dándole escalofríos. Sin embargo, estaba segura de que no había nada; aunque también estaba segura de que lo había habido. No había sido una alucinación. La anciana que había visto era real y quería decirle algo.

Inspiró profundamente, separó las manos de la porcelana del lavabo y, con paso resuelto, avanzó hacia la puerta. Allí, con mucho cuidado, sacó la cabeza hacia el pasillo.

No había nadie. El corredor se extendía a derecha y a izquierda en perfecta soledad.

Volviendo constantemente la cabeza por encima del hombro y casi corriendo, llegó hasta su celda y cerró la puerta, lamentando que no tuviera llave.

Por la mañana, con todo el monasterio bullendo de actividad, las chicas lanzándose en montón a las duchas y el sol de la mañana entrando a raudales por las ventanas, los terrores de la noche parecían cosa del pasado. Se le había calmado el dolor de la cintura, causado probablemente por los nervios del día anterior, y en la frente apenas

si se descubrió una ligera mancha rojiza. Debía de haberse dado un golpe con la pared moviéndose en la cama mientras sufría la famosa pesadilla que no conseguía recordar.

Antes de entrar en tropel al comedor se enteraron por Laura de que dedicarían la primera parte de la mañana a clases básicas de equitación y eso fue suficiente para ponerlos a todos de buen humor, porque el día era glorioso y aún fresco, y lo que menos les hubiera apetecido era pasarlo dentro, haciendo ejercicios de respiración, concentración, dicción y demás zarandajas necesarias, al parecer, para convertirse en buenos actores.

Tina y Gloria se sentaron en la zona de la mesa que ya ocupaban Quique, Sergio, Andrés, y una chica pequeña y pálida, con el pelo intensamente negro, muy rizado.

—Hola, chicos —dijo Tina, alegre como siempre—. ¿Habéis dormido bien?

—Como una piedra —dijo Quique—. Si hubiera caído una bomba en el claustro ni me habría enterado.

Gloria se planteó por un segundo contarles lo que le había pasado y decidió callar. No era plan que, conociéndose tan poco aún, empezaran a pensar que estaba mal de la cabeza. Sergio la miraba sin atreverse a sonreír, como esperando que lo hiciera ella, así que le regaló una sonrisa esplendorosa antes de levantarse a buscar algo de comer. Inmediatamente, él se levantó tras ella, mientras los otros escuchaban lo que estaba contando la chica del pelo negro, algo de una horrible pesadilla.

Sergio y Gloria se acercaron a la larga mesa del desayuno, deseando decir algo y sin saber qué.

—¿Tomas café? —preguntó él por fin.

—Claro —dijo ella—. Me he criado en Roma. Ya tiene que ser malo un café para que no me lo tome al levantarme.

—No me digas que eres italiana.

—No. Soy española, pero mi padre es diplomático y nos hemos pasado la vida de acá para allá. Ahora tiene un puesto en el ministerio y supongo que nos quedaremos unos años. Y en cuanto termine el Bachillerato, quiero estudiar en Madrid.

—Vaya, así que eres una niña bien —se le escapó.

—De eso nada. Soy una chica de lo más normal que ha tenido la desgracia de ir dando saltos por ahí sin poder tener nunca amigos para toda la vida.

—Perdona. Es que..., nada... que soy imbécil, que mi padre es profesor de instituto, de matemáticas, y nunca había conocido a una chica del cuerpo diplomático.

—El que es del cuerpo diplomático es mi padre. Pero lo mismo daría que fuera bombero, ¿no?

—Si te quedas en España, sí —se atrevió, ofreciéndole una taza de café que ella aceptó con una sonrisa—. Yo también quiero estudiar en Madrid. Mi familia es madrileña, pero vivimos en Cádiz desde hace un par de años. Por suerte, aún no se me ha pegado el acento, aunque puedo hablar gaditano si quiero, para que los colegas no se mosqueen en el instituto.

—A todo esto, Sergio —dijo Gloria sin mirarlo cuando ya volvían a la mesa cargados con café y panecillos—. Gracias por lo de anoche.

—¿El emblema?

Ella asintió con la cabeza.

—Me di cuenta después de la cena. Son nuestras iniciales.

Ella se había dado cuenta mucho antes, pero no quiso decirlo, así que contestó:

—Y las de una pareja que debe de llevar mil años bajo tierra. ¿Cómo se llamarían?

—Sentaros, sentaros —les apremió Quique cuando llegaron a la mesa—. Esta tía es total; nos ha contado una pesadilla que ha tenido y que es una pura novela.

—A todo esto, os presento a Sibila, una compañera de mi instituto —intervino Andrés.

—¿Sibila? ¡Vaya nombre, chica! ¿O es un seudónimo? —Sergio estaba perplejo.

—No. Es mi nombre. Mi madre es irlandesa y quería llamarme Sybill, y como vivimos en España, lo castellanizaron, pero os agradecería que os ahorráseis el chistecito. Lo de la Sibila de la Antigüedad, el oráculo y tal, ya sabéis. No hay profesor de latín que no dé la vara con el asunto.

—Sí —se apresuró a añadir Andrés con la boca llena—, porque la cosa tiene su punto. Resulta que aquí Sibila tiene sueños proféticos y sabe echar las cartas.

—Mira que eres bocazas, Andrés. Te advertí que no me gusta nada que vayas contando esas cosas.

—Pero, mujer, si eres tú quien ha empezado con lo de la pesadilla.

Ella se levantó, molesta, y se fue a buscar más zumo de naranja.

—¿De qué iba la famosa pesadilla? —preguntó Sergio.

—Dice que había batallas y sangre, y una espada que relucía y unos amantes que tenían que separarse y un terrible mago que invocaba a Satán y una mujer muy bella de ojos verdes, vestida de rojo, y yo qué sé más... ¡Ah! Y una anciana de largos cabellos blancos que trataba de comunicarle un mensaje.

—¡Qué pasada!, ¿verdad? —dijo Tina—. Lo que yo daría por soñar cosas así.

—Pues ella dice que ha sido espantoso porque parecía verdad.

—Esa chica ha leído demasiadas novelas de fantasía heroica —dijo Sergio, untando tranquilamente su pan con mantequilla.

Gloria se había quedado inmóvil. Si era verdad lo que había contado Sibila, en su sueño aparecía la misma anciana que ella había visto en el pasillo. Tenía que hablar con ella cuando no estuvieran los otros delante.

—¡Eh! —dijo Tina, agitando una mano delante de Gloria—. Tierra llamando a Luna, Tierra llamando a Luna, ¿me escuchan, Luna?

—Perdona, es que he dormido mal. El calor y eso.

Sergio le sonrió de repente. Estaba pensando que quizá no hubiera dormido por culpa de la nota que le había pasado por debajo de la puerta, y eso le ponía de muy buen humor. Él también había dado muchas vueltas en la cama antes de conseguir

conciliar el sueño.

Desde el pasillo, Bernardino empezó a dar palmas.

—Venga ya, dejad de comer, tragones. ¡A cabalgar!

Antes de salir del comedor, Sergio se acercó al oído de Gloria:

—¿Te apetece que demos un paseo en la pausa de después de comer?

* * *

—Es una locura y lo sabes perfectamente, Sancho —el padre Juan caminaba con paso sosegado por el claustro de San Isidoro; aún no había despuntado el sol y las hojas de las plantas estaban cubiertas con una capa de fina escarcha—. Entiendo que te hayas enamorado de esa doncella; la conozco y sé que es muy hermosa, honesta y alegre. También es condesa y enormemente rica, lo que ya, desde el principio, la pone muy por encima de nosotros. No me interrumpas, por favor. Puedo llegar a entender que tú le gustes; al fin y al cabo eres uno de los héroes del momento, eres buen guerrero y bastante buen mozo, pero me niego a participar en todo ese asunto de bodas secretas a espaldas del rey y de su madrastra.

—Es que es la única manera, primo, ¿no lo ves? Su familia no lo permitirá jamás porque, como bien dices, yo no soy nadie —Sancho se movía alrededor del padre Juan, tratando de convencerlo.

—Piensa con la cabeza, rapaz. ¿Para qué te enseñé yo tantas cosas cuando eras pequeño? —le acarició la barbilla con gesto paternal, como si le sorprendiera que aquel niño a quien él había intentado enseñar a leer hacía apenas unos años, cuando aún tenía esperanzas de que se consagrara a la Iglesia, fuera ahora un hombre con barba—. No llevas ni seis meses en las mesnadas de don Rodrigo y, a tu edad, ya has conseguido una fortuna que muchos quisieran para sí. Ten un poco de paciencia, sirve bien a tu señor. Si el Campeador conquista tierras a los moros, harán falta hombres que las administren y las defiendan. El rey concederá tierras y títulos a los que han luchado bien y muchas doncellas podrán casarse sin desdoro con esos hombres. Tendrás algo que ofrecer a tu amada, aparte de lo que está a la vista —terminó con una sonrisa traviesa.

Eran primos, pero el padre Juan tenía casi veinte años más que Sancho porque era hijo del hermano mayor de su madre.

—No puedo esperar tanto, Juan. Ya están hablando de casarla con un noble que podría ser su padre porque, al ser huérfana, no hay un hombre que lleve las riendas del condado de Peñalba. Si ahora vuelvo con don Rodrigo, cuando regrese, Guiomar estará casada. Y eso será mi muerte, si no muero antes en batalla.

—Dejándola viuda a los quince o dieciséis años...

—Al menos habremos tenido unos días —dijo Sancho, bastante alicaído.

—Eso es lo que me temía precisamente, que lo único que te importe sean esos días de placer con la mujer que deseas. O más bien esas noches..., ¿me equivoco?

—Te equivocas por completo, Juan —Sancho estaba realmente ofendido—. Si no fueras monje y primo mío, tendrías que desenvainar para defender esas palabras.

Hubo un silencio. El padre Juan era consciente de haber herido a su primo, pero estaba seguro de que había mucho de verdad en lo que había dicho y no pensaba disculparse por pensarlo. Había conocido a demasiados muchachos impetuosos que se habían casado por un impulso pasajero y luego habían convertido en un infierno la vida de sus pobres mujeres. Y tratándose de un matrimonio tan desigual, también temía que fuera la vida de Sancho la que quedara destrozada.

—Yo la amo, Juan, la amo de verdad, hasta la muerte y más allá.

—No hay matrimonio en el más allá, Sancho. En el más allá seremos espíritus puros, con la ayuda de Dios.

—Sólo quiero que entiendas que no es un capricho. Yo tampoco sé cómo es posible amar así a una mujer que ayer a estas horas aún no conocía. Por eso veo en ello la mano de Dios. Guiomar es la mujer que Él me ha destinado.

—No tomes su santo nombre en vano, hijo.

—¿Qué puedo hacer, Juan? Ella también me quiere; me lo dijo ayer noche. Me espera ahora, a la salida de misa.

—Yo hablaré con ella.

—¿Y qué le dirás? ¿Que Sancho Ramírez no se atreve a mantener su palabra y a oponerse al rey y a toda su parentela? ¿Que lo que le juré ayer fue debido a un capricho repentino que ya he olvidado?

—Que Sancho Ramírez es un hombre de honor y la ama honestamente, y está dispuesto a luchar para alcanzar su mano a la luz del día, delante de Dios y de los hombres.

—¿Y qué piensas hacer para impedir que la casen en mi ausencia?

El padre Juan se frotó las manos, que se le habían quedado heladas, y lo agarró del brazo para que siguieran paseando al abrigo de las arcadas.

—Si los dos estáis de acuerdo, firmaréis un compromiso matrimonial ante testigos y luego os daré la bendición en la iglesia. Así estáis oficialmente prometidos y tenéis la bendición divina. Los dos sois mayores de edad para el derecho canónico y libres de decidir. Aunque, por supuesto, si cuando llegue el momento del matrimonio, el rey no ha dado su consentimiento, ella lo perderá todo, porque don Alfonso entregará el condado a quien estime conveniente. De momento, podemos fijar una fecha para las capitulaciones matrimoniales. Eso le dará a ella tiempo para convencer a doña Brianda y tratar el asunto con el rey, y a ti unos meses en los que puedes medrar en las huestes de don Rodrigo.

Sancho guardó silencio. Era mejor que nada, pero no era lo que él deseaba ni lo que había imaginado al levantarse.

—¿Qué fecha propones, primo?

—El veinticuatro de junio, día de san Juan Bautista, en el nuevo monasterio de San Salvador de los Cerros. Si para entonces no puede ser de otro modo, os casaré en

secreto.

—El veinticuatro de junio —murmuró Sancho—, la noche mágica, la noche en que se abre la puerta entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

—Eso son supersticiones paganas, impropias de un cristiano como tú. La noche de san Juan es la del día veintitrés, y no es ninguna noche mágica; es la noche de la fiesta de mi glorioso patrono, el que preparó el camino del Dios-Hombre y lo bautizó en las aguas del Jordán.

—El que murió decapitado por orden del rey Herodes por un capricho de Salomé.

—Eso no hace al caso. ¿Desde cuándo eres tú teólogo?

Se miraron a los ojos, casi desafiantes.

—¿Aceptas el plan?

—¿No hay otro?

—Si quieres contar con mi ayuda, no hay otro.

Le costó un gran esfuerzo pronunciar la palabra, pero tenía que reconocer, a pesar de sus deseos, que el padre Juan tenía parte de razón. Al menos deberían intentarlo.

—Acepto.

—Pues voy a hablar con la dama. Tú, mientras tanto, puedes comprarle algún dulce y venir aquí después a encontrarte con nosotros. Me figuro que, si ha madrugado tanto, es porque quiere verte a ti, no a un viejo benedictino.

Se separaron en la puertecilla que llevaba a la iglesia y, ya había dado Sancho unas cuantas zancadas en dirección a la salida, cuando le llegó la voz del padre Juan.

—Estoy orgulloso de ti, joven primo. Has hecho honor a los tuyos y a tu dama. Ve con Dios.

* * *

La mañana se les pasó entre risas, sustos y carreras. La mayor parte de ellos no había montado jamás y, a pesar de que los caballos eran dóciles, la cosa no resultaba fácil, pero como no se trataba de convertirlos de golpe en caballeros y Amazonas sino, simplemente, de que captaran lo que significaba vivir en contacto con un animal que era el único medio de transporte posible, aparte de los propios pies, con poco bastaba.

Al cabo de cuatro horas de clase, Laura les concedió una pausa antes de empezar la segunda parte, que consistiría en desensillar, cepillar y arreglar sus monturas.

Durante la pausa, mientras unos se iban a la cocina a tomar algo y otros se tumbaban a la sombra de los árboles que bordeaban el riachuelo, Gloria se las arregló para quedarse un poco atrás con Sibila. No sabía bien cómo empezar la conversación, pero tenía poco tiempo y había que aprovecharlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —comenzó.

—¿A que la adivino? Quieres que te eche las cartas, ¿verdad? Y que te diga que estás a punto de conocer al hombre de tu vida.

Gloria negó con la cabeza, sorprendida. Ni se le había pasado por la imaginación,

aunque no le parecía mala idea.

—¿Entonces?

—Nos ha dicho Quique que en el sueño que les has contado salía una anciana de largo pelo blanco que quería comunicarte un mensaje, ¿es verdad?

—Sí. Sólo que me he despertado antes de que pudiera decirme nada. ¿Por qué? ¿Crees que estoy loca? —Sibila contestaba siempre con aspereza, como si pensara que estaba tratando de insultarla o de reírse de ella, pero Gloria estaba demasiado angustiada como para preocuparse por eso.

—No. La que parece que está loca soy yo.

Sibila la miró de pronto con interés y Gloria le contó lo que le había sucedido en el baño.

—¿Qué curioso! ¿Cómo iba vestida? ¿Te acuerdas de algún detalle?

Gloria hizo un esfuerzo de concentración; apenas la había visto dos segundos, pero llevaba meses entrenándose con su monitora de teatro para agudizar la capacidad de observación y estaba segura de que le habría servido de algo. Cerró los ojos tratando de conjurar la visión.

—Llevaba ropas pardas, entre grises y marrones, y una especie de chal o de toquilla por los hombros. También llevaba un saquito de tela colgado en bandolera. Y el pelo largo, muy blanco, enmarañado, como un halo alrededor de la cabeza.

—Es ella.

Se miraron sin decir palabra.

—¿Qué efecto te causó? —preguntó Sibila por fin—. Quiero decir, ¿crees que tenía un aura positiva o negativa?

Gloria lo pensó un momento.

—Yo diría que positiva, pero me asusté tanto que es difícil distinguir.

—Yo estoy segura de que era positiva. El que era negativo era el otro.

—¿Qué otro? —sin poder explicárselo y a pesar del calor que empezaba a hacer, Gloria sintió un escalofrío deslizándose por su espalda.

—Un hombre grande y flaco, de nariz ganchuda, cabello blanco y barba larga y negra. ¿A ése no lo has visto?

Gloria movió la cabeza en una negativa.

—Ése es peligroso. Muy peligroso.

—Pero, Sibila, estamos hablando de sueños, ¿no? ¿Qué puede haber de peligroso en un sueño?

Se detuvieron a la sombra de los primeros árboles para no tener que reunirse con los demás, que estaban riéndose y chapoteando en el riachuelo.

—Lo tuyo no fue un sueño. Y en todo caso no se trata de sueños normales.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme.

—No, dime cómo lo sabes. Te prometo no contárselo a nadie.

Sibila empezó a enrollarse en el dedo un mechón de sus negrísimo cabellos,

como si estuviera pensándose si confiar en aquella chica casi desconocida.

—Gloria, mira, yo soy un poco rara, lo he sido siempre; al parecer lo he heredado de mi madre, que viene de una gran familia de mujeres raras. Supongo que en otros tiempos nos habrían llamado brujas y nos habrían quemado en la plaza pública. Mi madre es herborista y tiene poder curativo en las manos.

—¿Y tú?

—Aún no está tan claro. Yo, por lo pronto, sueño cosas que suceden o que sucedieron y que aún influyen en nuestra vida, y veo cosas del futuro cuando echo las cartas. También soy muy normal, no te creas, y sueño imbecilidades como todo el mundo, pero sé distinguir unos sueños de otros. Por eso sé que éste es verdad.

Se calló de repente como si estuviera a punto de decir algo más.

—Dímelo todo, Sibila, por favor —apremió Gloria—. Te guardaré el secreto, te lo juro.

—Tú aparecías en el sueño. Sólo que no eras realmente tú. Y Sergio estaba también. Era él y era otro. Fue todo muy confuso.

—¿Y qué nos pasaba en el sueño? —preguntó, con la boca repentinamente seca.

—No me acuerdo, Gloria. Sólo sé que era terrible y eso me da miedo —hizo una pausa—. Esta mañana, al principio no me he fijado en vosotros, pero cuando Sergio y tú habéis vuelto a la mesa juntos...

—¿Qué?

—He tenido mucho miedo por vosotros.

Siguieron caminando lentamente hacia el río, en silencio. El sol había empezado a pegar fuerte, las cigarras cantaban enloquecidas y todo olía a hierbas silvestres, a polvo caliente, a naturaleza salvaje.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Gloria casi para sí misma.

—Aún nada. Esperar. Si de verdad hay algo en el pasado que quiere ponerse en contacto con nosotros, sucederá.

—Me estás asustando, Sibila.

—Tómalo como una aventura. Mira, creo que voy a meter los pies en el agua.

Gloria se quedó inmóvil, bajo los árboles, dándole vueltas a aquella extraña sensación que se había instalado dentro de ella. Sibila volvió sobre sus pasos y le puso las manos en los hombros.

—Te ayudaré en lo que pueda, Gloria, pero de momento no podemos hacer nada. Y ahora no te preocupes y ven a remojarte un poco. Al fin y al cabo, son nuestras vacaciones.

Bárbara también aprovechó la pausa para buscar a Sergio. Ella y los demás profesores, excepto Laura, habían estado reunidos tratando de empezar a repartir los papeles, al menos de forma provisional y, aunque se llevaban bien y todos estaban fascinados con el proyecto, inevitablemente cada uno tenía sus favoritos y sus

candidatos para algunos papeles. La decisión final estaba en manos de Bernardino, que era el director del proyecto, y en menor medida en las de ella, que era la especialista en entrenamiento de actores.

Después de mucho hablarlo, habían conseguido ponerse de acuerdo en probar con Sergio para el papel del Cid, en Sibila para hacer de bruja, en Lara y Tina para las hijas del Cid y en Andrés para Martín Antolínez, uno de los hombres principales de don Rodrigo. El papel de Minaya aún no había sido adjudicado, ni siquiera de modo provisional, y con doña Jimena habían tenido muchos problemas porque Bárbara se negaba de plano a que lo hiciera Gloria, como quería Bernardino.

—Esa chica es medio boba —había dicho en cuanto había surgido su nombre—. Muy mona, sí, pero sin fuerza.

—No estoy de acuerdo —decía Bernardino—. Gloria es dulce, efectivamente, pero puede dar mucho de sí. Y la química entre ellos es perfecta. Bárbara, no puedes negarlo. En la improvisación de ayer eran... ¿Qué quieres que te diga, si lo viste tú misma? Eran el uno para el otro. Los espectadores se derretirán. Porque esos dos chavales lo viven, no lo actúan.

Eso era precisamente lo que, sin saber por qué, tanto molestaba a Bárbara. Era evidente que había algo entre ellos, algo que iba incluso más allá de un primer deslumbramiento juvenil. Y eso no le gustaba y no pensaba quedarse ocho semanas de brazos cruzados viendo cómo aquellos dos tortolitos se hacían arrumacos. Habían venido a trabajar, a aprender, no a cruzarse miraditas bobas y a pasearse delante de los demás cogidos de la mano mirándose a los ojos. No pensaba permitirlo.

Y no es que Sergio le importara particularmente. Al fin y al cabo no era más que un crío demasiado desarrollado para su edad, pero había sido su descubrimiento y era ella la que tenía que... ¿Qué?, se preguntó. ¿Qué quería ella hacer realmente?

Por lo pronto, apartarlo de Gloria como fuera. Luego ya se vería.

Le había molestado profundamente que la noche anterior hubiera tenido la desvergüenza de quedarse jugando a las cartas con sus compañeros sin acompañarla a dar el paseo que le había propuesto. Era evidente que estaba asustado, lo que al fin y al cabo era natural. Ella era su profesora, una mujer mayor, y aunque le gustara, de eso estaba segura, para él no sería fácil delante de sus compañeros.

Bárbara salió del monasterio, a la luz deslumbradora de las once de la mañana, y echó una ojeada circular tratando de localizarlo. Lo vio por fin junto a los caballos, acariciando a un animal que brillaba al sol. Sergio también era como un potro joven, hermoso, lleno de vida. Su mirada se detuvo en sus cabellos largos, su barbita corta, un poco más clara, sus hombros anchos y sus largas piernas. Con las botas altas, las calzas y la túnica de montar era la viva estampa de un joven guerrero altomedieval.

Echó a andar hacia él aparentando naturalidad y no se le escapó la mirada de alarma que echó Sergio a su alrededor cuando se dio cuenta de que estaban prácticamente solos. Ella le sonrió.

—Eres difícil de localizar. Ayer noche me quedé esperándote.

Él tragó saliva y siguió pasándole la mano por el lomo al animal.

—Bueno, me liaron para jugar al mus y ya sabes, al final se hizo tarde.

—Pues tienes suerte de que me lo haya tomado bien. Acabo de votar por ti para el papel del Cid. Provisional, de momento.

A Sergio se le escapó una sonrisa de felicidad.

—Gracias, Bárbara.

—Si quieres conservarlo, tendrás que trabajar mucho conmigo. Estoy dispuesta a prepararte bien, pero tienes que estar decidido a hacerlo y no puedes pensar en nada más.

—Trabajaré lo que haga falta.

—Tendrá que ser cuando acaben las clases normales, después de cenar —le dijo con una entonación que sugería más de lo que acababa de poner en palabras.

Sergio fingió que no lo había notado.

—Vale. Cuando tú me digas.

—Ya lo hablaremos. Ahora dedícate a los caballos —Bárbara levantó la mano para hacerle una caricia en el pelo, pero cuando vio que él se encogía imperceptiblemente, la desvió hacia el animal—. Nos vemos, joven guerrero.

Sergio se quedó mirándola hasta que se perdió tras la puerta del monasterio. Sin saber por qué, aquella mujer empezaba a producirle escalofríos. Pero de momento le habían dado el papel estrella del proyecto y no podía estropearlo. Ahora sólo tenía que explicárselo a Gloria y esperar que ella lo comprendiera.

* * *

La pequeña ceremonia se llevó a cabo con rapidez y sin más testigos de los necesarios: Laín, Régula, y dos monjes de la comunidad del padre Juan.

Sancho y Guiomar recibieron la bendición frente al altar después de haber cambiado ante los presentes su promesa de matrimonio y poco después, tras rezar unas oraciones de rodillas sobre las losas heladas de la iglesia, salieron a una mañana llena de sol, aunque muy fría. Se dirigieron enseguida hacia el mercado porque, confundidos entre la gente, resultaba más fácil hablar.

—¿Volverás para san Juan? —preguntó Guiomar, fingiendo interesarse por unas sedas toledanas.

—Volveré y nos casaremos, mi amor —dijo él a su oído.

—Yo intentaré convencer a doña Brianda y, cuando ella acepte, al rey. Si no lo consigo, iré de todas formas a San Salvador de los Cerros. Si no voy, es porque me han encerrado.

—Te sacaré de donde sea. A sangre y a fuego.

—No, Sancho, no digas esas cosas.

—¿No podemos ir a otro sitio, con menos gente alrededor?

—Es mejor que nos separemos. Régula y yo bajaremos a donde nos conocimos

ayer. Te espero allí.

Los dos amigos se quedaron un poco más dando vueltas por el mercado y con el toque de Tercia se encaminaron hacia el río, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y no supieran adónde se dirigían.

Desde la ventana de su cámara, en el alcázar, doña Brianda miraba con desprecio el bullicio de los aldeanos en la plaza. Estaba inquieta. El rey don Alfonso había comentado durante el banquete que varios nobles se habían interesado por el condado de Peñalba y por la hermosa dueña que lo regía. No quería darle prisas, pero después de casi dos años de la muerte de su esposo, ya empezaba a ser momento de pensar en escoger. Y la doncella Guiomar estaba también entrando en la edad adecuada para celebrar un matrimonio ventajoso, había añadido.

Ella había hecho lo posible por darle largas al rey, pero sabía que no podría entretenerlo mucho más. Y el problema era que, aparte de que no tenía ningún interés en tomar esposo, no conseguía decidir qué le convenía más: si dejaba que Guiomar se casara, su marido se convertiría en el nuevo conde de Peñalba y ella no sería más que la condesa viuda. Se acabaría su libertad y, aunque la dejarían seguir viviendo en el castillo, ya no sería el ama de su casa, sino una simple pariente en casa de Guiomar.

Si, por el contrario, respetaba el deseo de su hijastra de permanecer soltera por el momento, sería ella la que no tendría más remedio que elegir marido. Y eso limitaría aún más su libertad, aunque tenía la ventaja de que seguiría mandando, al menos en lo concerniente a la casa. Pero su esposo querría que le diera herederos y ella no se sentía con fuerzas de volver a pasar por otro parto para perder después al niño de cualquier enfermedad, como le había sucedido con los cuatro que había traído al mundo.

Se preguntó, como tantas veces, por qué Dios había impuesto ese castigo a las mujeres, por qué, siendo como eran más listas y más fuertes que ellos, tenían que estar siempre supeditadas a los varones, pasando por el horrible dolor de los partos; por el más horrible todavía de perderlos aún niños, o ya adultos, en combate; por la espantosa humillación de no poder decidir nunca sobre su propia vida: primero atadas al padre, luego al marido, luego a un hijo, o a un hermano.

Brianda no creía que aquello hubiera sido una decisión divina. Aquel injusto reparto de tareas no podía ser voluntad de Dios. Y lo que resultaba evidente era que, aunque nunca pudieran librarse del dolor que les imponía la naturaleza de su cuerpo, todas las otras humillaciones eran una decisión masculina. Los guerreros eran hombres, los clérigos eran hombres, los reyes casi siempre eran hombres. Y todos ellos temían a las mujeres; por eso trataban de mantenerlas en la ignorancia y les robaban la voz y la voluntad.

Tenían razón en temer a las mujeres, a algunas mujeres al menos, pensó, con una sonrisa torcida.

Se apartó de la ventana porque, a pesar del grueso manto, se estaba quedando helada, y decidió enviar a Brígida a buscar a Sancho Ramírez. Su cuerpo podría

ayudarla a entrar en calor y, hasta que se viera obligada a elegir esposo, su vida era aún suya y cualquiera que se cruzara en su camino se daría cuenta de que la condesa viuda de Peñalba era de temer.

En la judería, después del rato pasado con Guiomar junto al río, donde, ocultos en un bosquecillo, habían podido abrazarse sin ser descubiertos, Sancho y Laín buscaban el taller de un orfebre que les habían recomendado.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? —le preguntó Laín con un deje de preocupación.

—Es lo más valioso que poseo.

—Sí, ya lo sé. Pero me da mala espina, Sancho. Esa espada está..., ¿cómo te lo diría? Está... viva. Y si le haces lo que pretendes, es como mutilarla. Puede traeros desgracia.

—Ayer noche Guiomar me juró su amor sobre las piedras de Cordeluna, Laín. Yo le di mi palabra de matrimonio y Cordeluna brilló para nosotros.

—Sí, ya. Eso es precisamente lo que me preocupa.

Sancho le echó el brazo por los hombros.

—Pareces una vieja aldeana, amigo mío. Mira, ya hemos llegado, aquí debe de ser.

El taller del orfebre era una casita pegada a la muralla. Ya desde la calle se veía al hombre trabajando en una mesa baja donde daba el sol. Levantó la cabeza cuando la sombra de los visitantes cayó sobre él. Era de mediana edad, con el pelo negro sembrado de canas y una poderosa nariz ganchuda que delataba su origen.

—¿Eres Moshe, el orfebre?

—Para serviros, caballero.

Sancho sacó su espada y la colocó reverentemente sobre la mesa de trabajo del orfebre, cuidando de no estropear la labor que llevaba entre manos.

El hombre tomó a Cordeluna, observó las piedras en silencio, volvió a dejar la espada y alzó la vista.

—Hermosas gemas. Pero yo no soy espadero. Si queréis aseguraros de que están firmemente montadas, debéis acudir a la calle de los forjadores. Allí alguien sabrá aconsejaros.

—No, Moshe. No es eso lo que quiero.

—Os escucho, señor.

Desde la calle, oculta en un portal, Brígida los vio hablar con el orfebre y se marchó a llevarle su recado a doña Brianda. Podía ganarse unas monedas si le daba buenas noticias: que el joven caballero pensaba regalarle una joya. Pero antes de llegar al alcázar, decidió guardarse para sí lo que había visto porque, pensándolo despacio, la reacción de aquel guerrero frente a la cita con la condesa no había sido precisamente de alegría. Era posible que las cosas salieran mal, y entonces sería ella

la que pagaría, como tantas otras veces, y no estaba dispuesta a dejarse azotar de nuevo por el capitán de la guardia porque a doña Brianda le hubieran salido mal los planes.

—Señora —dijo Brígida, haciendo la profunda reverencia que esperaba doña Brianda—, el joven guerrero acudirá a vuestra llamada al toque de sexta.

La condesa hizo una mueca de contrariedad.

—¿No le has dicho que quiero verlo de inmediato?

—Sí, señora, como me ordenasteis. Primero me ha costado un poco dar con él y luego me ha dicho que tenía unos asuntos que arreglar antes de presentarse ante vos.

—¿Adónde tenía que ir? ¿A la casa de baños? —se le escapó una sonrisa.

Sería muy inteligente por su parte acudir a su llamada lavado y perfumado.

—No creo. Lo vi dirigirse hacia la judería, con ese amigo que siempre lo acompaña.

—El patán del norte.

A Brígida no le parecía tan mal el otro guerrero, pero se cuidó mucho de decirlo delante de su ama.

—Está bien. Esperemos que valga la pena el retraso. Déjame sola. Y cuida de que haya vino y algo de comer, y de que nadie nos moleste cuando llegué.

—Así se hará.

Cuando se quedó sola, Brianda sacó una de sus más preciadas posesiones, un espejo que había sido regalo de boda de su esposo, y empezó a pintarse los ojos con kohl traído de Córdoba.

* * *

Después de ducharse, ya que todos olían espantosamente a caballo, y de comer, Sergio le hizo una seña a Gloria y, cada uno por su lado, salieron del refectorio para encontrarse fuera del monasterio.

Nadie más había salido porque la luz y el calor eran tan aplastantes que todo el mundo había preferido tumbarse un rato o quedarse en la salita jugando a las cartas o al dominó y tomando un café.

Sergio echó a andar hacia el río y Gloria se limitó a caminar junto a él en silencio hasta que llegaron a la sombra. Allí se descalzaron y metieron los pies en el agua. Las libélulas, de colores iridiscentes, volaban a su alrededor, como si bordaran invisibles primores entre los arbustos y las ramas bajas.

Sergio, que llevaba toda la comida dándole vueltas al mejor modo de decirle a Gloria lo que no tenía más remedio que decir, decidió lanzarse sin más. Le cogió una mano y, mientras recorría con el dedo las venas azuladas de su superficie, le dijo:

—Me ha dicho Bárbara que me han dado el papel del Cid. Provisionalmente, claro.

Gloria estaba aún temblorosa sintiendo su mano en la de Sergio, pero contestó

sinceramente:

—¡Cuánto me alegro! Han hecho bien. Eres el mejor.

Le habría gustado preguntarle si sabía también quién iba a ser doña Jimena, pero no se atrevía porque no quería que pensara que era una envidiosa.

—El problema es que Bárbara quiere entrenarme personalmente, quiere que trabajemos juntos. Por la noche, después de cenar —añadió, tratando de que ella notara en el tono lo que realmente quería decir, pero Gloria no se dio cuenta.

—Bueno, qué remedio. Es muy de agradecer, ¿no?

—Sí, ya, claro. Lo que pasa es que yo tenía otros planes para las noches.

—¿Ah, sí?

Él levantó la vista de sus manos y la miró.

—A mí me habría gustado más que pudiéramos tener un poco más de tiempo para nosotros. Para conocernos... y eso.

Gloria sintió que se ponía colorada, así que liberó la mano, la metió en el agua y se remojó un poco la cara.

—Podemos vernos un rato cuando acabes, si quieres.

Volvieron a mirarse a los ojos, sonriéndose. Sergio habría querido decirle lo que temía: que Bárbara quisiera hacer algo más con él que enseñarle a representar bien su papel, pero le daba demasiada vergüenza, de modo que se limitó a acercarse a ella y la besó en los labios, tímidamente, con dulzura, como dándole ocasión de retirarse si no estaba dispuesta.

Pero Gloria, que momentos antes pensaba que era tonta porque no tenía experiencia en asuntos de chicos y nunca la había besado nadie, descubrió que era muy fácil porque lo estaba deseando tanto como él.

Poco a poco, los besos se fueron haciendo más urgentes e intensos hasta que los dos, como de común acuerdo, se soltaron y se echaron a reír.

—Eres preciosa, Gloria —dijo Sergio cuando consiguieron calmarse.

Ella, sin saber qué decir, se limitó a pasarle la mano por el pelo. Él la cogió, la volvió por la palma y la besó. Después, se levantó de un salto, le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie y miró su reloj.

—¿Crees que nos da tiempo a acercarnos a esa cueva misteriosa donde escondieron la estatua de la Virgen que se parece a ti?

—¡Qué tonterías dices, Sergio! ¿Cómo se va a parecer a mí una estatua que fue tallada hace mil años?

Pero al decirlo, algo se removió en su interior, recordando las palabras de Sibila: «si algo en el pasado quiere ponerse en contacto con nosotros, sucederá».

—Gloria, ¿qué te pasa? Te has puesto pálida de repente.

—Será el calor.

—Entonces es mejor que volvamos al monasterio. Ya exploraremos la cueva otro día. Además, vamos muy justos de tiempo. Venga, te invito a un café.

Cogidos de la mano, volvieron adentro.

Cuando Sancho fue introducido en la cámara de doña Brianda, necesitó unos segundos para que sus ojos se adaptaran a la penumbra que reinaba en la sala. Para ahuyentar el frío exterior, doña Brianda había hecho cubrir la ventana con pergamino y espesos cortinajes, un fuego de ascuas ardía en la chimenea y unas gruesas velas desprendían un dulce perfume de miel.

La condesa lo aguardaba junto al fuego, con su rico brial de seda roja y una diadema de oro y perlas sobre los negros cabellos sueltos que caían en ondas por sus hombros y espalda. Sus ojos, oscurecidos con afeites moros, brillaban como joyas y en la mano pálida que le tendía destellaba una gruesa piedra, roja como su vestido.

—Bienvenido, caballero. Sois difícil de encontrar.

—Mis disculpas, condesa. No tengo muchas ocasiones de visitar una gran ciudad y siempre hay asuntos que resolver —dijo Sancho, besándole la mano tendida.

—Lo importante es que estáis aquí. ¿Tomamos asiento?

Mientras Sancho se sentaba en un sillón que podría haber pertenecido a un rey, doña Brianda se acercó a una mesa y regresó con dos copas de plata labrada.

—Bebamos, Sancho. Llevo mucho tiempo pensando en vos y en por qué rechazasteis mi oferta de ser capitán de mi guardia. Quizá no os ofrecí bastante... — le lanzó una mirada muy elocuente entre sus espesas pestañas y sonrió.

Sancho pensó que, en cualquier otro momento de su vida, una mirada así de una mujer como ella habría sido bastante para arrojar la copa al suelo, tomarla en sus brazos y llevarla al lecho de cortinas cerradas que se adivinaba al fondo de la cámara. Sin embargo ahora su mirada y su sonrisa de fiera hambrienta no le producían más que inquietud y desagrado.

—Me debo a mi señor. Si él tiene que abandonar Castilla, mi puesto está a su lado.

—Ya no, Sancho. El rey me ha dicho que piensa perdonar a todos los que habéis venido ahora trayendo los regalos de don Rodrigo. Os lo comunicará mañana. Pero tú ya puedes saberlo, si no se lo dices a nadie aún. Desde mañana mismo eres libre de elegir, has recuperado tu honra y posees una modesta fortuna con la que establecerte donde lo deseas.

Las noticias eran buenas, porque significaban que el rey, aunque aún no estuviera dispuesto a perdonar a don Rodrigo, quería mostrar su buena disposición. Sin embargo, aquel cambio del «vos» inicial al «tú» por parte de doña Brianda no presagiaba nada bueno.

—Si te ofrezco algo más que la última vez, ¿te quedarás conmigo? Puedo incluso arreglarte una buena boda para acallar los rumores de los que una viuda joven nunca está a salvo cuando el capitán de su guardia es un apuesto guerrero.

—¿Con vuestra hija, por ejemplo?

Los ojos de doña Brianda empezaron a echar chispas y el tono de su voz perdió toda dulzura.

—¡No es mi hija, es mi hijastra! Y está demasiado alta para que un gañán como tú pueda rozar con sus labios el borde de su vestido.

Él no contestó. Sabía que había sido una provocación por su parte y que lo más probable era que estuviera celosa, pero se había atrevido para ver cómo reaccionaba ella. Ahora lo sabía. Doña Brianda nunca consentiría esa boda.

De repente, la condesa se echó a reír.

—Querías provocarme, ¿verdad, demonio? —se acercó a su asiento y le acarició el pelo, la mejilla, la barba—. Me gusta que seas así: valiente, ambicioso, temerario. Ya no quedan hombres como tú. Haríamos una buena pareja. Pero yo tendré que casarme con algún viejo de la antigua nobleza, y Guiomar se casará también, enfermará de repugnancia en la noche de bodas y seguramente morirá en el primer parto, como les pasa a todas las doncellas que han sido criadas entre sedas y brocados, blandas como el agua, estúpidas como ovejas que ven acercarse la cuchilla del carnicero y se limitan a balar sin moverse del sitio.

Sancho sintió cómo su mano se deslizaba hacia la empuñadura de Cordeluna. No estaba dispuesto a soportar ni un insulto más dirigido a su dama.

—Dejémoslo —dijo entonces la condesa— y disfrutemos del momento. Ven —lo tomó de la mano con la evidente intención de llevarlo a su lecho—. No pienses más ahora. Aún tienes unos días para decidir si quieres un futuro asegurado conmigo, o un futuro incierto en las mesnadas del Cid.

Sancho soltó la mano de la condesa, se alisó la túnica y se arregló la espada.

—Gracias por vuestro ofrecimiento. Lo meditaré. Quedad con Dios, señora.

—¿No pensarás marcharte ahora? —su hermosa voz era casi un rugido.

—Soy un hombre de honor, condesa.

—¡Eres un patán mal nacido! No sé cómo he podido rebajarme tanto. ¡Fuera de mi cámara! ¡Vete de aquí y no vuelvas jamás!

—Como ordenéis.

—¡Brígida! ¡Brígida! —empezó a aullar doña Brianda.

La criada entró, sobresaltada, y se encontró a su ama enfurecida y al caballero sereno, con una leve sonrisa en los labios.

—No os molestéis en acompañarme. Sabré salir.

* * *

Los días siguientes fueron convirtiéndose en una agradable rutina para todos los actores del proyecto. El trabajo era tanto, había tanto que hacer y que aprender, que terminaban agotados por las noches. La mayor parte de ellos se había acostumbrado a charlar apenas un rato después de la cena y a retirarse temprano porque, como no había televisión, ni música, y les habían requisado todos los aparatos modernos, no

quedaba más que dar un paseo por los alrededores antes de que cayera la noche, que era profundamente oscura, como nada que hubieran experimentado en su vida, o jugar a las cartas y conversar. Intentaron cantar una noche, pero se les agotaron muy pronto las canciones que todos conocían y nadie tenía ganas de jugar a cosas que estuvieran relacionadas con la actividad teatral, como adivinar palabras por gestos, o narrar historias.

Todos parecían dormir bien, salvo Gloria, que se levantaba con un fuerte dolor de cintura que iba desapareciendo a lo largo del día, Sergio, que había empezado a tener sueños angustiosos que luego olvidaba al despertar, y Sibila, que continuaba con sus pesadillas aunque había decidido no contar a nadie nada más hasta que ella misma consiguiera aclararse.

Los temores de Sergio con respecto a Bárbara se habían revelado vanos desde el momento en que Bernardino les prohibió las clases extra de después de la cena.

—Todos trabajan bastante ya, Bárbara —le había dicho cuando le comentó sus planes—. Y me niego a que dé la impresión de que ya está todo decidido y hay actores de primera y de segunda. Si quieres practicar un rato más después de la cena con los voluntarios que se apunten, no tengo nada en contra, pero ni hablar de un trato especial a Sergio por su cara bonita.

Bernardino había utilizado una frase hecha, pero Bárbara pensó por un momento que se había dado cuenta de la obsesión que empezaba a sentir por el muchacho y se le aceleró el pulso de vergüenza.

Porque, aunque le costara reconocerlo incluso ante sí misma, lo de Sergio empezaba a ser una obsesión, una fijación malsana. No podía quitarle la vista de encima cuando se encontraban en la misma habitación, sus ojos lo seguían a todas partes, se angustiaba cuando no sabía dónde se había metido, hacía lo posible por estar cerca de él y en ocasiones, durante el trabajo, había forzado a propósito ciertas situaciones para poder abrazarlo o tocarlo, aunque fuera delante de los demás, fingiendo que les explicaba cómo hacerlo de modo convincente para los espectadores. Y lo más preocupante era que había empezado a odiar a Gloria, una chica que nunca le había hecho nada malo y que además era amable y buena actriz. Pero le hervía la sangre cuando los veía juntos, aunque no se tocaran, o mucho peor, cuando desaparecían discretamente y ella sólo podía imaginarse qué estarían haciendo bajo los álamos del río.

Eso no era normal en ella. Ella era una buena profesional, una mujer madura y formada que incluso seguía teniendo excelentes relaciones de amistad con todos sus novios anteriores, que jamás le había montado una escena de celos a nadie, que siempre había pensado que cada persona es libre de decidir con quién quiere estar y durante cuánto tiempo.

Y sin embargo, ahora...

Ahora era todo distinto y no entendía por qué. Si hubiera podido, habría mandado a paseo aquel proyecto y se habría ido a Formentera con unas amigas a recuperar la

cordura. Pero no podía. Tenía que quedarse allí, en medio de la estepa castellana calcinada por el sol de julio, a disfrutar del espectáculo del primer amor del chico que habría querido para ella.

«Te estás volviendo loca, Bárbara», se decía por las noches al meterse en la cama. «Si sigues así, acabarás perdiendo la dignidad, que es lo último que puede hacer una mujer que se respete. Y todo por un chaval al que le importas un pimiento».

Además, aunque no lo había comentado, había empezado a tener unos sueños preocupantes. No llegaban a pesadillas porque en el sueño, aunque a veces la situación era angustiosa, no había llegado a sentir miedo de verdad. Ella nunca se veía a sí misma, pero veía a Sergio, que era él y a la vez no lo era, riéndose en su cara, despreciándola mientras ella estaba en el suelo; sabía que debía de estar en el suelo porque él era muy alto y lo veía desde abajo. Luego estaba en una especie de cueva o de sótano, un lugar húmedo y oscuro, lleno de objetos desconocidos e inquietantes, de hierbas puestas a secar y animales disecados, y un hombre alto y flaco, de pelo blanco y larga barba negra le sonreía con sonrisa de serpiente y entonaba una salmodia espantosa que la hacía temblar. Una niebla amarillenta comenzaba a formarse en el centro de la cueva, justo encima de unos símbolos extraños trazados en el suelo con algo que podía ser sangre, y entre la niebla, por un segundo antes de despertar, aparecían unos ojos rojizos que brillaban como ascuas y la miraban fija, burlonamente.

Había tenido dos veces el mismo sueño y acababa de tomar la decisión de tragarse un par de somníferos todas las noches antes de meterse en la cama porque le daba espanto que se repitiera.

Aquel proyecto que la había ocupado durante el invierno y el monasterio en el que había pensado siempre como un paraíso para las vacaciones empezaban a convertirse en un infierno.

—¿Vienes a dar una vuelta con Luis y conmigo? —le propuso Bernardino después de cenar—. He pensado que podríamos hacer una excursión un día de éstos, no sé, a Burgos, o a Covarrubias o a Sigüenza..., alguna ciudad medieval bonita para explicarles cosas a los chicos. Y quería hablarlo con vosotros.

—Vale. Déjame coger un jersey y salgo.

Bárbara llegó a su celda, abrió la puerta y, de momento, se quedó parada sin saber qué hacer. Olía a algo raro, a algo químico mezclado con otro olor, como a hierbas del monte. No obstante, todo estaba en su sitio, igual que lo había dejado. Se encogió de hombros, cogió el primer jersey que encontró y salió del cuarto.

Se encontró a los dos hombres fumando un cigarrillo a la puerta del monasterio. Aún quedaba una débil luz en el horizonte, pero la noche empezaba a adueñarse del paisaje a su alrededor.

—¿Pasa algo? —preguntó cuando se hubieron alejado unos metros.

—Nada que no hubiéramos previsto —dijo Bernardino, y su voz sonaba levemente divertida—. Álvaro, el guaperas, el que lleva locas a Marta y sus amigas...

—Sé quién es Álvaro.

—Pues ha venido hace un momento a verme y me ha dicho que él y Marcos lo dejan.

—¡Si les acabamos de dar provisionalmente los papeles de los infantes de Carrión!

—Sí —Bernardino soltó una risita, apuró el cigarrillo, lo aplastó con el pie y se metió la colilla en el bolsillo—, de eso se trata, de que se niega a hacer el papel de un señorito presumido, mentiroso y cobarde. Dice que no tenemos ojo para repartir papeles.

—¿Y tú qué has dicho? —preguntó Luis.

—Que mi ojo no puede ser mejor porque ha quedado claro que, aunque posiblemente no sea mentiroso, presumido y cobarde sí es.

Los tres se echaron a reír.

—Pero ¿qué le pasa a ese chico? —dijo Bárbara casi para sí misma.

—Pues que pensaba que con su facha, sus cursos en el extranjero, el dinero de sus padres y los dos anuncios de televisión que hizo a los siete años, teníamos que haberle dado el papel del Cid o el de Minaya, por lo menos. Yo he tratado de explicarle que pensaba que tenía dotes de actor y por eso le había dado un papel difícil, como es don Fernando, el yerno del Cid, pero no ha querido saber nada. Y se lleva a Marcos, que es como un perrillo que lo sigue a todas partes y que nunca hará nada como actor porque se deja arrastrar por cualquiera y no tiene criterio propio; y de paso se lleva también a Marta, a Laura y a María, que pensaban que esto iba a ser más divertido, y sobre todo, más chic.

—¿Y por qué quieres que vayamos de excursión ahora, antes de lo previsto? ¿O era una excusa para que nadie se enterara de lo que estamos hablando?

—Había pensado que así los dejamos en la civilización para que puedan volver a Madrid.

—Pues yo creo que se merecen no participar en la excursión —intervino Luis—. Que los lleve Tomás en la furgoneta y que tengan que marcharse delante de todos.

—¿No es un poco duro? —preguntó Bernardino.

—No —contestaron los dos a la vez.

Luis añadió:

—Quiero decir, sí, claro que es duro, mucho, pero es lo que se merecen y tienen que aprender a ser consecuentes y a apechugar con sus decisiones.

—Entonces está decidido. Pero antes de volver, hay otra cosa que me ha dicho Álvaro y eso sí que hay que tomarlo en serio. Dice que se nota que hay favoritismos. Claro que yo no creo que tenga razón, pero eso no nos lo podemos permitir.

Bárbara estaba segura de que aquello había ido por ella, pero no comentó nada. Volvieron al monasterio y un rato después se fueron a dormir.

* * *

Se levantaron al amanecer porque el rey don Alfonso quería recibirlos antes de atender los demás asuntos del día. Se vistieron de nuevo sus mejores galas y acudieron al salón del trono capitaneados por Minaya, dispuestos a mostrarle al rey que, a pesar de las victorias conseguidas y de que eran muy capaces de ganarse el pan por su cuenta en tierra de moros, tanto el Cid como ellos mismos querían seguir siendo vasallos suyos y obtener su perdón.

La ceremonia fue breve. Don Alfonso les mostró su amor y su respeto desde el primer momento, aceptó los valiosos regalos que le enviaba don Rodrigo desde el destierro y anunció públicamente que todos ellos quedaban perdonados y eran libres de entrar y salir de Castilla a su antojo.

Sin embargo, el enojo del rey aún era tan grande que no aceptó perdonar al Cid por el momento, cosa que no sorprendió a nadie, porque eso habría significado reconocer muy deprisa que había cometido un error al desterrarlo.

El conde García Ordóñez, el mayor enemigo del Cid, el que con sus calumnias había conseguido que lo desterraran, escuchó las palabras reales con cara de vinagre, como si representaran un castigo para él mismo, y todos notaron que tenía que esforzarse para no perder la compostura.

Terminada la ceremonia, ya en el patio, Minaya informó a sus hombres de que saldrían de vuelta al día siguiente, antes del alba.

Cuando se quedaron solos, Sancho suspiró profundamente.

—Pues yo me alegro, ya ves —dijo Laín, levantando la cabeza para mirar el sol de frente—. Estaba empezando a hartarme de tanta corte y tanta gala y de lo mal que huele esta ciudad.

—Todas las ciudades huelen mal. Pero el campo de batalla no es mucho mejor, Laín. Y ahora pasarán meses hasta que Guiomar y yo volvamos a vernos.

—¡Por los clavos de Cristo, Sancho! No es más que una mujer. Hermosa, lo concedo, pero una hembra al fin y al cabo. Los hombres tenemos cosas más importantes en qué pensar. Además, ya es tuya. Os habéis comprometido.

—Pero se queda sola con esa fiera de su madrastra —recordó los ojos enfurecidos de doña Brianda, los insultos que le había dedicado, el desprecio con que había hablado sobre la joven condesa—. No tienes razón, Laín. No hay nada más importante en este mundo. No hay nada más importante que Guiomar —repitió en voz baja.

Laín sacudió la cabeza, impaciente con lo que ya empezaba a parecerle una estúpida obsesión de su amigo, le echó el brazo por los hombros y bajaron a la judería a recoger el encargo.

Esa misma noche, después de toda una tarde de llevar y traer recados a través de Régula, consiguieron citarse de nuevo en el claustro del alcázar; esta vez era mucho más difícil porque sus habitantes ya no estaban todos reunidos y ocupados en beber y bailar. Sin embargo, era la última noche que Sancho pasaría en León y decidieron

arriesgarse.

Habían quedado poco después del toque de completas. La oscuridad en el claustro era casi total; sólo al cabo de un tiempo se iban acostumbrando los ojos y lentamente podían distinguirse las sombras de los árboles, más negras contra la negrura, y los contornos de la fuente central, donde Sancho clavaba insistentemente los ojos, esperando descubrir a Guiomar.

Laín y él se habían apostado, separados, cerca de la puerta por la que ella había desaparecido la otra vez, y mantenían el oído alerta a posibles pisadas procedentes de la escalera o de cualquier otra dirección. Pero eran guerreros. Sabían esperar en silencio y estaban acostumbrados a la noche.

Sancho tocaba una y otra vez la bolsa que colgaba de su cinturón y, de vez en cuando, acariciaba la empuñadura de Cordeluna y susurraba como en una plegaria:

—Tráemela, Cordeluna, haz que venga a mí; tráeme a mi Guiomar.

Por fin, un ruido metálico les reveló que alguien forcejeaba con el cerrojo de la puerta y unos instantes después los dos jóvenes se abrazaban entre lágrimas de ella y suspiros de él.

El suave fulgor de la espada los envolvía en una misteriosa luz azulada como aislándolos de la vulgar realidad y Laín, arrebujiándose bien en su capa, se alejó unos pasos procurando no hacer ruido.

Se besaron sin palabras durante mucho tiempo. Luego ululó un búho, un perro ladró en respuesta y ellos se separaron para mirarse a los ojos mientras Sancho sacaba su regalo de la bolsa.

En su mano tendida brillaban dos piedras blancas, lechosas y frías como la luna, con unas extrañas volutas de colores que parecían moverse perezosamente en su interior. Las dos brillaban dulcemente, iluminando sus rostros desde abajo. Sancho las había mandado montar en un delgado círculo de oro para poderlas llevar colgadas con un cabo de cuero.

—Toma, amor mí —le dijo con voz temblorosa—. Son piedras de luna, sacadas del mismo corazón de la luna bajo la que nos juramos matrimonio. Yo llevaré una siempre colgada al cuello, tú la otra, si la aceptas.

Guiomar puso su mano sobre la de él, encerrando entre ambas las dos piedras.

—¿Se las has arrancado a Cordeluna? —había un ligero tono de miedo en su voz.

—Ella me las ha dado. Aún conserva la central, la más grande. Sólo hemos quitado las dos de los lados. Cuando nos volvamos a ver, cuando podamos estar juntos para siempre, se las devolveremos. Mientras tanto, las llevaremos colgadas, como símbolo de nuestra unión.

—Tendré que llevarla oculta bajo la ropa. Si doña Brianda se entera de que es una prenda de amor, se pondrá en nuestra contra.

En ese momento, Sancho estuvo tentado de contarle lo que había sucedido en la cámara de doña Brianda, pero no quería desperdiciar sus últimos momentos con Guiomar hablando más de lo necesario, entrando en una conversación que podía

resultar muy desagradable, de modo que decidió callar.

Cogió una de las piedras y se la pasó por el cuello a Guiomar. Ella hizo lo mismo con él.

—La llevaré con orgullo y con esperanza hasta que podamos reunirnos para siempre. La noche de san Juan —dijo ella a su oído.

—Yo la llevaré siempre a la vista, para que todos sepan que mi dama me espera. Irás siempre conmigo, porque ella eres tú.

Volvieron a abrazarse y el toque de maitines los sorprendió aún besándose en las sombras. Laín lanzó un corto silbido.

—Un último beso —dijeron casi a la vez.

Luego, cuando ya Guiomar se perdía, seguida de Régula, en la oscuridad de la escalera que llevaba a los aposentos superiores, Sancho le dijo:

—Sal mañana al balcón cuando nos marchemos y mira el escudo que he hecho pintar.

Adivinó su sonrisa en las tinieblas y cerró la puerta silenciosamente, sintiendo ya el dolor de desgarrar que le producía separarse de ella.

Al día siguiente, antes de la primera luz, el patio bullía de agitación: los caballos piafaban y relinchaban, impacientes, las espadas chocaban contra las armaduras ligeras que los guerreros habían vuelto a vestir para el camino, los mozos de cocina repartían los últimos encargos para el viaje, los perros ladraban entre patas decaballos y piernas de hombres, y se pronunciaban las últimas despedidas entre buenos deseos, bendiciones y recomendaciones de todo tipo.

Las damas, en alegre compañía, habían salido a los balcones a despedir a los guerreros y hasta el mismo rey apareció antes de que se abrieran las puertas para desearles que Dios los acompañara en el camino.

Sancho miraba hacia arriba buscando a la suya entre todas las damas, la única entre todas ellas que brillaba como el sol. La descubrió por fin junto a doña Brianda que, cubierta con su manto azul profundo de capucha ribeteada con piel de zorro, lo miraba, ceñuda. Pero los ojos de Sancho se desviaron de inmediato hacia la doncella, más pequeña, más frágil, infinitamente más hermosa, que le sonreía como un ángel del Señor. Iba vestida de verde pálido, como cuando se conocieron, y por un instante la vio llevarse la mano al pecho, donde ocultaba el colgante.

Él, entonces, levantó su escudo para que pudiera verlo: sobre campo de color azul cielo, un sol rodeando una gota. Sancho y Guiomar.

Se abrieron las puertas y los caballeros empezaron a salir del alcázar de regreso a tierras enemigas. Las damas agitaban pañuelos de colores mientras gritaban: «Id con Dios, caballeros», «Que Dios os proteja», «Volved con bien».

Antes de perderla de vista, aún levantó su escudo una vez más. Ella agitaba un pañuelo azul, como un trozo de cielo de verano.

* * *

Gloria agitó por última vez su pañuelo azul, hizo una reverencia frente a Sergio y, como todas las chicas, se quedó agachada enfrente de su pareja, los ojos bajos, todos los músculos en tensión. Los chicos se inclinaron, les tendieron la mano para levantarlas del suelo y se quedaron mirándose sonrientes, doce parejas vestidas degala, jadeantes y sudorosas, pero satisfechas.

Amy, con una sonrisa de oreja a oreja, se puso a aplaudir, les dijo que no se podía pedir más, que la danza del pañuelo les había salido perfecta, y dio la clase por concluida.

—A las duchas, chicos. Luego estáis libres hasta la cena.

Aún en el pasillo, Gloria, Sergio, Tina, Sibila, Quique y Andrés decidieron que, aprovechando lo raro de la ocasión, podían acercarse paseando a la famosa cueva junto al río y ver con sus propios ojos el lugar donde mil años atrás fue escondida la estatua de la Virgen de las Piedras para librarla de su posible destrucción a manos de los enemigos.

—¿Vienes tú también? —preguntó Andrés a Bárbara, que pasaba en ese momento.

Estuvo a punto de decir que sí porque la verdad era que le apetecía hacer un poco de ejercicio, pero cuando echó un vistazo al grupo y se dio cuenta de que Gloria y Sergio se miraban embobados, improvisó una excusa diciendo que quería charlar un poco con Amy y que no podía acompañarlos.

—Es precioso ver lo enamorados que están, ¿verdad? —dijo Amy en cuanto los chicos se perdieron en dirección al baño.

Bárbara se encogió de hombros, disimulando su mal humor con gran esfuerzo.

—No parece que te haga mucha ilusión —insistió Amy.

—Es que no me parece el mejor momento. Aquí han venido a trabajar y a dejarse de tonterías.

—¡Si trabajan muchísimo! Acaban de hacer una danza del pañuelo que tendrías que haberla visto. Es increíble cómo van entrando en el espíritu de la época. Imagínate que ya ni siquiera combinan los colores como en nuestro siglo.

—¿Qué quieres decir? —Bárbara no tenía muchas ganas de conversación, pero ese último comentario la había intrigado.

—Pues que hoy en día, a ninguna mujer vestida de verde se le ocurriría elegir un pañuelo azul celeste, ¿no crees? Y sin embargo eso en el siglo XI era normal, porque las cosas se elegían independientemente del conjunto. Un pañuelo hermoso era un pañuelo hermoso. Y el vestido bueno era el vestido bueno. Cuando una se ponía especialmente elegante, se ponía lo mejor que había en su arcón, todo junto, sin pensar si combinaba o no. Y si los únicos pendientes lujosos que tenías eran rojos, de coral, por ejemplo, pues te los ponías con el vestido verde y el pañuelo azul, sin más. Y eso hoy lo ha hecho Gloria con toda naturalidad. Luego las otras se han lanzado también. Y los chicos, que normalmente hubieran hecho algún chiste sobre si están

ciegas o así, lo han aceptado sin ningún comentario. Sergio, incluso, se ha quedado como traspuesto al ver a Gloria agitando el pañuelo durante la danza. Tiene que hacer doña Jimena, Bárbara. No entiendo por qué sigues votando en contra en todas las reuniones. Empieza a parecer que le tienes manía, la verdad.

Amy era buena amiga y una excelente bailarina, pero terriblemente charlatana y Bárbara estaba empezando a cansarse de sus explicaciones. Sin embargo, aquella última frase la había sacudido.

—¿Tanto se me nota? —preguntó por fin.

Amy se quedó de piedra por la inesperada sinceridad.

—O sea, que sí le tienes manía.

—No puedo evitarlo, Amy. Debe de ser algo químico. Sé que es buena, no tengo queja de ella, pero no la aguanto. Te juro que me esfuerzo, de verdad, pero a veces pienso que si ella se queda, tendré que irme yo. O al revés.

—Anda, vamos a tomarnos una cerveza y lo hablamos.

—No hay nada que hablar. Es así y punto.

—¿Se lo has dicho a Bernardino? —preguntó Amy bajando la voz.

Bárbara negó con la cabeza.

—No lo entendería. Diría que ponga mi profesionalidad por encima de esas estupideces. Y, como tiene razón, prefiero callarme. Lo que pasa es que hay veces que no puedo más.

—Lo superarás.

—Ojalá, Amy. Porque ni yo me aguanto a mí misma.

Estuvo tentada de contarle el último sueño que había tenido en el que se veía dándole a beber a Gloria, que como siempre era y no era ella, una copa envenenada. En el sueño, ella sabía que estaba envenenada y que la chica moriría en pocos segundos, pero no se sentía capaz de tirarla al suelo. Sabía que Gloria tenía sed y que se la bebería. Y la idea la llenaba de satisfacción.

Sintió un escalofrío y se separó de Amy con la excusa de que quería descansar un poco antes de la cena. La bailarina la siguió con los ojos, preguntándose si debía contarle a Bernardino lo que acababan de hablar. Pero al fin y al cabo eran amigas; no podía hacerle eso; de modo que se fue sola al bar a ver si había alguien con quien tomarse una caña y cambiar de pensamientos.

Los chicos, mientras tanto, habían llegado a la cueva acompañados por Diego, el sacerdote del proyecto, a quien se habían encontrado junto al río.

Se trataba de un agujero relativamente pequeño cuya entrada estaba oculta por una gran roca pelada. Dentro, como era de esperar, no había absolutamente nada. La pared del fondo estaba cubierta con una pila de rocas de menor tamaño, producto de algún derrumbe siglos atrás.

—¡Qué decepción! —dijo Andrés—. Aquí no hay nada que ver.

—¿Qué esperabas, hombre? —Quique no se había movido de la entrada y estaba de pie mirando hacia afuera, a los álamos que se movían levemente en la brisa de la

tarde.

—No sé bien. Algo a lo Indiana Jones, me figuro.

Todos se echaron a reír y fueron saliendo de la corta vuelta que habían dado por el interior. Sergio se quedó un momento más en la pared del fondo y llamó a Gloria con un chistido. Ella se giró hacia él, ya a punto de salir, y lo miró sin saber qué quería. Él le hizo señas de que se acercara y, cuando llegó a su altura, le señaló un punto en la roca, casi en el techo, donde empezaba el montón de piedras caídas.

Un último rayo de sol anaranjado, que se iba volviendo rojo con rapidez, iluminó el punto que Sergio señalaba. Grabado sobre la roca aparecía el emblema de aquellos antiguos enamorados: el sol rodeando la gota.

—¿Os habéis muerto? —les llegó una voz divertida desde fuera de la cueva.

—Ya vamos, ya vamos —contestó Sergio, sin apartar los ojos del emblema.

Pero la llamada le había hecho perder la idea que se acababa de insinuar en su cerebro y, encogiéndose de hombros, salió detrás de Gloria.

* * *

Apenas hubo perdido de vista a la partida de guerreros que se alejaba hacia el este, doña Brianda, haciendo caso omiso de su hijastra, llamó a Brígida con voz destemplada y, juntas, bajaron a los establos, donde mandó ensillar dos palafrenes.

Brígida estuvo tentada de preguntarle a su ama adónde iban, pero sabía por experiencia que, cuando a doña Brianda le salían chispas por los ojos, la mínima provocación bastaba para que empezaran a salirle insultos y castigos por la boca, así que se limitó a guardar silencio y a seguir el caballo de su señora que, a paso mesurado, avanzaba por la ciudad. De vez en cuando, la fusta del ama se disparaba contra algún campesino o alguna mujeruca que se cruzaba en su camino o que no se había apartado con suficiente rapidez.

Una vez fuera de la ciudad, tomaron por el camino del norte y lo que primero era un trote vivo pronto se convirtió en un galope desmedido, a pesar de que ambas montaban caballos de dama. Brígida apretaba los muslos contra los flancos de su montura y con la mano que le dejaba libre la rienda se agarraba desesperadamente a las crines para no perder de vista a su ama, que galopaba delante de ella con el manto hinchado por el viento.

Con el sol ya muy alto en el cielo, se detuvieron en un encinar y doña Brianda, con las mejillas enrojecidas por la carrera y los ojos salvajes, desmontó, le entregó la rienda de su palafrén y le ordenó que la esperara, advirtiéndole que podía tardar bastante en volver.

Brígida asintió en silencio y la vio alejarse entre los árboles en dirección a un otero que se alzaba en las cercanías. ¿Tendría una cita de amor? No parecía posible después de la escena que había presenciado en el alcázar, cuando el joven caballero la había rechazado. No conseguía explicarse qué habían ido a hacer allí, en medio del

campo, pero Brígida sabía muy bien cuál era su lugar y, si el ama decía que había que esperar, ella esperaría hasta la caída de la tarde, si era menester.

El que no parecía saber cuál era su lugar en el mundo, ni lo que le convenía, era aquel Sancho Ramírez, que podía haberse labrado un futuro como capitán de la guardia del ama y había preferido volverse a tierra de moros después de rechazar a la mujer más hermosa de todo el reino. Pero los hombres se creen siempre más de lo que son y por eso son castigados por su ambición y su orgullo. Eso era lo que decía el padre Ordoño en Peñalba, que cada uno ha sido puesto por Dios en el lugar que le corresponde y es de locos y de blasfemos pretender cambiar el orden natural de las cosas. Por eso en el otro mundo unos recogerían la recompensa que se habían ganado en este valle de lágrimas y otros tendrían que sufrir el castigo eterno.

Ató los dos caballos a unas matas de enebro y se acuclilló con la espalda apoyada en una gruesa encina. Hacía frío, pero el sol le calentaba la cara y, casi sin darse cuenta, se quedó dormida.

Mientras tanto, doña Brianda caminaba a paso vivo en dirección a la cabaña que le habían indicado, una construcción de piedra y madera, pegada a las rocas del otero. El humo de la chimenea se elevaba vertical en el aire quieto del mediodía y, salvo los ruidos animales, un gorjeo ocasional, el chillido de una urraca, el rápido correteo de un conejo, todo estaba en silencio.

Llegó frente a la casa, se bajó la capucha, se alisó los mechones de pelo que habían escapado de la redecilla, y llamó tres veces.

Al cabo de un momento, se abrió la puerta a un interior en penumbra y por un instante tuvo la impresión de que no había nadie al otro lado, pero una voz cavernosa la sacó de su error.

—¿Qué deseáis?

El que hablaba era un enano contrahecho, sucio y greñado, que la miraba desde abajo, guiñando los ojos frente a la luz exterior.

—Vengo a ver al maestro Ludovicus.

—Pasad. Os espera.

—Nadie sabe que estoy aquí.

—Él lo sabe. Me ha pedido que encienda el fuego en la sala para una ilustre visitante. Pasad, seguidme.

El enano cerró la puerta tras ella, tomó un candil que había sobre un arcón y la precedió por un largo pasillo, tan largo que era imposible que perteneciera a una casa tan pequeña. Apartó una cortina de rico tejido árabe, la dejó pasar y se retiró.

Doña Brianda se encontró de pronto en una amplia sala casi circular, de techo bajo y paredes de piedra. Al fondo, en el hogar, ardía un brillante fuego que iluminaba toda la estancia. Dos altos sillones habían sido dispuestos frente a frente junto a la chimenea y en uno de ellos, por encima del respaldo, se destacaba la blanca cabellera del maestro.

—Pasad, señora —dijo una voz grave y cultivada—. Tomad asiento.

Cuando doña Brianda, más nerviosa de lo que hubiera querido, llegó a su altura, el hombre se levantó. Era enorme, su cabeza casi rozaba el techo, y tan flaco que tenía las mejillas hundidas y a ambos lados de la nariz ganchuda se marcaban dos profundos surcos. Su barba era, en contraste con el cabello, intensamente negra; su edad, indefinida.

—Maestro —dijo doña Brianda.

El hombre la miró fijamente a los ojos, luego le tomó las dos manos sin dejar de mirarla y, por unos instantes, la condesa sintió como un hormigueo muy caliente recorriéndole todo el cuerpo.

—¿Qué me estáis haciendo? —preguntó en voz temblorosa.

—Os estoy reconociendo. Quiero saber qué os trae a mí.

—He venido a decíroslo.

Él soltó una breve risa.

—No lo dudo, señora, pero siendo quien sois y como sois, me diréis lo que queráis decirme, callaréis otras cosas y mentiréis sobre otras más. Y yo acostumbro a hacer mi trabajo a mi manera. Si no os conviene, podéis retiraros.

Doña Brianda sintió un impulso violento. ¿Quién se creía aquel fante para hablar así a la condesa de Peñalba?

—Soy la persona que habéis menester, señora —dijo él con naturalidad, como si hubiera podido leer sus pensamientos—. Y no penséis ni por un momento que estoy por debajo de vos, pues de lo contrario, sería yo quien hubiera acudido en demanda de ayuda y, sin embargo, sois vos quien ha venido hasta aquí. Sentaos.

La condesa se quitó la capa y tomó asiento frente al hombre.

—Os trae un asunto de amor, por lo que veo.

Ella asintió, dubitativa. Él continuó, como si hubiera entendido la duda que ella no había expresado.

—O más bien de despecho, si preferís llamarlo así.

La sorpresa apareció en los ojos de doña Brianda.

—Amáis a alguien que no os corresponde y vuestro orgullo se siente herido, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Podéis hacer algo?

El maestro Ludovico volvió a reír, suavemente esta vez.

—Puedo hacer muchas cosas, noble señora. Depende de lo que de verdad deseáis.

—¿Podéis hacer que me ame?

El hombre la miró con un desprecio tan intenso que doña Brianda quiso salir de aquel lugar y no volver nunca.

—¿Habéis venido al maestro Ludovico en busca de un estúpido filtro de amor, como cualquier aldeana con verrugas en la nariz?

Ella agachó la cabeza, humillada.

—Si ese hombre estuviera a vuestro lado, podría fabricaros un filtro de amor, sí,

uno de esos bebedizos que conquistan la voluntad de los hombres, sobre todo cuando el cuerpo de la mujer tiene particulares encantos que ofrecer —paseó la vista por ella como si fuera una res en venta—. Pero el hombre que os ha humillado está lejos y hay que actuar de modo distinto. Además, quiero que sepáis una cosa: yo no puedo hacer que alguien se enamore de alguien.

—¿Está más allá de vuestro poder?

—No hay nada que esté más allá del poder de los amos a quienes sirvo, pero mis amos son señores del caos y la destrucción, como supongo que sabéis. Para ellos no existe el amor. Ni para vos, condesa —añadió en voz peligrosamente suave.

—Vuestro amo es el diablo, ¿no es cierto?

—No, señora, os equivocáis. Mis amos son muchos y son anteriores a la existencia del Ángel Caído. Son poderosos, muy poderosos.

Doña Brianda se chupó los labios reseco, sacó un pañuelito de la manga y se lo pasó por la boca para ocultar su gesto.

—¿Cuál es su precio?

—Vuestra alma, supongo. Ignoro para qué la quieren.

—¿Y el vuestro? ¿Vuestro precio?

—Mil marcos de plata. Y vuestro cuerpo —atajó su gesto ofendido—. Por una noche.

—Es un alto precio. ¿Qué me daréis a cambio?

—Lo que me pidáis.

—Lo pensaré.

—Es justo.

—Volveré cuando lo sepa.

—Aquí me encontraréis, señora.

Doña Brianda se puso en pie y, aún temblorosa, se dirigió a la puerta.

—¿No puedo obtener su amor? —preguntó de nuevo antes de salir.

—Su amor no. Pero puedo entregaros su cuerpo, si tanto lo deseáis. O puedo destruir su vida y la de todos los que lo amen. O puedo maldecirlo con terribles enfermedades. O puedo atar su alma a la vuestra para siempre. Nos pondremos de acuerdo, estoy seguro.

—Volveré.

—Lo sé. Y cuando lo hagáis, procurad traerme algo que haya pertenecido a ese hombre, cualquier cosa.

Ella asintió sin palabras, le dio la espalda al maestro Ludovico y, esta vez sin compañía, recorrió el larguísimo pasillo oscuro hasta la salida.

* * *

El día ya había empezado mal.

Justo después del desayuno, mientras todos esperaban al autobús que debía

llevarlos de excursión a Covarrubias, recibieron las agresivas y arrogantes miradas de Álvaro y los otros compañeros que abandonaban el proyecto; estaban también allí aguardando a Tomás, que los llevaría en el monovolumen. Nadie había tenido tiempo de hacerse realmente amigo de ellos, porque siempre habían formado un grupo aparte, y por eso nadie se animaba a hablarles ahora, ni siquiera para despedirse y desearles buen viaje y buen futuro. Los cinco que se marchaban se habían puesto gafas oscuras, a pesar de que aún no apretaba el sol, para que quedara claro que ya no tenían que obedecer las órdenes de Bernardino, y todos llevaban los auriculares colgando del cuello.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —le dijo Álvaro a Sergio en voz baja, mientras esperaban a la puerta del monasterio.

—¿Cómo dices?

—¿Te crees que no nos hemos dado cuenta de que te lo montas con Bárbara para que te dé el mejor papel? Y la pobre imbécil esa de Gloria ni siquiera se ha enterado. Porque no se lo has dicho, ¿verdad? Esas cosas no conviene decirlas.

Sergio oscilaba entre la perplejidad y un principio de furia que sentía crecer en su interior y que se esforzaba por controlar. No le pasaba muchas veces, pero si algún problema había tenido a lo largo de su vida eran precisamente esos momentos en que de repente lo veía todo rojo y ya no podía volverse atrás.

—Mira por dónde —dijo Álvaro como si se le acabara de ocurrir—, creo que voy a hacerle un favor a la pazguata. Ahora cuando salga, se lo digo, a ver qué pasa.

Sergio se encaró con él, luchando por no alzar la voz.

—¡Ni se te ocurra, gilipollas! Además es mentira.

—Sí, sí..., mentira. Cualquiera que tenga ojos en la cara se da cuenta de las miradas que te echa Bárbara y de que hace lo posible por quedarse sola contigo. Y de que tú te aprovechas, claro. A ver, si no, cómo habrías conseguido que te elijan a ti para el papel del Cid. ¿Sabes lo que eres? Un gigoló, si entiendes palabras elegantes. Si no, también puedo decírtelo en castellano. Y tu novia, una putilla, y Bárbara lo mismo, pero sin diminutivo.

Sin darse bien cuenta de lo que hacía, Sergio le estampó el puño en la cara. De repente, Álvaro se puso a aullar y todo se llenó de la sangre que le manaba de la nariz. Sus amigas se lanzaron a ayudarlo y todo el mundo empezó a salir del monasterio a ver qué estaba pasando.

Un momento después, Nieves le había puesto a Álvaro un paño mojado en la nuca, alguien había sacado una silla para que pudiera sentarse hasta que se encontrara mejor, y Bernardino miraba alternativamente a los dos chicos esperando una explicación de lo sucedido.

—A ver, ¿alguien tendría la bondad de decirme qué ha pasado aquí? —preguntó, al ver que nadie decía nada.

—¿Es que no está claro? —dijo Álvaro, cambiándose el paño de la nuca a la nariz—. Ese animal me ha pegado.

—¿Así, sin más? ¿Sin provocación por tu parte?

—Le he dicho unas cuantas verdades, pero hay gente que no las aguanta.

Sergio se había quedado pálido y le temblaban todos los músculos. Su cerebro daba vueltas y más vueltas a qué podía decir cuando Bernardino le preguntara delante de todo el mundo qué verdades eran esas.

—Venga, no dramaticemos —dijo el director al cabo de un instante—. Todo el mundo al autobús. Tú, Tomás, espera a que Álvaro se sienta capaz de viajar y llévate a los que se marchan. Tú, Sergio, ven conmigo.

—¿Y conmigo no piensas hablar, Bernardino? —dijo Álvaro con insolencia—. ¿No te interesan las dos versiones?

—Yo no soy tu padre, ni tu juez. Los dos sois ya bastante mayores para resolver vuestros conflictos sin ayuda. A mí lo que me interesa es el proyecto y que todos los participantes se lleven bien. Tú te has borrado del proyecto y te vas dentro de cinco minutos. Ya no eres asunto mío.

Se dio la vuelta, hizo un gesto a Sergio para que lo siguiera hasta el autobús, donde ya se habían instalado los demás, y se despidió de los que se marchaban, mientras Álvaro les dedicaba una impresionante sarta de insultos y repetía con distintas palabras lo que ya le había dicho a Sergio.

A unos metros del autobús, ya casi fuera del alcance de las voces de Álvaro, Bernardino se detuvo.

—¿Le has pegado por eso que está diciendo ahora?

—Sí. Lo siento. No he podido evitarlo. Ya había empezado a ver rojo cuando me llamó..., ya sabes, pero cuando insultó a Bárbara y a Gloria..., bueno...

—Vale. Vamos a dejarlo por el momento. Pero no te olvides de que estamos en el siglo XXI y no en el XI. Ahora creemos en otros métodos para resolver conflictos.

Caminaron los últimos metros hacia el autobús.

—Oye, Sergio, eso que dice de Bárbara... ¿Hay algo de verdad en ello, por poco que sea? No quiero meterme en lo que no me importa, pero si hay algo de ese estilo, tengo que saberlo, ¿me entiendes?

Sergio agachó la cabeza y rascó el polvo del suelo con la puntera de la deportiva que ahora, después de casi tres semanas de llevar ropa y calzado antiguo, le parecía una bendición.

—No sé, Bernardino. Creo que le gusto un poco, pero ella es una mujer mayor y yo no sé si..., a lo mejor es que soy su alumno favorito..., no sé. Lo que sí sé es que yo salgo con Gloria y que Gloria me importa más que nadie.

Se miraron unos instantes en silencio. Bernardino le dio una palmada en el hombro y subieron al autobús.

A pesar de que todos estaban ansiosos por obtener detalles de lo sucedido, nadie se animó a preguntar, porque Bernardino enseguida les pidió a Luis y a Diego que hicieran el favor de contarles la historia de la creación del condado de Castilla en tiempos de Fernán González, un siglo antes del nacimiento del Cid.

El día se les pasó volando; Covarrubias era un pueblo precioso, totalmente altomedieval, y había muchas cosas por ver. Por desgracia, la fiesta medieval y de la cereza había pasado ya, pero todos los monumentos hablaban del esplendor que había alcanzado la ciudad en el año mil.

Sólo hubo dos pequeños incidentes: Bárbara se les perdió en algún momento y no la encontraron hasta la hora de volver al autobús para regresar al monasterio y Gloria tuvo una bajada de tensión cuando fotografiaban la torre de doña Urraca. Tuvieron que llevarla entre varios al bar más cercano, darle aire y algo salado de comer hasta que se sintió mejor y pudieron continuar la visita.

—No ha sido nada —decía, cada vez que alguien se le acercaba a preguntar—. Este calor, supongo. Y que casi no he desayunado.

Pero cuando se le acercó Sibila y le susurró «a mí puedes decirme la verdad», por un rato dejó de fingir y le contó lo que había sentido.

—De repente he tenido la sensación de que en aquella torre había pasado algo terrible. Se me ha puesto todo negro, y el dolor en la cintura y en la frente era tan grande que he pensado que me iba a morir. He oído gritos, como si a alguien le estuvieran haciendo algo espantoso. Y al cabo de un segundo me he dado cuenta de que era yo quien gritaba. ¿No me habéis oído?

Sibila sacudió la cabeza.

—Sólo te has puesto blanca como la pared y, si no te agarra Sergio a tiempo, te caes al suelo.

—Entonces, ¿cómo sabías que me pasaba algo anormal? Vale, ha sido una pregunta tonta. Acepto que tú sabes esas cosas. ¿Sigues con los sueños?

—Sí. Cada vez más. Y creo que veo las cosas más claras, pero aún no estoy segura de nada... Sólo sé que lo que sea pasará pronto ya. A finales de agosto, según mis cálculos.

—¿Por qué?

Como siempre que Sibila hablaba tan críticamente, Gloria sintió un escalofrío a pesar del calor.

—Porque es justo la mitad del tiempo que separa la noche de San Juan de la de Todos los Santos.

—¿Y?

—Empiezo a tener la seguridad de que hace mil años sucedió algo crucial en esas dos fechas y que ahora nos acercamos al momento en que ese pasado intenta volver.

—¿Volver? ¿Para qué? Me estás asustando, Sibila.

—Yo también tengo miedo, Gloria, y tampoco sé para qué. Únicamente intuyo que hay cosas que quedaron incompletas en el pasado y que tienen una nueva oportunidad.

—¿Para bien o para mal?

—Me temo que no lo sabremos hasta que pase. Y entonces tenemos que procurar que sea para bien.

Se quedaron calladas un momento mientras se reunían con el grupo que, bromeando y haciendo aspavientos, se había detenido frente a la Casa de doña Sancha, uno de los monumentos más emblemáticos de Covarrubias.

—Creo que tú y yo solas no vamos a poder, Gloria. Habrá que decírselo a alguien más.

—¿A Sergio? —preguntó Gloria sonriéndole al verlo acercarse al grupo desde una calle lateral.

Sibila miró a sus compañeros uno a uno.

—Sí. Y a Tina. Y a Quique. Y a Andrés.

—¿A Andrés?

—Tiene imaginación y sentido del humor. Y es más bueno que el pan, y grande y fuerte, lo que nunca viene mal. Esta noche, al volver al monasterio, nos encontramos junto al río y os cuento lo poco que sé, ¿de acuerdo? Tú habla con Sergio y con Tina. Yo se lo diré a los otros dos.

—¿Se lo decimos también a alguno de los profes? ¿A Bernardino?...

Sibila sacudió la cabeza con energía.

—Nada de profes. A lo mejor más adelante necesitamos a Diego, pero sólo porque es cura. Y no me hagas más preguntas. Esta noche, más.

Se apartó de Gloria para evitar que siguiera interrogándola, porque lo que aún no sabía si quería contarle era que una cosa era evidente en sus sueños: Bárbara, o la mujer que tanto se le parecía, era su enemiga.

* * *

El invierno había sido largo y duro. Guiomar y doña Brianda se habían quedado en León, con el rey Alfonso, su hermana Urraca y una gran cantidad de nobles leoneses y asturianos que no tenían ningún deseo de volver a sus tierras del norte hasta la llegada de la primavera.

Los hombres se habían pasado los días discutiendo las posibilidades de un ataque contra Toledo, la joya junto al Tajo, y las mujeres habían entretenido las largas y oscuras tardes hilando, tejiendo y bordando, planeando casamientos y malmetiendo a unas contra otras.

Descontando las fiestas de la Natividad, que habían sido brillantes y alegres, el resto del tiempo no había habido más distracción que la misa mayor del domingo, algún monje predicador y un juglar que les había traído noticias de las victoriosas campañas del Cid en tierras moras.

Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido desde la marcha de Sancho, ninguna de las dos mujeres se había decidido a llevar a cabo sus proyectos. Doña Brianda no había vuelto a acercarse por casa del maestro Ludovico y Guiomar no había hablado ni con don Alfonso, ni con su madrastra de su compromiso matrimonial. Era como si ambas vivieran en un tiempo suspendido, a la espera de algo que decidiera por ellas.

Brianda recordaba las palabras del hechicero, «el precio es vuestra alma», y se estremecía al imaginarse después de esta vida terrena entregada al poder de aquellos diablos para toda la eternidad. Porque, a pesar de lo que dijera el maestro Ludovico, cuando hablaba de «sus amos» sólo podía tratarse de demonios, de Satán y sus huestes, los únicos que aún tenían la osadía de enfrentarse a Dios. Sin embargo, cuando pensaba en el desprecio de aquel joven guerrero, cuyo recuerdo llenaba sus noches, sentía una marea de odio subiéndole por dentro y deseaba vengarse de él como fuera, al precio que fuera.

Guiomar también pensaba constantemente en Sancho. Cuando estaba rodeada de otras personas, tenía que usar toda su fuerza para no llevarse la mano a la piedra de luna que colgaba de su cuello y que apretaba en la mano todas las noches al meterse en la cama. Por su mente pasaban sin reposo todas las escenas de las pocas veces que habían estado juntos: el momento en que se conocieron bajo los serbales cargados de frutos rojos; el baile en el alcázar; la noche de su juramento en el claustro y la de su despedida; el rato que tuvieron por la mañana junto al río, haciendo planes para su boda; Sancho vestido de hierro en el patio de armas, alzando el escudo con el emblema de amor para que ella lo viera... Recordaba su voz cálida y urgente, sus manos fuertes ciñéndole la cintura, su cuerpo duro de guerrero abrazando el de ella, sus labios tan suaves, su pelo que olía a humo de hoguera... ¿Cómo podía contarle todo aquello a doña Brianda o al mismo rey? ¿Cómo decirle que amaría a Sancho aunque no fuera más que pastor de ovejas? La castigarían. Para doblegar su voluntad la encerrarían. O algo peor. Como lo que le hicieron a doña Urraca en Covarrubias, precisamente por haberse enamorado de un pastor.

No quería pensar en todo aquello. Prefería hacer planes para burlar la vigilancia de doña Brianda cuando llegara el momento y reunirse con Sancho en el monasterio de San Salvador. La piedra de luna le daba fuerza para esperar y, cuando llegara la primavera, se encontraría con su amor en el monasterio y el padre Juan los casaría. Lo que sucediera después no tenía importancia. Cuando ella y Sancho se unieran ante Dios, para siempre, nada tendría ninguna importancia.

El maestro Ludovico estaba inquieto. Aunque cuando la condesa salió de su casa en noviembre, él sabía que tardaría en volver, estaba convencido de que regresaría en primavera, pero pasaban los días y no había rastro de ella. Ni siquiera había enviado a nadie con la prenda que le había pedido: algo que perteneciera al joven que deseaba poseer. Aunque eso no era demasiado inconveniente. Él tenía sus métodos para ver lo que no puede ser visto y el día del solsticio había realizado un encantamiento que le había permitido saber de quién se trataba. Y lo que había visto no le había gustado.

Aquel hombre, que ahora se hallaba lejos, en el campo de batalla, estaba protegido por una fuerza desconocida para él; algo al menos tan antiguo y poderoso como los señores a los que él servía.

Cuando conjuraba sus visiones en el espejo de agua, aquel guerrero aparecía siempre nimbado por una luz azul, signo de un poder tan grande que la primera vez que lo vio pensó en decirle a la condesa que lo que deseaba no era posible. Luego, al correr de los meses, precisamente eso se había convertido en un acicate. ¿Se atrevería a desafiar ese poder? ¿Sería capaz de derrotarlo? Tendría que usar toda su sabiduría, que era mucha, toda su fuerza. Y el conjuro tendría que ser hecho bajo condiciones extremas para que la potencia que acudiera a su llamada fuera el más terrible de sus amos.

¿Y qué ganaría a cambio? Mil marcos de plata que realmente no necesitaba y el cuerpo de una hembra que tampoco deseaba. Pero sería hermoso humillarla, doblegarla, obligarla a hacer su voluntad. Se la imaginaba sobre el suelo de piedra, desnuda como un gusano, levantando los ojos hacia él, suplicante, aterrorizada, y la idea le hacía sonreír. Sería una larga noche para la condesa.

Estaba seguro de que a sus amos también les gustaría ser convocados para enfrentarse a aquella fuerza desconocida y de que ellos sí le pagarían bien, con regalos que ninguna fortuna humana puede comprar: la salud, la longevidad, la juventud, el poder de torcer las leyes de la naturaleza...

Esperaría unos días más y, si la bella condesa no lograba decidirse, le enviaría a su estancia un sueño al que no se podría resistir, un sueño que la obligaría a acudir a su lado.

* * *

—A ver si lo he comprendido —empezó Andrés cuando Sibila terminó de hablar—: lo único que tenemos son sueños, ¿no?, pesadillas que estáis teniendo tú, Sergio y Gloria.

Como casi no se veían ya las caras en la oscuridad del río, Sibila asintió con la cabeza y añadió un «sí» para que quedara claro que lo estaba escuchando.

—Y entonces, ¿por qué narices sólo soñáis vosotros esas cosas que parecen de película de sábado por la tarde con palomitas?

—Yo sueño porque soy como soy, eso ya lo sabes.

—Sí, hija, sí; lo sé desde la ESO. ¿Y ellos?

—Ya te lo he dicho, ¡qué duro de mollera eres! Yo creo que hace mil años sucedió aquí algo espantoso y de alguna manera los protagonistas de aquello, quienes fueran, que no lo sabemos, están tratando de comunicarse con nosotros para que los ayudemos, para que los liberemos.

—Eso no contesta a mi pregunta —insistió Andrés.

—La verdad es que no, Sibila —la voz de Quique era amable, como para que no se enfadara.

—¿Vosotros tampoco lo entendéis? —preguntó volviéndose hacia Gloria y Sergio, que, cogidos de la mano, escuchaban en silencio.

—Creo que no —dijo Gloria por los dos.

—Vosotros sois ellos —contestó Sibila con un bufido.

—¡Venga ya, tía! —se le escapó a Andrés—. No nos vendrás ahora con el rollo de la reencarnación y la trasmigración de las almas.

—No hay otra explicación. En mis sueños ellos son y no son Gloria y Sergio. Igual que Bárbara tampoco es Bárbara.

—¡Ah! —habló de repente Sergio—. ¿Bárbara también sale?

Sibila se mordió los labios. No les había dicho nada. No pensaba decírselo, pero ahora ya estaba hecho.

—Sí. Sale. Y no precisamente de adorno.

—Cuenta —pidió Quique.

—Es que no estoy segura. Por eso no os había hablado de ella. Sólo sé que es muy peligrosa y que antes o después tendremos que enfrentarnos a ella. Y al otro. Al mago que la protege, el del pelo blanco y la barba negra, ya sabéis.

—Pero aquí no hay nadie que pueda ser ese hombre, ¿no? ¿O también sale Bernardino en tus sueños y resulta que es el malo de la película?

—Mira, Andrés —contestó Sibila muy ofendida—, si te lo vas a tomar a guasa, lo dejamos. Yo quería que tú participaras porque..., no sé..., porque tengo el pálpito de que haces falta. Pero si vas a reírte de mí, prefiero dejarlo. Te juro que a mí a veces tampoco me hace ninguna gracia ser como soy.

—Pues yo te encuentro muy bien —dijo Quique, aprovechando que estaba tan oscuro que nadie podía ver que se había puesto colorado.

—Gracias, Quique —Sibila extendió la mano y le dio un apretón cariñoso en el brazo.

—Vale, vale, ya me callo. Perdona, chica. Y ahora ¿qué hacemos? —Andrés parecía haberse disculpado en serio.

—Tenemos que tener los ojos siempre abiertos, no dejar nunca sola a Gloria con Bárbara y buscar en el monasterio algo que pueda ayudarnos.

—¿Como qué? —preguntó Quique.

—No lo sé. Eso es lo que me desespera. Estoy segura de que en ese monasterio hay un mensaje esperando que consigamos descifrarlo y seguirlo. No es posible que el Sergio de hace mil años... Perdona que lo diga así, Sergio. No es posible que no nos haya dejado alguna indicación de lo que podemos hacer si de verdad necesita que lo ayudemos.

—Pues anda que después de mil años ya me contarás qué puede quedar del famoso mensaje —Andrés no bromeaba y todos se dieron cuenta de que era realmente muy difícil que algo hubiera sobrevivido y que ellos estuvieran en disposición de encontrarlo y entenderlo.

—Como sea un pergamino o algo así, lo llevamos claro. A mí siempre me cargan el latín —suspiró Quique—. ¿Alguno de vosotros es bueno en latín o sabe leer la letra de entonces, que ni siquiera es la misma que usamos ahora?

Todos dijeron que no, salvo Tina, que, vacilante, dijo que podría intentarlo.

—Pues sí que... ¡Menudo equipo de aventureros estamos hechos!

Andrés bostezó ruidosamente.

—Tíos, me voy al catre. Estoy hecho polvo y yo, cuando estoy hecho polvo, no soy capaz de pensar. ¡Qué pasada! ¡Qué oscuro está esto! Me voy a pegar un tropezón. Yo es que de noche no veo un pepino.

—Anda, ven, dame la mano. Yo tengo buenos ojos —Tina le tendió la mano y empezaron a caminar en dirección al monasterio, donde sabían que siempre estaba encendida una bombilla en la entrada cuando había salido alguien a dar una vuelta.

—¡Vámonos todos! Mañana más —concluyó Sibila.

Quique se puso inmediatamente a su lado.

—¿Vosotros os quedáis?

—Ahora mismo volvemos —Sergio y Gloria se abrazaron—. Dejados encendida la luz de la puerta.

Cuando se hubieron apagado los pasos de sus amigos, Sergio preguntó:

—¿Tú crees lo que dice Sibila?

Sin contestar, Gloria se apretó contra él y, cuando Sergio se inclinó para besarla, se dio cuenta de que tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

* * *

Sancho desmontó, se descalzó los guantes de hierro, se quitó el yelmo, se echó el almófar hacia atrás, se desató la cofia y, agotado, se pasó las manos por la cara, sucia de polvo y de sudor. Tenía el brazo derecho rojo hasta el codo y toda su armadura estaba salpicada de sangre espesa que, poco a poco, se iba oscureciendo. Se persignó y dio gracias a Dios y a su dama.

Habían vencido. A su alrededor se extendían cientos de cadáveres de moros y cristianos, todos mezclados, iguales en la muerte; cientos de vidas perdidas para sus mujeres, sus madres, sus amigos. Ahora empezaría el saqueo del campamento enemigo, el reparto del botín que los haría ricos, el reconocer a los propios camaradas y enterrar a los muertos. Cada vez le producía menor placer la sensación de la victoria. Desde que amaba a Guiomar, al final de una batalla no podía evitar el pensamiento de que podía ser él el que yaciera muerto, con los ojos abiertos, entre las patas de los caballos; de que algún moro podía meter la mano en su camisa de hilo y quitarle la piedra de luna que lo unía a ella, sin saber lo que significaba.

«El amor te está volviendo tonto y blando», decía Laín, cuando después de una batalla, ya aseados y un poco más ricos, se sentaban a dar buena cuenta de la cena que se habían ganado. «Si el enamorarte te pone esa cara de bobo, prefiero no enamorarme en la vida», decía entre risas. Y al parecer era verdad. Laín disfrutaba de las mujeres sin entregar su corazón, tratándolas sólo como lo que eran: hembras suaves y placenteras que ofrecían descanso a los guerreros victoriosos.

Sin embargo, Sancho no se habría cambiado por Laín. Jamás habría cambiado la sensación de saber que Guiomar existía y pensaba en él, aunque no pudiera abrazarla, por el simple placer de un rato con una desconocida. Ahora Laín le propondría emborracharse con él, buscar un par de mujeres y sentir así que seguían vivos, que los muertos eran los otros.

Casi no se había enterado de nada durante la batalla. Como siempre, en el momento de desenvainar a Cordeluna, ella había tomado el mando y su brazo la había obedecido. Cuando la empuñaba no sólo se sentía invencible: era invencible. Y poco a poco los enemigos empezaban a repetir su nombre, espantados, y rehuían enfrentarse al guerrero del escudo azul con el sol y la gota.

El invierno había sido largo, duro, lleno de batallas, pero no había sufrido más que dos ligeras heridas que habían cicatrizado bien. Ahora la primavera empezaba a adueñarse de los campos y pronto llegaría el momento soñado, el momento de emprender el camino a San Salvador de los Cerros para encontrarse con ella.

Tal vez en los meses transcurridos hubiera podido convencer al rey de sus proyectos de matrimonio, aunque no le parecía muy probable, ya que para cualquier señor de la alta nobleza, ser hijo de hidalgo, incluso siendo el primogénito, no daba derecho a nada, más que a luchar y a morir por extender las fronteras de la cristiandad.

Pero no tenía importancia. Estaba seguro de que, después de la prueba de paciencia y templanza que le habían dado esperando tantos meses, el padre Juan no se negaría a casarlos. Y luego..., lo que pasara después ya no importaba. Se llevaría a Guiomar si no había otra solución. La instalaría en un convento en el reino de Navarra, fuera del control de don Alfonso, hasta que pudiera ofrecerle algo mejor.

Pronto tendría que hablar con don Rodrigo y pedirle licencia para hacer el viaje hasta San Salvador, pero se había comportado con honor en el campo, había contribuido decisivamente a las victorias del Campeador, y él no le negaría el permiso de ausentarse unos días.

Llevando de la rienda a Durán, lo instaló en el establo, le acarició las orejas y fue a lavarse el polvo, el sudor y la sangre. Sobre todo la sangre.

* * *

Eran las cuatro de la madrugada y Bárbara estaba despierta, sentada en la cama, tratando de salir de las cenagosas aguas de una espantosa pesadilla que no conseguía recordar pero que le había puesto la carne de gallina. Respiraba con dificultad, estaba sudada y el pelo se le pegaba a la cabeza como si hubiera metido la cabeza en agua caliente.

Al despertar, unos minutos atrás, ni siquiera había conseguido saber dónde se encontraba. Durante un tiempo que se le había hecho eterno, había mirado con los ojos dilatados por la angustia todo lo que la rodeaba sin encontrar nada que tuviera

relación con su vida. No sabía qué era el objeto tirado junto a la puerta, ni qué significaban los papeles que cubrían su mesa, ni qué clase de extraño calzado y vestido se amontonaba sobre la única silla.

Se había levantado, espantada, y se había asomado al pequeño espejo que había sobre la mesa para enfrentarse a un rostro pálido y desencajado que no lograba reconocer.

Sabía que le estaba sucediendo algo terrible, pero no sabía qué. Sólo sentía que era como si algo o alguien externo a ella fuera insinuándose en su mente convirtiéndola en otra persona, en alguien que tenía esa mirada cruel, esos labios finos y duros, curvados hacia abajo, que había visto en el espejo; alguien que parecía capaz de matar.

Poco a poco, su propia personalidad había ido regresando hasta el punto de que al ver su firma en uno de los papeles había reconocido su propio nombre, pero los ojos se le quedaban clavados en la B, como si todo lo demás careciera de importancia, como si las otras letras fueran un añadido prescindible.

«Soy Bárbara», se había dicho varias veces. «Bárbara Menéndez. Actriz. Profesora de teatro. Veintisiete años. Vicedirectora del proyecto teatral juvenil para los actos conmemorativos del Poema del Cid. Mi última pareja era Miguel, bailarín y coreógrafo. Vivimos juntos casi un año. Me gusta la comida china. Soy alérgica a los melocotones...». Montones y montones de datos que ahora podía recordar pero que, durante un tiempo, hasta que fueron asentándose en su cerebro, no significaban nada, como si pertenecieran a una desconocida.

Volcó el contenido de su mochila sobre la cama para enfrentarse a sus cosas y ver si las reconocía al primer golpe de vista, ahora que ya sabía quién era: la cartera del dinero, con las tarjetas y el DNI, todos a nombre de Bárbara Menéndez; su agenda roja; un pañuelo palestino, un paquete de pañuelos de papel, pastillas para el dolor de cabeza, el móvil, las gafas de leer, las gafas de sol, una barra de labios que raramente usaba, un peine, las llaves de su piso con el llavero del osito, tarjetas de visita, folletos turísticos, una bolsita de plástico con un polvo blanco —¿bicarbonato?, ¿azúcar?—..., una pequeña pistola de juguete.

Se quedó mirando aquellos dos últimos objetos como hipnotizada. Aquello no era suyo; no podía ser suyo. Ella no tenía ningún recuerdo de cuándo, dónde o cómo los había conseguido. Ni, sobre todo, para qué. No tenía hijos, ni sobrinos, ni estaba en contacto con ningún niño que hubiera podido meter allí aquel juguete.

Acercó la mano a la pistola como si fuera a morderle y la cogió. Era metálica y pesaba más de lo que se había figurado. No era un juguete; era de verdad. Aquel objeto podía matar.

Lo soltó de inmediato y se restregó la mano en el camisón sudoroso como si el contacto la hubiera manchado.

¿Qué hacía aquello en su bolso? Porque si la pistola era de verdad..., quizá el polvo blanco fuera...

Ella había probado la cocaína una vez, en una fiesta, pero no estaba segura de poder reconocerla si ahora hacía como los camellos de las películas y se restregaba un pellizco contra las encías.

Se abrazó a sí misma, frotándose los brazos. Tenía que hablar con Bernardino. Tenía que contarle al menos algo de lo que le estaba pasando. Pero ¿qué le iba a decir? ¿Que se estaba volviendo loca, que estaba empezando a dejar de ser ella para ser sustituida por otra cosa, por otro ser, como en *La invasión de los ultracuerpos*? La encerrarían en algún psiquiátrico y se habría acabado su carrera.

Miró el reloj. Las cinco. No le quedaba más que una hora para levantarse. No podía permitirse tomarse un somnífero y meterse de nuevo en la cama. ¿O sí? ¿O después de casi tres semanas podía quedarse en su cuarto un día que no se encontraba bien? Bernardino se haría cargo y ella podría descansar y quizá incluso aclararse un poco. Y el somnífero impediría las pesadillas.

Volvió a meterlo todo en la mochila, se tragó dos comprimidos, garabateó una nota de disculpa, la dejó delante de su puerta, en el pasillo, y se metió en la cama, rogando por poder dormir sin soñar.

* * *

Guiomar se despertó con la primera luz, alegre como un pájaro y, como si de verdad se hubiera convertido en una criatura alada, se puso a cantar como ellos, sin importarle sacar de su sueño a Régula, que ya no dormía a su lado, como siempre cuando empezaban los calores, sino a los pies de su cama.

No podía creerse la suerte que había tenido. Después de pasarse meses dándole vueltas a cómo llegar a San Salvador, burlando la vigilancia de doña Brianda, todo se había puesto a su favor sin que ella hubiera tenido que hacer nada. Apenas unas semanas atrás, don Alfonso había decidido trasladar la corte a Burgos y durante varios días León había sido un hervidero de actividad para reunir y planear todo lo necesario para el viaje. Pero lo mejor había sido que doña Urraca, la hermana del rey, había tomado la decisión de trasladarse primero a Zamora, la ciudad cuyo señorío había heredado de su padre, y había rogado a doña Brianda que la acompañara, junto a otras damas de calidad. Luego, todas juntas, pasado San Juan, se reunirían con la corte en Burgos.

Al principio su madrastra había insistido en que Guiomar fuera con ellas, hasta que, misteriosamente, sin ninguna explicación, le había dado licencia para acompañar al rey y a su séquito. «Quizá haya algún caballero de por medio», pensó con una sonrisa. Desde que amaba a Sancho era tan feliz que deseaba que todo el mundo encontrara el amor y fuera tan dichoso como ella; incluso doña Brianda, que hasta el momento siempre se había mostrado como una mujer fría, ambiciosa y calculadora. Quizá doña Urraca le hubiera sugerido la boda con un caballero que no le desagradara y prefiriera llevar las negociaciones en secreto, lejos de la mirada y el

posible juicio de su hijastra. «Mejor así», pensó, «mucho mejor». Desde Burgos a San Salvador, ya se había preocupado de preguntarle al padre Juan antes de que se marchara a ocupar su nuevo cargo de abad del monasterio, no había más de cuatro horas a caballo. Podía salir temprano fingiendo que sólo iba a dar un paseo fuera de las murallas, sin necesidad, por tanto, de que la acompañaran dos guerreros de la guardia, y estar allí al mediodía. Y después... Temblaba sólo de pensarlo. Después la esperaban los brazos de Sancho, su boda tantos meses aplazada, y una larga noche por delante para estar por fin juntos y solos, con la bendición de Dios.

La piedra viva les había traído suerte; los protegía. La sacó de su escote, la besó apasionadamente y comenzó a pensar qué metería en las alforjas para que nadie se diera cuenta de que no tenía intención de regresar después de un corto paseo. Faltaban sólo dos días y había que tenerlo todo calculado.

* * *

Lara encontró la nota delante de la puerta de Bárbara y se la llevó a Bernardino antes de desayunar. Él la tomó, la leyó por encima, le dio las gracias a la chica y se llevó el papel al claustro para poder estudiarlo con tranquilidad, porque algo le había llamado poderosamente la atención. Él conocía la letra de Bárbara desde hacía años, desde que había sido su profesor y ella aún entregaba trabajos escritos. Y aquellas tres líneas temblorosas no parecían haber sido escritas por ella. Tenía que estar realmente muy enferma para haber garrapateado así su mensaje. La letra se había vuelto picuda, irregular, agresiva, retorcida.

Sintió un principio de inquietud. ¿Qué narices estaba pasando allí? Que Álvaro y los demás hubieran tirado la toalla era algo que esperaba; la pelea de los chicos no había sido agradable, pero tampoco era nada fuera de lo corriente. Lo que empezaba a ponerle nervioso era por un lado que los chicos del grupo de Sergio, a los que acababa de encontrarse hablando en susurros junto a la iglesia, parecían tener algún tipo de preocupación seria de la que no le habían hablado, y que Bárbara, que siempre había sido una mujer llena de energía, serena y razonable, estaba empezando a comportarse de un modo muy raro: su actitud negativa frente a Gloria, que ni siquiera le permitía ver que era la mejor para el papel de doña Jimena; el tiempo que pasaba encerrada en su cuarto; su misteriosa desaparición en Covarrubias y ahora esto. «Una indisposición pasajera», lo llamaba en su nota. Como si fuera una damisela antigua. Lo normal habría sido decir: «Me he pasado la noche en blanco y estoy hecha polvo; encárgate tú solo por hoy. Necesito dormir para reponerme». Y sin embargo había escrito con aquella letra picuda y vacilante lo de: «debido a una indisposición pasajera, me veo obligada a cancelar por hoy mis obligaciones»... ¿Qué rayos era aquello?

Caminó a paso vivo hasta su celda, llamó a la puerta y, al no recibir ningún tipo de respuesta, abrió con cuidado y asomó la cabeza. El calor era agobiante y en el aire

flotaba un olor agrio, a sudor y a algo indefinible que le recordaba al azufre. Bárbara estaba dormida, envuelta en la sábana como si tuviera frío, y con la frente húmeda.

Se acercó a ella. Bajo sus párpados, los ojos se movían de derecha a izquierda a toda velocidad. Tenía las manos engarfiadas en la sábana y jadeaba como si estuviera haciendo un gran esfuerzo.

Bernardino le puso la mano en la frente para comprobar su temperatura: estaba caliente pero no tenía fiebre. La zarandó un poco por el hombro hasta que cambió de posición y pareció relajarse, pero no se despertó, así que le alisó las sábanas como pudo, abrió la ventana y decidió dejarla dormir hasta que quisiera. Él tenía que reunirse con el grupo y empezar a trabajar en serio porque el tiempo se les estaba escurriendo entre las manos.

* * *

Doña Brianda había marchado a Zamora con sentimientos encontrados. Por un lado le preocupaba dejar sola a Guiomar porque a lo largo de todo el invierno se había comportado de un modo poco frecuente en ella: muchos suspiros, largos silencios, miradas perdidas con la labor abandonada en el regazo...; indicios que, a su ojo experto, sólo podían significar dos cosas: o que estaba enamorada, o que estaba pensando en recluirse en un convento. Y ninguna de las dos le convenía, aunque favorecía la opción del convento, que, al menos, la convertiría a ella misma en dueña efectiva de todas las tierras y propiedades. Sin embargo, había vigilado minuciosamente a su hijastra durante los meses de frío y no había descubierto a ningún hombre que la mirara de modo especial o que tratara de quedarse a solas con ella. Si era un enamoramiento, debía de ser simplemente platónico. Por eso al fin había decidido dejarla marchar a Burgos junto con la corte. Si sus proyectos eran religiosos, no le pondría dificultades. Por otro lado, los planes que le había comunicado doña Urraca le parecían tan atractivos que no había podido negarse a acompañarla, ya que la hermana del rey le había propuesto nada menos que la posibilidad de contraer matrimonio con el infante don Pedro, hijo del mismo rey de Aragón y sucesor suyo; lo que venía a significar que, si jugaba bien sus cartas, podría pasar de condesa de Peñalba a princesa y, a la muerte de su futuro suegro, a reina.

Ni había visto nunca a don Pedro ni le importaban su aspecto ni su edad ni ninguna de las cualidades o defectos que pudiera poseer. Los matrimonios, sobre todo los de esa categoría, nunca se contraen por amor.

Además, le resultaba particularmente curioso el que el rey de Aragón se llamara exactamente como el joven guerrero que la tenía obsesionada: Sancho Ramírez I. Un Sancho Ramírez la estaba matando de ansiedad y otro podía ser su puerta a la realeza. La decisión estaba clara.

Y sin embargo, no podía dejar de pensar en el vasallo del Cid, en el único hombre de su vida que la había rechazado, que la había humillado, y que tendría que sufrir un

castigo ejemplar.

Pero había tiempo. Ahora sabía que, caso de necesitarlo, podía contar con los servicios de un hombre temible como el maestro Ludovico, y si esperaba el momento adecuado, cuando fuera reina quizá podría arreglar un precio más bajo por sus oficios. Podría concederle un título de nobleza y entregarle una fortuna en lugar de pagar con su alma como cualquier aldeana desesperada.

Lo malo era que las pesadillas no la dejaban descansar. Estaba convencida de que el hechicero se las enviaba todas las noches para recordarle el trato que habían estado a punto de hacer, y ella no tenía más salida que tomar infusiones de adormidera y valeriana para descansar un poco y hacer frente a las visiones que se le iban grabando en la mente de un modo cada vez más doloroso.

En cualquier caso, lo primero era lo primero: había que tratar los términos del compromiso con el infante y luego todo cambiaría para mejor.

* * *

—Tíos —dijo en voz baja Andrés, viendo que Bernardino se acercaba por el pasillo del claustro con un papel entre las manos—, le he estado dando vueltas al asunto y creo que nos estamos pasando un poco. No tenemos nada sólido. Un par de sueños raros por aquí y por allá, los misteriosos pálpitos de ésta...

—Ésta tiene nombre —interrumpió Sibila, picada.

—Vale. ¿Y qué más tenemos? Nada entre dos platos. Mucha fantasía.

—Y los dolores de cintura de Gloria —contribuyó Quique.

—Eso puede ser de montar a caballo, la falta de costumbre.

—Pues nadie más los tiene —dijo Tina.

—Y la visión de la anciana que también sale en los sueños de Sibila —insistió Quique.

—¿Tú qué dices, Sergio? —era evidente que Andrés se estaba dando cuenta de que él era el único escéptico del grupo y necesitaba refuerzos.

—Yo no sé qué decir, Andrés. Sé que no tenemos pruebas, como tú bien dices, pero a la vez sé que pasa algo que no es natural. Lo siento aquí dentro —dijo tocándose el pecho con el puño—. He empezado a tener miedo y, no es por chulear, pero os juro que yo no he tenido miedo en mi vida. Nervios sí, claro, como cualquiera, pero miedo jamás. Y ahora me estoy asustando.

Andrés le dio una palmada en el hombro:

—Pero ¿de qué vas a tener miedo, hombre de Dios, teniéndome a mí?

Todos se rieron, pero la verdad era que comprendían a Sergio y a la vez les tranquilizaba la idea de tener a Andrés cerca, tan grande, con su pinta de oso bueno.

—De que le pase algo a Gloria —contestó Sergio, como si la risa no los hubiese interrumpido—. Y a mí. Y a todos nosotros.

—¡Jo, qué yuyu, tío! Mirad, a Bernardino también parece que le pasa algo. Lleva

ya un rato ahí en el banco del claustro dándole vueltas a ese papel. A ver si nos han cortado la subvención del proyecto —Andrés trataba de cambiar de tema porque se estaba poniendo muy nervioso con tanta seriedad y tanto hablar de miedo.

—Entonces —cortó Sibila, después de echarle una mirada al reloj—, ¿hacemos lo que dijimos ayer?

—¿Buscar el mensaje? —aclaró Tina.

Ella asintió sin palabras.

—Hablaré con Luis, a ver si él sabe si en este monasterio hay pergaminos guardados. Tú, Quique, podrías hablar con Diego. Si encontramos algo, cualquiera de los dos puede leerlos. Luis es medievalista y Diego es cura; juntos seguro que consiguen descifrarlos.

—¿Y qué explicación les damos?

Se miraron unos a otros sin saber qué decir, pero antes de que a alguien se le ocurriera una idea, oyeron la voz de Bernardino llamándolos para empezar la jornada.

* * *

La jornada había sido larga, pero había valido la pena. Después de cabalgar durante casi todo el día, habían llegado por fin a San Salvador de los Cerros, donde habían sido recibidos con grandes muestras de alegría por la pequeña comunidad de frailes y, sobre todo, por su abad: el padre Juan.

—Parece que vuestro señor, don Rodrigo, no os tiene en gran estima, si ha podido prescindir de dos guerreros como vosotros —dijo con sorna, después de los abrazos.

—Nos ha costado bastante convencerlo —dijo Laín sin perder la sonrisa—, pero parece que como nuestro señor está bien casado, ha podido comprender las razones de este botarate enamorado.

—¿Sabes algo de Guiomar, Juan? —preguntó Sancho, inquieto por recibir noticias de lo que más le importaba.

—Sé que la corte está en Burgos desde hace unas semanas y sé que mañana es día veintitres de junio. Estoy seguro de que vendrá.

Sancho no pudo evitar que una ancha sonrisa le iluminara el rostro. Desde que habían abandonado las huestes del Cid, todos sus pensamientos se habían concentrado en el momento de volver a verla y ahora sólo faltaban horas.

Don Rodrigo se había comportado como un auténtico señor: grande, comprensivo, magnánimo. Había oído sus razones en silencio y en el fondo de los ojos se le había encendido una luz, como si recordara algo muy hermoso que ya no estaba a su alcance. Después le había dado licencia para ausentarse durante tres semanas, más si era necesario, y para llevar también a Laín.

Al final de la entrevista, cuando ya se había levantado del sillón, le puso una mano en el hombro, lo miró a los ojos y le dijo:

—Vuelve en cuanto puedas, Sancho Ramírez. Eres uno de mis mejores guerreros,

un fuerte brazo y un gran corazón. Deja a tu esposa, con mi bendición, en un lugar seguro y, cuando Dios tenga a bien mover la voluntad de nuestro rey, todos nos reuniremos con nuestras mujeres y podremos vivir en paz y abundancia. Has hecho honor a tu señor y a mi vasallo, tu padre. ¡Que Dios todopoderoso te proteja, hijo, y guíe tu camino con bien, para mayor gloria suya y honra nuestra!

Luego se habían unido a una partida capitaneada por Minaya que iba a pacificar una región ya atravesada por el Cid y de donde les habían llegado noticias de altercados, y se habían despedido de ellos junto a la ermita de San Simeón, pasado Medinaceli, junto al Duero. Sin saber por qué, aquel último abrazo de Minaya Álvar Fáñez se le había quedado marcado como una cicatriz, con el temor de no volver a verlo.

Luego habían picado espuelas, ya solos los dos amigos, y el resto del viaje había sido como un sueño feliz, galopando hacia el oeste, al lugar donde lo esperaba Guiomar.

Ahora habían llegado y las horas que lo separaban del encuentro con ella le parecían una tortura; su cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo que podría suceder, a todo lo que podría salir mal, cuando ya estaban tan cerca de conseguir lo que deseaban.

Estuvo distraído durante la cena con los monjes y después, en la cocina, donde Laín los obsequió con el relato de sus campañas por las tierras de Teruel. No conseguía apartarla de su mente ni disfrutar de nada de lo que le rodeaba, ni de la comida que, aunque frugal, era sabrosa, ni de la alegría de los frailes, ni de los relatos exagerados de Laín sobre acontecimientos que él mismo había vivido y que no eran tan esplendorosos ni tan triunfales como él los narraba, ni siquiera del vino de la comunidad.

Cuando ya estaban a punto de retirarse, Sancho le propuso a Laín salir a cazar temprano para distraer la espera y su amigo, cabeceando, acabó por aceptar. De modo que antes del alba, ensillaron sus caballos y se perdieron en el monte, armados con sendos arcos, porque Sancho tenía la sensación de que se volvería loco si tenía que aguardar allí las horas que fuesen necesarias hasta que ella consiguiera llegar al monasterio.

Volvieron al atardecer, cansados y de buen humor, con unos cuantos conejos colgados del cinturón de Laín, y ataron los caballos junto al abrevadero antes de llevarlos al establo de los monjes.

No había ninguna otra montura.

Sancho sintió que se le nublaba la vista y las rodillas le flaqueaban. No había venido. El sol ya teñía los campos de rojo, los álamos se balanceaban con el aire dorado de la tarde y ella no había venido.

Oyó la voz sonora de Laín, pero no pudo entender lo que decía. Se limitó a entrar detrás de él a la fría penumbra del edificio y lo siguió en silencio hasta el claustro. Las espuelas de los dos guerreros repiqueteaban sobre las losas de piedra. Sancho

caminaba con los ojos clavados en el suelo, sintiéndose vencido, vacío, triste, sin valor. No podía creer que lo hubiera traicionado, que su juramento hubiera sido falso. No era posible. Tenían que haberla encerrado. De algún modo se habían enterado de sus proyectos y la habían encerrado en su cámara con doble vuelta de llave.

Tendría que ir a Burgos y sacarla de allí, como fuera, por encima de todo. O morir en el intento.

Se tropezó contra las anchas espaldas de Laín, que se había detenido en medio del claustro sin darle aviso, y estuvo a punto de emprenderla a puñetazos con él, pero entonces Laín se hizo a un lado con una sonrisa socarrona y, haciendo una burlona media reverencia frente a él, se perdió por el pasillo lateral.

Donde el cuerpo de su amigo le había tapado la vista, en el centro exacto del jardín del claustro, que aún no había sido adornado con ninguna fuente, Guiomar, como un ángel del Señor, vestida de azul y con los cabellos destrenzados, le sonreía dulcemente.

Avanzó como en un sueño los cuatro o cinco pasos que lo separaban de ella, hincó una rodilla, tomó con infinita delicadeza el borde de su saya y se lo llevó a los labios.

Ella le tendió la mano para que se la besara.

—Mi señora —dijo con voz estrangulada por la emoción.

—Es la noche de San Juan, amor mío —dijo ella, y su voz sonaba como una campana de plata—. Esta noche seré tu esposa. Para siempre.

Mientras los campesinos de los alrededores se reunían en la pequeña aldea cercana al monasterio para celebrar con música, danzas y hogueras la noche de San Juan, Sancho y Guiomar celebraron su matrimonio en la iglesia de San Salvador de los Cerros frente al sencillo crucifijo de madera que presidía el altar.

Terminada la ceremonia, Laín decidió acercarse a la fiesta de los campesinos, a tomar unos vasos de vino y echar una mirada a las aldeanas, y Régula se retiró a la pequeña hospedería que los monjes habían preparado para los peregrinos que pasaran por allí en su camino a Santiago.

El padre Juan tomó una antorcha y, sonriendo misteriosamente, les pidió que lo siguieran al exterior.

—Los casados tienen derecho a un poco de intimidad y yo tengo que pensar en la inocencia de mis hermanos, así que os he arreglado un lugar donde podéis estar solos. No es ningún palacio, pero he oído decir que los enamorados no necesitan más que su amor y un poco de aire fresco —les dijo, observando, complacido, que Guiomar se ponía como una cereza.

La noche era tibia y una luna llena, plateada y enorme, llenaba el mundo con su luz. Caminaron en silencio hasta el río, lo vadearon y siguieron al abad por un estrecho sendero pegado a la pared del cerro hasta que la antorcha iluminó una gran

roca blanquecina que tapaba una entrada natural.

Una vez dentro de la cueva, el padre Juan dio fuego a una pequeña hoguera que ya había sido preparada casi en la boca para que el humo pudiera salir al exterior, sujetó la antorcha en una argolla de la pared de roca y les mostró sus aposentos: un lecho de paja recién cortada cubierto con pieles de oveja y un hermoso manto árabe, una mesita baja con algunas viandas y un jarro de vino, una vela, y dos escabeles.

—Somos una comunidad pobre, hijos míos, y esto es lo mejor que tenemos.

Sancho abrazó a su primo, conmovido por tanta generosidad. El padre Juan les dio su bendición y, con una última sonrisa, abandonó la cueva, dejándolos solos.

* * *

Bernardino reunió al grupo en el refectorio, paseó una mirada complacida por los rostros juveniles que lo miraban, expectantes, y levantó su vaso:

—Enhorabuena por lo que habéis hecho, chicos. Sois buenos, muy buenos, y estamos orgullosos de vosotros.

Luis, Diego, Amy, Laura y Bárbara, aún pálida y con el rostro desencajado, asintieron sonriendo.

—Tengo que informaros de que los papeles ya están repartidos definitivamente, aunque todos sois igual de importantes y necesarios; eso ya no hace falta que os lo diga. Enseguida leeré la lista. Todos, salvo los cuatro papeles centrales de la primera parte de la obra, tendréis el fin de semana libre. Podéis llamar a vuestros padres, si no viven demasiado lejos, y encontraros con ellos en Burgos; los demás también iréis allí a pasar el sábado y el domingo en el albergue juvenil, cortesía del proyecto. Yo usaré el fin de semana para reunirme con el equipo de filmación con el que empezaremos a grabar los exteriores el lunes. Los que se queden en el monasterio trabajarán con Bárbara puliendo últimos detalles. Voy a leer primero la lista de los que se quedan: el Cid (Sergio), doña Jimena (Gloria), el rey don Alfonso (Andrés), Minaya (Quique).

Todos empezaron a aplaudir y a silbar.

—Por supuesto, el que prefiera quedarse en el monasterio y no pasar el fin de semana fuera, también puede hacerlo sin problemas. El autobús sale esta tarde a las cuatro. El domingo sobre las nueve de la noche todos aquí de vuelta, ¿está claro?

Bernardino volvió a sentarse y los chicos empezaron a armar jaleo, haciendo planes para los dos días libres.

—Yo me quedo —dijo Sibila, mirando a sus amigos—. Mis padres no van a venir desde Sevilla, no me apetece ir a Burgos y, además, creo que va a ser mejor estar aquí, con vosotros. ¿Y tú, Tina?

—Yo también me quedo. Mi familia está de vacaciones en la Costa Brava y no quiero dejar sola a Gloria.

—Hombre —dijo Quique—, sola no está.

—Ya, pero me quedo igual —se le escapó una mirada a Andrés, que él agradeció en silencio.

—Pues entonces nos quedamos los seis. Ahora lo que sería ideal es que pasara de una vez lo que tenga que pasar —Sergio estaba muy serio y miraba de vez en cuando a Bárbara, que, con cara de cadáver, le devolvía una mirada fija y extraña.

—Yo creo que aún es pronto, aunque si tuviéramos alguna pista, a lo mejor podríamos ver de forzar los acontecimientos —dijo Sibila.

—Pues la idea que habíamos tenido no va a funcionar. Le he preguntado a Luis sobre los pergaminos y me ha dicho que los fondos del monasterio fueron trasladados hace un par de años a Madrid, a la Biblioteca Nacional, cuando restauraron esto y lo convirtieron en centro cultural. Aquí no queda ya nada —informó Tina.

—¿No te ha preguntado por qué te interesaba saberlo?

—No. Luis sabe que seguramente acabaré estudiando Historia y le ha parecido bastante normal que me interese por lo que se guardaba aquí. De todas formas me ha dicho que, por lo que él sabe, no tenían más que crónicas de la Orden y una historia de San Salvador con muchas lagunas y pocas explicaciones. Por eso no se sabe ni siquiera por qué cambió el nombre de San Salvador de los Cerros a Nuestra Señora de las Piedras.

Hubo un silencio mientras cada uno de ellos intentaba pensar en algo que pudiera ayudarlos.

—Escuchad —Sibila hablaba en voz muy baja—. Se me ha ocurrido que, aprovechando que esto se va a quedar casi desierto, podríamos intentar ponernos en contacto con la mujer de las visiones.

—¿Quéeee? —varias voces se unieron en la extrañeza.

—No hay ninguna garantía, claro, pero podemos probar.

—¿Cómo?

—¿Para qué?

El «cómo» había salido de Sergio; el «para qué», de Andrés. Sibila se encaró con el segundo.

—Como te conozco desde que teníamos doce años y sé que eres un tipo, digamos práctico, lo mejor es que te diga que, cuanto antes consigamos resolver esto, antes podremos dedicarnos al proyecto sin estar todo el rato pensando en lo que puede pasar —contestó Sibila calmadamente—. El «cómo» es un poco más peliagudo, pero considerando que esta noche hay luna llena y que me he preocupado de ir recogiendo en nuestros paseos unas cuantas hierbas que pueden ser útiles, voy a intentar una cosa que me enseñó mi abuela, si todos colaboráis.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Gloria con un hilo de voz.

—Os lo explicaré después —dijo Sibila, viendo que Bernardino se iba acercando a todos los grupos para despedirse o dar unas últimas indicaciones—. Nos reuniremos a medianoche en la iglesia.

—¿Tú estás loca? ¿Piensas hacer magia negra en la iglesia? —Quique estaba casi

escandalizado.

—No es magia negra, idiota. Precisamente vamos a hacer algo para contrarrestar una influencia maligna.

En ese momento llegó Bernardino.

—¿Soy yo la influencia maligna de la que hablabas, Sibila? Me parece muy bien que te tomes en serio tu papel, pero sin pasarte, caramba.

Todos explotaron en una risa que, a sus propios oídos, sonó forzada.

* * *

Guiomar llegó frente a las murallas de Burgos con los ojos inundados en lágrimas. La despedida había sido terrible. Por primera vez en su vida había entendido por experiencia propia la frase hecha que repetían los juglares de «separarse como la uña de la carne», un dolor de desgarramiento que sólo la presencia de Sancho podría curar. Habían sido cuatro días maravillosos, cuatro días en los que se había sentido completa, feliz, colmada, como si después de años y años pensando que ya conocía todo lo que la vida podía ofrecer, se hubiera dado cuenta de lo que significaba realmente estar viva. Y ahora tendría que volver a pasar meses sin verlo, temiendo por él, rezando día y noche para que Dios lo protegiera y se lo devolviera sano y salvo.

Habían dado muchas vueltas a la posibilidad de que ella se quedara en un convento en tierras navarras esperando su regreso, pero al final habían pensado que lo mejor era que ella volviera a su casa para que doña Brianda no le arrebatara su patrimonio y para que Sancho tuviera algo más de tiempo para enriquecerse y ganar en honra y fama, con la esperanza de que el rey aceptara su matrimonio e incluso llegara a concederle un título de nobleza que facilitaría considerablemente su unión. Era una decisión lógica, que el padre Juan había encontrado sensata y madura. Él mismo les había prometido estar al tanto de lo que pudiera sucederle a ella y ayudarla en lo que fuera necesario mientras Sancho seguía con sus campañas al servicio del Cid.

Sin embargo, Guiomar estaba inquieta porque, además del dolor de la separación del que ya era su esposo, ahora tendría que enfrentarse a Brianda, arriesgándose a un castigo, o bien callar y correr el riesgo de que ella quisiera arreglarle un matrimonio conveniente, al ignorar que estaba casada.

Miró con envidia las golondrinas que planeaban sobre la ciudad, libres de ir adonde quisieran. Si ella tuviera alas, volaría hasta Sancho y lo acompañaría hasta el fin del mundo.

Acarició la piedra de luna que seguía llevando porque aún no podían estar juntos y suspiró. La vida humana era una continua espera, un sufrimiento constante aguardando los pocos instantes de felicidad que se derretían como la nieve al sol. Sin embargo, había sido tan feliz con Sancho que todo valía la pena.

Al llegar al alcázar se encontraron el patio revuelto, lleno de damas que desmontaban de sus palafrenes y literas con la ayuda de docenas de mozos y doncellas, bajo la mirada divertida de la polvorienta escolta de guerreros que no parecían comprender que las señoras estuviesen tan cansadas después de lo que para ellos había sido una corta jornada con la fresca de la mañana.

Guiomar y Régula desmontaron también, entregaron las riendas a un mozo de cuadra y trataron de escabullirse al interior confundidas en el revuelo general, pero antes de que pudieran escaparse, se encontraron con la mirada imperiosa de doña Brianda, que, vestida de viaje y aún con la fusta en la mano, las miraba de arriba abajo.

—¿Se puede saber de dónde sales tú ahora? —preguntó, agria.

—Régula y yo hemos salido a dar un paseo.

—¿Sin escolta?

—Sólo hemos bajado hasta el río.

—Sabes que no apruebo que una doncella salga de las murallas sin protección.

—Aquí se vive en paz, doña Brianda.

—Ya lo hablaremos más despacio —se quedó mirándola fijamente—. ¿Te pasa algo? Te encuentro..., no sé..., distinta. Como si hubieras crecido en estas pocas semanas.

—Será la galopada —Guiomar bajó la vista, incómoda.

No quería llamar la atención de su madrastra, no quería que empezara a preguntarle hasta que ella estuviera segura de qué iba a decirle.

—Ve a cambiarte. El rey nos espera a la hora tercia para darnos la bienvenida.

Guiomar hizo una reverencia y desapareció en el alcázar, enormemente aliviada de alejarse de doña Brianda, que se quedó mirándola con los ojos entrecerrados.

Esa misma noche, el sueño enviado por el hechicero fue espantoso. Se levantó, aún en tinieblas a pesar de que el sol en junio sale temprano, bajó a los establos hecha una furia, arrastrando tras de sí a una Brígida casi completamente dormida, ordenó a gritos que le ensillaran su caballo negro, el más veloz, y después de una conversación compuesta de gritos, insultos y amenazas, consiguió que los hombres de guardia le abrieran la pequeña puerta lateral, ya que las grandes puertas de la ciudad todavía estaban cerradas.

Cabalaron como endemoniadas hasta la cabaña del maestro Ludovico, donde Brianda, tirándose del caballo, desgredada y con las mejillas enrojecidas, desapareció sin una palabra, dejando a Brígida aterrorizada y sudorosa.

La puerta se abrió por sí sola, la condesa recorrió el largo pasillo orientándose por la luz que brillaba en la cámara del fondo y, al apartar la cortina, se encontró con los ojos del hechicero que brillaban con luz propia.

—Bienvenida, condesa —dijo con voz suave y una media sonrisa en el rostro—. Hace mucho que os espero. ¿Una copa de vino?

Brianda tomó la copa que el hombre le ofrecía y la vació de un trago.

—Os prohíbo que volváis a enviarme ese tipo de sueños, maestro Ludovico.

—¡Ah! ¿Me lo prohibís, señora?

—No estoy atada a vos por ninguna promesa. No tenéis ningún derecho.

El hechicero levantó las palmas de las manos con suavidad, encogiéndose levemente de hombros.

—Los sueños vienen y van. Son criaturas evanescentes, sin sustancia. Una mujer como vos no debería excitarse tanto por un sueño.

—¿Es verdad lo que me habéis mostrado? —le temblaba la voz al preguntarlo pero no quería mostrarse débil frente a aquel hombre y añadió—: ¿O es una de vuestras supercherías para obligarme a venir?

—En cualquier caso, ha surtido efecto. Siempre es agradable recibir visita de una hermosa dama. ¿Habéis desayunado ya?

Estuvo a punto de tirársele encima y arañarle la cara, pero se dio cuenta de que el hechicero esperaba una reacción similar y se contuvo.

—No. Prefiero galopar en ayunas.

El hombre hizo palmas y el criado deforme entró con una bandeja cargada de ricas viandas; la depositó sobre una mesa y volvió a retirarse, después de haberle lanzado a la mujer una mirada sucia.

Comieron en silencio durante unos momentos mientras Brianda notaba que su nerviosismo iba haciéndose intolerable.

—¿Deseáis conocer la verdad? —preguntó por fin, al ver que ella dejaba el cuchillo de comer y apuraba la copa.

—¿Cómo?

—Os la mostraré. Venid, señora.

El maestro Ludovico la precedió por un pasillo cuya entrada, al fondo de la cámara se hallaba disimulada por un tapiz. Bajaron unas escaleras estrechas talladas en la roca hasta desembocar en una estancia más pequeña que la superior, atestada de objetos extraños e inquietantes, manojos de hierbas colgadas, animales disecados y vasijas de barro con inscripciones en lenguas desconocidas.

Unos ojos verdes brillaron un segundo en la oscuridad, algo rozó los pies de doña Brianda, provocándole un escalofrío y, con un maullido, el animal se perdió en las tinieblas.

—No temáis. Es sólo mi familiar —dijo el hechicero.

Avanzó hacia una mesa que ocupaba el centro de la estancia, puso un profundo cuenco de piedra sobre la mesa, vertió agua de un jarro de plata y esperó hasta que el líquido quedó liso, reflejando el techo cubierto de hierbas secas.

Doña Brianda, a su lado, contenía la respiración. El hechicero puso las manos sobre la superficie, sin llegar a tocarla, y empezó a entonar una salmodia que hizo que todo el vello de la mujer se pusiera de punta.

—Mirad.

En el agua habían comenzado a formarse imágenes borrosas que se coagulaban en

formas reconocibles y se deshacían como las nubes en el cielo. Doña Brianda se inclinó sobre el cuenco, fascinada.

Poco a poco, las imágenes fueron afianzándose: Guiomar y Sancho en una iglesia, frente a un crucifijo de madera, sonriéndose, tomándose de las manos. Él poniéndole un anillo. Luego dos cuerpos blancos, jóvenes, enlazados, rodeados por una luz entre azul y violeta.

Brianda oyó un jadeo que no pudo identificar y desvió la vista unos momentos hasta que se dio cuenta de que era ella misma quien lo producía.

El espejo se veló y quedó ciego.

—El sueño era verdad —dijo en un susurro—. ¡Se han casado!

—Es lo mismo que pensáis hacer vos, si no me equivoco —la voz del hombre sonaba divertida, provocadora.

—¡Me han engañado! ¡Esos dos bastardos se han reído de mí! ¡Los mataré! ¡Los mataré!

El maestro Ludovico miraba el ataque de rabia de doña Brianda como se mira una pelea entre dos pastores desconocidos, con una leve mueca burlona y sin intervenir.

La condesa daba puñetazos en la mesa, gritaba amenazas inconexas y sentía que le estallaría el corazón si no hacía nada que pudiera calmar el odio que la llenaba como un río embravecido llena un cañón de roca.

—Los mataré a los dos —repitió—. Los mataré lenta y dolorosamente.

—Con mi ayuda, señora, podéis hacer mucho más. Lamentarán haber nacido.

Ella lo miró como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que estaba a su lado.

—¿Qué podéis hacer?

—Los maldeciré por toda la eternidad. Sufrirán mientras vivan. No volverán a tener un instante de dicha. Ataré sus almas al tormento que no cesa y las entregaré a mis amos para que las desgaren. ¿Estáis dispuesta a pagar el precio?

Sin dudarle un instante, ella asintió.

—Habéis elegido bien. Dadme vuestro brazo para sellar el pacto.

La condesa se desnudó el brazo y se lo ofreció sin vacilar. El hechicero sacó una daga de su vaina, se hizo un corte superficial en la mano izquierda y, con la sangre que goteaba en la mesa dibujó un *pentáculo* rodeado de símbolos extraños. Luego acercó la hoja al brazo de ella, trazó una línea sobre sus venas que inmediatamente se tiñó de rojo, y dejó gotear la sangre de la mujer en el espacio del interior de la estrella.

A continuación, buscó unos paños limpios, vendó la herida y le sonrió.

—*Factum est*, señora. Decid a vuestra doncella que regrese al alcázar y ordene al capitán de vuestra guardia que encierre a la muchacha en sus aposentos hasta vuestro regreso.

—¿Mi regreso? —doña Brianda miraba fascinada la sangre que se iba coagulando en el *pentáculo*.

—Tenemos que llevar a cabo la ceremonia y después debéis pagar mi precio, ¿lo habíais olvidado?

Ella se estremeció. En el primer arrebato de furia había olvidado que debía entregarse a aquel hombre.

—Yo nunca olvido mis promesas —mintió.

—Entonces podemos disponer lo necesario.

* * *

A la hora de la cena Nuestra Señora de las Piedras parecía un cementerio; el refectorio, que siempre estaba lleno de gente, de risas y de conversaciones, era de repente enorme para las siete personas que lo ocupaban y las paredes devolvían ecos extraños. El entrecuchar de platos y cubiertos sonaba exageradamente alto y todos hubieran dado algo por tener un televisor encendido diciendo tonterías que llenaran el silencio.

Hasta Tomás y Nieves se habían ido a cenar fuera, dejándoles a ellos pan, fiambres y ensalada. Habían invitado a Bárbara a ir con ellos, pero dijo que llevaba días sin dormir bien y que prefería quedarse, tomarse un par de pastillas y retirarse pronto; así que habían estado trabajando hasta las ocho, y a las diez ya habían terminado de cenar. Los chicos se pusieron a bostezar ostentadamente para convencer a Bárbara de que no tenían planes y también pensaban acostarse enseguida. La conversación, estando ella delante, era trabajosa, con muchas pausas y risotadas que no venían a cuento. Por fin se decidió a levantarse de la mesa y todos la secundaron, aliviados.

—¿Me acompañas un momento, Sergio? —dijo Bárbara, tratando de aparentar una naturalidad que todos sintieron falsa.

—Ahora vuelvo —les dijo a los demás.

—Te esperamos en la salita. A lo mejor aún jugamos unas manos.

—Vale.

Echaron a andar por el pasillo en dirección al cuarto de Bárbara. Él, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones modernos, porque era su tiempo libre y se había cambiado; ella mordiéndose el labio inferior, sabiendo que estaba a punto de cometer un error y sin poder evitarlo.

Se detuvieron delante de la puerta. El pasillo se extendía, desierto, en las dos direcciones.

—Sergio —dijo Bárbara muy bajito, tanto que él tuvo que inclinarse un poco para oírla—. No aguanto más. He intentado quitarme la idea de la cabeza, pero no puedo. No duermo bien, casi no como, no sé qué me pasa.

Sergio empezó a cambiar su peso de un pie a otro. No quería saber lo que Bárbara estaba tratando de decirle; sólo quería salir corriendo y no verla más.

—Dime —siguió ella, al ver que él no estaba dispuesto a decir nada—, ¿qué tienes con Gloria?

—Somos... novios. Vamos, salimos juntos.

—¿La quieres?

—Sí.

Había pensado por un momento suavizar la respuesta y decirle que le gustaba nada más, pero no valía la pena engañarla y engañarse. Además, habría sido una traición a Gloria.

—¿Y a mí? —Bárbara se estaba mordiéndose el labio inferior hasta sangrar.

—¿A ti? Te admiro, te respeto un montón, eres mi profesora.

—Pero no me quieres, ¿verdad? No me quieres como mujer.

—Bárbara, por favor.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto? ¿Soy demasiado vieja? La noche de la discoteca sí que te gusté lo bastante.

—Eso..., eso no estuvo bien, Bárbara. Lo siento.

—¿Que lo sientes? —estaba empezando a alzar tanto la voz que Sergio se encogió—. Ahora resulta que lo sientes...

Bárbara lo vio encogerse y cambió de táctica.

—Anda, ven, no hace falta enfadarse —lo abrazó y empezó a frotarse contra él como una gata—. Estamos casi solos. Di a los otros que te duele la cabeza y quédate conmigo esta noche. Es natural que tengas un poco de miedo, pero ya verás que no hay por qué. No te arrepentirás —le dijo al oído, mientras le acariciaba la oreja con la lengua.

Sergio le dio un empujón más fuerte de lo que pretendía.

—Déjame en paz, Bárbara. No puedo. No quiero, ¿entiendes? No quiero. Eres mi profesora y basta.

—¿Es tu última palabra? —sus ojos brillaban como si tuviera fiebre y su rostro había adquirido una expresión casi diabólica.

Él asintió, tratando de parecer firme a pesar de que le temblaba todo el cuerpo.

—Te arrepentirás. Te juro que te arrepentirás de esto.

Sergio se dio la vuelta y se forzó a caminar serenamente por el pasillo sabiendo que la mirada de odio de Bárbara lo seguía, pero cuando ya en el recodo giró la cabeza, ella se había metido en su cuarto.

* * *

—Señora —el criado contrahecho la miraba desde el vano de la puerta—, el amo os requiere en su laboratorio.

Llevaba tres días en casa del maestro Ludovico sin que hubiera sucedido nada y doña Brianda tenía los nervios destrozados. No sabía lo que estaba pasando con Guiomar en el alcázar, no sabía qué había estado haciendo el hechicero en todo ese tiempo; no había hecho más que esperar en la habitación que le habían destinado, pendiente de todos los ruidos, temiendo que en cualquier momento apareciera el hombre y le dijera que había llegado la hora de cumplir su trato, agradeciendo cada instante que podía pasar sola y en paz, y a la vez deseando que terminara todo y poder retomar su vida.

Se alisó el vestido y siguió al enano por las empinadas escaleras que bajaban al sótano. Olía a algo nauseabundo y un humo amarillento llenaba la estancia, de donde había desaparecido la mesa. En el centro del cuarto, sobre las losas de piedra, el maestro había pintado una especie de laberinto lleno de líneas rojas entrecruzadas y símbolos de poder. El gato la observaba sin parpadear desde lo alto de una estantería

llena de rollos de pergamino.

El maestro Ludovico, vestido con una túnica negra bordada en oro con algo que parecía una escritura, la esperaba junto al fuego.

—Ha llegado el momento —dijo en voz solemne—. Las estrellas nos son propicias. Los amos aguardan. La invocación va a ser pronunciada. ¿Estáis dispuesta?

Doña Brianda hizo una inspiración profunda, carraspeó, y dijo con la boca seca:

—Lo estoy.

—Colocaos ahí, en el centro de ese *pentáculo*, y no os mováis pase lo que pase.

El maestro Ludovico hizo una seña y el criado se acercó a ellos llevando un bulto envuelto en telas que le entregó a su amo. Era un bebé recién nacido.

Doña Brianda reprimió un grito.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó con voz temblorosa.

—Una ofrenda.

—¡No!

—El pacto ha sido sellado, condesa. No es momento de echarse atrás.

—No es más que un bebé...

—Todos nacemos para morir. ¿Qué importancia tiene que le llegue la muerte ahora o dentro de treinta años? Todas las mujeres tienen hijos para la muerte, condesa.

Doña Brianda pensó en los hijos que había dado a luz y que habían muerto antes de hacerse hombres. Si los suyos habían tenido que morir, ¿por qué ése no?

El maestro Ludovico siguió hablando.

—Sería más conveniente si se tratara del hijo de Sancho y de Guiomar, por supuesto. Pero para eso habrá que esperar hasta el invierno. Entonces repetiremos el conjuro que los destruirá para siempre.

—¿El hijo de Sancho y de Guiomar? —preguntó Brianda, sintiendo que le fallaban las piernas y sus ojos se cubrían con un velo rojo.

—Ellos aún no lo saben. Debéis cuidar y proteger a la muchacha mientras esté encinta; luego, cuando dé a luz, traedme a la criatura.

Ella asintió con los ojos dilatados, sin saber ya qué pensaba ni qué sentía.

El hechicero cogió una larga daga adornada con piedras rojas, se colocó en el centro del diseño, agarró al niño por las piernecillas y lo sujetó cabeza abajo. El bebé rompió a llorar, desesperado.

Doña Brianda cerró los ojos y sus oídos se llenaron con la salmodia del brujo que subía y bajaba, ululando como un lobo mientras, en torno a ella, los olores se hacían cada vez más intensos y el frío iba invadiendo la estancia.

Cuando volvió a abrirlos, la sangre fluía de la larga herida que recorría el cuerpo del niño y llenaba el suelo de la habitación; el humo se espesaba por momentos, pasando del amarillo, al naranja y al rojo, y un sonido poderoso y distante, como de inmensas alas batiendo, se iba acercando a toda velocidad.

De pronto, un viento helado los sacudió, una vaharada de olor a carroña llenó su

olfato, y un par de ojos ardientes, de pupilas verticales, se abrieron entre las volutas del humo espeso que llenaba la cueva.

—¡Amo! —dijo el hechicero, cayendo de rodillas.

Doña Brianda se arrodilló también porque las piernas ya no la sostenían.

Entonces el maestro Ludovico empezó a hablar en una lengua ronca que no parecía proceder de una garganta humana y se oyó una risa.

Un instante después la aparición se desvaneció, la temperatura volvió a subir y el hedor empezó a difuminarse.

El maestro se levantó pesadamente, tiró a un rincón el cadáver del niño y, acercándose a ella, que sollozaba aterrorizada en el suelo, le tendió una mano cubierta de sangre.

—Está hecho, condesa. Venid conmigo.

* * *

En la iglesia, el silencio era sobrecogedor aunque todos notaban que aquél era un lugar positivo, donde se sentían a salvo de lo que fuera que los amenazaba. Por indicación de Sibila no habían encendido la luz eléctrica, sino que cada uno había traído las velas que tenía en su cuarto, y ahora brillaban en el altar, debajo de la imagen de la Virgen que les sonreía dulcemente.

—Es verdad que se parece a ti —dijo Sergio al oído de Gloria—. Cuando me lo dijo Tina no me lo quería creer, pero he venido varias veces y es verdad. Como si fuera alguien de tu familia.

Gloria se removi6, inquieta. Ella también lo veía, pero se negaba a admitirlo incluso para sí misma, porque eso sería admitir también que Sibila podía tener razón y, de algún modo que no podía comprender, ella y Sergio eran el eco de alguien que había vivido allí mil años atrás, alguien que posiblemente había servido de modelo para aquella estatua que tenía su mismo rostro.

—Vamos a intentar algo que yo no he hecho nunca; o sea, que no hay garantía de que funcione. Por favor —les dijo Sibila—, lo más importante es que os concentréis en lo que os voy a pedir y que no haya risas, ni burlas, ni tonterías. ¿Está claro? —Sibila les hablaba a todos, pero miraba fijamente a Andrés, que parecía más que nunca un oso amaestrado, balanceándose de un pie a otro.

Todos veían que estaba deseando salir de allí y que, si no lo hacía, era porque no quería fallarles a sus amigos.

—No hay que tener miedo —continuó Sibila, muy seria—. La persona que ha tratado de ponerse en contacto con Gloria y conmigo es buena, tiene una fuerza positiva y quiere ayudarnos, pero es muy débil o está muy lejos.

—¡Figúrate! —dijo Andrés sin poder evitarlo—. Si tienes razón, está como a mil años de nosotros.

—¡Andrés, por tu padre! —Quique se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—Ya me callo, ya.

Sibila se agachó, sacó un termo de su mochila, llenó unos vasos de plástico que había conseguido de la cocina y se los fue ofreciendo.

Andrés olisqueó la bebida y arrugó la nariz.

—Ni de coña. Yo no me tomo eso.

—Es un cocimiento de hierbas; te juro que no te vas a envenenar.

Andrés seguía sacudiendo la cabeza y todos los demás, sujetando los vasos con manos que habían empezado a temblar, olían suspicazmente el brebaje.

—¡Gallina! —Sibila se lo tomó de un trago.

Tina miró a Andrés, le sonrió y se tomó el suyo. Poco a poco los demás fueron haciendo lo mismo hasta que sólo quedó él.

—¿Estás con nosotros? —preguntó Sergio—. Si dices que no, no pasa nada. Nos esperas en la salita y te lo contamos.

Andrés sentía el peso de todas las miradas clavadas en la suya y, a la luz rojiza de las velas, todos le parecían extraños, como si fueran monstruos disfrazados de seres humanos. Un mes atrás no los había visto en su vida, menos a Sibila, que iba a su mismo colegio y que estaba loca de atar. ¿Y si aquello llevaba algún hongo alucinógeno? ¿Y si se envenenaban, precisamente ahora que estaban solos en el monasterio? Porque con Bárbara, después de lo que le acababa de hacer a Sergio, no se podía contar; se habría tomado un par de somníferos y, si a ellos les pasaba algo, podían estar horas tirados sin conocimiento en las losas de piedra de la iglesia hasta que alguien los encontrara. Nieves y Tomás se irían derechos a la cama cuando llegaran, porque a nadie en su sano juicio se le ocurriría darse una vuelta por la iglesia a ver si estaba todo bien.

Sacudió la cabeza en una lenta negativa.

—No puedo. Lo siento. Me parece una locura. Os espero fuera. Si no venís dentro de una hora, al menos que haya alguien que pueda pedir socorro.

Todos se miraron, decepcionados, menos Sibila, que, extrañamente, le quitó el vaso de la mano con mucha suavidad, le dio una palmada en el hombro y se giró de nuevo hacia sus compañeros.

—Vamos a empezar.

Andrés, desde la puerta del claustro, los vio formar un círculo, cogerse de las manos y cerrar los ojos. Se sentía excluido por su propia sensatez. Se sentía también cobarde, y traidor a sus amigos, pero sus padres le habían enseñado a tener el valor de decir que no cuando quería decir que no, a no ceder a las presiones del grupo. Aunque en el grupo estuviera Tina y lo hubiera mirado con esa expresión dolida y defraudada.

Alguien tenía que estar en su juicio si pasaba algo, así que decidió no moverse de la puerta, por si acaso había que echar una mano.

Al principio no pasó nada. Los cinco seguían cogidos de la mano, respirando profundamente, concentrándose como les habían enseñado en los entrenamientos de

teatro. Las velas chisporroteaban a veces y la Virgen brillaba, suavemente iluminada, regalándoles su sonrisa. Andrés se sentó en el peldaño de la entrada y apoyó la cabeza contra la jamba de la puerta.

Ya casi se había quedado dormido cuando lo despertó un soplo de aire, como si un pájaro hubiera aleteado cerca de su cara para entrar en la nave de la iglesia.

Los amigos seguían cogidos de las manos, balanceándose apenas mientras una voz muy débil, que podía ser la de Sibila, canturreaba algo cuyas palabras no podía comprender. Pero algo había cambiado.

Ahora la luz rojiza de las velas estaba perdiendo terreno frente a una luminosidad azul, como de luna, que parecía nacer de la imagen de la Virgen y se acercaba como una niebla sutil al círculo que habían formado.

Andrés se puso de pie sin saber qué hacer. Aquello no parecía nada malo, pero tampoco era natural. ¿De dónde salía aquella luz? ¿Por qué nadie se daba cuenta de que allí estaba ocurriendo algo?

Empezó a ponerse cada vez más nervioso. La luminosidad ya había alcanzado a sus amigos y los rostros que estaban de frente a él brillaban con una luz fosfórica que parecía escurrirles por el pelo como si fuera líquida. Un extraño olor empezó a invadir la iglesia, como a hierbas del monte, húmedas y amargas, como si no estuvieran en un lugar cerrado sino en algún bosque del norte. Pero allí nadie parecía enterarse de nada y él no sabía qué hacer.

Pensó en ponerse a pegar gritos y despertarlos del trance en el que habían caído, pero recordaba que alguien le había dicho que a los sonámbulos y a la gente que ha sido hipnotizada no conviene despertarlos con brusquedad.

De todas formas, avanzó un par de pasos hacia ellos, con la vaga idea de ponerle a Tina una mano en el hombro y ver cómo reaccionaba, pero en ese momento, algo más entró en la iglesia.

En medio del círculo que formaban, arropados por la luz azul, se perfiló una forma negra, envuelta en una niebla roja que olía a carroña. Un rugido continuo, como un trueno lejano, tan grave que lo sentía en los huesos más que en los oídos, se adueñó del espacio, y la temperatura bajó hasta hacerse casi insostenible.

Andrés no sabía qué podía ser aquello, pero lo que estaba claro era que se trataba de una presencia maligna, algo que podría destruirlos a todos con solo pensarlo. Sus amigos estaban prácticamente inconscientes y él estaba desarmado frente a aquello. Aun así, no podía dejarlos solos.

Dio dos pasos más y la bestia, sin cambiar de posición, clavó en él su mirada: dos ojos inmensos, rasgados, malignos, antiguos, ante los que estuvo a punto de caer de rodillas aullando de terror. Pero no lo hizo. Porque, de repente, sin saber lo que estaba pasando, una anciana encorvada, que apenas si le llegaba a la cintura, envuelta en una deslumbrante luz azul, apareció frente a él con una enorme espada entre sus manos, ofrecida como si fuera una bandeja. Y en ese instante, el monstruo pareció vacilar.

Andrés la cogió por instinto, sin saber siquiera qué pensaba hacer con ella, y por

un momento sólo fue consciente de la gran piedra blanca que brillaba como un ojo abierto en su empuñadura, y de que la espada estaba incompleta. Supo en un relámpago que, si conseguían que las tres piedras se unieran en ella, se habrían salvado. No sólo ellos, sino sobre todo los otros, los que llevaban mil años esperando el momento del reencuentro. Supo que para ellos era la última posibilidad, que después de mil años de penar aferrados a la tierra, sus espíritus serían por fin liberados si conseguían reunirse. Y sólo podrían reunirse si aquella espada volvía a ser una.

Cuando levantó la vista de nuevo, la bestia había desaparecido, como la anciana, como la misma espada que un momento antes había sostenido entre sus manos.

Sus amigos estaban tirados sobre las losas del suelo, inmóviles, como marionetas con las cuerdas cortadas. Se abalanzó sobre ellos llorando de miedo, rezando por que aún estuvieran vivos, y el alivio estuvo a punto de hacerlo desmayarse cuando se dio cuenta de que Tina seguía respirando, igual que los otros.

La luz azulada había desaparecido; las velas estaban a punto de consumirse y chisporroteaban ahogándose en su propia cera. Pronto las sombras invadirían la iglesia.

Entonces recordó el bendito interruptor de la luz eléctrica y, riéndose de pura histeria, encendió la lámpara central. No era mucho, pero era mucho mejor que la oscuridad.

Volvió con sus amigos y empezó a tratar de reanimar a los chicos, para que ellos le ayudaran con las chicas. Quique se removi6 un poco: «déjame dormir, déjame en paz», repetía. Sergio se había incorporado y se frotaba los ojos, de pupilas dilatadas, como si no supiera quién era o dónde estaba.

Poco a poco, dejándolos a ellos, fue despertando a las chicas también a base de zarandeos y empujones y cachetes en las mejillas. Sólo quería sacarlos de allí, llevarlos a la salita y darles café hasta que por fin terminara la puñetera noche, saliera el sol y todo pareciera una simple pesadilla.

—Vamos, Sibila. Vamos, levanta ya.

—Tenías razón, Andrés —le dijo casi a punto de llorar—. No hemos conseguido nada.

—Mira que estás mal de la bola, tía. Ahora te cuento. Venga, todos a la salita. Estoy harto de haceros de canguro.

Media hora y unos cuantos cafés más tarde, Andrés les había contado lo que había sucedido en la iglesia mientras ellos estaban en trance. Nadie pareció sorprenderse; estaban pálidos, mareados, y sus ojos habían perdido el brillo.

—¿Vosotros no habéis visto nada? —preguntó al acabar.

—Yo —empezó Sergio— estaba en un bosque, muy húmedo, entre la niebla. Me sentía perdido, abandonado y, aunque suene ridículo decirlo, era como si me doliera el corazón, como si hubiera perdido lo más importante del mundo. Vi una luz azulada que me llamaba para consolarme, para decirme que aún había esperanza, pero yo me

alejaba de aquella luz y todo se volvía oscuro y frío. No recuerdo más.

—Para mí ha sido muy parecido —contribuyó Gloria, que, como Sergio, hablaba mucho más despacio de lo normal y estaba tan pálida que parecía maquillada de vampiro—. Oscuridad, frío, miedo, soledad. Una soledad espantosa. Y un gran dolor por algo perdido para siempre. Algo horrible, os lo juro —se abrazó a sí misma hasta que Sergio le pasó el brazo por los hombros.

—¿Y vosotros? —insistió Andrés, mirando a los tres que aún no habían hablado.

—Tristeza. Oscuridad. Desesperanza —dijo Quique con los ojos cerrados.

—Sí —añadió Tina—. Y una lucecita azul que apenas si daba un poco de calor en la negrura.

—Y algo rojizo, frío, maligno, acercándose, como si rodeara el círculo azul sin poder entrar en él —dijo Sibila.

Los otros empezaron a asentir despacio, como si acabaran de recordarlo. Luego quedaron en silencio durante un buen rato, perdidos en sus pensamientos, hasta que Andrés se sacudió, se puso de pie y sirvió otra ronda de café sin preguntar a nadie.

—Bueno, pues hay que dormir un rato, porque sólo tenemos mañana sábado y la mitad del domingo para encontrar esa espada y las piedras que le fueron arrancadas, ponerlo todo junto y ver si hay suerte y se deshace la maldición o lo que sea. Venga, terminaos el café y a dormir.

Tina empezó a sacudir la cabeza.

—Yo no me voy sola a mi cuarto ni loca. Tengo demasiado miedo y además aún estoy mareada y rara.

—Pero tenemos que descansar —insistió Andrés, a pesar de que a él tampoco le hacía mucha ilusión meterse solo en su celda.

—Pues nos quedamos todos aquí —propuso Sibila, dándole un pequeño empujón a Quique, que ya estaba casi dormido en el sillón—. Hay un par de sofás, butacas y el suelo, claro. Cada uno que se acomode donde pueda.

Sin más discusión, se fueron organizando, moviéndose como a cámara lenta, y cada uno se instaló lo mejor que pudo hasta que terminaron por quedarse dormidos con todas las luces encendidas.

* * *

Guiomar, con una mano apretada contra la piedra de luna y la otra acariciando suavemente su vientre hinchado, donde el bebé había empezado a moverse, miraba con ojos desenfocados por la estrecha ventana de su cámara, a pesar del viento helado que soplaba trayendo el olor de la nieve caída.

Por tercera vez desde el toque de prima, sintió un pequeño espasmo que aún no llegaba a ser realmente doloroso. Si la partera no se equivocaba, faltaba poco para el alumbramiento y eso, que en otras circunstancias la habría hecho feliz, ahora la llenaba de angustia.

No había tenido noticias de Sancho desde que se separaron, poco después de San Juan.

Doña Brianda había regresado a Burgos con aspecto de cadáver torturado y, sin darle explicaciones, antes incluso de que ella misma supiera que estaba encinta, habían abandonado el alcázar para recluirse donde estaban ahora: en el pequeño castillo de Arlanzón, que también era propiedad de los condes de Peñalba.

Su madrastra iba y venía, sin decirle adónde, miraba con odio el crecimiento de su vientre, la insultaba y le lanzaba terribles amenazas en las pocas ocasiones en que se dignaba visitarla y, por lo demás, sus días transcurrían todos iguales, encerrada con llave en la cámara de la torre.

Régula le traía de comer, le hacía compañía en las largas tardes y juntas cosían las ropas que necesitaría la criatura al nacer. No había nada más. No se le permitía ver a nadie, no se le permitía leer, ni oír música, ni participar en ninguna celebración, ni siquiera asistir regularmente a los oficios divinos.

Dos días atrás, antes de que doña Brianda se marchara a uno de sus misteriosos viajes, Guiomar le había pedido con lágrimas en los ojos que le permitiera recibir el consuelo de un sacerdote.

Su madrastra se había reído, la había clavado con su mirada verde y algo terrible debía de habersele ocurrido, porque acabó diciéndole que sí, que ordenaría que le enviaran a alguien. Seguramente a algún traidor a su servicio que trataría por todos los medios de destruir las pocas esperanzas que le iban quedando.

Tenía miedo por Sancho y, especialmente, temía por su hijo, ya que cada vez que Brianda la miraba, podía ver el brillo maligno de sus ojos. Y ella tenía que salvar a la criatura como fuera, tenía que sacar al bebé de allí para que sobreviviera, aunque fuera sin su madre. Pero para eso necesitaba la ayuda de alguien y era evidente que en aquel castillo todos obedecían ciegamente a la condesa y no había nadie de su parte.

Si hubieran estado en Peñalba, los viejos criados que la habían visto nacer podrían ayudarla, aunque fuera en secreto, pero aquí... no tenía más que a Régula... y Régula era una pobre muchacha casi más asustada que ella.

Se abrió la puerta y, como si hubiera oído pronunciar su nombre, Régula entró en la cámara con una sonrisa que trataba de ocultar.

Se acercó a su señora, tapó la ventana, la arrastró de las manos hacia la chimenea y se sentó a sus pies en el escabel, frente al fuego.

—Buenas noticias, señora. Tenéis visita.

—¿Visita? ¿Y doña Brianda?

—Está en Burgos, no paséis cuidado. Antes de que se marchara, tuve el valor de preguntarle si podía encargarme de que viniera un sacerdote y, como si la cosa le hiciera mucha gracia, me dijo que sí, que para lo que iba a servir...

Guiomar seguía las palabras de Régula sin terminar de comprender lo que significaban.

—Está ahí fuera, señora. ¿Le hago pasar?

—Sí, Régula, enseguida.

La doncella fue a la puerta, la abrió lo justo y dejó pasar a un hombre alto, vestido con el hábito negro de los benedictinos y la capucha echada sobre el rostro.

—Padre...

Guiomar se puso en pie, con toda la dignidad que pudo reunir, y un momento después lloraba de alegría entre los brazos del padre Juan.

—Basta, basta, criatura —le dijo el abad al cabo de unos momentos—. Siéntate, tenemos que hacer planes. ¿Cómo no se te ocurrió mandarme aviso al monasterio?

—Estoy prisionera y vigilada, padre. Sólo tengo a Régula y ella está tan prisionera como yo.

—Bien, lo importante es que estoy aquí, pero no tenemos mucho tiempo. Yo hablaré con la partera; ella te atenderá y me entregará a la criatura.

—No, padre, por Dios. No me fío de esa mujer. La ha elegido doña Brianda y siempre me mira como si..., no sé. Me da miedo.

—Doña Brianda ha perdido la razón; todo el mundo lo dice. Yo también tengo miedo de que pueda haceros algo irreparable a ti o al niño. He enviado un mensaje a Sancho para que venga cuanto antes. No le he dicho nada del bebé. Sólo que tiene que venir a sacarte de este encierro y a proclamar vuestro matrimonio. Si puede salir de inmediato, estará aquí en unos treinta días.

—¡Treinta días! —exclamó Guiomar con voz desmayada.

—Es mejor que nada, ¿no crees? Al menos tienes algo que esperar y desear. ¿Cómo te tratan?

—Salvo que no puedo moverme de esta cámara ni ver a nadie, bien. No paso frío, tengo comida y bebida y nadie me hace daño.

—*Deo gratias*. La partera dice que ya no falta mucho.

—Ya he empezado a tener dolores, padre.

—La avisaré. De aquí al alumbramiento ya no me voy a mover de aquí. Vendré a verte cuando pueda, pero no demasiado para que la guardia no conciba sospechas. En cuanto esté la criatura en el mundo, me marcharé con ella, pero sabes dónde encontrarme. Ocúpate de que el niño lleve algo encima con lo que podáis reconocerlo más tarde. ¿Quieres confesarte, antes de que tenga que irme?

—Sí, padre. ¡Lo he echado tanto de menos! Doña Brianda me permite oír misa sólo algunos domingos desde la celosía de arriba, pero no comulgar.

—Todo se arreglará, pequeña. Ten fe.

* * *

Bárbara se levantó temprano, sintiéndose fuerte, despejada y, al contrario de lo que hubiera imaginado después de la escena con Sergio en el pasillo, totalmente dueña de sí, como si durante la noche hubiera tomado una decisión definitiva sobre algo que ahora no podía recordar. Lo único que sabía con claridad es que había que actuar

deprisa, muy deprisa, que el tiempo se acababa.

Fue a la cocina, se hizo un café y se lo llevó a la salita para poner en orden las ideas que, misteriosamente, iban apareciendo en su cerebro sin que mediara ningún esfuerzo por su parte. Lo primero era alejar a Sergio. Luego encargarse de Gloria. El problema hasta ese momento había sido que había pretendido hacerlo usando sus propios encantos en lugar de usar su inteligencia. Pero lo que había que hacer estaba cada vez más claro.

Al entrar en la salita, se quedó mirando los cuerpos tendidos de los seis chicos, sin ninguna sorpresa, como si aquello también formara parte del plan que había sido trazado. Se fue tomando el café a sorbitos mientras una sonrisa se insinuaba en su rostro. Dejó la taza en la cocina, fue a su cuarto, después a la celda de Gloria y, forzándose en borrar la sonrisa que se le derramaba por el rostro, fue a despertar a Nieves y a Tomás.

Sus años de actriz se revelaron muy útiles. Hizo una inspiración profunda, se concentró unos minutos y empezó a golpear la puerta como si se hubiera vuelto loca.

—¡Nieves! ¡Tomás! ¡Nieves! —su voz sonaba totalmente histérica.

El matrimonio salió de la habitación, aún en pijama, los dos alarmados por los gritos de Bárbara.

—¡Los chicos están inconscientes tirados por la salita! —jadeó—. ¡Dios sabe lo que habrán tomado! Y acaban de llamar a Sergio con una noticia espantosa: su madre ha tenido un accidente, la ha atropellado un coche; parece que está muy mal. Hay que llevarlo a Madrid para que coja un avión, Tomás. Su padre quiere que vaya enseguida.

Nieves y Tomás se vistieron a toda prisa y acompañaron a Bárbara a la salita.

—Yo esto ya lo veía venir —dijo Nieves, meneando la cabeza—. Una pandilla de pijos, eso es lo que son, gente que no ha trabajado en su vida; seguro que hasta se drogan.

—No, Nieves, no creo —dijo Bárbara, poniendo en su tono un ligero matiz de duda.

—¿Que no? Me juego el cuello. No lo había querido decir hasta ahora, pero el tal Álvaro, el que se marchó..., lo vi una vez con su pandilla metiéndose algo por la nariz. No le dije nada a Bernardino porque fue la noche antes de que se marcharan y no quise estropearle el proyecto.

—Dios mío, Nieves. ¿Qué podemos hacer? ¿Tú crees que tendrán alguna droga escondida en sus cuartos? —hacía tiempo que Bárbara se había dado cuenta de que Nieves, si se la dejaba actuar a su manera, podía resultar muy mal bicho.

—Podríamos ir a mirar a las celdas de todos los que están ahí tirados.

—¿Un registro? ¿Sin su permiso?

—Mira que eres inocente, Bárbara. ¿Tú crees que nos iban a dar permiso, antes de esconder bien escondido lo que guarden? Si queremos asegurarnos, hay que hacerlo ahora, antes de que se despierten del todo.

Mientras ellas estaban hablando en la puerta, Tomás había estado intentando despertar a Sergio para darle la mala noticia y que se arreglara para salir cuanto antes.

—Tienes razón, Nieves, vamos —antes de irse, se giró de nuevo hacia el hombre—. Tomás, dile a Sergio que no intente llamar con su móvil; su padre me ha dicho que en el hospital no hay cobertura, que lo único importante es que se dé prisa en llegar.

Registraron primero la habitación de los chicos, sin encontrar nada de lo que buscaban, para contrariedad de Nieves. Luego pasaron por las de Tina y Sibila, y al final, por la de Gloria.

Al meter la mano debajo de la almohada, Nieves, soltó una expresión de triunfo:

—Mira, Bárbara, mira lo que tenía aquí la mosquita muerta.

—¡Dios mío! ¿Qué será eso?

—Es un polvillo blanco como los que se ven en las películas —Nieves miraba la bolsita al trasluz—. Cocaína, heroína, algo de eso, ¿no? Habrá que llamar a la policía.

—No, Nieves, aún no. Mañana llega Bernardino; mejor nos esperamos a que decida él. Mientras tanto, lo más sensato es encerrarla en algún sitio seguro para que no se escape.

—La despensa tiene llave.

—Estupendo.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —preguntó Nieves con la esperanza de poder ocuparse del asunto a su manera.

—Yo. No te ofendas, pero soy su profesora. Creo que es mejor así. Dame la llave, anda.

Por el pasillo, se cruzaron con Tomás y con Sergio. El chico estaba anormalmente pálido, tenía los ojos vidriosos y era evidente que no había acabado de enterarse de lo que estaba pasando.

—Lo siento mucho, Sergio —dijo Bárbara—. Espero que no sea nada y que puedas volver pronto.

El muchacho la miró como si no la conociera y se encaminó a su celda a recoger sus cosas.

En la salita, el resto de los chicos, pálidos y con ojeras, charlaba en voz baja. Todos levantaron la vista, asustados, cuando entró Bárbara.

—Gloria, ven un momento, por favor.

Gloria, pensando que tendría que ver con Sergio, se levantó de inmediato y la acompañó al claustro.

—Ven conmigo.

Llegaron a la cocina desierta, Bárbara abrió la puerta de la despensa y entró, seguida de Gloria, que estaba cada vez más nerviosa y perpleja.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres decirme?

—Mira ahí en la estantería del fondo. Mira ese sobrecito y dime si te suena.

Gloria hizo lo que le pedía Bárbara y, cuando estuvo lo bastante alejada, la mujer

cerró la puerta.

—¿Qué es esto? ¿Qué haces? Yo no he visto ese sobre en mi vida, es más ni siquiera sé qué es.

Bárbara cerró con doble vuelta. A través de la puerta, Gloria aún la oyó decir:

—Si te lo tomas todo de golpe, a lo mejor no es necesario nada más. Si no, ya me encargaré yo, no te preocupes. Y no te molestes en llamar a Sergio; va camino de Madrid.

Luego oyó sus pasos alejándose.

* * *

Doña Brianda regresó al castillo de Arlanzón al anochecer, cansada y de mal humor. Estaba harta de las interminables negociaciones que doña Urraca llevaba entre manos para obtener su compromiso con el infante de Aragón, harta de fingir en la corte que su hijastra había contraído unas fiebres que la obligaban a guardar cama desde hacía meses y que por eso ella nunca podía permanecer más de cuatro o cinco días seguidos en Burgos, harta de aquella preñez inacabable que no le permitía aún conseguir lo que más deseaba: hacerse con el hijo de Sancho y Guiomar y entregárselo al maestro Ludovico para que lo sacrificara a sus terribles amos.

Desde que ella misma había tenido que entregarse al hechicero, algo había cambiado en su interior, haciéndose más duro y más cruel. Era como si llevara dentro un fuego que no se apagaba nunca, un fuego que la consumía y le iba robando la salud y la alegría de vivir. Y a la vez le hacía sentir una sed inacabable de placeres, de honores y riquezas terrenas, porque sabía que, después de su muerte, ya nada podría salvarla del horror que le esperaba.

Pero el maestro le había dicho que sus amos también recompensaban a los que les servían bien con una larguísima vida e incluso con la eterna juventud. Si ella, ofreciéndoles a aquella criatura recién nacida y dándoles la ocasión de destruir el poder que protegía a Sancho, se hacía digna de los amos, la premiarían permitiéndole alcanzar lo que deseaba.

El parto de Guiomar no podía estar ya lejos; luego todo acabaría y podría olvidar.

Subió las escaleras a buen paso, sacó la llave que llevaba colgada a la cintura y abrió la cámara de la torre. La estancia estaba en penumbra y, a pesar del frío, apenas combatido por el fuego de la chimenea y un brasero a los pies de la cama, el olor a sudor y a sangre era intenso.

Guiomar dormía en el gran lecho con los cortinajes entornados y, junto a ella, Régula dormía también.

Se acercó de puntillas y observó los dos jóvenes rostros pálidos y agotados. Luego notó que las mantas que cubrían el cuerpo de su hijastra no se combaban sobre su vientre, sino que caían lisas desde los hombros a los pies.

Sin haberlo decidido, soltó un grito que despertó a las dos muchachas.

—¿Dónde está la criatura? ¿Qué ha pasado? —su fusta de montar se estrelló contra la mejilla de Régula y abrió un surco sangriento—. ¿Dónde está el niño? —aulló.

—El niño nació muerto, mi señora —contestó Régula con voz temblorosa, protegiéndose la cara de otro posible fustazo.

Guiomar la miraba con ojos vidriosos, en los que brillaba la fiebre. Tenía los labios mordidos e hinchados y la piel blanquecina, casi verdosa.

—¡Idiotas! ¿Pensáis de verdad que me lo voy a creer? ¿Dónde está la partera? Si el niño ha muerto, quiero ver su cadáver. Si lo ha enterrado, lo desenterraré.

Guiomar lanzó un grito ahogado y cayó de nuevo entre los almohadones. Doña Brianda acercó su rostro al de ella y siseó:

—¡Ojalá te mueras de fiebres, perra! Pero no antes de que me digas lo que quiero saber.

Salió de la habitación sin molestarse en cerrar con llave. Guiomar y Régula se quedaron quietas durante un momento, aterrorizadas, esperando que volviera con algún guardia de espada desenvainada, pero pasaba el tiempo y el silencio era total.

—Régula —susurró Guiomar—, ese mozo que conoces en el establo, ése al que le gustas, ¿crees que te ensillaría un caballo? Aún no es de noche y no habrán cerrado las puertas.

—¿Qué queréis de mí, señora? —el dolor del fustazo de la condesa apenas la dejaba hablar.

—Vete de aquí. Coge el mejor caballo y galopa como el viento hacia San Salvador. Dile al padre Juan que te esconda donde mi esposo y yo pasamos nuestra noche de bodas; él sabrá dónde digo. Dile también que doña Brianda quiere matarme; que traiga a Sancho, por Dios, que traiga a Sancho... —se le quebró la voz y, aunque sentía que había vuelto a sangrar entre las piernas, no quiso decirle nada a su doncella—. Vete y que nunca te encuentren. Hazlo por mí, Régula. Vete ya, antes de que sea tarde. Sálvate tú.

Se estrecharon las manos con fuerza. Régula besó la frente de su ama y se marchó con una última mirada de desesperación.

Cuando salió su doncella, la última persona de aquel castillo en quien podía confiar, Guiomar se llevó la mano al cuello y, al no encontrar la piedra que había sido todo su consuelo, se echó a llorar con amargura. Ahora estaba realmente sola.

Mientras tanto, doña Brianda había llegado a la casucha de la partera. Apartó de una patada a un perro que le salió al encuentro y entró sin llamar. La vieja estaba junto al fuego, revolviendo algo en un puchero.

—¿Dónde está el niño? —tronó la condesa.

—En el castillo, señora. Yo dejé a la criatura en el castillo, con su madre.

—¿Viva?

—Sí, señora. Muy poquita cosa, pero con vida.

—No me mientas. Doña Guiomar dice que el niño nació muerto.

La partera esbozó una media sonrisa siniestra.

—Entonces lo habrá matado ella. A ninguna condesita soltera le conviene tener un bastardo alrededor si le interesa hacer una buena boda. Con ponerle una almohada encima...

Doña Brianda quedó un instante en silencio. ¿Era posible? ¿Era remotamente posible que Guiomar hubiera decidido librarse del niño para castigarla a ella? Pero no podía saber lo que ella pensaba hacer con la criatura. ¿O sí? ¿O ese extraño poder que protegía a Sancho y del que el maestro le había hablado sabía algo de sus planes?

Sacó la daga que llevaba a la cintura y se acercó despacio a la mujer que la miraba espantada.

—Te mataré si me mientes —le dijo poniéndole la punta de la daga en el vientre—. ¿Qué ha sido del niño?

—Lo dejé en el castillo, con su madre —tartamudeó la partera—. Lo juro por Dios.

Doña Brianda soltó una breve carcajada, como un ladrido.

—Entonces ya no te necesito para nada.

La daga entró en el vientre de la vieja sin apenas resistencia. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y cayó frente al fuego como un saco de nabos.

La condesa sacó la hoja, lamió la sangre caliente como el maestro le había enseñado y luego limpió el resto en el delantal de la mujer antes de envainarla de nuevo. Ahora se sentía mejor.

No estaba convencida de la muerte del niño, pero era Guiomar quien tendría que decirle dónde lo había ocultado. Y arrancarle ese secreto sería muy satisfactorio.

* * *

En la salita, después de que Gloria se hubiera marchado con Bárbara, y Sergio con Tomás, no quedaban más que Tina, Sibila, Quique y Andrés, rodeados de tazas de café usadas, cojines y sacos de dormir.

—Esto empieza a parecer los *Diez Negritos* —dijo Andrés, poniéndose de pie; vio la mirada de incompreensión de los demás y añadió—: la novela esa de Agatha Christie en la que hay diez personas en una casa aislada y poco a poco alguien se los va cargando a todos.

—¡Qué fantasía más negra tienes, hijo! —dijo Tina, molesta—. Después de lo que acaba de pasar, me parece de muy mal gusto.

—Oye, que yo no quería decir nada de la madre de Sergio, ¿eh? Me refería sólo a que nos hemos quedado cuatro gatos, literalmente.

—¿A vosotros no os parece muy raro lo de la madre de Sergio? —preguntó Quique—. Eso de que hayan llamado a Bárbara y que él tenga que salir corriendo

precisamente ahora que sabemos lo que tenemos que buscar.

—Bueno —dijo Tina—, es que no tenían ninguna otra forma de ponerse en contacto con él desde que nos requisaron los móviles.

—Ayer le devolvieron el móvil a todo el mundo por si alguien quería llamar a casa y quedar con sus padres en Burgos. Yo miré mis llamadas perdidas y hablé con mi hermana para decirle que tenía que quedarme el fin de semana. Luego lo devolví, pero si hubieran estado tratando de llamar a Sergio, lo habría visto en el buzón de voz.

—A lo mejor el accidente ha sido esta madrugada —sugirió Tina.

Andrés y Sibila los oían hablar, interesados pero sin intervenir.

—¿Y qué hacía la madre de Sergio por ahí de madrugada? ¿Y por qué su padre no ha pedido hablar directamente con él, en lugar de contárselo a Bárbara?

—¿Insinúas que puede habérselo inventado?

—Es una posibilidad.

—¿Para qué?

—Ni idea. Para tenerlo lejos, supongo. Últimamente a Bárbara se le está yendo la bola.

—Bárbara ya no es ella del todo —dijo entonces Sibila—. Igual que Sergio y Gloria tampoco son sólo ellos mismos. Hay algo en el pasado que quedó pendiente hace mil años y está tratando de volver. Y no es nada agradable.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Quique a nadie en particular.

—Por lo pronto —dijo Andrés, frotándose las manos—, antes de que se vaya Sergio con Tomás, echarle una mirada a su móvil, a ver si es verdad que su padre ha llamado y, al no conseguir localizarlo, ha tenido que llamar a Bárbara.

—¿Y cómo lo vamos a saber?

—Porque si ha llamado, habrá una llamada perdida donde ponga «papá» o «casa» o algo así. Entonces podemos llamar nosotros y enterarnos de primera mano.

—Pues habrá que pedirle a Tomás que nos abra la caja fuerte.

—¡Caja fuerte! A cualquier cosa le llaman caja fuerte hoy en día. Lo que tienen aquí no es más que un armario metálico —dijo Andrés, despreciativo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Quique, realmente interesado.

—Porque mi padre es cerrajero y llevo media vida ayudándole en los ratos libres. ¿O creéis que mi padre es de ésos que le da a su hijo un sueldo por no hacer nada?

Se miraron, inquietos.

—¿No habría que preguntarle primero a Tomás? —dijo Tina.

Los tres movieron la cabeza.

—No nos conviene que todo el mundo sepa lo que pensamos —resumió Quique—. ¿Tú crees que podrías abrirla?

Andrés se rió.

—Yo sé que puedo abrirla con una horquilla del pelo. ¿O pensáis de verdad que llevo más de un mes sin hablar con nadie de fuera de aquí? —terminó, con una

sonrisa traviesa.

—Pues andando. Hay que darse prisa si queremos enterarnos antes de que se vayan —animó Sibila—. A todo esto, ¿dónde se habrá metido Gloria?

—De momento nos conviene que esté entreteniendo a Bárbara. Ya la buscaremos después.

* * *

Doña Brianda miraba el cuerpo exangüe de Guiomar, sostenido por dos de sus guardias, y la imagen la hacía sonreír. Nunca había sentido ningún cariño por aquella estúpida damisela que el destino había puesto en su vida y, ahora que había tenido la osadía de robarle al hombre que ella había elegido y que hubiera podido ser suyo de no haberse entrometido aquella imbécil, tendría que pagar por ello y por todos los años en los que había tenido que soportarla a su lado.

Se había negado a decirle qué había sido del niño, si estaba vivo o muerto, qué había hecho de él. Había descubierto en su mirada una firmeza de acero que no le conocía y eso la había convencido de que nunca se lo diría si primero no la ablandaba lo suficiente, pero no tenía con qué hacer presión sobre ella. No podía amenazar a ninguno de sus seres queridos: su padre había muerto, no tenía hermanos, Sancho estaba lejos y Régula había desaparecido. De modo que había optado por lo más directo: sería ella misma la que recibiría el castigo hasta que le dijera lo que quería saber. Se había desmayado al darse cuenta de lo que le esperaba, pero pronto volvería en sí y entonces no habría más que esperar lo suficiente, que no sería mucho. Nadie aguantaba mucho aquel castigo.

Los hombres habían terminado de fijar la argolla en el muro y la miraban, esperando órdenes.

Hizo una seña a sus guardias, que arrastraron a Guiomar hasta la pared y la sujetaron mientras el cerrajero le ajustaba el aro de hierro a la cintura. Al soltarla, su propio peso la hizo doblarse y eso la despertó.

—¡No, doña Brianda! ¡Por caridad! ¡Por Dios os lo pido, no me hagáis esto! —empezó a gritar Guiomar mientras los hombres, sin levantar la vista de su trabajo, iban colocando frente a ella las piedras que la emparedarían.

La condesa sonrió con falsa dulzura.

—Está en tu mano, niña. Si me dices qué has hecho de tu hijo, puedes volver a tu lecho a llorar en paz.

Guiomar sacudió la cabeza y dejó de gritar, aunque las lágrimas le bajaban por las mejillas y le iban llenando el pecho de manchas húmedas.

—Como quieras. Ya me lo dirás, tarde o temprano. Vendré a visitarte casi todos los días, hasta que estés dispuesta a hablar.

—¿Por qué no me claváis una daga en el corazón, si tanto me odiáis?

—Porque con eso no conseguiría lo que deseo. Nunca has sido demasiado

inteligente, Guiomar, a pesar de lo que pensara tu padre y el maestro que te enseñó las letras. Yo lo que quiero es ese niño.

—¿Para qué?

—Para sentirme abuela y cantarle canciones de cuna —rompió en una estrepitosa carcajada.

Entonces se dio cuenta de que posiblemente Guiomar no sabía nada de su interés por Sancho ni de que él la había rechazado, y decidió usar esa baza.

—¿Sabes por qué? Te lo explicaré. Porque has cometido la locura de interponerte en mi camino y has seducido, hasta el punto de darle un hijo, a un hombre que era mío.

Los ojos de Guiomar se abrieron desmesuradamente.

—Sancho no te lo había dicho, por lo que veo. Eres muy joven, querida, ya aprenderás a no fiarte de los hombres jamás. Ellos no son como nosotras, ¿sabes? A ellos no les importan los besamanos, la música de vihuelas y las noches de luna. Lo hacen sólo para conseguir lo que desean. Y cuando la mujer se pone pesada y quiere más, o se hace vieja y pierde su lozanía, la abandonan sin mirar atrás. ¿O ha venido a verte tu caballero después de haberte hinchado el vientre?

Guiomar se pasó la lengua por los labios cortados.

—Sancho vendrá porque me ama.

Doña Brianda volvió a reír.

—Entrégame a tu hijo y olvídate de él. Ese hombre no es para ti, Guiomar. Ese hombre tiene dueña. Yo soy su dueña.

—Nunca —escupió Guiomar—. Antes muerta.

—Tú lo has dicho.

Mientras ellas estaban enzarzadas en la pelea, los hombres habían construido una pared que ya le llegaba a la altura de la cara. Entonces, dejando un hueco por el que se podrían pasar los alimentos y hablar con la mujer emparedada, siguieron tapiando hasta que el muro llegó al techo de la torre.

Guiomar apoyó la frente contra los sillares recién colocados y empezó a sollozar.

—Tendrás agua y pan dos veces al día —dijo la condesa con naturalidad, como si explicara las costumbres de la casa—. No te molestes en intentar convencer de nada al criado; es sordomudo. Me temo que, cualquier necesidad que sientas, tendrás que aliviarla de pie. Puedes llorar, gritar o dormir, como prefieras. No se enterará nadie. Y de vez en cuando vendré a hacerte una visita.

Hizo una señal a los hombres y a los dos guardias para que abandonaran la habitación. Luego ella se giró para marcharse y, ya en la puerta, añadió con voz falsamente dulce:

—Doña Urraca, la hija del primer conde de Castilla, también fue emparedada en Covarrubias hace cien años, pero como era una mujer inteligente, renegó de su absurdo amor por un pastor de cabras, se plegó a la voluntad de su padre y salió viva de su encierro. Recuerda que está en tu mano poner fin a este castigo, hija.

Con una última sonrisa, se perdió escaleras abajo.

* * *

—Pues ya lo tenemos claro —dijo Quique, con el móvil de Sergio en la mano—. Lo de su madre es mentira.

Tina se pasó las manos por el pelo, angustiada.

—¿Y qué hacemos? Si se lo decimos a Tomás, nos vamos a meter en un buen lío por haber forzado la caja, aparte de que no nos va a creer a nosotros por encima de lo que cuenta Bárbara. Si no se lo decimos, se marcharán, y estoy empezando a preguntarme para qué quiere tener lejos a Sergio o incluso si le ha dicho a Tomás... —bajó la voz ominosamente.

—¿Qué? ¿Que se lo cepille en el bosque, como a Blancanieves? ¡Y luego quien tiene una fantasía macabra soy yo! —Andrés la miraba, disfrutando de su incomodidad por la salvajada que acababa de ocurrírsele.

—¿No podrías acompañarlos tú con cualquier excusa, Quique? —preguntó Sibila.

—¿Con qué excusa? ¿Y para qué? ¿Qué hago yo en Madrid, con la falta que hace que nos quedemos aquí y pensemos rápido en una forma de encontrar esa maldita espada que lo mismo ni siquiera existe?

—Existe —dijo Andrés muy serio.

—Vaya, hombre, habló el escéptico del grupo.

—Es que tú no la has tenido en la mano, como yo. Esa espada está aquí, y no está lejos. Sólo hay que encontrarla cuanto antes, juntarla con las piedras que le faltan...

—Que tampoco sabemos dónde están —volvió a intervenir Quique.

—Eso. Y terminar de una vez.

—Mirad —dijo Sibila—, a lo mejor Bárbara no quiere sólo librarse de Sergio, sino también de Tomás porque, si no, podían haber pedido un taxi para él solo. Vamos a proponerle que Quique los acompañe y, si acepta, es que le viene muy bien que seamos uno menos. Y, ya puestos, vamos a decirle que, dadas las circunstancias, habíamos pensado pasar de ensayos y marcharnos a dar una vuelta por ahí llevándonos un *picnic*. Si nos dice que vale, tenemos la confirmación de que necesita quedarse sola.

—¿Y eso adónde nos lleva? —preguntó Quique, confuso.

—A que es probable que ella esté buscando lo mismo que nosotros y tampoco sepa aún dónde encontrarlo.

—Pero si nos vamos por ahí y le dejamos el monasterio libre para que busque..., podría encontrar la espada antes que nosotros —dijo Andrés, preocupado.

De repente, Tina sonrió sin que viniera a cuento. Todos la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—Id a hablar con Bárbara y contadle lo del *picnic* y lo de que quieres acompañar a Sergio —dijo mirando a Quique, sin perder la sonrisa—. Y ve pensando qué podéis

hacer para dejaros a Tomás en la carretera y volver los dos aquí cuanto antes.

—Pero, pero... ¿a ti qué te pasa, muchacha? —preguntó Andrés, perplejo.

—Que creo que sé dónde puede estar el famoso mensaje.

* * *

Guiomar apoyó la frente contra el muro y la retiró con un respingo. Dolía. En algún momento, se había golpeado la cabeza de pura desesperación y se había hecho una herida que escocía terriblemente. Además, el dolor de cintura la estaba matando; el aro que la rodeaba se le clavaba en el cuerpo cuando se dormía y la hacía despertarse entre gritos.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquel agujero, siempre de pie, siempre en la oscuridad; al principio había intentado contar las veces que la visitaba el carcelero con el cuenco de agua y el mendrugo de pan, pero había perdido la cuenta. Le picaba todo el cuerpo, y la cabeza, donde sentía saltar los piojos entre los cabellos sucios y enmarañados. Su propio olor le producía náuseas y, debido al miedo y al agotamiento, las percepciones se le habían agudizado hasta tal punto que cualquier sonido, por leve que fuera, le hacía rechinar los dientes.

Sentía que estaba perdiendo la razón, que no era capaz de pensar con claridad, que los planes que forjaba y las esperanzas que surgían en su interior eran cada vez más absurdos. Nacían, crecían, cambiaban de forma y desaparecían como las grandes nubes blancas del verano, sin dejar rastro de su paso. En cambio, sus sueños eran cada vez más claros, más intensos, y aunque no duraran más que unos instantes, siempre se horrorizaba al despertar y darse cuenta de que nada había cambiado, de que seguía emparedada.

Doña Brianda la había visitado varias veces, pero nunca le hablaba salvo para hacerle la misma pregunta: «¿Dónde está el niño?».

La primera vez le contestó que había muerto y Régula lo había enterrado en el encinar, pero la condesa se había reído y le había dicho que estaba dispuesta a dejarle todo el tiempo que necesitara para darle una respuesta que pudiera aceptar. Desde entonces se limitaba a repetir esa pregunta, esperaba unos momentos y se marchaba de nuevo.

Ella, mientras tanto, también se repetía la pregunta para sí misma. ¿Dónde estaría? ¿Era verdad que había muerto? ¿Era verdad que Régula había enterrado el cuerpecillo en el encinar cercano? No podía recordar. Los meses de su encierro, el largo embarazo, el parto que había estado a punto de matarla, los largos y torturantes dolores que había sentido al principio en los pechos hinchados de leche que su bebé no podía mamar..., todo se le desdibujaba y se le confundía para dejar sólo los recuerdos luminosos: Sancho a caballo, levantando el escudo azul con el emblema de los dos; Sancho frente al altar, deslizando en su dedo el círculo de oro que simbolizaba su entrega eterna; Sancho en la cueva del río, sonriéndole, besándola

apasionadamente; Sancho, siempre Sancho.

Durante un tiempo había sufrido, pensando en lo que doña Brianda le había dicho, pero ahora estaba segura de que mentía. Sancho no la traicionaría; acudiría a su lado en cuanto recibiera la noticia y la sacaría de allí. Sólo tenía que ser fuerte y esperar. Pero dolía tanto...

A veces le gustaría ser más débil o más vieja y poder morir suavemente, para escapar del miedo y del dolor y esperar a Sancho en el otro mundo. Sin embargo su cuerpo aguantaba y, aunque tenía hambre y sed y frío y estaba exhausta, sabía que aún podía resistir.

* * *

Gloria estaba acucillada en un rincón de la despensa, en la oscuridad, porque Bárbara había apagado la luz desde fuera al encerrarla. Se había pasado un buen rato dando gritos y golpeando la puerta con los puños hasta que había decidido serenarse y esperar. Cuando sus amigos vieran que no regresaba, la buscarían; no iban a permitir que la tuvieran encerrada. En el peor de los casos, habría que llamar a la policía y dejar que ellos se encargaran de resolver la situación.

Pero si en el sobrecito misterioso había alguna droga, iba a ser difícil convencerlos de que ella no tenía nada que ver con el asunto. ¿Y si creían la versión de Bárbara sin más explicaciones? No. No era posible. Todos los que la conocían sabían que ni siquiera fumaba y apenas bebía. También podían hacerle análisis y demostrar que estaba limpia. Claro que Bárbara también podía decir que la droga no era para su propio consumo, sino para venderla, y entonces...

Se forzó a dejar de pensar tonterías que no llevaban a ningún sitio. Cuando la sacaran de allí, ya se vería.

Se pasó la mano por la frente y soltó un grito. Se miró la mano por reflejo, esperando encontrarla llena de sangre, y como en la oscuridad apenas si veía los contornos, se la llevó a los labios con cuidado tratando de notar la humedad. Estaba seca; simplemente le dolía como si le hubieran dado una pedrada en mitad de la frente. La cintura también había empezado a dolerle, con ese dolor intenso, sordo, constante, que tan bien conocía, como si le hubieran apretado un cinturón de hierro al cuerpo.

Odiándose por su debilidad, empezó a llorar bajito, con sollozos que se le escapaban y le daban vergüenza, pero que no podía controlar. Si Sergio estuviera con ella..., o su padre, o su madre, o incluso alguna amiga a la que abrazarse y con la que hacer planes..., pero estaba sola. El dolor se hacía cada vez más intenso y estaba sola y asustada. Y Sergio iría camino de Madrid, pensando en su madre, sin saber que ella estaba encerrada en la oscuridad. ¿Y los otros? ¿Dónde estaban los demás y por qué no venían a sacarla?

Y lo que más le preocupaba: ¿dónde estaba Bárbara, qué pretendía hacer con ella

y por qué, sobre todo por qué?

* * *

Doña Brianda seguía yendo y viniendo entre Burgos y el castillo. Por un lado no podía abandonar sus planes de matrimonio que parecían estirarse y complicarse concada día que pasaba; por otro, necesitaba visitar al maestro Ludovico, que se había convertido en una influencia decisiva en su vida, en un mentor que le estaba enseñando el camino por el que llegaría a conquistar el dolor y someter a los que se opusieran a su voluntad, y que le había prometido presentarla a sus terribles amos para que se entregara a ellos, si la aceptaban.

Guiomar estaba a buen recaudo y no le preocupaba demasiado; tarde o temprano hablaría. Lo único que temía era que Sancho volviera de sus campañas antes de que ella hubiera tenido tiempo de conseguir la información que deseaba. La fama de las conquistas del Cid llegaba hasta Castilla y no sería de extrañar que el Campeador deseara hacerle al rey otro regalo de buena voluntad para obtener al fin su perdón. Entonces Sancho regresaría y, por lo que había oído decir de él, a pesar de su juventud era uno de los guerreros más temibles con los que contaban los ejércitos cristianos. A su llegada, buscaría a Guiomar y, al no encontrarla, preguntaría hasta enterarse de su paradero y de su situación. Y si conseguía ponerla fuera de su alcance, jamás averiguaría qué había sido del niño.

Por eso, para no estar enteramente a merced de lo que tardara Guiomar en contestar a su pregunta, había enviado a uno de sus hombres disfrazado de peregrino al monasterio de San Salvador, para que tuviera los ojos abiertos y la informara de si los monjes habían recogido a algún niño, o si había alguna muchacha escondida. Éste había regresado diciendo que los frailes llevaban una vida absolutamente normal. No había más que hombres entre ellos: ni bebés, ni doncellas; de modo que no le quedaba otro remedio que esperar. Sin embargo, ahora había enviado a otro hombre al monasterio, también vestido de peregrino.

El maestro había intentado buscar a la criatura por medios mágicos, pero siempre se encontraba con una intensa luz azul que lo ocultaba todo y lo rechazaba cuando intentaba acercarse. No se lo había dicho nunca con claridad, pero sin duda le preocupaba la existencia de esa fuerza contra la cual ni siquiera los amos eran capaces de hacer nada, y a veces incluso tenía la sensación de que habría preferido olvidarse del asunto. Pero habían sellado un pacto con su propia sangre y no había vuelta atrás. Ni ella deseaba que la hubiera. Destruiría a Sancho, a Guiomar y a su hijo, si vivía, sin importarle el precio.

—Señora —Brígida estaba en la puerta, temerosa, como siempre—. Nuño Díaz desea veros.

—Hazle pasar.

El hombre, aún vestido de peregrino, se inclinó ante ella. Venía cubierto de polvo

y todavía jadeaba por la caminata, lo que dejaba claro que había venido a toda la velocidad que le permitían las piernas.

—¿Qué nuevas traes? —apremió doña Brianda.

—A la hora de laudes han llegado al monasterio dos guerreros del Cid con los caballos casi reventados. Querían salir de inmediato hacia acá, pero los monjes no tenían monturas de refresco y el abad los ha convencido de esperar unas horas. Me he puesto en camino en cuanto se han instalado en la cocina.

—¿Cuánto crees que tardarán en llegar?

—No creo que pase del mediodía. El más rubio de los dos tenía mirada de loco y no podía estarse quieto.

«Sancho», pensó la condesa, sonriendo para sí misma. «Por fin he conseguido desatar su pasión, aunque no sea del modo que yo deseaba».

—¿Cuántos hombres de armas tenemos en el castillo?

—Seis, mi señora. Bastarán, no temáis. Ellos son sólo dos.

—En eso confío. Matad al grande en cuanto podáis. Al otro lo quiero vivo.

El hombre se inclinó, se golpeó el pecho con el puño y salió de la estancia. Doña Brianda se quedó quieta en su sillón durante unos momentos, pensando. Era una lástima que hubiera acabado tan pronto la diversión, Guiomar llevaba apenas tres semanas emparedada, pero no tenía otra alternativa. No podía dejar que Sancho la encontrara.

Abrió la arqueta de las joyas, sacó la redoma que el maestro Ludovico le había preparado, cogió un cuenco de barro y un jarro con agua y, sin apresurarse, subió las escaleras de la torre.

* * *

Bárbara estaba en la salita con Nieves, tomándose un té. Los chicos acababan de pedirle permiso para suspender las clases del día y salir de *picnic* y seguramente estarían preparando las cosas que iban a necesitar. Quique, sorprendentemente, se había ofrecido a acompañar a Sergio y, de un modo aún más misterioso, ninguno de los dos había exigido que les devolvieran el móvil. Era como si un poder más allá de su comprensión la estuviera protegiendo para que todo saliera como debía salir.

«Esta vez todo saldrá bien». Se sobresaltó en cuanto el pensamiento apareció en su cerebro. ¿Qué era eso de «esta vez»? ¿Qué significaba aquella idea que, sin saber por qué, no reconocía como propia? «Esta vez morirán los dos y se cumplirá la venganza». Volvió a sobresaltarse, pero Nieves no pareció advertirlo. Estaba bostezando ruidosamente y la miraba con expresión embobada. Bárbara le sonrió.

—¿Por qué no te tumbas un rato, Nieves? —le propuso—. Total, aquí no hay nada que hacer. Tomás tardará en volver, los chavales se van de excursión y no hay que hacerle la comida a nadie. Seguro que ayer os acostasteis tarde y hoy habéis madrugado por mi culpa.

—No sé —contestó entre bostezos—. La verdad es que me estoy cayendo de sueño.

—Anda, no lo pienses más.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer en todo el día? —preguntó, poniéndose de pie.

—Me tumbaré al sol con una novela y, si el calor aprieta, me remojaré en el río. Llevamos un mes trabajando a tope; yo creo que me he ganado un día vago.

—Vale. Pues ya nos veremos. Llámame si hago falta.

La vio salir, casi tambaleándose, y sonrió de nuevo. Los somníferos que le había disuelto en el té la dejarían fuera de combate durante diez o doce horas, suficiente para todo lo que tenía que hacer. El poder la guiaría para que encontrara lo que llevaba mil años buscando, y luego todo acabaría.

En el monovolumen, sentado junto a Tomás, Sergio miraba el paisaje, angustiado. Aún no tenía la cabeza clara. Aquellas hierbas que les había dado Sibila habían puesto una especie de velo entre sus percepciones, sus sentimientos y sus ideas. Poco a poco empezaba vislumbrar que aquello no tenía ni pies ni cabeza: ¿por qué iban ahora a Madrid?, ¿cómo podía ser que su madre hubiera tenido un accidente de madrugada y que su padre no hubiera insistido en hablar directamente con él?, ¿por qué no le habían devuelto su móvil y él tampoco lo había exigido?

No hacía ni tres minutos que habían salido del monasterio y ya estaba empezando a pensar que había hecho mal en marcharse antes de saber más del asunto. Y Gloria no se había ofrecido a acompañarlo ni había salido a despedirlo. Sin embargo, Quique estaba ahí, sin que viniera a cuento. ¿Qué estaba pasando?

Sintió un tirón en la camiseta y se giró hacia atrás, a ver qué quería Quique. Discretamente, por la derecha, le pasó un papelito doblado. Tras una mirada de reojo a Tomás, para ver si se había dado cuenta, lo abrió: «Hay que hacer algo para que nos paremos justo antes de salir a la autovía. Tenemos que volver al monasterio, sin Tomás. Ya te explicaré».

Quique había subrayado «sin Tomás», tres veces.

¿Y ahora? ¿Qué estaba pasando ahora? ¿Cómo se figuraba Quique que iban a dejar a Tomás tirado? Aquello era una locura.

—Parece que se prepara una tormenta —comentó el hombre—. Se están amontonando las nubes.

Sergio no se había dado cuenta de que el violento sol que los había acompañado durante todo el mes de julio había desaparecido, dejando paso a una extraña luminosidad cada vez más gris.

—Cuando lleguemos al aeropuerto, vamos a ver si Bárbara te ha conseguido billete para Cádiz.

—En el monasterio no hay ordenador, que yo sepa —dijo Sergio, cada vez más suspicaz.

—Tendrá ella un portátil o algo. Pero no te preocupes, chaval; si no hay vuelos, te llevo hasta la misma puerta del hospital.

—Gracias, Tomás.

Quique le pasó otra notita: «A la salida a la autovía, di que estás fatal, que tienes que vomitar, lo que sea, pero muy mal, para que él te acompañe. Eres actor, ¿no?».

El «muy mal» estaba subrayado tres veces; el «que él te acompañe», también.

Se giró hacia Quique con una mirada de perplejidad; su amigo, fingiendo estar a punto de dormirse, entreabrió los ojos y le lanzó una mirada de urgencia absoluta. Sergio empezó a hiperventilar, esperando que Tomás no se diera cuenta aún de lo que estaba haciendo.

—Tu amigo se está quedando sopa —comentó el hombre jocosamente—. ¡A saber lo que os habréis metido esta noche!

—¡Para, Tomás! ¡Para! —jadeó Sergio entre arcadas no del todo fingidas.

—¡No se te ocurra vomitarme en el coche! —Tomás, ya saliendo a la autovía, hizo una brusca maniobra a la derecha y detuvo el monovolumen en el arcén—. ¡Venga, baja!

—No puedo; me tiemblan las piernas.

—¡Malditos mocosos! —rezongó el hombre—. ¿Y a ti qué te pasa? —preguntó a Quique—. ¿También estás malo?

El chaval no contestó. Sólo se oía su respiración agitada.

—¡Tomás! —Sergio fingía unas náuseas tan terribles que estaba empezando a sentir las de verdad.

El hombre salió del coche, dio la vuelta y ayudó a Sergio a bajar también.

—¡Venga ya, vomita de una vez!

—Un poco más lejos —murmuró Sergio, como si estuviera muy mareado—. Creo que también tengo diarrea.

Rezongando, el hombre abrió la guantera, sacó un paquete de pañuelos de papel y, sujetando a Sergio, que dejaba caer su peso sobre los hombros de Tomás, empezó a alejarse del coche en dirección a unas encinas rodeadas de matorrales. De vez en cuando se detenían y Sergio se doblaba convulsivamente, aunque no hacía más que escupir.

Apenas los perdió de vista, Quique se inclinó hacia el asiento del conductor, cogió las llaves, salió del coche, hizo lo que tenía pensado y volvió a tumbarse.

Al cabo de unos minutos volvieron, Tomás giró la llave en el contacto y, después de un ruido sospechoso, como si se estuviera ahogando el motor, todo quedó en silencio. Volvió a intentarlo con el mismo resultado.

—Pues sí que... ¿Qué le pasa ahora al maldito coche? ¿Por qué no arranca?

Los dos jóvenes siguieron como estatuas, medio tirados en sus asientos.

—Y para más INRI, no hay cobertura —dijo, mirando su móvil con cara de asesino—. Ahora tendré que andar un rato hasta el próximo teléfono de socorro. Quedaos aquí. Ahora vuelvo.

Sergio soltó una especie de gruñido que podría haber sido una afirmación.

—¡Menudo día! —oyeron decir a Tomás mientras se alejaba después de haber colocado el triángulo de señalización y de haberse puesto el chaleco reflectante.

En cuanto se perdió de vista, Quique se enderezó.

—Venga, vámonos. Sólo son doce kilómetros; me he fijado. A buen paso, en dos horas estamos de vuelta.

Dejó sobre el asiento del conductor una nota que ya tenía preparada: «Estamos mejor. Te esperamos en el monasterio. Gracias por todo».

Echaron a andar con rapidez, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarse de que Tomás no había vuelto, y pronto se encontraron a cubierto, en un bosquecillo de álamos que crecían junto al cauce de un riachuelo casi seco.

—¿Me puedes explicar qué es todo esto? —preguntó Sergio.

—Pues no, porque no tengo ni idea. Pero todos pensamos que lo de tu madre es un cuento chino, que Bárbara quiere quedarse sola en el monasterio para buscar lo mismo que buscamos nosotros y que no podemos permitir que nos separen ahora. A nosotros también nos conviene que no esté Tomás. Con Nieves ya se nos ocurrirá algo o ya lo habrán solucionado los otros.

—¿Y cómo vamos a encontrar esa maldita espada si no tenemos ni una sola pista?

—Antes de irnos, Tina ha dicho que ella creía saber dónde estaba el mensaje.

—¿Dónde?

—No me dio tiempo a enterarme. Tenía que hacerte de canguro y asegurarme de que no íbamos a ninguna parte —se le escapó una sonrisa triunfal—. Eso, al menos, lo he conseguido.

—¿Qué le has hecho al coche?

—Le he dado algo que no ha podido digerir.

—¿Qué?

—Lo único que he podido conseguir en el monasterio con las prisas. Azúcar.

—¿Azúcar? ¿Como a los caballos?

—Sí —empezó a reírse solo—. Lo que pasa es que los caballos lo agradecen y corren más, y a los motores les sienta fatal que les metan azúcar en el depósito de gasolina.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque mi padre tiene un taller mecánico. Nieves está empeñada en que somos todos un puñado de imbéciles que nadan en pasta, pero en mi caso es mentira.

—Y en el mío. Mis padres son profesores.

—El padre de Andrés es cerrajero; el de Sibila es conductor de autobús y su madre herborista, y el de Tina trabaja en un banco. Lo que no sé es qué hace el padre de Gloria.

—Es diplomático, o lo era. Ahora está en no sé qué ministerio.

—O sea, que con ella tiene razón Nieves. Es una niña pija.

—¿A ti te parece pija Gloria?

—La verdad es que no.

—Pues eso. Y ahora vamos a callarnos un rato porque me estoy quedando sin aliento al paso que llevas.

—Es que Sibila nos ha estado metiendo mucha prisa. Dice que lo que sea tiene que pasar ya. Y Andrés, después de lo de anoche, está convencido también de que la cosa urge.

Siguieron caminando durante un buen rato, callados los dos. El cielo iba encapotándose y la temperatura era cada vez más asfixiante, sin un soplo de viento que refrescara el día. Los árboles parecían pintados contra un paisaje entre ocre y grisáceo; no se movía una hoja y las cigarras cantaban enloquecidas sobre un silencio opresivo.

—¿Quién crees tú que serían aquellas personas? —preguntó Quique al cabo de un buen rato.

Sergio no necesitó ninguna aclaración para saber a quién se refería su amigo.

—Una pareja que fue muy desgraciada. Eso lo siento dentro, no sé explicártelo. Y se querían de un modo que ha conseguido sobrevivir a cientos de años de historia, hasta mucho después de su muerte. Hasta llegar a nosotros.

—¿Tú quieres así a Gloria?

Sergio se detuvo un instante, miró a Quique, como dudando, y acabó por decir:

—Sé que suena idiota y novelesco, pero sí, la quiero de una manera de la que antes me habría reído. Y ni siquiera sé bien por qué. Casi no nos conocemos y sin embargo es como si toda mi vida la hubiera estado buscando a ella; no a alguien como ella, sino a ella en concreto.

—¡Jo, macho, da escalofríos!

—Pues es lo que hay. Lo siento. ¿Tú quieres así a Sibila? He visto cómo os miráis —dijo, respondiendo a la pregunta no formulada de Quique.

Él se tomó su tiempo en contestar.

—Sibila me gusta. Es rara, es diferente. Siempre la han tratado mal por eso y a veces te trata a patadas, para defenderse; pero me gusta mucho. Y es preciosa. Si se dejara el pelo de su color, estaría impresionante.

—¿Se tiñe el pelo de negro?

—Sí. Pero no se lo digas a nadie. Es pelirroja, como todas las mujeres de su familia, pero dice que si se lo dejara de su color, todo el mundo la llamaría bruja nada más verla, y así disimula. Cosas suyas...

—Pero ¿la quieres?

—Mataría por una Coca-Cola —dijo Quique abandonando un tema que lo hacía sentirse incómodo.

—Esperemos que lo de matar quede para el siglo XI —contestó Sergio con voz sombría, aceptando que su amigo no quisiera contestar a su pregunta y cayendo de nuevo, casi sin darse cuenta, en el asunto que lo obsesionaba.

Luego apretó el paso en dirección al monasterio, que ya se perfilaba en la

distancia.

* * *

Laín galopaba detrás de Sancho a toda la velocidad que podían sacarle a sus monturas. Apenas se habían detenido unas horas, a las que no podía llamarse propiamente descanso, en San Salvador para que los caballos se repusieran un poco y para enterarse de las últimas noticias. Habían hablado con un padre Juan sombrío y preocupado que ahora cabalgaba cada vez más atrás, siguiéndolos en una mula, y con una Régula temblorosa, de ojos hinchados y enrojecidos que no había logrado balbucir más que unas palabras: «La matará, señor, doña Brianda matará a mi ama; la habrá matado ya». El mismo Laín había tenido que sacarla de la cocina para que sus palabras obsesivas no acabaran de volver loco a Sancho.

Cordeluna había empezado a relucir nada más llegar a San Salvador, hasta el punto de que habían tenido que cubrirla con un paño para no inquietar a los monjes, y el rostro de Sancho, normalmente franco y sereno, había ido transformándose en una máscara de piedra, como la de las gárgolas de las catedrales.

«Se dice que tiene tratos con un hechicero», les había confiado el padre Juan, quien por eso había insistido en acompañarlos. Pero Laín estaba preocupado por otra cosa más terrenal: eran dos guerreros y un sacerdote contra una guardia castellana que bien podía estar compuesta por dos docenas de hombres. A pesar de ello, Sancho no había querido ni hablar de perder tiempo desviándose a Vivar en busca de refuerzos entre la gente de su familia.

Cuando llegaron a la vista del castillo, una pequeña construcción chata y fea, con la muralla casi derruida, llena de boquetes, seis hombres de armas, a caballo, los esperaban delante de las puertas cerradas.

Sancho no se detuvo más que el tiempo necesario para desenvainar a Cordeluna y embrazar el escudo azul que ponía el terror en los corazones enemigos; luego, sin avisar a nadie, se lanzó al galope contra el grupo armado. Laín tuvo que forzar su caballo para llegar casi a la vez que su amigo y evitar así que toda la fuerza se concentrara en Sancho, que repartía estocadas con una furia sobrenatural y ya había puesto fuera de combate a dos de los hombres de doña Brianda. Mientras luchaba con otros dos más, los dos restantes se enfrentaron a la vez a Laín. Pero no eran auténticos guerreros, probados en cien batallas campales, sino simple escoria reclutada en las tabernas de Burgos o León. Aun así, una estocada le pasó peligrosamente cerca del cuello y eso lo enfureció hasta tal punto que, de un mandoble, le segó la cabeza al enemigo y pudo enfrentarse al otro sin tener que cubrirse las espaldas. Sancho despachó a los suyos y se volvió, poseído de una locura que Laín no le conocía ni de las peores batallas, buscando más enemigos que abatir.

Cuando los seis hombres quedaron muertos a sus pies y Sancho se dio cuenta de que había terminado la lucha, empezó a dar voces:

—¡Guiomar! ¡Guiomar! ¡Abrid las puertas, miserables!

Desde arriba, unos rostros temerosos los observaban.

—¡Abrid la puerta o todos moriréis cuando entre! ¡Lo juro por Dios! —gritaba Sancho.

Pero cuando se les unió el padre Juan, el castillo seguía cerrado.

—Ven, amigo —dijo Laín, tirándole del brazo—. Entraremos por ahí. Este castillo está lleno de agujeros.

Treparon por unas piedras derruidas y consiguieron meterse por un boquete hasta alcanzar el pequeño patio de armas, que estaba desierto. Todos los criados habían desaparecido.

—¿Por dónde? —preguntó Sancho al padre Juan.

—La torre. Ahí estaba cuando la vi por última vez.

Subieron las escaleras atropellándose, con el terror de llegar demasiado tarde, de que todos sus esfuerzos hubieran sido en vano.

La cámara de Guiomar estaba abandonada, como si nadie la hubiera ocupado en mucho tiempo. Un vistazo les bastó para darse cuenta de que no estaba allí.

Siguieron subiendo hasta el final, hasta una pequeña habitación vacía. Sólo había un jarro en el suelo y un cuenco del revés.

Se miraron sin saber qué hacer.

—Hay que registrar el castillo palmo a palmo —dijo Laín, ya dispuesto a salir de allí.

El padre Juan le puso una mano en el brazo.

—Espera.

Sancho estaba inmóvil frente a una pared de construcción reciente donde había un agujero oscuro a la altura de su pecho. De repente, un alarido salió de su boca y se lanzó contra la pared, golpeando con Cordeluna, sacando chispas de los sillares.

—¡Guiomar! ¡Guiomar!, ¿qué te han hecho? ¡Soy yo, Sancho, responde, Guiomar!

No hubo respuesta.

El padre Juan lo apartó suavemente, introdujo una mano en el agujero y tanteó tratando de encontrar la cabeza de la muchacha para poder ponerle un dedo sobre el cuello y sentir si aún latía la sangre.

Sancho lo miraba como sonámbulo, iluminado por la luz de Cordeluna.

—Ha muerto, hijo. Dios acoja su alma.

Laín estaba agachado y olisqueaba el cuenco caído.

—La ha envenenado.

—Dame su piedra, Juan —dijo Sancho con una voz que sonaba como el polvo—. Lleva colgada al cuello una piedra como ésta. Dámela.

—No la tiene, Sancho. Ya te explicaré.

—No hay nada que explicar. Sé lo que tengo que hacer. Sé quién la tiene.

En un instante, Sancho había abandonado la habitación y se había lanzado por las

escaleras aullando el nombre de Brianda. Sus dos amigos lo siguieron para tratar de impedir lo que sabían que quería hacer.

Cuando Sancho llegó al patio, a la luz cegadora del mediodía, doña Brianda tironeaba de la brida de su caballo mientras gritaba a unos criados pálidos de miedo que le abrieran las puertas del castillo.

Al ver al guerrero con la espada desenvainada y cubierta de sangre, se detuvo y sonrió.

—Llegas tarde, Sancho Ramírez. Siempre llegarás tarde ya. Una terrible maldición pesa sobre vosotros, eternamente. Tú lo has querido así.

Sin contestar una sola palabra, aullando de rabia y de dolor, se lanzó hacia ella y la ensartó con Cordeluna.

Como si la voz viniera de muy lejos, oyó al padre Juan gritarle: «¡No, Sancho! ¡En el nombre de Dios, no la mates, no te pierdas!», pero Brianda tenía razón, ya era tarde para todo, incluso para salvarse.

Cordeluna relumbraba con una luz visible a pesar del sol del patio, clavada en el vientre de la mujer que aún sonreía despreciativamente.

Sancho la sacó, la limpió con las faldas de la condesa, la envainó y sólo entonces se agachó junto al cadáver y empezó a buscar la piedra de Guiomar, lo único que le quedaba de ella.

—¿Qué haces? Tienes que huir —el padre Juan, cogiéndolo por los hombros, trataba de apartarle de allí—. El rey te matará por esto. Pondrán precio a tu cabeza y te acosarán todos los días de tu vida. Tienes que salir del reino, Sancho.

—Necesito la piedra de luna, Juan. Tengo que restituirla, junto con la mía, para que Cordeluna sea invencible, para poder matar a todo el que haya tenido algo que ver con esto. Todos pagarán la muerte de Guiomar —se le quebró la voz.

—Ahora tienes que marcharte. Yo me ocuparé de dar tierra a Guiomar. Descansará para siempre en San Salvador, pero tú huye, hijo mío, al sur, a tierra de moros, donde no puedan encontrarte jamás.

—No —dijo Laín—. Al norte, a los bosques de Galicia. Allí no te buscarán. ¡Galopa, Sancho! Te encontraré.

—No puedo irme sin la piedra, Juan. Es su alma. Es el alma de Guiomar. La mía y la suya deben estar juntas.

—No sufras por eso, Sancho. Esa piedra está en buen lugar. La tiene tu hija.

—¿Mi hija? —Sancho sintió que una nube negra le ocultaba la vista—. ¿Mi hija?

—Nació hace casi un mes. Se llama Blanca, como quiso Guiomar. Ella le dio la piedra para poder reconocerla cuando..., cuando llegaran tiempos mejores.

—¿Dónde está?

—Oculta. A salvo. Ahora que doña Brianda ya no puede dañarla, me ocuparé de que tenga una buena familia y de que Régula esté a su lado. Cuando pase el tiempo, cuando todo se olvide, vuelve a San Salvador. Estaremos esperándote.

Laín se acercó llevando de la brida a Durán.

—Te he puesto algo de comer y un pellejo de vino. Huye a Galicia, a los bosques. Yo buscaré a algún camarada y cabalgaré hacia el sur, para que piensen que vamos juntos. Dame tu escudo.

—¿Mi escudo?

—Ese escudo es una leyenda. Todos creerán que yo soy tú. ¡Vamos! Y dame a Cordeluna; ya te ha traído bastantes desgracias.

—¡No, Laín! Cordeluna no. Es parte de mí; de nosotros. Gracias, amigo.

Con un último abrazo, Sancho montó y salió al galope. Las lágrimas le impidieron ver el camino hasta el anochecer.

Llevaba varios días vagando por el bosque, inquieto como un alma en pena, repasando una y otra vez todo lo que podía haber hecho de otro modo para salvar a Guiomar. Si se la hubiera llevado consigo a un monasterio de Navarra, ahora estaría viva, y él habría podido ir a visitarla y conocer a su hija. Si no hubiera insistido en casarse con ella por San Juan, estaría viva, quizá casada con otro, pero viva, y antes o después podría haber acudido a reclamarla. Si hubiera aceptado la propuesta de doña Brianda, podría haber visto a Guiomar todos los días y en algún momento se habría presentado la ocasión de huir con ella, aunque hubiera sido a tierra de moros, y más adelante, cuando el rey hubiese perdonado a su señor, habrían podido instalarse en sus tierras, para defenderlas y criar una familia.

Pero doña Brianda se había cruzado en su camino como una serpiente venenosa y había aniquilado toda su dicha, todo su futuro. Nada tenía vuelta atrás. Su vida a partir de ahora sería un páramo yermo donde nunca volvería a crecer una flor, y si era verdad lo que había dicho la serpiente antes de morir, ni siquiera le quedaba el consuelo de reunirse con Guiomar en el otro mundo. «Una terrible maldición pesa sobre vosotros, eternamente», había dicho. Una terrible maldición. Eternamente.

¿Significaba eso que Guiomar estaba maldita? ¿Que su alma de ángel no había ido al cielo a reunirse con el Creador? ¿Que vagaría perdida por siempre sin alcanzar la paz? ¿Que no podrían reunirse en el otro mundo?

Sancho caminaba por el estrecho sendero con la cabeza baja. Detrás de él, sujeto por la brida, Durán caminaba también, paso a paso, aliviado del peso del guerrero, mordisqueando aquí y allá las jugosas hierbas que crecían por todas partes.

No recordaba cómo había llegado a aquella tierra extraña, tan distinta de la suya. Los días pasados en la huída se le confundían en un delirio de sed y cansancio y agonía.

Debía de ser cerca de sexta porque la niebla, antes tan espesa que apenas se veía los pies, se había levantado hasta permitirle distinguir lo que se encontraba a su alrededor. Pero allí no tocaban las campanas y no había nada que ver: árboles y más árboles, casi todos desconocidos; una vegetación muy húmeda, intensamente verde, donde ya empezaban a aparecer las primeras flores, como una burla a la muerte que

él llevaba en el corazón; un suelo oscuro, mullido al paso. Por encima de su cabeza el sol jugaba con las hojas, espejeaba en el arroyo que saltaba a su lado y se perdía en la espesura, luego su luz se ocultaba de nuevo tiñéndolo todo de gris, el color de su alma. Pequeños pajarillos que casi no podía ver saltaban de rama en rama, gorjeando, felices por la inminente llegada de la primavera.

Dos años atrás, él también era feliz: formaba parte de la compañía de don Rodrigo de Vivar en su viaje al reino de Sevilla. Su futuro se extendía, radiante, frente a él. Aún no había empuñado a Cordeluna, no había conocido a Guiomar, ni había despertado la obsesión de la condesa viuda. Desde entonces, salvo la amistad de Laín y los preciosos días de su boda en San Salvador, en su vida no había habido más que sangre y muerte y dolor. Y ahora desolación y desesperanza. Para siempre.

Se detuvo bajo un viejo roble que extendía sus ramas poderosas sobre un pequeño claro donde saltaban las ardillas.

¿Qué hacía él allí?, se preguntó. ¿Adónde iba? ¿Qué pensaba encontrar que justificara seguir viviendo, seguir luchando?

Si Guiomar estaba en el cielo, era absurdo seguir apegándose a la tierra, cuando la única posibilidad de reunirse con ella estaba en la muerte. Si Guiomar había sido condenada a vagar sin sosiego, no podía dejarla sola.

No había llegado a cumplir los veinte años, pero su vida en este mundo ya no era necesaria. Había cumplido su ciclo. Había encontrado a la mujer de su vida; la había querido más que a su alma, se había casado con ella, le había dado una hija y la había visto muerta. ¿Qué más le quedaba ya?

Pasó por su mente un destello fugaz de la imagen de su madre, de su padre, de sus hermanos, de la pequeña aldea donde había visto la primera luz, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero había vivido siempre como guerrero y ellos sabrían que la muerte siempre le había andado cerca.

—Os pido perdón —musitó, mientras sacaba la soga de sus alforjas—. Perdonadme vos también, Dios mío, y llevadme con ella.

Hizo un nudo corredizo y pasó la cuerda por la rama más fuerte del roble. Metió la cabeza en el lazo y montó sobre Durán. Le acarició las orejas, se puso en pie encima de su caballo, desenvainó a Cordeluna y, con ella en una mano y la otra sobre la piedra que llevaba al cuello, se dejó caer.

* * *

Después de buscarla por todo el monasterio, encontraron a Bárbara en el pasillo, cargada con una manta, un libro gordo y un refresco de litro.

—He decidido irme un rato a leer bajo los árboles —les dijo, antes de que le preguntaran.

—¿Has visto a Gloria por ahí? —preguntó Sibila.

—Pensaba irse a dar una vuelta para aclararse las ideas, según me dijo. Creo que

quería estar sola un rato. Aquí, a veces, somos demasiados.

—¿Y Nieves? En la cocina no está.

—Se ha tumbado, aprovechando que nos hemos quedado solos y que vosotros os vais de *picnic*. Ha debido de dormir poco y mal. Volveréis para la cena, ¿no?

—Claro. Sólo pensamos andar un rato, hasta el encinar seguramente, comernos los bocatas y volver a hacer la siesta, depende de si se pone a llover o no.

—Tomaros el tiempo que queráis. No hay prisa. Ya trabajaremos bastante a partir del lunes, cuando vuelvan los demás —Bárbara no se sentía con ánimos de dar conversación, pero no quería que le notaran lo rara que se sentía; aquella bruja la miraba fijamente y ella no acababa de saber qué demonios estaba pensando.

—Vale —dijo Sibila—. Entonces nos vamos, Tina, Andrés y yo. Si ves a Gloria, dile que hemos estado buscándola y que nos encontrará en el encinar o que nos veremos después aquí.

—¿Dónde está Tina?

—En el baño. Ahora viene, mira.

Se volvieron para ver acercarse a Tina con la mochila cargada al hombro.

—¡Venga, vamos! Se está estropeando el tiempo y hay que darse prisa —dijo sin detenerse—. Para una vez que nos decidimos a ir de *picnic*...

Bárbara se quedó en la puerta viéndolos marchar en silencio, con las cabezas bajas. Si no hubiese estado tan ocupada con sus propios pensamientos, se habría dado cuenta de que no tenían el aspecto que uno asocia con una excursión al campo; pero tenía otras cosas en qué pensar.

—¿Habéis notado lo rara que está? —preguntó Andrés en cuanto estuvieron lejos del alcance de su oído.

—Se le ha cambiado hasta la cara —dijo Tina—. Casi da miedo.

—¿Qué habrá hecho con Gloria? —intervino Sibila, bajando la voz.

—A lo mejor es verdad que se ha ido a dar una vuelta para apartarse de Bárbara y nos la encontramos de camino —sugirió Andrés—. Si no aparece, tendremos que volver a buscarla. A todo esto, ¿adónde vamos?

—A la cueva —dijo Tina, muy bajito—. Pero por otro camino, por si Bárbara nos está vigilando.

—¿A la cueva? Pero si allí no hay nada.

—Estoy segura de que en esa cueva están las piedras o la espada que buscamos. He leído el mensaje que alguien nos dejó hace mil años.

Andrés y Sibila se miraron como si Tina hubiera perdido el juicio.

—En el monasterio no quedan documentos, y no hay mensaje que aguante mil años y que nosotros podamos leer ahora —insistió Andrés.

—Si tú tuvieras que dejar un mensaje que durara unos cuantos siglos, ¿lo escribirías en papel o en pergamino? ¿Algo que se destruye con el fuego o con el agua?

—Todo se destruye con el fuego o con el agua.

Tina sonrió misteriosamente.

—Todo no.

—La piedra —dijo Sibila—. Lo único que perdura es la piedra.

—Exactamente. Ahora os cuento.

* * *

Abrió los ojos a una luminosidad rojiza y volvió a cerrarlos. Una mano le atenazaba la garganta y el cuerpo le pesaba como si se le hubiera convertido en piedra. Aquello debía de ser la muerte, el infierno, el lugar adonde van los suicidas, el lugar donde vagaría por siempre pensando en Guiomar. Él había elegido la muerte para estar con ella, para arrancarse del corazón el dolor que lo torturaba, pero el dolor seguía, y la soledad, y la angustia.

Gimió débilmente.

Un mano fría y huesuda se posó en su frente y, a continuación, un paño húmedo que sabía a hierbas amargas cayó sobre sus labios. Lo mordió para extraer unas gotas de agua.

—Sosiégate, hijo —dijo una voz cascada en tono dulce—. Estás a salvo.

Volvió a abrir los ojos y en la penumbra roja distinguió el rostro de una anciana de cabellos revueltos, intensamente blancos.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una voz que apenas reconoció como la propia.

—A salvo. En mi cabaña. Soy la madre Bibiana. Sosiégate. Vivirás.

—No quiero vivir —dijo como un niño enfurruñado, apartando la cabeza hacia la pared de troncos.

—La elección no está en tu mano. Vivirás, porque Dios así lo quiere.

—Yo no. Yo elegí la muerte.

La mano de la anciana, como si fuera un puñado de hojas secas, siguió acariciándole la frente.

—Ella te necesita.

Sancho se incorporó de golpe, sobresaltando a la mujer.

—¿Guiomar? ¿Dónde está?

La anciana tomó un escabel y se sentó a su lado.

—Pesa sobre vosotros una poderosa maldición. Ella no alcanzará el reposo y, si tú mueres ahora, todo se habrá perdido. Vagaréis los dos eternamente, sin encontraros jamás.

Al joven guerrero se le escapó un sollozo y se cubrió la cara con las manos. La madre Bibiana esperó en silencio, con la cabeza gacha.

—¿Podéis deshacer la maldición? —preguntó por fin Sancho, cuando se sintió capaz de hablar.

La anciana suspiró, se puso en pie, se acercó al fuego del hogar y añadió un poco de leña.

—No sé bastante, hijo. Entiendo de hierbas, puedo curar casi cualquier enfermedad, con la ayuda de Dios y el poder que emana de la tierra creada por Él; veo fragmentos del pasado y el futuro, y en ocasiones también veo cosas que están sucediendo en otras partes del reino, pero no sé si mi poder será suficiente. Si quieres que intente ayudarte, tienes que contármelo todo. Ven aquí junto al fuego.

Sancho se levantó del jergón donde había estado tumbado y se dio cuenta de que estaba desnudo, aunque la piedra seguía colgada de su cuello. Se vistió apresuradamente, mientras la anciana contemplaba el juego de las llamas en el hogar, y se acercó a su lado. Un poco más allá, un hombre dormía envuelto en una manta.

—Es mi nieto, Mateo. Él te encontró cuando cazaba en el bosque. Yo lo envié a buscarte.

—¿Cómo sabíais...?

—Tu dolor llegaba hasta aquí. Por eso vivo en medio de estos bosques, porque me llega el dolor de las gentes y no podría soportar vivir en una aldea o en una ciudad.

La madre Bibiana le puso un cuenco entre las manos y volvió a sentarse frente al fuego.

—Es un cocimiento de hierbas; te ayudará. Y ahora, cuéntame. Pero tienes que decírmelo todo, contarme tu historia como si no fuera tuya.

Sancho empezó a hablar, primero lentamente, buscando las palabras justas, luego cada vez más rápido, porque las palabras que tanto le había costado encontrar se atropellaban para salir de su boca. Se lo contó todo, salvo lo de la magia de Cordeluna, porque temía que la anciana le dijera que tenía que destruirla o enterrarla. Y eso no podría soportarlo. Cordeluna era lo único que le quedaba de Guiomar.

Tampoco le habló de Blanca. Su hija aún no tenía existencia para él; no la había conocido y no quería pensar en ella, en dónde estaría, en qué clase de futuro sería el suyo. En su corazón y en su cabeza no había lugar para nadie más que Guiomar.

Cuando terminó, los primeros rayos del sol entraban por el ventanuco de la cabaña y los pájaros chillaban enloquecidos de alegría por el día que comenzaba.

—Ahora lo entiendo mejor —dijo la anciana, suspirando—. Has matado, Sancho.

—Claro que he matado —dijo Sancho, poniéndose de pie, enfurecido—. He matado muchas veces. Soy guerrero. Los guerreros nacemos para matar; ése es el lugar que Dios nos ha destinado en el mundo.

La madre Bibiana negaba con la cabeza, lentamente.

—Tienes las manos teñidas de la sangre de doña Brianda.

—Ella mató a mi esposa. Primero la emparedó y luego, cuando supo que yo llegaba a salvarla, la envenenó. Es justo que haya muerto por mi mano.

—No, Sancho, no lo es. Sólo Dios tiene el poder de hacer justicia, de dar y quitar la vida. Y el rey, en su nombre, algunas veces, aunque yo no creo que Dios autorice a nadie a matar. Tú has matado y eso te pone del lado de la condesa y refuerza la maldición que ella y un hechicero han urdido contra vosotros. Si ambos fuerais

inocentes, podría quizá ayudarte. Pero ahora eres un asesino.

—Entonces, ¿no podéis hacer nada?

La anciana sacudió la cabeza. Su rostro reflejaba la tristeza que sentía.

—No quiero engañarte, hijo. Creo que no está en mi mano, pero pensaré, rezaré y buscaré una manera de ayudaros. Si Dios me lo concede, algún camino habrá.

—¿Qué va a ser de mí, mientras tanto? ¿Tendré que volver a matar moros, mientras espero que Dios os ilumine? —la decepción y la impaciencia lo estaban volviendo agresivo y lo hacían caminar de acá para allá en la cabaña.

—Harás penitencia, hijo. Tus días de guerrero han pasado ya. Soportarás la vida lo mejor que puedas. Vivirás aquí, con nosotros; rezarás, ayunarás, trabajarás, y si Dios quiere, serás liberado.

—Una vida de monje.

—Tu otra vida acabó cuando murió tu esposa, cuando mataste a la condesa, cuando te ahorcaste del roble. Hay que vivir con las decisiones que uno ha tomado.

—Yo no decidí... —se interrumpió de pronto.

Ella lo miró con unos ojos que parecían de agua.

—Sí. Tal vez sí —dijo Sancho entre dientes.

Mateo acababa de levantarse y miraba al huésped como calibrándolo.

—Veo que vivirás.

Sancho inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué sabes hacer?

—Luchar, cabalgar..., soy hábil con la lanza, soy buen arquero.

—O sea, nada.

Sintió una oleada de furia pasarle por encima.

—Soy uno de los mejores guerreros del Cid.

—Aquí eso te va a servir de poco —dijo Mateo calmamente, mientras se alisaba la barba—. No hay moros en estas tierras. Y, según la abuela, no debes volver a empuñar una espada. Tendrás que aprender a ganarte la vida de otro modo, así que te enseñaré mi oficio.

—¿Cuál es tu oficio?

—Soy cantero y tallista. Es un buen oficio para ti porque hace falta fuerza; con eso te cansarás lo bastante y podrás dormir por las noches. Y también hace falta gracia. Si la tienes, algún día conseguirás tallar el rostro de tu amada. ¿Hay algo de comer, abuela? —preguntó, dando por terminada la conversación con Sancho.

* * *

Sibila, Tina y Andrés se detuvieron a la entrada de la cueva para que los ojos se les adaptaran a la oscuridad reinante. El día estaba cada vez más gris y si la vez anterior, con el sol de la tarde y la compañía de los demás, aquel lugar no les había parecido más que un agujero en la roca sin ningún interés, ahora les producía una sensación

inquietante, como si estuvieran a punto de internarse en un lugar peligroso en el que les aguardaba algo que no podían controlar.

Sibila dejó caer la mochila, sacó un jersey y se lo puso.

—Es increíble cómo está bajando la temperatura. ¿No lo notáis?

Los dos asintieron con la cabeza y se pusieron también algo de abrigo.

—Venga, chicas —animó Andrés—. Cuanto antes empecemos, antes terminamos.

Se dirigieron hacia el fondo, llamándose idiotas en su fuero interno por no haber traído una linterna. Las rocas seguían amontonadas donde habían caído y, a pesar de las explicaciones de Tina, que les habían parecido muy lógicas, no había ninguna indicación de si aquel lugar era el correcto ni de por dónde había que empezar.

—Todas juntas deben de pesar una tonelada —dijo Sibila, angustiada—. Y sólo somos tres.

—Somos dos —dijo Andrés, mirando fijamente el montón que les esperaba—. Yo soy uno y vosotras medio y medio.

—Tú lo que eres es un imbécil y un creído —dijo Tina, furiosa, agachándose a quitar la primera roca.

—Vale. Soy un creído pero, quitando las piedras sin ton ni son, lo único que vas a conseguir es que se te caigan encima, y no me gustaría verte aplastada como una cucaracha. Hay que hacerlo con sistema: primero las de arriba y así, poco a poco, hasta llegar al suelo.

Las chicas se mordieron la lengua, reconociendo que Andrés tenía razón, y al cabo de unos minutos habían conseguido organizar una cadena de trabajo bastante eficiente. Él quitaba una roca de encima, la pasaba a Sibila, que la pasaba a Tina y ésta la dejaba unos metros más allá.

Al cabo de hora y media el montón se había reducido a la mitad, les temblaban los brazos por el esfuerzo y se sentían cada vez más estúpidos y agotados, de modo que decidieron hacer una pausa para comerse los bocadillos fuera de la cueva.

El paisaje se había transformado en una lámina de plomo. Todo se había vuelto gris; pesadas nubes violáceas colgaban muy bajas en el aire quieto y la visibilidad era excesiva, como si todo hubiera sido dibujado a plumilla sobre un cartón. A lo lejos, la chispa de un rayo brilló un segundo entre las nubes; el ruido del trueno no les llegó.

—Habrà que darse prisa —dijo Tina—. La tormenta aún está lejos, pero cuando nos alcance, no podremos volver, y no me apetece nada pasar la noche en la cueva.

Bajaron al riachuelo a lavarse las manos, que se les habían puesto ásperas y estaban llenas de rasguños, comieron rápido y en silencio y volvieron adentro a seguir trabajando.

—Si después de esta paliza no encontramos nada, me voy a cabrear seriamente —dijo Andrés, casi sin aliento.

—Ten fe, hombre —lo animó Sibila.

—Pero ¿tú notas algo? —Andrés necesitaba desesperadamente que alguien le diera alguna seguridad, pero ella se lo tomó de otra manera.

—Sí, hombre, insiste por ahí. Como soy rara... y bruja... y anormal..., debería notar algo, ¿no?

—No, Sibila, no te enfades, no quería decir eso.

—Ya, ya. Son muchos años de oírte a ti y a los demás.

—Jo, Sibila, lo tuyo ya es manía. Yo no me he ofendido cuando me habéis pedido que abriera la caja fuerte, ¿no? Si yo soy el único que sé cómo va, es lógico que lo haga yo.

Tina le puso una mano en el hombro a Sibila.

—Tiene razón Andrés. Todos hacemos lo que podemos y entre todos conseguiremos algo. Venga, ¿quién me pasa otra piedra?

Sibila se había quedado muy quieta, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, como si escuchara algo que los otros no podían oír.

—Tienes razón, Andrés —dijo muy bajito—. Hay algo ahí. Se está despertando y nos llama. Hay que darse prisa. Tiene mucha fuerza y está impaciente. Lleva mucho tiempo esperando.

Tina miró a Andrés, asustada por primera vez, y él le apretó fuerte la mano.

—Si es la famosa espada de la visión, ya la he tocado una vez. Me reconocerá, estoy seguro.

Siguieron quitando rocas cada vez más deprisa hasta que, por fin, apareció debajo del montón una losa de piedra lisa. Sobre su superficie, muy borroso ya, pero aún visible, destacaba el emblema del sol y la gota.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó Tina.

—Más o menos —comentó Andrés, que estaba inspeccionando la losa por todos los lados.

—¿Cómo que más o menos? —Sibila, como siempre que se impacientaba, resultaba agresiva.

—Es que esto no lo puedo abrir con una horquilla del pelo. Y si no lo abrimos, ya me contaréis qué hacemos.

En ese momento, una sombra cayó sobre ellos y los tres se volvieron, asustados, hacia la entrada de la cueva. Una figura tapaba la luz. Su rostro quedaba en sombras.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Los tres amigos se apiñaron, protegiendo con sus cuerpos la losa recién descubierta.

—¿Están ahí? ¿Son ellos? —se oyó la voz de Quique desde el exterior.

Sergio dio un paso y la luz mortecina los iluminó a ambos.

—Casi nos matáis del susto —dijo Andrés—. ¿Dónde os habíais metido?

Quique les contó cómo habían conseguido librarse de Tomás en la carretera y cómo, después, habían vuelto al monasterio y, con muchas precauciones, los habían buscado, tratando de evitar a Bárbara, que por alguna razón desconocida, estaba ocupada trasteando en la iglesia. De Gloria no tenían noticias.

—Me he pasado el rato consolándome con la idea de que estaría aquí, con vosotros. Pero ahora... —dijo Sergio—. Tenemos que ir a buscarla. No me fío de lo

que pueda hacerle Bárbara, si la tiene ella.

—Primero hay que acabar con esto —dijo Sibila—. Estoy segura de que esto es precisamente lo que Bárbara está buscando.

Se hicieron a un lado para que los recién llegados pudieran ver la losa que habían descubierto y entonces sucedió algo increíble: Sergio se acuclilló, puso la mano sobre el emblema y, de repente, la losa de piedra se rajó por el centro, de parte a parte, como si el contacto de sus dedos hubiera interrumpido el flujo de fuerza que mantenía juntas las moléculas que formaban la roca de la que había sido tallada. Un segundo después, toda la superficie de piedra se resquebrajaba como si fuera hielo.

Entre todos quitaron apresuradamente los pedazos, que estaban calientes por la parte de dentro, y descubrieron un hoyo revestido de placas de piedra donde había una caja de madera oscura ricamente tallada.

Sergio y Andrés, agachados a ambos lados del hoyo, levantaron la tapa. Dentro, reposando sobre un lecho de terciopelo azul noche y en una vaina de cordobán, había una espada cuya empuñadura brillaba con una luz fantasmagórica, de color índigo.

—¡Cordeluna! —exclamó Sergio con voz ahogada.

Nadie dijo nada pero, sin saber cómo, todos supieron en ese mismo instante que Cordeluna era, efectivamente, el nombre de aquella espada mágica y que llevaba mil años esperando a su dueño.

Sergio, como hipnotizado, adelantó la mano para sacarla de la caja, pero Andrés retuvo su brazo y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—No. No la toques. Te dije que te traería desgracia. Yo la sacaré. Bibiana me la puso en las manos, ¿recuerdas? La otra noche, en la iglesia. Tus días de guerrero han pasado ya, hermano. Ha llegado el momento del perdón y del reencuentro.

—¿Laín? —preguntó Sergio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Sancho. También. Y todavía.

Andrés sonrió, abrazó a Sergio con fuerza y, al separarse de nuevo, metió la mano en la caja, sacó la espada y se la mostró a los demás, que los miraban oscilando entre la perplejidad y la comprensión.

—Ya lo hablaremos todo cuando hayamos concluido —dijo Andrés, que, de repente, parecía más grande y más viejo—. ¡Vamos al monasterio!

* * *

Sancho levantó la vista del bloque de madera que estaba tallando, se quedó un rato contemplando los rayos de sol que entraban oblicuos y anaranjados entre los abedules y sonrió, agradecido por la belleza del atardecer y por ser de nuevo capaz de apreciarla.

No había encontrado la paz todavía, pero en algunos momentos volvía a sentirse casi feliz, viviendo en aquel bosque, lejos del mundo, de las batallas, de todo lo que había sido su vida.

Vio a Mateo acercarse por el sendero que llevaba a la cantera y, de improviso, algo en su barba o en su manera de moverse le hizo pensar en Laín y su corazón se encogió de nostalgia. ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué habría sido de él?

A lo largo de los años le habían llegado noticias de que el rey don Alfonso había logrado al fin tomar Toledo, un sueño largamente acariciado por los cristianos, y se había proclamado emperador de las dos religiones; de que habían sufrido después una gran derrota contra los almorávides en Sagrajas; de que el rey había perdido en batalla a su hijo y heredero, el infante don Sancho, y a su brazo derecho, el conde García Ordóñez, el mayor enemigo del Cid; de que don Rodrigo, el Campeador, había conquistado Valencia a los moros, se había establecido allí como señor y había obtenido por fin el perdón real.

Pero las noticias que realmente le habrían importado eran imposibles de conseguir: ¿qué habría sido de sus padres y sus hermanos, de Laín, del padre Juan, de su hija Blanca, que ya sería una hermosa doncella de doce años y viviría, ignorante de su origen, con una familia que no era de su sangre?

Miró de nuevo el bloque de madera que, poco a poco, iba tomando la forma de un caballo de guerra y sintió una lágrima solitaria deslizándose por su mejilla. Cuando lo terminara, sería un regalo para el hijo de Mateo, también llamado Mateo y también aprendiz de cantero, aunque lo que el muchacho quería era ser guerrero, como lo había sido Sancho. Muchas veces, al caer la tarde, se le arrimaba de cara al fuego para que le contara batallas y escaramuzas contra los moros y él narraba sus recuerdos, embelleciéndolos, a pesar de que Mateo padre no aprobaba que le llenara la cabeza de pájaros al rapaz.

—¡Con Dios! —dijo el cantero al llegar a la altura de Sancho—. ¿Hay de comer? Traigo un hambre de lobo.

—Bibiana y Elvira han ido con el pequeño Mateo a recoger setas. Deben de estar por volver y, si hay suerte, esta noche tendremos guisado. Pero de momento aún queda pan y algo de tocino.

Mateo le quitó la talla de las manos y la observó con ojo crítico.

—¡Eres bueno, diablos! Hay pocos que puedan manejar tanto la piedra como la madera.

Se aclaró la garganta, escupió a un lado y entró en la cabaña a buscar un vaso de vino; luego se sentó al lado de Sancho y empezó de nuevo a carraspear, lo que significaba que quería decirle algo y no sabía cómo. Sancho se limitó a darle tiempo mientras seguía con el caballo de madera.

—¿Crees que podrías volver a trabajar en una obra?

En dos ocasiones, hacía ya unos años, Sancho había acompañado a Mateo para trabajar en dos monasterios que habían construido en la zona de Lugo. La última vez, Sancho había dicho que no quería volver a ver a nadie ni a vivir en una aldea. La gente le traía malos recuerdos y le despertaba malos instintos. Prefería quedarse en la cabaña, haciendo de nieto de Bibiana, ayudándola en lo que pudiera necesitar y

defendiéndola si se hiciera necesario.

—¿Qué obra? —preguntó, después de un largo silencio.

—Me han llamado para trabajar en la nueva catedral de Compostela. Quieren que les haga un pórtico de figuras.

—¿No tienen ya uno?

—No. Parece que quieren hacer algo más grande y más hermoso, y ahora hay dinero para ello. El obispo, don Diego Gelmírez, ha conseguido que el Papa Urbano traslade la sede episcopal de Iria Flavia a Compostela y quieren hacer algo que sea único en la cristiandad. Yo tengo una idea para algo magnífico, pero no lo veré acabado. Si acaso lo terminará mi hijo o mi nieto, pero me gustaría empezarlo yo y que lo acabe otro Mateo de mi sangre. Y necesito buenos tallistas.

—No, Mateo. Ya sabes por qué.

—Lo he hablado con la abuela.

—¿Ah, sí?

—Dice que podría ser bueno que fueras a Compostela, a postrarte frente al apóstol, y pidieras su gracia y su protección. Él intercedería por ti y por Guiomar si trabajas en su templo, aunque sólo sea durante un tiempo. No tiene que ser para siempre.

Sancho se puso en pie, abandonando la talla. De repente, la pequeña paz que había experimentado se había diluido con los proyectos de Mateo.

—Lo pensaré.

—El niño y yo nos vamos mañana. Luego, si encuentro donde vivir, me llevaré a Elvira.

—Haces bien. La mujer debe estar donde está el marido. Yo ya cometí ese error.

Mateo lo vio marcharse con los hombros doblados como si llevara encima todo el peso del mundo y se maldijo por su estupidez, por su falta de tacto. Pero él no servía para decir las cosas finamente; eso era cosa de mujeres. Debía haber dejado que la abuela hablara primero con él. Quería ayudar; quería sacar de Sancho, aunque fuera a golpes, aquella amargura que lo devoraba, pero no había nada que hacer. Habían pasado doce años y seguía siendo el hombre vacío que él descolgó de las ramas del roble, aunque a veces una sonrisa iluminara su rostro. Con su arte podría haber ganado muchos marcos de plata, podría haber conseguido a cualquier mujer y haber tenido hijos que le alegraran la vida y la vejez; pero estaba seco por dentro, se había convertido en un pedazo de piedra con un rostro tallado en forma humana, y él no podía hacer nada para ayudar a aquel hombre que había sido su discípulo y ahora era su igual y su amigo.

Escupió a un lado el polvo de la cantera, echó un trago de vino y, de repente, se le iluminó el rostro al ver acercarse por el sendero a su hijo cogido de las manos de su mujer y su abuela. Sancho nunca conocería aquella sensación.

* * *

Gloria, tensando todos los músculos, se puso de pie al oír que alguien metía la llave en la cerradura de la despensa. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, en la oscuridad, forzando el oído para distinguir algún sonido que le indicara que sus amigos estaban buscándola. No comprendía que la hubieran dejado sola; a menos que Bárbara se hubiera inventado alguna mentira convincente que les hubiese hecho creer que se había marchado del monasterio sin despedirse de ellos.

Durante un tiempo, al principio de su encierro, el dolor de cintura se había hecho casi intolerable y después, sin ninguna razón, había desaparecido por completo, igual que la quemazón de la frente. Ahora estaba nerviosa y asustada, pero se sentía bien; dispuesta a defenderse si era necesario.

Tanteó por las estanterías que tenía más cerca y su mano se cerró sobre un bote. No era un arma, pero era mejor que nada.

Antes de que la puerta llegara a abrirse, se encendió la luz y, por unos segundos, parpadeó enloquecidamente ante el resplandor que cegaba sus ojos acostumbrados ya a la oscuridad.

Oyó primero la risa de Bárbara y luego su voz, que sonaba distorsionada, ajena, como al borde de la locura.

—¿Pensabas matarme con un bote de tomate, imbécil?

Gloria desvió la vista hacia su mano y dejó el bote en la estantería. Ahora, con luz, hasta a ella misma le parecía ridículo.

—Esto, sin embargo, sí puede matar —Bárbara la encañonaba con una pequeña pistola—. No hagas tonterías. Limítate a hacer lo que te diga. ¡Anda, sal de ahí! Necesito tu ayuda.

—¿Para qué? —se oyó decir como desde lejos.

—Para que me digas dónde está algo que necesito encontrar.

—¿Qué es?

—Ni yo misma lo sé. Algo que brilla en la oscuridad con una luz azulada. En mis sueños se habla de «piedras de luna», «piedras del corazón de la luna». ¿Sabes qué son?

Gloria negó con la cabeza. Bárbara alzó el revólver con las dos manos apuntando a la cara de la chica.

—Entonces no me sirves para nada.

—¡Bárbara! ¡Por favor, no dispires! Si me matas ahora, te pasarás la vida en la cárcel.

De un modo absolutamente incongruente, Bárbara se echó a reír hasta las lágrimas, unas sonoras carcajadas que hacían temblar el arma en su mano.

—¡En la cárcel! —repetía entre risas—. ¡En la cárcel! ¿Tú sabes dónde he pasado yo los últimos mil años?

Era evidente que se había vuelto loca y Gloria no sabía si tenía algún sentido intentar hacerla entrar en razón.

—¡Bárbara, escúchame!

—No me llames Bárbara, estúpida. Yo soy doña Brianda Núñez, condesa de Peñalba, y he venido a matarte.

A Gloria le fallaron las rodillas y se dejó caer al suelo. La bala impactó contra la pared de detrás y reventó un bote gigante de melocotón en almíbar. La despensa se llenó de ecos y de olor a cordita.

El estampido la había dejado sorda y Bárbara se había convertido en una figura de rostro inhumanamente pálido que se retorció de furia abriendo y cerrando la boca, pronunciando palabras que Gloria no podía escuchar.

La vio acercarse en dos zancadas. Luego, la agarró por el hombro y la sacó de la despensa como si fuera una muñeca de trapo. Fuera, el aire era más fresco y olía bien, a libertad. Poco a poco fue captando las palabras de Bárbara, que la arrastraba a empujones por el pasillo, hacia el claustro, con el cañón de la pistola pegado a su sien.

—Te mataré, perra —iba diciendo—. Te mataré, como hice en Arlanzón, como hice después en Toledo trescientos años más tarde, y en Madrid, cuando era rey aquel pelele que fue mi amante. Pero esta vez Sancho también morirá y se os habrá acabado el tiempo. Esta vez el poder que entonces os protegió será mío y os destruiré a todos. Nada ni nadie podrá salvaros. Luego ofreceré a mis amos esa fuerza a cambio de mi propia salvación. Y mi venganza se habrá cumplido.

Cruzaban por el centro del claustro a trompicones cuando Bárbara le dio un empujón que hizo caer a Gloria de rodillas junto a la fuente. Sus ojos se posaron en el emblema que había sido el principio de todo y de pronto comprendió.

Allí estaba el mensaje. Allí había estado siempre, delante de todos. Lo había visto mil veces y nunca se le había ocurrido leerlo.

—¡Levántate, Guiomar! ¡Vamos a la iglesia! Sé que tiene que ser ahí. Y esta vez Sancho tampoco llegará a tiempo.

* * *

Sancho había acabado de meter en las alforjas sus pocas pertenencias. Echó una mirada circular a la pobre cabaña donde había pasado los últimos quince años de su vida y, con una dolorosa opresión en el pecho, sabiendo que no la volvería a ver, salió al exterior, donde la madre Bibiana estaba colocando ramos de hierbas sobre unas tablas para que se fueran secando.

Había pasado casi dos años en Compostela, trabajando en el pórtico con Mateo, rezando todos los días al apóstol, purgándose de sus pecados, y ahora, por fin, sabía cuál era su camino: volvería a San Salvador de los Cerros y pediría al padre Juan que lo admitiera en su comunidad.

—¿Estás decidido? —preguntó Bibiana, como si le hubiera leído el pensamiento.

Sancho la miró con ternura. Había sido una segunda madre para él; le debía la

vida y ahora iba a abandonarla, sabiendo que estaba ya tan vieja que no pasaría del invierno. Ella misma parecía un brazado de ramas secas.

—Me has dado tu bendición.

—Pues claro, hijo. Has elegido bien. Sólo quería saber si te quedaban dudas.

—No, abuela, no tengo dudas.

—¿Hay algo que quieras decirme antes de marchar?

Sancho miró a Cordeluna, que había dejado apoyada contra el banco de piedra, junto a la puerta. Nunca le había hablado de ella. Quizá era el momento.

—Siempre lo sabes todo, abuela. Ven, siéntate a mi lado. Sí que hay algo que quiero contarte.

La madre Bibiana escuchó la historia de Sancho con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en los troncos de la cabaña, dejándose bañar por el tibio sol del otoño. Su piel era ya tan fina que se traslucían las venas azules, a pesar de las arrugas que surcaban su rostro.

Cuando terminó de hablar, la anciana le tomó la mano y se la besó en la palma.

—Hijo mío, ¡cuánto dolor podrías haberte ahorrado si me lo hubieras contado antes! Pero ya te dije que cada ser toma sus decisiones y luego tiene que aprender a vivir con ellas. No hablemos pues del pasado. Dame esa espada.

—¿Para qué?

Incluso después de quince años en los que no había puesto la mano sobre Cordeluna, le molestaba que alguien quisiera tocarla.

—Dámela.

Sancho cogió la espada con infinito cuidado y se la puso en las manos extendidas. La anciana la sopesó durante un rato con los ojos cerrados, como si la estuviera reconociendo; luego la sacó de la vaina y la miró fijamente.

—Tiene un gran poder, Sancho. Es un poder extraño, que nunca había conocido. No es ni bueno ni malo. Sólo agranda lo que hay en su poseedor. Por eso tu amor es desmedido, como lo era tu valor en el campo de batalla y como lo fue tu sed de venganza. Pero está incompleta y eso le quita fuerza.

Sancho metió la mano en su túnica y le mostró la piedra.

—Sí, ésa es una de las dos que faltan. ¿Dónde está la otra?

Sancho rechinó los dientes. Se resistía a hablarle de la existencia de Blanca. No quería que supiera que había vivido quince años con ella, gracias a ella, y que había guardado siempre ese secreto, que no había confiado en ella lo bastante para contárselo.

—La tenía Guiomar —dijo por fin, sin mentir, pero sin decir toda la verdad.

—¿Fue sepultada con la piedra?

Sancho negó con la cabeza, notando un nudo en la garganta.

—Antes de morir —dijo por fin, como si le costara un esfuerzo cada palabra—, Guiomar se la puso a... la niña.

Los ojos de la madre Bibiana se iluminaron de repente.

—¿A vuestra hija? ¿Tuvisteis una hija?

—Blanca.

—¡Alabado sea Dios, hijo mío! Eso cambia las cosas. ¡Eso lo cambia todo!

—¿Qué cambia, qué puede cambiar el que yo tenga una hija de quince años a la que no he visto jamás? —Sancho empezaba a sentirse furioso, como siempre que no comprendía algo.

—Todo, te digo, todo. Si me lo hubieras dicho antes... Pero quizá aún estemos a tiempo...

—¿A tiempo de qué? Guiomar está muerta, Brianda está muerta, mi hija es una desconocida, yo no soy nada ya.

—¿Recuerdas que te hablé de una maldición que pesa sobre vosotros y que yo no podía deshacer? —Sancho asintió sin palabras—. El hombre que la urdió, un hechicero al servicio de la condesa, ha muerto. Lo sé porque a veces viajo sin mi cuerpo y veo cosas que nadie puede ver. Desde que te conozco, he buscado muchas veces, tratando de encontrar una salida. Ese hombre selló su pacto con la sangre de un recién nacido. Arrebató una vida para destruir las vuestras.

Sancho la miraba con los ojos dilatados por la sorpresa y el horror.

—Pero tú y Guiomar tuvisteis una hija y, con eso, devolvisteis una vida al mundo; restablecisteis el equilibrio, ¿entiendes? Tú has purgado tus pecados y estás dispuesto a seguir haciendo penitencia mientras te dure la vida. Y tenemos a Cordeluna.

—¿Quiere decir eso que puedes deshacer la maldición? —Sancho casi no se atrevía a dejar nacer la esperanza.

—No. No puedo deshacerla. Puedo aliviarla. Si Dios quiere, puedo hacer que tengáis más tiempo..., otra oportunidad.

—No te entiendo, abuela, no te entiendo.

—No es necesario que me entiendas todavía, hijo. Vacía tus alforjas; no puedes irte aún. Mañana a la noche tenemos algo que hacer.

—¿No puede ser esta noche?

—Mañana es luna llena. Confía en mí, Sancho. Mañana.

* * *

Al salir de la cueva estuvieron a punto de ser derribados por un viento huracanado y caliente que soplaba con furia desmedida, haciendo doblarse a los álamos y abedules que flanqueaban el riachuelo. Las nubes, grises hacia el este y moradas hacia poniente, volaban enloquecidas por el cielo, y las violentas chispas plateadas de los rayos brillaban cada vez más cerca del monasterio, acompañadas ya de un rugido lejano, precursor de una poderosa tormenta.

Con la cabeza agachada y lo más rápido posible, en silencio, se pusieron en camino hacia Santa María de las Piedras. De vez en cuando, Quique y las chicas echaban una mirada de reojo a Sergio y Andrés, que caminaban uno al lado del otro a

grandes zancadas, con un porte que no les conocían ni de sus mejores improvisaciones teatrales. De algún modo que apenas si alcanzaban a imaginar, tenían la sensación de que sus dos amigos reflejaban con claridad lo que Sibila les había contado de las imágenes que veía en sueños: que eran ellos y a la vez eran otros.

Llegaron al monasterio cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia, grandes y agresivas, levantando la tierra reseca al estamparse contra el suelo.

—¡Menuda tormenta! —comentó Quique, tratando de quitar solemnidad a la situación; pero nadie contestó.

Entraron, echaron el cerrojo a la puerta principal y, sin consultarse ni con la mirada, se dirigieron al claustro, que estaba bañado en una luz extraña, violácea, como enfermiza.

—Mirad —dijo Tina en voz baja, deteniéndose en mitad del claustro—. ¿Veis los capiteles de las columnas? Ya nos habló Luis de que en el románico tardío eran frecuentes los capiteles historiados en los que el tallista representaba escenas de los pasajes bíblicos más importantes, porque, como la mayoría de la gente no sabía leer, era una forma de recordarles las escenas cruciales. Si os fijáis, algunos representan momentos como la creación de Adán y Eva, la Crucifixión de Cristo y cosas así. Pero hay otros en los que, si se encuentra la secuencia correcta, se puede leer una historia que no tiene nada que ver con la *Biblia*.

—No perdamos tiempo —dijo Sergio, nervioso—. Ya nos lo contarás más tarde. Hay que encontrar a Gloria.

Pocos minutos atrás, Gloria había estado allí, junto a la fuente, encañonada por la pistola de Bárbara, pero no quedaba ninguna huella de su paso.

—Es que es importante —insistió ella—. Porque esta mañana, por miedo a que me pillara Bárbara y se le ocurriera lo mismo, no me ha dado tiempo más que a ver dónde estaba enterrada Cordeluna. Pero estoy segura de que aquí también se dice dónde están las piedras que le faltan.

—Vamos a repartirnos en grupos de dos. El que encuentre algo, que lo diga —propuso Sibila.

—Somos cinco —intervino Quique.

—Yo buscaré solo —zanjó Sergio la cuestión.

Se separaron y comenzaron a estudiar los capiteles. Era difícil, porque lo que para un monje o un simple fiel de la época era una guía y un recordatorio de historias conocidas, para ellos, educados en colegios laicos y procedentes de familias poco religiosas, era muchas veces una amalgama de figuras difícilmente reconocibles y les costaba mucho distinguir cuáles de los capiteles pertenecían a la historia de Cordeluna y cuáles a la *Biblia*.

—Mira —le estaba diciendo Tina a Quique—, aquí se ve a un hombre con una espada en la mano frente a la entrada de una cueva, ¿ves? Ese capitel es el que me abrió los ojos.

—En éste aparece un caballero matando a una mujer que tiene cuerpo de dragón, cabeza de persona y lengua de serpiente, bífida —les llegó la voz de Sibila desde el otro lado del claustro.

—Ése podría ser San Jorge matando al dragón —comentó Tina, después de acercarse a echarle una mirada— aunque eso de que tenga cara de mujer es raro, sí...

—Aquí hay un hombre y una mujer cogidos de la mano. En la otra mano tienen algo..., no sé, como una pelota de ping pong —dijo Andrés, que al menos de momento parecía haber vuelto a su ser, a pesar de que aún sostenía la espada en la mano.

—En éste hay una chica muerta al pie de una pared y un guerrero arrodillado con la cabeza apoyada en la cruz de su espada —Sergio habló con voz estrangulada, como si la escena, en lugar de ser un crudo relieve de piedra, fuera la imagen de una película que recordara de su infancia.

Sobre las dos figuras, acababa de ver, diminuto y casi borrado por siglos, el emblema de amor.

—Y aquí se ve a una mujer con un niño en brazos y una especie de huevo en la mano izquierda. No, esperad, dos huevos pequeños, como los de codorniz. ¿Crees que ése nos interesa, Tina?

—A ver... —Tina fue corriendo al capitel que indicaba Quique—. ¡Claro! ¡Ése es! No son pelotas, ni huevos de codorniz. ¡Son las piedras que le faltan a la empuñadura de Cordeluna!

—¿Y dónde están? —preguntó Quique, perplejo.

—No es una madre normal con su hijo, ¿no lo ves? Es una Madonna, una Virgen. ¡Nuestra Señora de las Piedras!

Todos se miraron sonrientes, felices por haber conseguido leer el mensaje que alguien, mil años atrás, había dejado para ellos.

—Pues lo mismo soy memo —insistió Quique, después de haberlo pensado unos segundos y a pesar de que le fastidiaba romper el encanto de la situación—, pero sigo sin saber dónde están las malditas piedras.

—¡En la iglesia, hombre, en la iglesia! Las tiene la Virgen.

—Luis nos explicó que nadie sabe por qué se la llama la Virgen de las Piedras, lo que significa que nadie las ha visto hasta ahora. Si en algún tiempo las tuvo en la mano, ahora ya sabemos por qué la figura tiene la mano izquierda levantada; pero todos hemos visto que está vacía —le dolía estropear las ilusiones a los demás, pero para él estaba claro que no habían avanzado tanto como pensaban los otros.

—Tienen que estar allí. ¡Vamos! —apremió Sergio, y todos se dirigieron a la puertecilla que daba a la iglesia.

—Está cerrada por dentro —dijo, después de intentar mover la manivela—. ¿Qué hacemos? No hay otra entrada.

—Dejadme probar —Andrés se agachó hasta que su ojo estuvo a la altura del ojo de la cerradura.

—¿Ves algo?

—Hay luz dentro, pero no la lámpara eléctrica. Parece luz de velas, amarillenta y temblorosa. ¿Tiene alguien un destornillador, una palanca, algo metálico grueso y lo más fuerte posible? Lo que sea. Estos cerrojos pesan mucho, pero son sencillos.

Sergio y Quique salieron disparados hacia la cocina uno, y otro hacia el cobertizo del patio donde Tomás guardaba las herramientas, y volvieron a los pocos minutos cargados con todo lo que habían podido encontrar. Sibila se quedó con Cordeluna mientras tanto. La espada desprendía una ligera vibración, como una corriente eléctrica, que serpenteaba por su brazo y se extendía lentamente por todo su cuerpo, dándole una sensación de inminencia.

—Está aquí —le susurró a Tina, mientras los chicos se afanaban con la cerradura.

—¿Quién? —preguntó Tina en voz apenas audible, sintiendo cómo se le ponía el vello de punta.

Un trueno tremendo que los hizo dar un respingo retrasó la respuesta de Sibila.

—Ella. La anciana. ¡Mírala! Está ahí, en el claustro. ¿No ves cómo brilla?

La luz había bajado mucho, casi como si se estuviera haciendo de noche. Tina miró hacia donde Sibila le indicaba, forzando la vista, pero allí no había más que un arbolillo agitado por el viento.

—Ya está —dijo Andrés—. Un último tirón y lo tenemos. Preparaos.

La puerta se abrió de golpe y les llegó una voz que era y no era la de Bárbara:

—¡Bienvenidos! Entrad de uno en uno y con las manos bien visibles. Si alguien intenta pasarse de listo, la mato.

Bajo el altar, Bárbara, cogiéndola por el cuello, apretaba una pistola contra la sien de Gloria.

—Gracias por traerme la espada. ¡Sancho! Acércate y déjala a mis pies. Todo ha terminado para vosotros.

* * *

Era ya noche cerrada cuando la madre Bibiana abrió la puerta de la cabaña y dejó pasar a Sancho. Había estado encerrada allí desde el día anterior, mientras él se desesperaba caminando por el bosque, cortando leña para dejarle a la abuela una buena provisión para el invierno y cazando todo lo que se ponía a tiro para que ella pudiera salar la carne y no se muriera de hambre en los largos meses fríos hasta el comienzo de la primavera.

Intermitentemente, había visto salir humo de la chimenea y había oído retazos de plegarias, salmodias, e incluso gemidos de dolor que habían estado a punto de hacerle entrar en la choza. Pero la abuela le había prohibido el paso hasta que ella misma le abriera la puerta, y no había tenido más remedio que obedecerla y esperar.

Ahora, por fin, parecía que la mujer había terminado de preparar el rito y deseaba contar con su presencia. Sancho sentía la boca seca y el corazón estrujado. Hacía

tanto que vivía sin esperanza, que tenerla todavía le dolía más, como si alguien hubiera avivado el rescoldo de una hoguera que parecía haberse extinguido.

—Ven, hijo, tengo algunas cosas que explicarte, antes de que hagamos lo que puede ser hecho. Luego te marcharás hacia el sur y llevarás la vida que habías decidido hasta que te llegue la muerte.

Sobre la mesa había un zurrón; la abuela había barrido la ceniza de la chimenea, todos los cacharros que solían estar a la vista habían sido recogidos y guardados en el arcón, y la pobre cabaña parecía de repente una cáscara vacía, pero Sancho estaba tan concentrado en sus propios pensamientos y esperanzas que no se dio cuenta de lo que aquello significaba.

—Déjame que te cuente lo que necesitas saber: hace unos dieciséis años, doña Brianda se encaprichó de ti, como bien sabes. Eso no habría tenido demasiada importancia. Si tú no hubieras conocido a Guiomar, es posible que hubierais disfrutado juntos de unos meses o unos años y luego los dos os habríais casado en vuestro propio estado y no habría sucedido nada más. Pero cuando encontraste a Guiomar, ya tenías a Cordeluna. Ya la habías empuñado y habías vertido sangre con ella, alimentando su poder. Esa espada fue forjada para cumplir una venganza y la sangre la alimenta, aunque lo que de verdad hace, como ya te expliqué ayer, es aumentar los sentimientos de su portador.

—Entonces —interrumpió Sancho, muy agitado—, ¿quieres decir que mi amor por Guiomar no era natural, que no la habría querido igual sin Cordeluna?

—Tu amor siempre fue verdad, igual que el de ella. Pero el poder que impregna la espada lo convirtió en un amor trágico, en una repetición de la historia antigua que llevó a la forja de Cordeluna. Ella hizo también que el capricho de doña Brianda se convirtiera en una obsesión tan terrible que la condujo a la locura y el crimen. Aunque Cordeluna sola no habría logrado hacerlo, si no hubiera sido por la intervención de ese hechicero del que te hablé.

—Si yo hubiera sabido de su existencia, habría ido a matarlo, abuela.

La madre Bibiana chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—Demos gracias a Dios de que lo ignoraras, Sancho. No creo que pudieras salvarte si hubieras hecho eso. Por fortuna, ese hombre ya no vive. Lo mató alguien que tú conocías bien, en tu nombre; pero tú no eres responsable de ello. Ahora tu amigo, voluntariamente, se ha atado a la maldición que pesa sobre vosotros y tampoco encontrará la paz.

—¿Mi amigo? ¿Laín? —a Sancho no se le ocurría ninguna otra persona capaz de ayudarle a cumplir su venganza por la muerte de Guiomar.

—Un joven de tu edad, más moreno, muy fuerte. Lo vi en una visión.

—Laín..., mi querido Laín. ¿Sabes dónde está, abuela?

—No, hijo. No he vuelto a verlo. El caso es que ahora Laín, doña Brianda, Guiomar y tú estáis malditos por siempre a causa del conjuro de ese hechicero, que a su muerte fue devorado por la oscuridad.

Hizo una pausa y le pidió a Sancho un sorbo de agua, que él se apresuró a servirle.

—Sin embargo, no pudieron destruir a vuestra hija. Y vosotros, al haberle dado la vida, conseguisteis restablecer el equilibrio, y algo mucho más importante: tendréis descendientes en este mundo. Cuando llegue el momento, muchos años en el futuro, habrá hombres y mujeres de vuestra sangre. A través de ellos, si todo sale como yo espero y si Dios lo permite, podréis alcanzar la paz.

—¿Cómo, abuela?

—Vuestros espíritus errantes, cuando se dé la conjunción propicia, podrán volver parcialmente a la tierra y, a través de otras personas jóvenes, repetirán vuestra historia y así tendréis otra oportunidad. Pero no puedo desligaros del odio de doña Brianda. Ella volverá también e intentará repetir lo que ya ha hecho. Si consigue separaros de nuevo y matar a Guiomar, volveréis a vagar perdidos en la nada, esta vez para siempre, o vuestras almas quedarán a merced de las tinieblas y los seres que las habitan. Lo único que puedo ofreceros es otra oportunidad. Creo que podré alterar la maldición para que, en lugar de que sea eterna, nos dé mil años de plazo. En esos mil años, tendréis tres ocasiones. Si fallan las dos primeras, sólo os quedará el momento final, el que se presentará en algún punto del siglo XXI, a principios del 2000. No puedo precisar más la fecha.

—¿El año dos mil, abuela? Quizá ni siquiera exista la humanidad para entonces..., quizá Dios decida castigarnos mucho antes por nuestros pecados y nos borre de la faz de la tierra.

Ella sonrió dulcemente.

—No, Sancho, confía en Dios y en su bondad. La humanidad seguirá existiendo en el año dos mil de Nuestro Señor. Lo he visto —y le tomó la mano para darle un poco de seguridad—. Durante el tiempo que he pasado aquí dentro en la cabaña desde ayer, he viajado hasta allí. He visto a las personas que nos ayudarán a deshacer la maldición. Te prometo que nos ayudarán. Pero me ha costado mucha energía y me siento muy débil. Espero poder resistirlo para acompañaros dentro de mil años en ese trance final. En las otras dos ocasiones, tendréis que intentarlo solos, porque mi fuerza no es suficiente para asistirlos tres veces. ¿Estás de acuerdo?

Sancho asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Has visto a Guiomar? —preguntó casi sin voz.

La madre Bibiana sonrió.

—Sí, hijo, la he visto; sigue siendo hermosa y te ama.

Sancho sintió que se ahogaba, que se le nublaba la vista, y la sangre en los oídos empezaba a rugirle como un torrente.

—Y ahora escúchame. Cuando llegues a San Salvador, guarda a Cordeluna en algún lugar donde pueda estar a salvo durante mil años y busca la manera de dejar un mensaje a tus descendientes para que puedan hallarla cuando llegue el momento. Luego tienes que conseguir que las dos piedras que le faltan estén juntas, pero no con

la espada. Cuando se cumpla el tiempo, ellos, los del futuro, las reunirán y el poder de Cordeluna se enfrentará a doña Brianda y a la oscuridad y, si Dios quiere, venceremos y seremos liberados.

—Abuela —dijo Sancho, repentinamente angustiado—, ¿no querrás decir que tú también...?

—Sí, Sancho. Yo también. Es necesario.

—Has hecho el bien toda tu vida; te mereces ir derecha al cielo a sentarte a la diestra del Padre. ¿Vas a condenarte a mil años de dolor y de tinieblas para ayudarnos? ¿Por qué, abuela?

—Porque te quiero, hijo mío. Porque has sido un nieto para mí, el apoyo de mi vejez, mi alegría... Porque yo te devolví a la vida y soy responsable de ti. No puedo abandonarte.

Sancho la abrazó sin palabras. No había palabras que pudieran expresar lo que sentía en aquel momento.

—Vamos, muchacho. Pronto llegará la luna al cenit y tenemos que prepararlo todo.

—¿Adónde vamos?

—Al claro del bosque donde te encontró Mateo quince años atrás. Es uno de esos lugares donde el equilibrio es perfecto, donde todo puede comenzar.

Sancho cogió el zurrón de la abuela, le dio el tronco que él mismo le había tallado para que le sirviera de bastón, y la sostuvo suavemente por la cintura para que se apoyara en él. Pesaba poco más que un gorrión.

—Me quedaré contigo todo el invierno, abuela. Ya habrá tiempo de volver a Castilla. Me quedaré contigo hasta el final.

—Gracias, hijo. No tendrás que esperar mucho.

* * *

Bernardino estaba inquieto. Había terminado de arreglar los horarios con el equipo de filmación y, desde el bar donde se había metido para refugiarse de la lluvia, había llamado varias veces al monasterio para explicarle a Bárbara cómo había ido todo y que ella le contara si los chicos ya estaban a punto con sus papeles, pero no había conseguido comunicarse con nadie. No le contestaban ni los móviles ni el fijo.

Alguien le había dicho que lo de los móviles era normal cuando había una tormenta tan fuerte como la que había pasado por Burgos y que ahora, probablemente, se estaba desencadenando en la zona de Nuestra Señora de las Piedras en toda su violencia. De todas formas no estaba tranquilo. Bárbara se había estado comportando de un modo tan raro en los últimos tiempos que, ahora, con la distancia que daba haber salido de la rutina del monasterio, empezaba a pensar si había hecho bien dejándolos solos.

Preguntó al dueño del bar si había en Burgos alguna oficina de alquiler de coches,

pero el hombre le dijo que no resultaría fácil en sábado por la tarde; al fin y al cabo, aquello no era Madrid y sólo tenían un pequeño aeropuerto.

De modo que pidió otra cerveza y siguió dándole vueltas al asunto porque, de un modo que no conseguía explicarse, tenía la sensación de que hacía falta en el monasterio.

* * *

En el bosque, la luz perlada de la luna iluminaba el claro, presidido por el roble centenario en cuyas ramas, quince años atrás, Sancho había pensado acabar su vida. No había vuelto a pasar por allí desde que vivía en la cabaña de la madre Bibiana, a pesar de que no estaba a más de media legua de camino.

Ahora se extendía, fantasmal, frente a ellos, como un mudo recordatorio de la soledad y las tinieblas que les esperaban.

La noche era clara y fría. En el cielo plateado por la luna, las estrellas brillaban distantes, indiferentes.

—Haz una pequeña hoguera ahí en el centro —le pidió la abuela— y tráeme un jarro de agua del arroyo. Fuego, agua, tierra y aire. Los cuatro elementos son necesarios. Y nuestra fe. Y Cordeluna.

Cuando todo estuvo preparado, la anciana se volvió una vez más hacia Sancho.

—No me interrumpas por nada. No hables. Limpia tu corazón de todo mal pensamiento; arrodíllate y reza. Seguramente no verás nada, no sentirás nada especial, pero cuando todo haya acabado, lo sabrás. Entonces haz lo que tienes que hacer.

Antes de separarse, la madre Bibiana besó la frente de Sancho y le hizo la señal de la cruz. Luego, renqueante, apoyada en su bastón, se colocó junto a la hoguera, regó el agua del jarro en torno a ella, humedeciendo la tierra, dejó caer sobre el fuego un puñado de hierbas que inundaron el claro con su fragancia pungente y cerró los ojos.

A sus pies, Cordeluna empezó a relucir, bañándola en una luz violeta que competía con el resplandor rojizo del fuego.

Sancho cayó de rodillas bajo el roble, sin apartar la vista de la anciana.

De improviso se levantó un viento poderoso y cálido que sacudió las ropas de la mujer. El brillo de Cordeluna se hizo tan fuerte que parecía que una estrella hubiera caído a los pies de la anciana. Luego, ella misma empezó a brillar suavemente, como bañada en perlas, y por unos instantes, Sancho creyó ver a la hermosa doncella que había sido tantos años atrás.

El fuego lanzó un rugido como si una rama cubierta de resina hubiese estallado en su interior; infinidad de gotas de agua se alzaron alrededor de la hoguera, suspendidas mágicamente en el aire, que ahora era sólo una brisa suave: y entre la tierra, donde apoyaba los pies la madre Bibiana, y sus manos, nació un arco iris.

Sólo duró unos instantes.

Entonces paró el viento, dejando una calma perfecta, el fuego se apagó, Cordeluna dejó de brillar y el cuerpecillo de la anciana se desmadejó lentamente en la oscuridad.

Sancho se puso en pie y en dos zancadas se plantó junto a ella. Todo había acabado. Estaba seguro.

—¡Abuela! ¡Abuela! —empezó a sacudirla para despertarla de su trance.

Pero la madre Bibiana no reaccionó. Aunque su cuerpo aún estaba tibio, sus ojos se habían convertido en dos cristales sin vida y toda la piel de su rostro parecía haberse alisado, como si hubiese rejuvenecido.

Cuando se dio cuenta de que estaba muerta, se sentó junto a la hoguera apagada, la tomó en sus brazos como si fuera la hija que no había llegado a conocer, y la acunó hasta el alba.

Cavó una tumba al pie del roble, la envolvió en el único manto que tenía, y que ella misma le había cosido, y la enterró, con el corazón destrozado de pena y de agradecimiento.

A mediodía, con la pobre campana de una aldea tocando la hora sexta, Sancho había dejado atrás los bosques frondosos que habían sido su hogar durante tanto tiempo.

A pie, pobremente vestido y calzado, sin manto que lo resguardara del frío, y con un trozo de pan por todo viático, Sancho Ramírez, el que fuera guerrero del Cid, volvía a Castilla.

* * *

Al volante de un coche diminuto que acababa de alquilar en el aeropuerto, Bernardino se adentraba en la tormenta que rugía a su alrededor. No podía evitar sentirse estúpido regresando al monasterio con tanta precipitación, cuando no tenía nada tangible a lo que agarrarse, pero a la vez algo en su interior le decía que debía acudir, que estaba pasando algo importante y que era necesaria su presencia.

A pesar de que no era más que media tarde, el día estaba oscuro y extraño, como amoratado. Los relámpagos iluminaban su camino, seguidos de unos truenos tan violentos que todo el coche se sacudía cuando estallaban por encima de su cabeza. Sin embargo, se trataba de una tormenta seca; no llovía, y la carga de electricidad que había en el aire le hacía sentir un leve temblor interno, como si estuviera conectado a un cable de alta tensión, así que estaba deseando el alivio que traería la lluvia. El calor era agobiante y aplastaba.

De vez en cuando, aunque con pocas esperanzas, volvía a marcar el número del móvil de Bárbara, lo dejaba sonar hasta que se conectaba el buzón de voz y colgaba sin dejar mensaje. ¿Qué mensaje iba a decir? ¿Que tenía el palpito de que algo no iba bien? Mejor esperar a hablar con ella cara a cara.

Al salir de la autovía para coger la desviación que lo llevaría al monasterio, vio con inquietud que se dirigía al mismo centro de la tormenta, a un lugar donde los relámpagos y los rayos parecían concentrarse de un modo que ya no resultaba natural. Pero un coche es una caja de Faraday, pensó. No hay nada que temer mientras siga aquí dentro.

* * *

El hermano Sancho, una vez terminadas las labores del día, se sentó en el claustro bajo el serbal que había plantado con sus propias manos al poco tiempo de pronunciar sus votos. Miró hacia arriba y la vista de las bolitas rojas que lo adornaban le hizo suspirar. ¿Cuántos años habían pasado desde aquella tarde en que conoció a Guiomar? Una vida. Toda una vida. Pero su recuerdo seguía palpitando en su interior, aunque ahora, a veces, ya era un dolor conocido y casi agradable, como cuando se pasa la lengua por un lugar sensible dentro de la boca.

Hacía más de diez años que había llegado a San Salvador para ser acogido con júbilo y cariño por el padre Juan, que ahora yacía en su tumba, en la iglesia, bajo una losa tallada por sus manos. Desde entonces había vivido como monje benedictino en la comunidad, había trabajado en el huerto y en el *scriptorium* día tras día; había rezado con sus hermanos e incluso había llevado a cabo su obra maestra: una talla en madera de Nuestra Señora, con los rasgos de Guiomar. Sólo Juan se había dado cuenta de ello, pero no se había enojado con él. Con su humor característico, se había limitado a decirle: «Ya me figuro que no habrás encontrado por los alrededores ningún rostro mejor que pudiera servirte de modelo».

Mientras tanto, la imagen se había convertido en una atracción del monasterio; muchos peregrinos se desviaban un poco de su ruta para verla, postrarse a sus pies y pedir su protección. Incluso, sin que él supiera por qué, cada vez acudían más mujeres a pedirle a la Virgen que les concediera la gracia de tener un hijo. Y bastantes guerreros pasaban también por el monasterio desde que se había corrido la voz de que Nuestra Señora concedía a los hombres valor en la batalla. Por eso, poco antes de morir, el padre Juan le había pedido que la convirtiera en un sagrario, para poder llevar la comunión al campo, donde esperaban los hombres de armas. Él lo había hecho con gusto, ya que sólo se trataba de hacer una pequeña hornacina en la espalda de la talla para guardar allí el Santo Sacramento.

Y en cuanto la hermosa imagen hubo ocupado su sitio en el altar, Sancho, solemnemente, y en presencia de sus hermanos, se había desprendido de la piedra de luna que lo había acompañado toda la vida y se la había ofrendado a la Virgen, que la sujetaba con la mano izquierda, mostrándola a los fieles.

Había pensado durante años dónde ocultar la piedra, en espera de que pudiera reunirse con la de Guiomar, y al final había llegado a la conclusión de que la mejor forma de que no se perdiera jamás era consagrarla a Nuestra Señora, para que todos

los monjes presentes y futuros la consideraran parte de sí mismos y la defendieran con su vida, si fuera necesario.

Pero la piedra seguía sola, esperando, él se iba haciendo viejo y temía que no le llegara la vida para verlas reunidas.

A Cordeluna la había enterrado tras el riachuelo, en la cueva que había sido testigo de sus únicos días de amor, marcando el lugar con su emblema. Allí estaría segura. Lo que aún no había conseguido imaginar era cómo hacer para dejar un mensaje a la posteridad, pero si Dios se dignaba iluminarlo, algún día podría dejarlo todo listo y morir en paz.

Se levantó del banco y decidió dar una vuelta por el huerto antes de la cena. En el corredor del claustro vio venir en su dirección un pequeño grupo de damas, peregrinas sin lugar a dudas, conducidas por el hermano Lucas, y miró desesperadamente a su alrededor buscando cómo escapar de encontrarse con ellas. Al darse cuenta de que resultaba imposible, se echó la capucha sobre los ojos y bajó la vista.

Pero algo había llamado su atención en la postura o el movimiento de una de aquellas damas, de modo que no pudo evitar mirarla. Sus ojos se cruzaron y la mujer se persignó mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa.

—¡Don Sancho! —exclamó, alborozada—. ¿Sois vos?

La sorpresa fue tan grande, que casi no fue capaz de reaccionar.

—Ya no, Régula. Ahora soy el hermano Sancho —dijo por fin, sonriendo.

—¡Qué alegría me da veros vivo, señor! ¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos años hemos rezado por vos, creyéndooos muerto!

—Estuve muerto por dentro, Régula. Mucho tiempo. Pero Dios me devolvió a la vida para que lo sirviera. ¿Qué haces por esta santa casa?

—He venido con mi señora, la condesa de Medinaceli, a pedir la gracia de la Santísima Virgen. Mi ama lleva nueve años casada y no ha podido concebir.

—Dile que lo pida con toda su fe y Ella hará el milagro.

Sancho hizo un movimiento de despedida, para marcharse cuanto antes. Tenía la sensación de que, al ver a la que había sido la doncella de Guiomar, todas las heridas que habían cicatrizado volvían a abrirse en su corazón y no creía poder soportarlo.

—Venid, don Sancho —dijo Régula, sin hacer caso de sus deseos—. Tengo que mostraros algo.

Caminaron unos pasos en la misma dirección de la que había venido y Régula le indicó con el dedo el lugar donde estaba plantado el serbal. Bajo sus ramas, mirando las frutillas rojas, había una dama joven vestida de verde pálido. Sobre su brial de seda destacaba, colgada de una cadena de oro, la piedra de luna. Había algo en su postura, en la manera de inclinar la cabeza o de sonreír a la vista del árbol que le recordaba dolorosamente a Guiomar.

—Blanca —susurró Sancho, casi sin voz, mientras las piernas se le doblaban hasta hincar la rodilla en el suelo.

—Vuestra hija. Mi ama.

—¿La condesa de Medinaceli es mi hija? —preguntó Sancho—. ¿Cómo es posible?

—¿No os contó nada el padre Juan?

Diez años atrás, a su llegada al monasterio, su primo le había dado noticias de toda su familia: su madre había muerto de fiebres tras el alumbramiento de su décimo hijo, un varón a quien habían puesto de nombre Pedro; su padre, apenas unos meses atrás, de una enfermedad del pecho. Sus hermanos estaban bien, aunque todos lo creían muerto.

De Laín, no había vuelto a saber nada. Pero, a cambio, le había contado lo sucedido con su pequeña: al sacarla del castillo donde Guiomar la había traído al mundo, el padre Juan la había llevado a Vivar, con su familia. La misma Mencía, la abuela de Blanca, que acababa de dar a luz a su noveno hijo, una niña llamada Cristina, la había amamantado y la había criado. Régula se fue también con ella, para servir a la hija como había servido a la madre.

A Blanca le dijeron que era hija de Sancho Ramírez, un valiente guerrero del Cid que había muerto en batalla, y de Guiomar, condesa de Peñalba, muerta de parto. Le explicaron que el matrimonio de sus padres había sido secreto y por eso el rey no tenía noticia de lo sucedido, por lo que tendrían que esperar hasta que fuera adulta para intentar reclamar su patrimonio. Nunca le habían dicho nada de la crueldad de doña Brianda ni del pacto diabólico que había atraído la desgracia sobre sus padres.

Cuando Blanca llegó a los catorce años, doña Jimena, la esposa del Cid, decidió tomarlas a ella y a Cristina como damas, y se marcharon a Valencia. Ésas eran las últimas noticias que Sancho había tenido de su hija.

—Don Rodrigo y su esposa —le explicó Régula—, se encariñaron mucho con las dos doncellas y, cuando el joven conde de Medinaceli pidió a Blanca en matrimonio, le dieron una espléndida dote y vuestra hija volvió a Castilla. Siempre ha llevado la piedra que su madre le puso al cuello al nacer. ¡Qué alegría se va a llevar ahora cuando le diga que su padre vive!

—No, Régula, no. Su padre, Sancho Ramírez, el valiente guerrero cristiano, ha muerto. Murió hace mucho, en los bosques de Galicia. Murió de dolor por la pérdida de Guiomar. Ahora soy el hermano Sancho, un monje como todos los demás.

—Y un gran tallista y escultor, según he oído.

Sancho inclinó la cabeza, con modestia.

—¿Es verdad que la Virgen tiene el rostro de doña Guiomar? —preguntó en voz baja.

Él asintió.

—No pude evitarlo, Régula. Guiomar era el ángel que Dios puso en mi camino.

Se quedaron los dos unos momentos en silencio, contemplando a Blanca, que se había sentado en el banco, bajo el serbal, y jugueteaba con la piedra.

—Régula, tengo que pedirte un gran favor.

—Lo que sea, don Sancho.

—Dile a mi..., a tu ama, que ofrende la piedra a Nuestra Señora.

—Le costará desprenderse de ella. Es todo lo que le queda de su madre.

—Dile que Ella obrará el milagro. Pero esa piedra debe estar aquí. Te lo pido por lo que más quieras en el mundo.

—Por mi esposo, que Dios tenga a su lado. Y por mi señora.

—Por ellos te lo pido.

Régula asintió despacio, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tienes hijos, Régula? —preguntó Sancho para sobrellevar el momento.

—Cinco, señor; todos sanos y buenos cristianos. Mi marido no venía mucho, pero lo suficiente para que tuviéramos descendencia —añadió con una sonrisa—. Y al final, nos llevó con él a Valencia. Fueron los mejores años de mi vida.

—¿A Valencia? ¿Era guerrero del Cid?

—Era Laín Ansúrez.

Sancho la miró, perplejo, y poco a poco, empezó a sonreír.

—Huyó a tierra de moros durante un par de años; luego regresó a matar al hechicero que os había echado la maldición y vino a visitarnos a Vivar. Vuestros padres, Dios acoja sus almas, lo recibieron como a un hijo y se fue convirtiendo en una especie de tío favorito de Blanca. En su siguiente visita nos casamos.

—¿Cómo murió?

—Luchando, don Sancho. Luchando contra los moros de Marruecos en la defensa de Valencia —hubo un silencio—. Fue un buen hombre, buen esposo, buen padre, buen cristiano.

Sacó un pañuelo de hilo de la manga del vestido y se enjugó los ojos.

—Buen amigo —añadió él, recordando todas las veces que Laín lo había apoyado, consolado, defendido en batalla, y su sacrificio más terrible, cuando al matar al hechicero para vengar a Guiomar, se había ligado por siempre a la maldición que los ataba.

Doña Blanca se había puesto de pie y miraba a su alrededor, como buscando a sus damas.

—Ve, Régula. Blanca te busca —la agarró por un pliegue del manto—. ¿Es bien casada, Régula? ¿Es feliz?

—Salvo por la falta de hijos, su vida es plácida y hermosa. Es una gran señora, como habría sido su madre.

—Gracias por todo lo que has hecho por ella, Régula; por nosotros. Ve con Dios.

—Os tendré en mis oraciones, como siempre, don Sancho.

—Yo también rezaré por ti. No olvides la piedra, por amor de Dios. De ella depende nuestra salvación y que volvamos a encontrarnos.

Régula se reunió con doña Blanca bajo el serbal y Sancho se quedó en la oscuridad de las arcadas, contemplando a su hija con una mezcla de sentimientos que

agitaban su alma: amor, orgullo, pena por el tiempo perdido, esperanza para el futuro y, a su pesar, un poso de rabia por lo que hubiera podido ser y no fue.

Blanca era bella, más alta que su madre, de cabello más claro, más vieja de lo que nunca llegó a ser Guiomar. Pero no tenía la gracia angélica de la doncella de la que él se enamoró casi veintisiete años atrás bajo el serbal, ni el brillo de sus ojos, ni su sonrisa inocente. Sin embargo, verla era como ver el reflejo en un estanque de la única mujer que había amado en su vida, y hacía tanto tiempo de la última vez que vio a Guiomar que era como haberla encontrado de nuevo, como un anuncio de que, con la misericordia de Dios, volverían a reunirse algún día.

* * *

En la iglesia el tiempo parecía haberse detenido. Todos miraban como fascinados a la que había sido Bárbara y que ahora parecía otra mujer: más vieja, más hermosa, más cruel. Aunque llevaba ropa deportiva y tenía una pistola en la mano, algo en la capucha, en la sudadera roja que le llegaba a las rodillas, sobre unos vaqueros estrechos, le confería un aspecto medieval y, por la forma en que la miraban Sergio y Andrés, las chicas tenían la impresión de que la reconocían con un odio antiguo y empecinado.

—¡Sancho! —volvió a gritar, impaciente—. ¡La espada!

Sergio hizo un movimiento, pero Andrés lo detuvo por el brazo.

—No la toques —susurró—. Si empuñas a Cordeluna, lo habremos perdido todo. ¡Llévala tú, Sibila!

La chica, vacilante, se fue acercando al altar sin dejar de mirar a Gloria, que, con los ojos dilatados de miedo, seguía su avance por la nave.

—¡Alto! —gritó Bárbara—. ¡Déjala ahí, sobre el altar!

El suave brillo de Cordeluna se fue intensificando hasta convertirse en un fulgor violeta que casi dañaba la vista.

—Ése era el poder del que hablaba el maestro Ludovico... —dijo Bárbara con expresión soñadora, pero sin apartar la pistola de la cabeza de Gloria—. Y debe de ser superior al de los amos, si ellos no pudieron salvarlo. Sólo es necesario restablecer la integridad de la espada y todo habrá terminado. ¡Dadme las piedras que le faltan!

Los chicos se miraron, inquietos.

—No tenemos ni idea de dónde están —dijo Andrés—. No sabemos siquiera si se han conservado.

En un silencio entre dos truenos se oyó con claridad un clic procedente de la pistola.

—Sabéis que la mataré si no me dais lo que busco.

—La matará de todas formas —susurró Sibila, que, caminando de espaldas, había vuelto con sus amigos.

Quique, que desde el principio se había colocado a la espalda del grupo y había ido adentrándose en las sombras del fondo de la iglesia mientras Bárbara les exigía que le llevaran la espada, se ocultó detrás de una columna y empezó a plantearse cómo llegar al abrigo de otra columna en el lado opuesto de la nave para tratar de acercarse al altar por el lado izquierdo de la mujer, el que creía seguro. Una vez allí, no tenía ni idea de qué podría hacer, pero tenía que intentarlo. Esperaba que sus amigos no se dieran cuenta de su repentina ausencia o no se les notara la sorpresa por su desaparición.

El brillo de Cordeluna era tan intenso que toda la iglesia estaba iluminada, salvo las sombras intensamente negras de las columnas. Todos los ojos empezaban a quedar deslumbrados por el fulgor que brotaba de la piedra sobre el altar, como una estrella de enorme magnitud caída a la tierra.

Todos, menos Quique, que desde su posición lateral, ya muy cerca del altar, era el único que se daba cuenta de lo que había empezado a suceder.

Desde la estatua de la Virgen, donde antes sólo había existido una talla de madera, dos delgadas serpientes de luz azul claro se retorcían como niebla buscando fundirse con el resplandor de Cordeluna.

Quique las siguió con los ojos, buscando su origen, hasta que detectó que surgían de dos lugares situados a los pies de la talla, en la peana donde alguien, cientos de años atrás, las había engarzado en círculos de oro, junto con otra media docena de piedras vulgares, para que nadie notara su importancia.

Los truenos se sucedían casi ininterrumpidamente, como si una legión de carros de combate se arrastrara por el cielo, y la luz de los relámpagos, iluminando violentamente las láminas de alabastro que cubrían las ventanas de la iglesia, palidecía frente al fulgor de Cordeluna. El fragor de la lluvia era tan intenso que tenían que gritar para hacerse oír.

—¡Dadme las piedras! ¡Acabemos de una vez! —Bárbara disparó al aire para reforzar sus palabras y la nave se llenó de ecos que reverberaban en la piedra.

En el mismo instante, Andrés gritó:

—¡Detrás de ti, perra!

Aprovechando el segundo en que Bárbara se giró a medias a su espalda, Sergio se lanzó a la carrera contra ellas, y Quique, sin pensarlo siquiera, se echó encima de la mujer, mientras Tina, que había seguido a Sergio, cogía a Gloria del brazo y la empujaba hacia un lado para quitarla del alcance de Bárbara, que se debatía entre Quique y Sergio.

Las serpentinatas de luz habían alcanzado a Cordeluna y parecían fundirse con el resplandor que irradiaba de ella.

Sin que nadie se lo pidiera, Sibila desenvainó la espada y la sostuvo, alzada, frente a la imagen de la Virgen, mientras Andrés, después de haberse asegurado de una ojeada de que sus dos amigos tenían bien sujeta a Bárbara, se lanzaba hacia la talla, buscando la manera de desmontar las piedras.

No fue necesario.

Al rozarlas con los dedos, la iglesia desapareció de su vista y se encontró de pronto en el claro de un bosque bajo la luna, en una noche fría y silenciosa. Los oídos le zumbaban aún por la reverberación del disparo y los estallidos de los truenos, pero allí todo era silencio, paz, oscuridad, olor a bosque húmedo.

Se giró, perplejo, tratando de comprender qué sucedía, y se encontró con la misma anciana que le había puesto en las manos a Cordeluna cuando ellos aún no sabían de la existencia de la espada.

Su rostro sonreía y en el cuenco de la mano tendida brillaban las dos piedras.

Apenas sintió su contacto frío, la visión desapareció y volvió a encontrarse en la iglesia, al pie de Nuestra Señora, preguntándose qué le había pasado y cómo haría para pegar aquellas dos piedras en su lugar. Pero habían sucedido ya tantas cosas incomprensibles que pensó que lo mejor sería no preocuparse demasiado y se acercó con ellas al altar donde Sibila seguía esperando con la espada en alto.

Bárbara estaba desmayada en el suelo; Sergio y Quique, acuclillados junto a ella, mirando alternativamente a la mujer caída y a la espada, igual que hacían Gloria y Tina, que poco a poco fueron acercándose también al altar.

Entonces, antes de que Andrés pudiera probar las piedras en el lugar que les correspondía, en el centro de la nave apareció un agujero de tinieblas y la temperatura opresiva de la tormenta de verano bajó de golpe mientras un olor a carroña se extendía por la iglesia.

Todos se quedaron petrificados contemplando la aparición de un ser incomprensible, envuelto en una niebla roja. Sólo sus ojos impasibles destacaban en la masa amorfa y cambiante que lo rodeaba y le conferían una apariencia que los cerebros humanos asociaban con reptiles gigantes y alimañas terroríficas perdidas en la noche de los tiempos.

Era absurdo intentar luchar contra aquello. Todos sintieron el tirón en sus entrañas; la necesidad de arrojarse al suelo, sollozando; el deseo de arrastrarse frente a aquel monstruo y pedir misericordia. Pero no lo hicieron porque, a pesar del terror, sabían que aquello no había venido a buscarlos. Buscaba a los otros, a los que habían vagado sin descanso durante mil años y ahora consumían sus últimos instantes, antes de la eterna perdición.

Sin embargo, aunque no sabían qué hacer para evitarlo y aunque no los habían conocido, no podían consentir que se los llevara.

—¡Se acaba el tiempo! —oyeron directamente dentro de su cabeza, sin palabras, sin acento, sin lengua reconocible.

Bárbara, que ahora ya era totalmente Brianda, se levantó como un muñeco de resorte y, antes de que hubieran podido comprender qué estaba pasando, se lanzó contra Gloria y le apretó las manos en el cuello.

—¡Te mataré, perra! ¡Vendrás conmigo!

Sergio le arrebató Cordeluna a Sibila y la blandió sobre su cabeza para descargar

toda su furia contra Brianda, pero Andrés desvió su brazo y la hoja de la espada se estrelló contra la losa del altar, levantando una lluvia de chispas.

—¡No la mates! —gritaba Laín, desesperado—. ¡No repitas la historia! ¡No manches tus manos con su sangre, Sancho! ¡Es nuestra última oportunidad!

Mientras tanto, Quique se lanzó contra la mujer y, sin pararse a pensarlo, de un cabezazo que sonó como el choque de dos cocos, la puso momentáneamente fuera de combate, obligándola a soltar el cuello de Gloria.

La bestia soltó un rugido lento y profundo que sonó por encima de los truenos, haciendo vibrar los huesos de los presentes. Brianda empezó a gemir, con lamentos agudos de animal cazado en una trampa de hierro.

—¡Vamos, vamos! —urgía Sibila.

—¿Qué? ¿Qué hay que hacer? —Tina estaba sujetando a Quique, que se agarraba la cabeza mientras, apretando los dientes, trataba de no aullar de dolor—. Sergio, Gloria, ¿qué hay que hacer?

Sergio y Gloria estaban abrazados, mirándose a los ojos, como si el mundo entero hubiese desaparecido para ellos. Cordeluna, que Sergio había abandonado tras las palabras de Andrés, reposaba de nuevo en el altar. Sibila la cogió, levantó la empuñadura con las dos manos a la altura de sus ojos y dijo en una voz firme y solemne que no parecía la suya:

—Venid todos. Sergio y Gloria, uno a cada lado de mí. Andrés, pon las piedras en su lugar y colócate frente a mí, en la punta de la espada. Tina y Quique, uno a cada lado, al revés que Sergio y Gloria.

El rugido de la bestia se había convertido en un sonido monótono, constante, y sin embargo claramente distinguible de los truenos y la lluvia. Brianda seguía gimiendo y ahora aullaba de tanto en tanto, como si algo la estuviera destrozando por dentro, lentamente.

Frente al monstruo de oscuridad, sin que lo hubieran advertido, una bolita de luminosidad perlada había empezado a tomar forma y, en su centro, como una figura encerrada en un pisapapeles de cristal, iba apareciendo el contorno de la anciana de cabellos blancos.

—Bibiana —susurró Sergio—. ¡Abuela! Has cumplido tu palabra; has venido a ayudarnos.

Andrés adelantó la mano con las piedras que había conservado fuertemente apretadas en el puño y, sin ningún esfuerzo, las colocó en sus lugares. Cordeluna pareció absorberlas y su brillo se hizo glorioso, insostenible, perfecto.

En ese instante, desde la piedra más grande de la espada que Sibila sostenía a la altura del pecho, con la punta hacia abajo, surgió un rayo de luz purísima que parecía contener todos los colores del arco iris y atravesó la bóveda románica para perderse en el cielo de tormenta, más allá de este mundo.

Y en la nave de la iglesia, mientras la temperatura empezaba a subir y el agujero de oscuridad se cerraba lentamente llevándose consigo al monstruo y al espíritu de

doña Brianda, un coágulo rojo negruzco que aullaba de terror, empezó a sonar una música de vihuela y todos contemplaron, maravillados, que de Sergio y Gloria, Tina y Quique, Andrés y Sibila surgían unas volutas de niebla de colores que iban coagulándose frente al altar.

Durante unos momentos, todos pudieron ver con la claridad de los sueños que frente a sus ojos aparecían las formas de unas personas que no habían conocido y sin embargo reconocían sin dificultad: Régula, joven y bonita, tendiéndole la mano a Laín, liberado ya de su condena; el padre Juan, sonriendo con dulzura al ver a sus amigos después de mil años; Sancho y Guiomar, reunidos por fin para siempre.

La voluta de niebla que había surgido de Sibila, de un blanco perlado, se fue acercando a la esfera luminosa donde la madre Bibiana esperaba y, al tocarse, ambas estallaron en una niebla de chispas azules, mientras las otras figuras iban perdiendo sus contornos y empezaban a difuminarse, girando perezosamente hacia el techo, como la neblina de la noche al despuntar el alba.

Los últimos en marcharse fueron Sancho y Guiomar, envueltos en un arco iris que iluminaba el vestido verde de ella y la túnica azul de él; abrazados, felices, unidos por fin después de mil años de soledad y desesperación.

Todos sintieron el agradecimiento, la alegría radiante de aquellos seres que acababan de ser liberados por su intervención y que habían vivido a través de ellos su última oportunidad de salvarse.

Cuando las luces hubieron desaparecido de su vista, la iglesia volvió a quedar vacía, en una penumbra apenas aliviada por las pocas velas que aún chisporroteaban, a punto de extinguirse. La tormenta había pasado y todo había quedado en un silencio reparador, apenas perturbado por el rumor de la lluvia.

Cordeluna, de nuevo sobre el altar, estaba completa, intacta, reintegrada por fin.

Por fin sólo una espada.

Lentamente, fueron saliendo del estado de trance en que los había sumido el reencuentro de aquellos espíritus liberados y adquiriendo conciencia de dónde estaban y de qué había sucedido.

Se agacharon junto a Bárbara, que había comenzado a gemir en voz baja y había recuperado su aspecto de siempre, aunque tenía profundas ojeras y un rostro más afilado de lo normal.

Entre Quique y Andrés la ayudaron a levantarse y, paso a paso, salieron al claustro, donde les sorprendió el olor a tierra mojada y la claridad del cielo de verano.

Siguieron avanzando por el pasillo hasta el exterior, en silencio, abrazados: Sergio y Gloria, Tina y Sibila, Andrés y Quique sujetando a Bárbara.

Al abrir la puerta, quedaron deslumbrados por la belleza del mundo exterior: los álamos relucientes después de la lluvia, el cielo aún azul, aunque el sol se acercaba al ocaso, las piedras blancas de la colina donde se abría la cueva que había ocultado a Cordeluna durante mil años y, por encima de todo, abrazando la perfección del mundo, un reluciente arco iris, redondo y perfecto.

Con la portezuela abierta, en un coche diminuto, fumando un cigarrillo y con cara de exasperación, Bernardino los miraba sin comprender que parecieran los supervivientes de un naufragio.

—¡Ya podíais haberme abierto la puerta, caramba! Me he vuelto loco llamando. Y a todo esto, admiro vuestro entusiasmo, pero estáis hechos unos zorros; no hacía falta ensayar tanto, criaturas; ya sois bastante buenos.

Soltaron la carcajada y, en ese momento, con sólo una mirada, decidieron no contar jamás lo que les había sucedido.

* * *

Fue una muerte extraña. Extraña por lo dulce. Porque, después de una vida de amargura, sufrimiento y penitencia, Dios Todopoderoso, en su infinita misericordia, se dignó concederle lo único que no había pedido jamás: una buena muerte, tranquila y sin apenas dolor.

El hermano Sancho, humilde monje benedictino de la abadía de San Salvador de los Cerros, se había despertado con un ahogo en el pecho poco después de maitines y, a pesar de la orden de su abad, que le dispensaba de acudir a los primeros rezos en razón de su edad y de su precario estado de salud, había intentado ponerse de pie y se había dejado caer de nuevo en el camastro, sabiendo que no lo conseguiría. Setenta años eran muchos, demasiados. Demasiados para un hombre que llevaba ya más de cincuenta deseando la muerte, rezando a diario para que el Altísimo le concediera la gracia de abandonar este valle de lágrimas y poder al fin reunirse con su esposa en el otro mundo, ese mundo en el que la muerte ha sido conquistada y no hay llanto, ni dolor, donde el amor brilla sobre todos los seres.

Los oídos empezaron a zumbarle como si un arroyo de montaña corriera, embravecido, por su interior. Voces largo tiempo olvidadas llenaron de nuevo su celda: la dulce voz de su madre llamándolo de madrugada para que se levantara a comer sus gachas; la recia y poderosa de su padre explicándole cómo sujetar las riendas; la ronca y cascada del viejo Anselmo dándole consejos para entrenar a su azor; los gorjeos de sus hermanas pequeñas pidiéndole que las montara a la grupa y galopara con ellas hasta el cerro, con el pelo azotándoles el rostro y las manitas engarfiadas en su cintura; el susurro de Guimar, el sonido más dulce del universo, que incluso ahora soliviantaba su cuerpo maltrecho y le aceleraba el corazón.

Los olores del pasado invadieron sutilmente la celda, igual que fantasmas, filtrándose por las paredes de piedra: las manzanas del otoño llenando los cestos, el limo fresco del río donde hacía batallas de juncos con los niños del pueblo, el guiso de venado de la abuela que sólo se comía una vez al año, el hedor de la batalla —sangre, sudor, miedo—, y el perfume de la victoria, que era el mismo hedor, mezclado con humo de hogueras y con incienso de misas solemnes en acción de gracias.

El corazón le latía enloquecido, a saltos como un caballo aterrorizado, pero su mente ignoraba las dolorosas punzadas que le recorrían el cuerpo y se prendía a las imágenes que surgían ante los ojos de su alma, brillantes y vivas como vidrieras de iglesia catedral, inundadas de luz: el reflejo del sol en los cabellos de Guiomar, que, cabalgando en su yegua blanca, volvía el rostro para sonreírle; la mirada dulce y fuerte del padre Juan, sus cálidos ojos de color avellana; la poderosa silueta de don Rodrigo, arrodillado en la cumbre de un cerro dando gracias a Dios por la victoria; el abrazo de oso de Laín al separarse cuando su vida acababa de ser destruida para siempre, a la muerte de Guiomar; su propia mano joven y fuerte estrechando la mano de Álvar Fáñez junto a la ermita del río, cuando se despidieron por última vez y él aún no sabía que su futuro estaba a punto de cambiar y que nunca alcanzaría a ver el mar; el único ojo de Cordeluna brillando en su puño mientras una sangre roja y espesa le resbalaba hasta el codo; la oscuridad del escondrijo donde la guardó para el futuro; las dos piedras vivas, símbolo de su amor, esperando el momento del reencuentro; los largos años que le llevó tallar los capiteles del claustro, su mensaje para el futuro, el resumen de su vida, de su amor y de la maldición que los separó, con la esperanza de que alguien de su sangre, mil años después, pudiera comprenderlo.

La presión en su pecho se fue haciendo más fuerte; sentía una losa de piedra bajando sobre su corazón y, con infinito agradecimiento, suspiró por el regalo de la muerte que le llegaba por fin.

—Señor que estás en lo alto, tú que eres el Señor de todas las cosas —susurró casi sin voz—, deshaz la maldición que pesa sobre nosotros y acógenos en tu seno, Señor del Tiempo. Haz que nuestras almas no se pierdan en las tinieblas, Señor del Amor. Oye la plegaria de tu siervo y no nos abandones en esta hora final sobre la tierra. Hágase tu voluntad, Dios mío. Amén.

Lentamente, se fue desligando de su cuerpo mortal, dejándose llevar hacia el pasado, hacia la música de las vihuelas, hacia el verde pálido de un vestido de mujer en la penumbra del bosquecillo de serbales donde la vio por primera vez, hacia el tacto de seda de la piel de Guiomar que lo esperaba temblando bajo la luna a la entrada de la cueva, junto al cerro de los chopos, hacia su juramento eterno y sus labios y el aroma de la noche de verano.

Cuando el hermano Martín entró a ver si necesitaba algo, lo encontró muerto en su camastro, con los ojos abiertos, la mano sobre la cruz de madera que colgaba de su pecho y una sonrisa en los labios.

EPÍLOGO

El taller de teatro tocaba a su fin. Durante largas semanas, todos habían trabajado, sufrido, disfrutado, para realizar un proyecto que se había revelado espléndido. La filmación del documental había salido bien, aunque todos estaban deseando ver la película definitivamente montada para creerse que era tan buena como decía el director, y la obra de teatro que llevarían por diferentes ciudades de España a lo largo de la temporada otoño-invierno estaba a punto. Bernardino se sentía muy orgulloso de los resultados y hasta Bárbara, siempre tan exigente y quisquillosa, les había confesado que, a su juicio, era inmejorable.

Luis estaba particularmente contento porque, aunque hubiera sido en su ausencia, habían hecho el descubrimiento de la espada y el de la historia tallada en los capiteles románicos. La espada ya había sido trasladada a Madrid para su estudio y, por lo que les contó Luis, parecía que su investigación iba a levantar mucho revuelo, porque era posible que se tratara en origen de un arma japonesa, reconvertida después en la época medieval, y nadie se explicaba cómo era posible que en el siglo X u XI hubiera ido a parar a Castilla una espada tan similar a las catanas utilizadas por los samuráis.

Le habían tenido que explicar mil veces cómo a Tina se le había ocurrido la idea de que uno de los capiteles historiados pudiera contener el mensaje y cómo habían ido a quitar rocas a la cueva hasta encontrarla. Lo que no conseguía comprender, después de haber ido a ver la cueva con sus propios ojos, era cómo habían conseguido romper la losa que ocultaba la espada; ellos se habían limitado a afirmar que la losa ya estaba rota cuando despejaron la zona de las piedras que la cubrían.

Todos tenían la impresión de que ni Luis, ni Bernardino ni ninguno de los que habían ido a ver el prodigio terminaba de creerse la versión, pero habían insistido en ella hasta que los dejaron en paz.

Lo que seguía preocupando a los seis amigos era el asunto de las dos piedras de luna que faltaban en la peana de la Virgen, aunque parecía que hasta el momento nadie se había dado cuenta.

El día antes de marcharse del monasterio, el mismo Luis sacó el tema:

—Es curioso que alguien haya aprovechado la ausencia de casi todo el mundo el fin de semana de la tormenta para llevarse esas dos piedras sin ningún valor, en lugar de intentar robar la talla —les dijo durante la comida.

—¿Qué piedras? —preguntó Quique, haciéndose el inocente.

—Dos de las que adornaban la peana de la Virgen. Echadles una mirada a los agujeros. En la obra de reconversión del monasterio, para convertirlo en el albergue que es ahora, cuando vinieron los restauradores decidieron que era demasiado arriesgado dejar aquí una talla del siglo XI de tanto valor. Ya veis que esto no tiene

cerrojos, alarmas ni protección de ningún tipo; de modo que al final se optó por la salida más práctica, aunque casi nadie lo sabe. Yo mismo no os lo dije a vosotros cuando visitamos la iglesia.

—¿Qué es lo que no nos dijiste? —preguntó Gloria.

—Que la talla que hay en la iglesia es una simple copia del original. La peana es auténtica, porque las piedras que tenía no eran demasiado valiosas una a una y a nadie se le ocurriría robar una peana antigua cuando la talla no es la auténtica. Y ahora resulta que algún imbécil se ha llevado dos piedras que, por lo que yo recuerdo, son unos ópalos o unas piedras de luna, blancas en cualquier caso, y me pregunto para qué.

Todos se encogieron de hombros, poniendo su expresión más inocente y angelical.

—La verdad es que me habría gustado haber estado aquí aquel fin de semana —dijo, mientras ya se marchaba hacia su mesa—. Tengo la sensación de que me perdí bastantes cosas que habrían podido interesarme.

—¡Qué va! —contestó Andrés—. No hicimos más que trabajar con Bárbara y aburrirnos mientras esperábamos que volvierais.

—También fue ese fin de semana cuando a Tomás se le estropeó el monovolumen, ¿no? Cuando lo remolcaron hasta una gasolinera y luego resultó que alguien le había puesto gasolina Súper en lugar de diesel o algo así y le estropearon el motor...

—Es que con eso hay que llevar mucho ojo —informó Quique—. A nosotros nos pasó una vez con un coche alquilado.

—¿Eso os pasó a vosotros? —preguntó Sergio cuando Luis se hubo marchado.

—¡Venga ya! Mi padre es mecánico, ¿cómo nos iba a pasar a nosotros?

Nieves salió de la cocina llevando una bandeja con los postres y les echó la mirada incendiaria a la que ya estaban acostumbrados.

—Parece que no se le ha pasado el cabreo —dijo Sibila.

Nunca habían sabido del todo lo que había sucedido con Nieves aquel famoso fin de semana, pero Bárbara les había dicho que había hablado con el matrimonio y todo estaba arreglado. Sin embargo, la mujer seguía considerándolos culpables de algo y ellos seguían sin saber de qué; por suerte, pronto la perderían de vista.

Bárbara se había recuperado del todo y, misteriosamente, apenas recordaba nada de lo sucedido. Habían intentado hablar con ella, pero al darse cuenta de que lo único que recordaba borrosamente eran los sueños que había tenido, decidieron dejar el asunto y no contarle nada que ella sola no pudiera, o no quisiera, recordar.

Terminaron de comer y, cruzando el claustro, donde se detuvieron unos instantes para repasar los capiteles de la historia y contemplar una vez más el emblema de amor, salieron al exterior, a sentarse un rato bajo los árboles del río, como se habían acostumbrado a hacer después de las comidas.

—Voy a echar mucho de menos todo esto —dijo Andrés estirando las manos por

encima de la cabeza—. Nunca creí que llegaría a enamorarme del paisaje castellano.

—¿Recuerdas aún algo de cómo te sentías cuando también eras Laín? —preguntó Sibila en voz baja.

—Apenas. Cada día menos. Fíjate que no me gusta escribir y, sin embargo, he escrito lo que aún recuerdo para que no se me borre del todo... Tengo la impresión de que, antes o después, lo olvidaremos; nos parecerá un sueño, como a Bárbara.

—¿Os pasa a todos? —volvió a preguntar Sibila.

Asintieron despacio y luego fueron confesando que, igual que Andrés, ellos también habían escrito lo que recordaban.

—Algún día, cuando pasen diez o veinte años —propuso Tina—, podríamos reunirnos otra vez aquí, a lo mejor ya con nuestras familias, y leernos unos a otros lo que hemos escrito este verano.

—A mí me gustaría mucho —dijo Gloria.

—Entonces vendremos —concluyó Sergio.

—De todas formas —añadió Quique—, tampoco hay que ponerse trágicos y hacer como si no fuéramos a vernos nunca más. Nos vamos a hartar de vernos todo el otoño y el invierno. Primero el estreno en Madrid, que ya me tiemblan las piernas, y luego la gira.

—Pero para entonces, lo mismo ya no nos acordamos casi de nada —dijo Tina, preocupada.

—La verdad —intervino Sibila—, a mí no creo que se me olvide mientras viva. Y como me digas que eso en mí es normal porque soy rara y soy bruja —añadió, mirando a Andrés—, te enteras.

Andrés la miró muy serio:

—Nunca más, Sibila, te lo juro. Palabra de honor. Ven aquí que te dé un abrazo, chiquilla.

Se abrazaron como hermanos, bajo la mirada emocionada de los demás, y se separaron con una sonrisa.

—Bueno —dijo Sergio, poniéndose de pie y tendiéndole la mano a Gloria—, pues nos vemos para la cena.

Se miraron y, sin tener que decirlo con palabras, se alejaron en dirección al monasterio cogidos de la mano.

Al cabo de unos minutos, Tina y Andrés dijeron que iban a dar una vuelta hasta la cueva. Quique y Sibila se quedaron junto al río, mirando brillar el agua.

—¿Qué crees tú que pasará ahora, Sibila?

Ella se encogió de hombros.

—Para eso no hace falta tener poderes especiales. Que volveremos cada uno a nuestra ciudad, a las clases, a la vida normal. Y luego nos veremos unas cuantas veces para las funciones..., y después..., ¿quién sabe? Unos irán a la universidad, otros no; a lo mejor seguimos en contacto durante unos años. O no. O simplemente nos olvidamos de lo que ha pasado este verano, dejamos de creer en la magia y en el

amor, nos casamos con quien sea, nos compramos un piso, pagamos la hipoteca, nos divorciamos..., yo qué sé..., lo normal, vamos.

—¿Tú quieres eso?

—¿Cómo voy a querer eso? Lo que pasa es que soy realista. Sí, a pesar de que echo las cartas y soy un poco bruja, soy realista, ya ves.

—Pero lo que nos ha pasado aquí también es real.

—Ya. Pero es difícil de creer para quien no lo ha vivido.

—Tú y yo lo hemos vivido. Y eso nos une un poco, ¿no crees? Y, además, yo vivo en Cáceres y tú, en Sevilla. Tampoco está tan lejos. Y los dos tenemos móvil y sabemos chatear, ¿no?

Sibila le sonrió y su rostro pareció iluminarse de golpe.

—¿Me estás diciendo que te gusto un poco?

—¿No se nota?

—Pero si soy rara, y tengo mal carácter y me tiño el pelo de negro.

Quique se echó a reír, se tiró encima de ella y la besó hasta que los dos se quedaron sin aliento.

—La verdad, Quique, es que eres un poco corto, hijo. ¡Mira que decidirte el día antes de marcharnos!

Quique no contestó y la volvió a besar.

En la cueva, mirando el montón de piedras que habían retirado, Andrés suspiró.

—¡Qué pasada de trabajo hicimos! Pero valió la pena, ¿no crees?

Tina se acercó a él y dejó caer la mano cerca de la suya. Llevaba todo el camino pensando en hacerlo, pero no acababa de atreverse. Andrés se la cogió como si fuera lo más natural del mundo y Tina tuvo la sensación de que por un segundo se quedaba sin vista al contacto de aquella mano tan grande y tan fuerte.

Él pareció notar lo porque se la apretó ligeramente.

—Son manos de cerrajero, chiquilla, pero también saben ser suaves. No olvides que mi otro yo fue guerrero. Además, ¿sabes?, a lo mejor no estudio después del Bachillerato. No somos ricos y hoy en día tener una carrera tampoco garantiza nada.

—Siempre es bueno... —dijo ella, que hubiera preferido no estar hablando de proyectos de futuro profesional—. Yo voy a estudiar Historia.

—Ya lo sé. Eres un cerebro.

Se miraron sonrientes, sintiendo como una corriente eléctrica pasar de uno a otro.

—Aquel día, en la iglesia —dijo Andrés, poniéndose serio de repente—, ¿te diste cuenta de que el espíritu que te habitaba a veces era el de Régula, la doncella de Guiomar? ¿Aquella especie de niebla rosada...?

Ella asintió.

—¿Recuerdas quién era Régula, además de la doncella y confidente de Guiomar?

Tina sintió que se ponía colorada y se giró hacia la entrada de la cueva, dejándose

deslumbrar por la luz de la entrada. Andrés le puso las manos en los hombros y siguió hablando sin intentar volverla de frente a él.

—Era la mujer de Laín —le dijo al oído—. Les costó darse cuenta de que se querían porque el amor entre Sancho y Guiomar era demasiado intenso y borraba casi todo lo demás, pero luego..., con el tiempo... Yo, seguramente, no soy lo que te habías imaginado. Soy bastante bruto, muy vago en el instituto, no sé qué quiero hacer después... Sé que no quiero ser un señorito de pelo engominado, eso sí. Me gusta salir a tomar vinos con los amigos, me gusta el flamenco, soy un tío legal..., pero no soy un chico fino y elegante, ya te habrás dado cuenta.

Ella estuvo a punto de volverse entonces y abrazarlo, pero él siguió sujetándola por los hombros, sin dejarla girarse hacia él; los dos mirando hacia la intensa luz del sol de verano desde la oscuridad de la cueva.

—Déjame hablar sin mirarte, anda. ¿Qué te decía? Pues eso. Que me gustas desde hace la tira de tiempo, precisamente porque eres tan lista, tan elegante, aunquedigan que eso ya no está de moda, porque eres una buena chica, buena amiga.

—Tú también me gustas, Andrés —dijo ella, cuando tuvo la sensación de que él estaba esperando que ella hablara—. Y tienes razón, no se me había ocurrido que me iba a gustar alguien como tú. Pero yo nunca he salido con nadie; yo no les gusto a los chicos. Soy demasiado normal. Tengo amigos, pero no les gusto como..., como mujer, sólo como amiga.

—Pues ahora se acabó.

La giró de frente a él y la besó en la boca.

—Eso sí, chiquilla, tendrás que acostumbrarte a la barba, porque no pienso quitármela en la vida. Ya nos explicó Luis que en la barba reside la honra del hombre.

En el claustro del monasterio, Sergio y Gloria estaban acuclillados frente a la fuente donde semanas atrás se habían visto por primera vez y, con el dedo índice trazaban las líneas de su emblema.

—¡Cuánto me alegro por ellos! —dijo Gloria—. Mil años separados y por fin...

—Yo ni siquiera sé cómo voy a aguantar hasta finales de septiembre, hasta que nos volvamos a ver.

Sergio se puso de pie, le tendió la mano y se sentaron en un banco, a la sombra.

—No me puedo imaginar no verte todos los días, Gloria. Tienes que conseguir que te dejen venirte un par de semanas a Cádiz.

—Mi familia no me ha visto el pelo en dos meses...

—Ya lo sé. A mí tampoco, pero tenemos que arreglarlo como sea. Si quieres, voy yo a Madrid.

—Mis padres están ahora veraneando en Huelva. Eso no está muy lejos...

Se sonrieron y se apretaron las manos en silencio.

—Sergio —dijo ella al cabo de unos minutos en que sólo se escuchaba el rumor

de la fuente—, ¿tú me quieres aún? —captó la mirada casi ofendida de él y continuó —: Quiero decir, que se me ha ocurrido que quizá nuestro amor era sobre todo un reflejo del amor de Sancho y Guiomar, porque no me dirás que es muy normal enamorarse así, de pronto, sin conocerse de nada. Y que, entonces, al quedar ellos liberados, tal vez nosotros ya no... Quizá no sea para siempre...

—Por mi parte es para siempre, Gloria, si tú quieres.

Ella lo miró, sintiendo que se derretía de pura felicidad.

—Es que a mi padre le va a parecer poco razonable —añadió.

—Pues ya se irá dando cuenta. Como muy tarde, cuando tenga que comprarte el vestido de novia.

—No nos pasará nada, ¿verdad? Como a Sancho y a Guiomar.

—Te juro que no, mi señora —se puso de rodillas frente a ella, le tomó la mano y se la besó como hubiera hecho Sancho—. Y si nos pasara, robaría a Cordeluna del museo donde la tengan y lucharía por ti, y esperaría mil años si fuera necesario para que pudiéramos estar juntos.

Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó el puño cerrado.

—¿Te acuerdas de la excursión a Covarrubias? Me aparté un rato del grupo y, casualmente, vi a Bárbara en un bar bastante cutre. Estaba hablando con un tipo muy raro, con pinta de drogadicto, que le pasó un paquetito. Yo me escondí para que no me viera y me metí en una tienda.

Entonces le mostró lo que tenía en el cuenco de la mano: dos anillos de plata grabados con un motivo celta.

Ella se llevó las manos a las mejillas.

—En el tuyo hay una «S» grabada. En el mío, una «G». Son un compromiso, si lo aceptas. Si me aceptáis, mi señora.

—Lo llevaré siempre —susurró ella—. Siempre.

Desde el corredor del claustro, sonrientes, Bernardino y Bárbara los vieron intercambiar los anillos y abrazarse. Ambos suspiraron.

—¡Qué bonito es ser tan joven! —dijo ella, tirándole del brazo para que no los vieran.

—Aquí el único que no es tan joven soy yo —refunfuñó él—. Pero sí, el amor siempre es hermoso. Aunque no dure para siempre.

—¿Tú crees que no puede durar para siempre?

—En general, no. Eso sólo pasa en la literatura, en la poesía... o en el cine, en esas películas de Hollywood que tanto les gustan.

—Pues mis padres se quieren desde hace treinta y cinco años o así.

—¡Menuda suerte!

—No, Bernardino, no se trata únicamente de suerte; sólo un poco. Lo demás es amor. Que quieras seguir queriendo a la persona que quieres.

—Te estás haciendo un lío, querida.

—Tú me entiendes...

—Sí, Bárbara —suspiró él—. Yo lo que aún no he entendido es eso de la espada misteriosa y las piedras que faltan, y los capiteles que cuentan una historia de amor inmortal. ¿Me lo explicas tomando un café?